BILLETE A LA POLINESIA

ALBERTO FIGUEROA



Billete a la Polinesia

Alberto Figueroa

Billete a la Polinesia

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410191310
ISBN eBook: 9788410191686

© del texto:
Alberto Figueroa

© del diseño de esta edición:
Caligrama, 2024
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Mateo y Telmo, Joan y Maddi.

Exordio

—*Quod probari non potest, non est.*

—Dígamelo en cristiano, si no le importa —dijo Txaski.

—Que nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario. —El abogado le miró con sus ojos oscuros y penetrantes.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Oiga, en el juicio, ¿estaré obligado a responder a todas las preguntas? —Un leve error, una vacilación, podría sellar su destino.

—Depende. Como testigo, sí. Si es el acusado, no —respondió el letrado en un tono grave.

—¿Y qué soy yo?

—Ambas cosas.

1. Últimas noticias de los buzos

13 de octubre del 2021. 10:00 a. m.

Comisaría de la Ertzaintza, Getxo (Bizkaia). Denuncia por desaparición de personas.

La compareciente manifiesta que ha llamado a emergencias a las seis de la mañana para denunciar la desaparición de su hermano y otra persona, ambos instructores de buceo, en Plentzia (Bizkaia). No se tienen noticias de ellos desde la tarde de ayer. No responden al teléfono y no se encuentran en su domicilio ni tampoco en un velero fondeado en Astondo (Gorliz), en el que, a veces, pernoctan. Que sobre las ocho y media de la mañana ha recibido una llamada de la Unidad de Rescate de la Ertzaintza indicándole que han encontrado la zódiac que utilizan, sin sus ocupantes, a varias millas de la costa y la ha remolcado al puerto de Plentzia. Manifiesta también que ha preguntado por ellos a conocidos suyos sin resultados.

Las personas cuya desaparición se denuncia son:

—**Koldo Etxebarria Gómez,** nacido el 16 de septiembre de 1979. Fue visto por última vez en Plentzia, en la lonja que usan como oficina, sobre la una de la tarde del día 12 de octubre. Altura 1.78 aproximadamente, pelo y ojos castaños. Con domicilio en Artekale, 36 bis, de Plentzia. Vestía pantalón vaquero y una sudadera gris. No utiliza gafas. No padece enfermedades ni discapacidad ni sigue tratamiento médico. Su vehículo, un SEAT León azul, según ha podido comprobar la denunciante, está aparcado en el muelle de Astondo. No puede especificar la matrícula en este momento. Desconoce si llevaba dinero.

—**Padraig Farrell,** cuyo segundo apellido no puede precisar en este momento, natural de Irlanda, de unos cuarenta y ocho años, a quien llaman Paddy o Zanahorio, por ser pelirrojo. Es más alto que Koldo y pasará del 1.80. Manifiesta que tiene el mismo domicilio que el anterior y que fue visto por última vez el mismo día y hora que para el otro desaparecido. Que no recuerda

cómo vestía, pero, por lo general, usa ropa deportiva. No se tiene constancia de que sufra enfermedades o siga tratamientos médicos. Comparte vehículo con Koldo Etxebarria.

Preguntada la denunciante si tiene algo más que declarar, afirma:

Que se trata de dos buceadores profesionales que se dedican a dar cursillos de submarinismo y tienen mucha experiencia en el mar. Que unos años atrás dieron la vuelta al mundo en un velero. Que nunca se alejan con la zódiac de la costa y frecuentan la zona cercana a la isla del Fraile, bajo el acantilado de Ermua, en Gorliz.

Es todo cuanto tiene que manifestar.
Fdo.: Iratxe Etxebarria Gómez

Ya oscurecía cuando Jimi el Marrajo pasó al lado de la grúa de la que colgaba la zódiac. Junto al varadero hacían guardia dos coches de la Ertzaintza con las luces azules encendidas. Un centenar de 11 curiosos observaban la arribada de la embarcación de la Unidad de Vigilancia y Rescate; solo unos pocos llevaban mascarillas y si él la llevaba no era por razones sanitarias.

Caminó sin prisa hasta la bocana del muelle; iba poniendo la oreja en todos los corrillos que encontraba a su paso. Lo poco que sacó en claro fue que los cuerpos de los submarinistas no habían aparecido y que los trabajos de búsqueda no se iban a reanudar hasta que las condiciones del mar lo permitieran. Y no sería pronto. Las previsiones anunciaban marejada tendiendo a mar gruesa en las siguientes horas e incluso en los siguientes días.

El Marrajo no perdía detalle de lo que sucedía en los alrededores de la grúa. Flaco, canijo y con la capucha calada, era poco más que una sombra. Observaba a los policías que examinaban la embarcación. Su atención creció cuando llegaron más vehículos de la Ertzaintza, descolgaron la zódiac y la subieron a un remolque.

Volvió la espalda al puerto y se dirigió hacia el paseo de la playa. Tenía que hacer una llamada.

—Parece que hay movida —fue todo lo que dijo.

Vasili Koliakov se limitó a escuchar.

***

Tan solo unas horas antes el Marrajo ya se imaginaba el revuelo que se iba a organizar. No era para menos. Un cargamento de seis millones evaporado en el mar era un bombazo.

Una llamada de uno de los mandamases de la Compañía le advirtió que estuviera preparado; un coche lo recogería y lo llevaría a una reunión.

—Alameda de Urkijo, en la puerta de Correos. A la una.

—Vale. ¿Con quién me voy a encontrar?

—Ya lo sabrás cuando llegues.

El automóvil acudió puntual y el conductor le hizo una señal para que subiera. El chófer lo reconoció al instante. Él, por el contrario, no creía haberlo visto nunca.

Salieron de Bilbao y dejaron atrás el desvío al aeropuerto. Sin buscarla, su mirada tropezó con la torre de la residencia del Opus en Islabe. Sintió que el sabor amargo de los cafés de la mañana le volvía agrio a la garganta. Allí estaban, insepultos, los cursos de convivencia y recogimiento de su adolescencia. El remedio que le recetaron para enderezarle. Le dieron ganas de abrir la ventanilla del auto y sacar a pasear el dedo corazón, algo que no hizo cuando lo echaron de allí, casi a patadas, por alterar la paz espiritual. A estas alturas, ya no recordaba si blasfemaba aposta o los juramentos se le escapaban por costumbre. «Es el demonio», escuchó decir a uno de aquellos chupacirios. «Sí, el demonio y a mucha honra».

Una pena que la respuesta y lo de la peineta no se le ocurrieran entonces.

En pocos minutos, llegaron a una urbanización que le sonaba, el Club de Campo de Laukariz. Entraron a un garaje, en la parte posterior de un chalet. Luego el coche salió marcha atrás y él se

quedó allí hasta que apareció un tipo de unos cincuenta años que lo condujo por una puerta lateral a un *txoko* conectado con la vivienda por unas escaleras. La estancia estaba acondicionada para un buen número de comensales, treinta o cuarenta, con cocina profesional y dos grandes mesas de roble. Había también tres mesas más pequeñas, unos sofás y una televisión gigante. Ni fotos ni cuadros en las paredes. Se respiraba un tenue olor a pescado mezclado con ambientador.

Se dieron la mano.

No hubo presentaciones. El Marrajo dio por supuesto que su interlocutor sabía quién era él. Estaba en desventaja.

Antes de llegar a Bilbao, le habían comentado que el jefe de la Compañía en el norte era un tal Vasili Koliakov. ¿Aquel tipo sería Vasili? Supuso que sí, ¿quién, si no? Él no hacía vida social y todos los de la banda con los que había tratado desde que llegó en marzo eran unos donnadies.

—Tú dirás, Vasili. —Quería salir de dudas.

—¿Vasili? —El hombre pareció sorprenderse. Después de un breve silencio, el tipo decidió aceptar la identidad que el Marrajo le había otorgado—. Sí, soy Vasili.

No sabía por qué, pero se había imaginado al tal Vasili como un ruso tosco, aunque era consciente de que los que daban la cara en los negocios A eran del tipo civilizado. Y es que los *vory* modernos no llevaban tatuajes que delataran su condición de miembros de la mafia rusa. Eran hombres de negocios que invertían en hoteles o en inmuebles. Este Vasili no era un sicario ni un traficante de pacotilla. Parecía el director de un banco, un gestor de las operaciones legales de la banda, de esos que tienen un estatus distinguido y solo rinden cuentas ante un capitoste que reside en Singapur o en Dubái. O a saber dónde.

Ya había conocido a otros tipos del mismo pelaje, directores de orquesta, de los que no se ensuciaban las manos. Para el barro

estaban los músicos que tocaban de oído o que sabían lo justo que les correspondía conocer de la partitura.

Por no ser, no era ni ruso. Ya tenía que haber caído en la cuenta de que Vasili Koliakov era un alias que podría encubrir a cualquiera sin identificarlo.

El nombre real del tipo era Iñaki Barrenetxea, socio del Athletic de Bilbao y del club de golf de Laukariz. Eso lo descubrió cuando su interlocutor salió un momento con el móvil a responder a una llamada y dejó sobre la mesa un bolso de mano muy pijo, Bottega Veneta. A él esa marca no le sonaba. Vasili cerró la puerta que comunicaba con la vivienda y su voz se perdió escaleras arriba. Al Marrajo le bastaron veinte segundos para echar un ojo a la documentación.

Ninguno de sus contactos en Bilbao había mencionado siquiera el nombre de Vasili. Tampoco el de Iñaki. ¿Con qué identidad tendría pensado presentarse aquel tío? ¿Quién iba a decirle que era? Se había precipitado. Debió de esperar a que el hombre diera el primer paso y no ser tan directo. Bueno, ya estaba hecho. Tampoco tenía que darle más vueltas al asunto. La cuestión era que Iñaki había accedido a las primeras de cambio a que lo llamara Vasili, sin que ello supusiera reconocerse en el Vasili cabecera de una pandilla de mafiosos.

Cuando volvió a aparecer, se disculpó por haberlo dejado solo. Su mirada se dirigió primero al bolso de mano y luego al Marrajo. El descuido se le reflejó en un ligero rictus de los labios que desapareció casi al instante. Se notaba que era un hombre de mundo, de buenas maneras, que vestía con discreta elegancia: pantalón gris oscuro, camisa blanca inmaculada y americana azul con un pañuelo celeste que asomaba por el bolsillo superior.

—Jaime Barandiarán —el tipo sonrió mostrando una dentadura perfecta que destacaba en un rostro bronceado—, me habían

hablado mucho de ti y luego me han comentado por ahí de qué familia eres.

El Marrajo se mantenía impasible. Vasili no era mucho más alto que él, pero se le veía más fondón. Le pareció que olía a higuera o, tal vez, a higos. Seguro que era una colonia de alta gama.

—Ya me dirás si no es casualidad que seas hermano de nuestro abogado. —La sorpresa no se reflejó en la cara del Marrajo—. Tengo una gran confianza y amistad con tu hermano Alfonso. Fíjate que me ha pedido que te encuentre trabajo.

—¿Mi hermano sabe que estoy aquí? —preguntó impulsivamente.

—¿No has hablado con él?

—En absoluto. Y menos para pedirle que me busque trabajo.

—¡Es broma, hombre! Me he enterado por casualidad de que eres un Barandiarán. Y, fíjate, me ha chocado.

No le extrañaba que Vasili se hubiera sorprendido al descubrir que un matón de la Compañía era miembro de una de las familias de la *jet* de Neguri. Y no solo por eso. Él era bajito y delgado, todo lo contrario que el resto de su parentela. Sus otros hermanos eran rubios y atléticos, pero él era moreno y escuchimizado. Ya había escuchado alguna vez comentar, sin que advirtieran su presencia, que daba la impresión de que al hijo pequeño de los Barandiarán lo fabricaron con material sobrante de los demás o que la buena genética llegó muy exprimida al último de los vástagos. Con esa imagen propia de patito feo, creció con afán de desquite y decidido a escalar cimas que a los arios de su familia les hubiera dado vértigo solo con soñarlas. El pato sería un cisne. Negro, por supuesto.

—¡Nada menos que hermano de Alfonso! —repitió manteniendo una sonrisa forzada.

Al parecer, a Vasili le gustaba hacerse el gracioso. Le habría encantado soltarle alguna fresca, pero se contuvo. Tenía que mantener la compostura y esperar a que se aclarara de qué iba la reunión.

El Marrajo levantó los hombros por toda respuesta. Se imaginaba que Vasili tenía guardada aquella coartada por si alguien le preguntaba de qué coño conocía a un tipo como él. Le daban ganas de reír cada vez que pensaba que su hermano mayor, la joya de la dinastía, trabajaba para la Compañía. «Siempre ha sido él quien ha llevado los auténticos genes del antepasado negrero». En ese momento, se imaginó una fotografía de Alfonso clavada en el pasillo de la mansión familiar, donde hacían guardia los retratos de los antecesores más gloriosos.

Le costaba digerir que aquel Vasili, un tipo tan finolis, estuviera capacitado para liderar el negocio B de la organización. La B del barro. Claro que, según comentaban los rusos, el Vasili Koliakov del que hablaban tenía contactos políticos, policiales y judiciales de altura. También en niveles muy elevados del narcotráfico internacional. Pero al estrecharle la mano había sentido la flacidez resbaladiza de un batracio. Y eso le repugnaba. Le daba asco pensar que se pudiera ser un mandamás con unas manitas sudadas, mientras los que llevaban manos de hierro de serie no pasaban de ser unos pelagatos sin futuro que venían y se iban por la puerta del garaje.

Supuso que si Vasili había decidido dar la cara era porque se encontraba en un grave apuro. O asustado. Y no era para menos.

Le ofreció algo de beber y aceptó un refresco. Se sentaron, frente a frente, en dos butacas con una mesa baja de por medio. Luego, Vasili, con una inflexión de voz jesuítica, empezó a explicarle, como si el Marrajo no lo supiera, su preocupación por la marcha de los negocios de la Compañía en Bilbao. Se había torcido en el preciso momento en que estaban en plena expansión. En Castro-Urdiales les desaparecieron veinte kilos de perico de un almacén. En Portugalete se habían esfumado diez kilos, no se sabía cómo.

—Pedí ayuda y me aseguraron que iban a mandar a un experto de primer nivel. —Vasili hizo un alto en sus reflexiones. Se levantó y

continuó hablando de pie—: Te van a enviar a un especialista que es la encarnación del lobo feroz. Además, vasco. Y le acompañará un ruso que es dentista, vamos, que arranca muelas y dientes sin anestesia con unas tenacillas y que también hace la manicura con mucho detalle. Incluso, si es necesario, ejerce de cirujano. —El Marrajo ya se imaginaba adónde quería llegar Vasili con aquel preámbulo.

»La cuestión es que con toda la propaganda que os hicieron como especialistas en seguridad, que si el lobo feroz, esto y aquello, parece que no dais pie con bolo. —Hubo una inflexión en la voz de Vasili. Se endureció. Al Marrajo le pareció que el tono se aproximaba al que se le supone a un narco de verdad. Incluso su mirada inexpresiva se hizo de hielo—. Desde luego, como profeta, tampoco tienes un pase —continuó—. Me han dicho que aseguraste, después de las averías que hicisteis en Castro-Urdiales, y si me equivoco me corriges, que las noticias volarían y las lealtades dudosas se volverían incondicionales. Sin resquicios. ¿Es así o no es así?

Era cierto. Lo dijo. Al poco de llegar, se encargó junto con Feodor, su asistente ruso, de investigar la desaparición de la droga en Castro y las consultas de los dentistas se llenaron de pacientes buscando implantes. El responsable de la zona acabó confesando. Le ofrecieron salvar la vida a cambio de que contara la verdad. Y el tipo cantó de lo lindo. Claro que lo que les reveló no tenía ni pies ni cabeza. Aquel desgraciado les habría contado que había matado a su madre para evitar que siguieran cortándole los dedos de la mano cuando la otra ya era un muñón. No era el traidor, pero, como no había vuelta atrás, eso no impidió que lo soltaran en el Cantábrico en un barril de cemento. En el fondo, era culpable por su falta de diligencia. La única conclusión que el Marrajo extrajo, después de sus averiguaciones, era que aquellos almacenes de la Compañía eran la casa de Tócame Roque. Se entraba y salía sin apenas medidas de seguridad y, más de una vez, hubo hasta peleas en los alrededores

con camellos de la zona. Cierto era que el acceso a la droga estaba restringido al personal de máxima confianza, pero allí confianza era lo que sobraba. Le explicaron que aquellas «guarderías» eran para servir al menudeo y que, por lo general, no acumulaban grandes cantidades de farlopa. Había otras más seguras. Solo en ocasiones extraordinarias se llegaba a tener una cantidad importante. En tránsito. Eso, precisamente, demostraba que no había sido una casualidad que la arramplaran uno de los días con más género almacenado. El que dio el palo, o avisó para que otros lo dieran, tenía buena información.

—A ver, lobo feroz, ¿qué me tienes que contar de la merca que se ha evaporado en el mar? —Vasili se quedó unos segundos con la mirada clavada en los ojos del Marrajo, que tampoco desvió la suya —. Doscientos kilos, seis millones que se han ido a tomar por culo, ¿y tú qué?, ¿has dormido bien? —El Marrajo guardaba silencio. Que el otro soltara todo lo que tenía que largar—. Más te vale que encuentres lo que has perdido. Es un consejo de amigo. Y no soy de dar consejos.

Todas las luces rojas se habían encendido. Estaba a punto de llegar una tonelada de cocaína desde África y la Compañía se hallaba en estado de pánico. No tenían ninguna explicación sobre las desapariciones de la droga en sus propias guarderías y eran muchos los que la estaban esperando. Era verdad que él no se hallaba allí cuando les levantaron la coca de los almacenes, pero en ocho meses no había encontrado ninguna pista del autor de los robos, aunque hubiera apostado por alguien de dentro, compinchado, seguramente, con la competencia. Pero esta vez no tenía excusa. Era él el responsable de la seguridad del transporte.

—Vamos al grano. Quiero datos, no interpretaciones. Explícame todo lo que ha pasado como si fuera un niño. —Vasili, si estaba nervioso, lo disimulaba—. Luego lo tengo que contar yo a otros y no quiero que se me escape ni un detalle.

El Marrajo miró al techo. Fue un gesto automático, la costumbre.

—Tranquilo. La casa está limpia. Además, salvo hoy, aquí no se habla de negocios.

El Marrajo asintió con un leve movimiento de cabeza. Ya sabía que no estaban en casa de Vasili. Nadie salía a recibir a una visita, un mediodía, vestido de media etiqueta y con una mariconera con tres teléfonos y la documentación.

Luego resumió los antecedentes.

El pesquero elegido para el transporte tenía la base en Bermeo y volvía de hacer la última marea del bonito del Atlántico, repleto de pescado. La merca se enganchó cerca de Burela, sin problemas. Todo en orden.

Vasili tomaba notas en una libretita.

El día 11 de octubre, a las doce del mediodía, se envió un mensaje al patrón con unas coordenadas. Ese mismo día, sobre las nueve, máximo diez de la noche, tenían que depositar el cargamento balizado en una red y, dentro de ella, en forma de racimo, los fardos.

—¿Dejaron los paquetes? ¿Eso te consta? —preguntó Vasili.

—Vamos, me consta lo que me cuentan. El patrón sabe cómo funciona la cosa. Ya lo había hecho otras veces sin problemas, ¿no?

El Marrajo le explicó su conversación del día anterior con el patrón. Según su versión, la boya estaba fondeada con un ancla potente, y los fardos, protegidos con una red de seguridad exterior y sujetos a un cable.

—¿Descartamos, entonces, que la cocaína se haya perdido por accidente? ¿Que, con las prisas, la oscuridad y los nervios, el alijo estuviera mal anclado o la boya suelta y se lo hubiera llevado la corriente?

—A mí me ha jurado por todos los dioses que era imposible que los fardos se desengancharan. Claro que imposible no hay nada. —El Marrajo levantó los hombros y abrió las palmas de las manos—. Sigo —hablaba con calma, centrado en los detalles, tal y como Vasili le

había pedido—, a las dos de la mañana salió de Armintza el pesquero que tenía que recoger la carga y llevarla a la playa de Muriola de Barrika. Arrancaron a la hora habitual de echar las cestas para la nécora y el bogavante. No recibieron los datos del GPS hasta las doce de la noche. En Muriola, una furgoneta tenía que aguardar a que llegaran los fardos.

La alarma se disparó cuando los que estaban esperando en la playa para alijar avisaron de que allí no había aparecido nadie. Permanecieron hasta el amanecer de plantón. Luego, cuando le llegaron las noticias, el Marrajo llamó a primera hora de la mañana a los pescadores de Armintza, que le aseguraron que en las coordenadas que se les dieron no había boya y que se habían pasado dos horas dando vueltas por la zona sin encontrar nada.

—Los que venían de Armintza, dime, ¿a qué hora llegaron? —preguntó Vasili.

—A la que habíamos fijado, poco más tarde de las dos de la mañana. Al menos, eso me aseguran.

La conclusión era evidente: si la mercancía la dejaron en su sitio y luego no estaba, había desaparecido entre esas horas.

—Habrá que asegurarse, primero, de que la pusieron allí y, después, de que los otros no se la han llevado. Fácil, ¿no? —Vasili acompañó sus palabras con una mueca que podía pasar por una sonrisa forzada.

El Marrajo asintió con un movimiento de cabeza.

—Vamos a echar cuentas. En total, ¿cuántos conocían el lugar y la hora de la recalada? Según me dices, el patrón del barco, los pescadores de Armintza..., ¿quién más?

—Feodor y yo. Alguno más de los nuestros también sabía que esa noche llegaría un cargamento. En concreto, los que tenían que alijarlo en Barrika. No tenían los datos exactos, solo una idea aproximada del lugar al que llegaría.

El análisis de la situación derivó hacia la posibilidad de que alguien del barco que traía la mercancía hubiera podido avisar a un cómplice para dar un vuelco. En principio, esa hipótesis no era probable, dado que solo el patrón del pesquero disponía de móvil. La tripulación era senegalesa y tenía prohibido su uso. Se les registraba antes de embarcar. Si tenían que llamar a su familia, lo hacían desde el teléfono del patrón. Y nadie llamó después de recibir las coordenadas.

—Podrían haber pasado un móvil de extranjis —dijo Vasili.

—El patrón dice que imposible.

—¿Y ese patrón es de fiar?

—Ya te he dicho antes que habíais trabajado otras veces con él, ¿no? —El Marrajo pareció reflexionar un momento—. ¿Quién es seguro en este negocio? Ahora bien, si él hubiera pasado los datos, quedaba muy expuesto. Y lo sabía. Claro que, por preguntarle en serio, no va a quedar.

—También esos de Armintza han podido llevarse los paquetes.

—No descarto nada, pero me da que no tienen ese perfil. Eran de Basauri o de por allí, nuevos en el oficio, y con muchas ganas de hacer el dinero que no se gana con las nécoras. Pero una cosa es la ambición y otra, pasarse de listo; no se atreverían a robarnos la cartera en la puta cara. Se cagarían en los pantalones.

—No te fíes de los nuevos, que suelen ser muy atrevidos. —Vasili parecía conocer el percal.

—En cuanto Feodor les enseñe las tenazas, veremos de qué pasta están hechos.

—¿Y qué me dices de los buzos esos que han desaparecido?

Vasili abrió el mueble bar. Cogió una botella de vino blanco y la volvió a guardar en el estante. Luego se sirvió un Campari a palo seco en una copa. Eran las dos de la tarde.

La noticia del día era la aparición de una zódiac, en Plentzia, sin sus tripulantes.

—Ya me he enterado. Puede ser una casualidad. —El Marrajo había escuchado la información poco antes de llegar en la radio del coche que lo llevó a Laukariz.

—¿Casualidad? A ver si me vas a explicar ahora el origen de la vida. Es raro de cojones que unos buzos profesionales se pierdan en el mar y la embarcación aparezca intacta.

—¿Qué supones?, ¿que encontraron la coca? —El Marrajo pareció sorprenderse con el razonamiento de Vasili.

—A ver, ¿has dicho «encontraron»? ¿Unos buzos van a descubrir de noche, por puñetero azar, un cargamento? Eso sí que no me lo creo ni de coña.

Para el olfato de Vasili, la pérdida de la mercancía tenía todas las trazas de un vuelco. No le cuadraba que se pudiera achacar el desastre a la incompetencia del patrón ni a la suma de casualidades. En aquel negocio, las casualidades no existían. Sospechaba que la desaparición del alijo estaba relacionada con los robos en las guarderías de Castro y Portugalete. Y, moviendo los hilos, veía las manos de los colombianos o los holandeses, que merodeaban por Bilbao intentando meter el morro en su negocio.

—Los que se han llevado la merca han ido a tiro hecho y me huele que esos buzos están en el ajo.

La conclusión de Vasili era que había de por medio un soplo. Y el círculo de sospechosos eran habas contadas. Manejaba varias hipótesis. El patrón del pesquero pudo llamar mientras se dirigía a Bermeo a un contacto y darle los datos del GPS. A un enlace o a los propios buzos. También lo pudo hacer uno de los pescadores de Armintza y, aunque tenían menos margen de tiempo, no era imposible que hubieran pasado el aviso. Si recibieron las coordenadas a las doce de la noche y llegaron al lugar a las dos y media, alguien que estuviera al acecho tuvo tiempo de arrastrar los fardos a otro lugar.

—Eso sin tener en cuenta que Feodor y tú estabais al tanto del punto del desembarque. —Vasili miró a los ojos del Marrajo buscando alguna reacción que no se le reflejó en sus facciones de perro flaco—. Supongamos que a los buzos les llegó el aviso. Tenían poco tiempo para cargar con los fardos. Engancharon la red y la trasladaron doscientos o trescientos metros y la volvieron a fondear con otra boya o sin ella. Para algo eran submarinistas. Tenían que largarse deprisa. La noche siguiente vuelven. Alguien los espera con un velero o cualquier embarcación y se largan. Sueltan la zódiac para despistar. —Vasili se detuvo sin terminar la frase porque el Marrajo lo interrumpió.

—¿Para qué iban a soltar la zódiac? ¿A quién tenían que despistar? Si había cómplices, lo lógico es que entregaran la carga y se volvieran al puerto sin despertar sospechas.

—Reconozco que lo de soltar la zódiac es algo extraño, sí. —A Vasili se le iluminó la cara con una nueva idea—. Está claro: se los cepillan. Quienes están detrás del vuelco no quieren dejar testigos que los comprometan. En cuanto les entregan los fardos, les dan el pasaporte. De los cuerpos se pueden librar, pero no de la embarcación, así que la sueltan. —Vasili se tomó el Campari de un trago y se sirvió otro culín—. ¿Tú qué dices? ¿Un vuelco?

—Puede ser.

—¿Puede ser? ¡Mira por dónde nos sale este! —Vasili parecía hablar como si otros escucharan. A lo mejor alguien seguía la conversación en la lejanía—. Ya sé que todo puede ser, ¡no te jode! Lo que yo quiero saber es lo que es, no lo que es posible. ¿Eh? ¡Quiero saber quién se ha llevado el cargamento! ¡Dónde está la puta coca! Esta tarde mejor que mañana. Si la merca no aparece, van a sacudir estopa de lo lindo. Después de lo de Castro-Urdiales y lo de Portugalete... Y ahora tú estás en primera línea.

»Te han mandado precisamente para evitar lo que ha pasado. Menudo papelón tienes, majo. —Vasili agarró el bolso de mano y se

dirigió hacia la puerta del garaje. La reunión había terminado—. O sea, a ver cómo resuelves el asunto. Si no eres capaz, llamo a mis contactos y te vuelves echando leches para Andalucía de gayumbero, a bregar con una planeadora. —Se plantó delante del Marrajo, le apuntó con el dedo índice y lo miró como los hacen los auténticos criminales rusos—. Eso si tienes suerte.

«A Andalucía va a volver tu puta madre».

El Marrajo tuvo que hacer un esfuerzo para no sacudirle una patada en los huevos al mamarracho de Iñaki. En todos los años que llevaba en la Compañía, nunca nadie lo había amenazado de forma tan directa y humillante.

—Voy a empezar por Plentzia a ver si me entero de qué noticias hay de los buzos y te digo algo. Luego interrogaremos a todos los sospechosos, uno a uno. Necesito tu número de móvil. El seguro.

—Si tienes ocasión, saluda a tu madre de mi parte —dijo mientras le daba su número de móvil—. Es una mujer encantadora —añadió. Se dio la vuelta y se marchó sin siquiera ofrecerle la mano.

Seguro que el jefe de la Compañía en el norte sabía que el Marrajo no tenía contacto con su parentela. Su hermano se lo habría comentado. O tal vez no. En cualquier caso, si Vasili mencionaba a Alfonso y a su madre, y más en el tono en que lo hizo, era para que tuviera bien presente que, aunque su familia le importara un bledo, la tenían a su alcance. Y esta vez la amenaza encubierta no le extrañó. Ese tipo de advertencias eran normales en la Compañía.

2. Primeras noticias de Txaski

Rufi, el dueño de la taberna La Escotilla, en Plentzia, fue el primero en advertir a la Ertzaintza de que se habían olvidado de Txaski. Todo el operativo de búsqueda estaba centrado en los instructores de buceo, pero él, mientras tanto, seguía en la isla del Fraile. Los buzos lo tenían que haber recogido el 13 y estaban a 14.

Aprovechó que no tenía a nadie en el bar y llamó al 112, SOS Deiak. Allí le fueron pasando con uno y otro hasta que, al fin, logró hablar con un *ertzaina* de la Unidad de Rescate.

—¿Quién dice que está en la isla?

—Txaski.

Explicó que era un amigo de los submarinistas que habían desaparecido.

—¿Ha dicho isla del Fraile? No me suena.

—Bueno, se la conoce más como isla de Villano. Lo que sucede es que los buzos utilizaban el otro nombre que tiene, menos conocido. Lo ponían en la publicidad de sus cursos de buceo porque sonaba más comercial. Al final, todos nosotros usábamos isla del Fraile.

—¿Y qué hacía en la isla?

—Nada. Estar.

Como al *ertzaina* que lo atendía no le cuadraba que alguien se hubiera ido a la isla del Fraile solo a estar, le tuvo que explicar que se trataba de una suerte de desafío, un reto.

—Y dígame, ¿cómo llegó a la isla ese Txaski?

—Lo llevaron ellos.

—¿Ellos?

—Los buzos que han desaparecido, ¡joder! —Rufi se empezaba a impacientar.

Al poco de llamar a Emergencias, entraron algunos clientes al bar, así que ahí se veía él colgado del móvil y sirviendo cafés. Tuvo que explicar que el ruido que se escuchaba era de la máquina.

—¿Y cómo sabe que sigue allí?

—Bueno, lo tenían que haber recogido los buzos. No me consta que nadie haya ido a por él.

Le pidieron el nombre del que supuestamente estaba en la isla, pero el dueño de la taberna solo sabía su apodo: Txaski.

—Si me dejas un rato, a lo mejor doy con alguien que lo conoce mejor.

Le volverían a contactar dentro de veinte minutos.

Rufi consiguió localizar al Moro, un amigo de Txaski. Cuando le llamaron del 112, ya tenía la respuesta.

Álex Alcántara Urrutia. Txaski para todo el mundo. Domicilio entre Lemoiz y Bakio, en un caserío al borde del acantilado, cerca de la cascada de Uredariona. La casa de su abuelo.

Rufi preguntó si necesitaban algún dato más.

—Muchas gracias por el aviso. —El interlocutor parecía que había terminado, pero añadió—: A todo esto, y como curiosidad, ¿qué tiene de interés esa isla como para ir allí solo a estar?

***

La isla del Fraile, o de Villano en el uso más común, es el peñasco con forma de dragón que parece surgir del fondo del mar frente al acantilado de Ermua, en Gorliz. Menos que nunca, isla del Fraile, desde que una decena de años atrás las rocas que semejaban una procesión de frailes fueran abatidas por una tempestad.

Los alrededores, siempre muy concurridos, cuando la mar lo permitía, por embarcaciones de aficionados a la pesca. Una buena

zona para el buceo, por la escasa profundidad de las aguas y con restos de pecios al alcance de cualquier aficionado con un poco de preparación. Allí descansaban los despojos del Cabo Quintres, un barco de cerca de tres mil toneladas embarrancado un día de niebla en los años cincuenta del pasado siglo.

El acceso a la parte alta de la isla resultaba casi imposible, incluso en los días de bonanza. Poco más de una hectárea y media de superficie hostil, encerrada entre paredes verticales y abruptas. Alcanzar la cima era un empeño absurdo, pues no había provecho alguno en los nidos de gaviotas y cormoranes y sí mucho peligro para el intruso, sobre todo en la época de cría, dada la ferocidad salvaje con que las aves defendían su territorio. Las orillas eran territorio de furtivos que solo se acercaban, con las mareas vivas, en busca de percebes.

Nadie en su sano juicio se quedaría en la isla a pasar el día. No digamos diez días. Solo Txaski.

Padraig y Koldo, los instructores de buceo, se habían comprometido a recogerlo justo el día que desaparecieron.

Nadie sabía si Txaski estaba vivo o muerto, si se había evaporado como los otros dos o, en el mejor de los casos, si tenía comida o agua. Bueno, agua de lluvia seguro que sí. Once días totalmente solo. En una isla desolada. Cercado por la tempestad.

***

Desde el momento en que se conoció la aparición de la zódiac sin sus ocupantes, patrullas de la Ertzaintza y algunas decenas de voluntarios comenzaron a recorrer por tierra los acantilados. Ninguno de los rastreos dio el menor resultado.

Al día siguiente, cuando corrió la noticia de que, al parecer, Txaski continuaba allí, varios cientos de personas se acercaron hasta la cima de Ermua o, como mínimo, al faro de Gorliz, para observar si

en la isla se veía por alguna parte al prisionero del mar enfurecido. «Hay que estar chalado» era lo más suave que se escuchaba.

Desde luego, tenía su morbo contemplar cómo los maretazos superaban las escarpaduras hasta salpicar con fuerza salvaje una cumbre de casi cuarenta metros, sabiendo que alguien estaba en la isla, en medio de aquel turbión.

Los mirones se dejaban los ojos en los prismáticos sin advertir señales de vida entre los peñascos golpeados por las olas gigantes.

—Seguro que la ha diñado. —No faltaba la apostilla de algún versado en desgracias para infundir optimismo.

La Unidad de Rescate, según declararon sus responsables a los medios de comunicación, hacía lo que podía, que no era mucho. El punto de mira se centró en la isla del Fraile desde que se tuvo conocimiento de que allí había alguien atrapado y en evidente riesgo. Tampoco era del todo descartable, apuntaron fuentes de la policía, que en la isla estuviera la respuesta a la desaparición de los buzos. ¿Se habrían refugiado entre las rocas después de sufrir un accidente? Era una posibilidad. Remota, eso sí. Las embarcaciones de salvamento habían pasado muchas veces cerca de la isla sin percibir señal alguna que llamara su atención. ¿Acaso estarían heridos? ¿Se habrían guarecido en el interior de una gruta y estaban acorralados por el mar? Y el tal Txaski, ¿dónde se había metido?

El problema era que las olas impedían a las embarcaciones aproximarse a la costa para que los buceadores pudieran alcanzar alguna de las calas minúsculas que a ratos asomaban entre las masas de agua. Una muralla inabordable de rocas de cantos afilados y relieves ásperos defendía la ribera. Resultaba inútil arriesgar a los agentes a sabiendas de que nada se podría hacer. Habría que esperar a que la tempestad diera tregua.

Por fin, cuatro días después, en una pausa del temporal, el helicóptero de la UVR consiguió que un agente se descolgara sobre la irregular meseta que culminaba la isla entre precipicios. Veinte

minutos después encontró a Txaski medio inconsciente en el interior de una pequeña gruta. Llevaba puesto un traje de neopreno y ardía de fiebre.

—¿Has visto a Padraig y a Koldo? —le preguntaron dos *ertzainas* nada más descender a tierra el aparato.

Txaski, sumido en los sopores de la calentura, negó con la cabeza.

***

En la UCI del Hospital de Urduliz, la fiebre y la medicación lo tuvieron la mayor parte del tiempo atontado. Uno de los días, un enfermero le preguntó si ya había vuelto de la Polinesia. Txaski no era capaz de entender a qué se refería. El otro, con una sonrisa, le comentó que le escuchaba muchas veces hablar en sueños de un velero y de la Polinesia. Y también de Sakone.

—¿Qué más he dicho?

El enfermero solo había entendido eso entre los balbuceos del enfermo.

Txaski se tranquilizó. No se le había escapado nada importante. Cerró los ojos y, por primera vez, en el duermevela que siguió, sus pensamientos abandonaron los tormentos de la isla para instalarse en los acantilados de su caserío. Los recuerdos le llegaban revueltos, se quedaban unos instantes o, tal vez, durante horas, se perdían y volvían y le sosegaban el ánimo.

—¿Siguiendo por ahí se llega a la Polinesia?

Txaski apuntaba con su dedo infantil el mar Cantábrico, con la Polinesia, ya entonces, entre ceja y ceja desde que vio en el cine *Rebelión a bordo,* la versión de Mel Gibson y Anthony Hopkins.

—Por el mar se va a todas partes —le respondió el abuelo.

Tendría seis o siete años. Era en Semana Santa. Puede que ya hubiera estado allí otras veces, de más pequeño, pero aquel día fue

consciente de lo que veía y también de que llegó a una conclusión en apariencia absurda: que la nada y la libertad eran la misma cosa.

Tenía grabados muchos detalles de aquel primer viaje. El descenso hacia el caserío en el asiento trasero del Mercedes negro que conducía su padre por el camino lleno de baches que bordeaba el acantilado; los tramos en el que el mar aparecía de repente para esfumarse, también al instante, de la vista. Su madre no dejaba de repetir desde que salieron de Bilbao que aquel agujero estaba en medio de la nada. ¿Un agujero en la nada? No era capaz de interpretar aquellas palabras. Ya sabía que lo iban a dejar allí a pasar las vacaciones y le inquietaba encontrarse con un caserío suspendido en el aire o en el vacío de un hoyo, pues no podía imaginarse la nada con otro significado que no fuera la pura inexistencia. Pero no. Resultó que Sakone estaba rodeada por los bosques y el mar; para su madre, ceros a la izquierda, sin valor que considerar. Y, en medio de aquella nada, Txaski empezó a descubrir algo parecido a la libertad.

La primera impresión del caserío, sobre el acantilado, y el Cantábrico detrás le dejó con la boca abierta. Luego llegaron los olores de la hierba cortada en el jardín y del humo de una fogata. Aromas nuevos que nunca había percibido. Le gustó todo.

El señor serio de pelo muy blanco que le saludó con un golpecito en la espalda era Esteban, su abuelo. No le dio un beso ni un abrazo. Solo una palmada.

—Aquí te dejamos a este salvaje a ver si lo domesticas.

Edurne Urrutia, su madre, no tardó ni cinco minutos en largarse de allí. Su padre, el notario, ni se bajó del Mercedes.

A partir de aquel día iba a regresar a Sakone todos los fines de semana y las vacaciones. Siempre en un taxi.

No lo enviaban a que disfrutara del paisaje. Solo querían librarse de su presencia.

Y él encantado.

Más de treinta años yendo y viniendo los fines de semana cuando pequeño, los veranos de adolescente y de pensión completa desde que cumplió los dieciocho. Txaski había crecido rodeado de aquella naturaleza virgen. Un territorio sin secretos para él. Y dominaba todo aquel pedazo de costa salvaje como nadie, salvo los Urrutia, lo hizo jamás.

Lo mandaron allí a que lo domaran y muchas veces pensaba que el abuelo, en verdad, lo había domesticado.

A él, los castigos, las amenazas, los pellizcos de las profesoras en la guardería infantil, los berrinches de su madre o los golpes que recibió no le hicieron nunca recular. Ni doblegarse. Sin embargo, el abuelo lo había amansado. Tenía que reconocerlo: el abuelo era un domador de primera. Acaso porque las reglas de Esteban no se imponían a golpes o a gritos, sino al ritmo de sus silencios. Tal vez porque dominaba el arte de callar y esperar. Y de predicar con el ejemplo.

3. El Moro Vizcaíno

El autobús iba lleno. Era el último del día que salía directo desde Bilbao.

Peru Mendieta se había sentado en el asiento del pasillo de la tercera fila. Tenía la esperanza de que la joven morena, dueña de unos ojos verdes que se le asomaban por encima de la mascarilla, se sentara junto a él. La había visto en el andén y parecía no tener compañía. Cuando la chica pasó a su lado, hizo amago de levantarse, pero ella se perdió hacia el fondo del autobús sin siquiera mirarlo.

—¿Me dejas pasar?

Iba a contestar que no, pero dudó y un instante fue suficiente para que una chica corpulenta le conminara a levantarse haciendo tapón en el pasillo. «Menos mal que el viaje es corto», pensó. Se miraron como midiéndose y, acto seguido, empezaron a disputarse con los codos el espacio del reposabrazos común. Ella fue más rápida.

La chica llevaba una mascarilla con una boca roja gigante dibujada en forma de corazón; él, una negra con dos tibias cruzadas.

Un bebé berreaba como un demonio justo en el asiento de atrás. Se levantó y ojeó el autobús. No había ningún asiento libre. No tenía otra opción que aguantar a la gorda y la música del crío.

Ella lo miró y Peru supo que le sonreía, por la forma en que le brillaron los ojos. Él, sin pretenderlo, devolvió la sonrisa sin saber lo que su mirada había reflejado.

—¿Qué? ¿De vuelta a casita? —dijo ella.

Allí había conversación.

—No, por cierto. Voy a Vitoria a suicidarme —respondió Peru.

—¡Ja, ja! Los gordos no nos suicidamos. Nos morimos de un infarto y cosas así. Más prosaicas.

A la chica le volvieron a brillar los ojos. Irradiaba simpatía a pesar de la horrible mascarilla con la boca roja dibujada.

Le hubiera apetecido contestarle que él no era gordo y que sus ciento veinte kilos estaban bien repartidos en ciento noventa y dos centímetros. Se fijó en que la tripa le sobresalía por encima del cinturón de seguridad y supuso que debería hacer algún deporte. O dejar de darle a la cerveza.

El autobús se detuvo justo cuando habían pasado el peaje de Arrigorriaga. Delante, una larga caravana de vehículos anunciaba que había retenciones.

—Me parece que tenemos para rato. Algún accidente. Vaya mierda. —La chica se incorporó en su asiento para mejorar la visión del atasco—. No se ve nada.

A Peru no le importaba el retraso. Ya le esperarían.

—A todo esto, me llamo Loli.

—Yo soy el Moro.

—Eso será un mote.

—Tú llámame así y yo atiendo.

A Loli le parecía extraño que no le molestara que lo llamaran Moro. En su ambiente, se utilizaba para insultar: moro, negrata, payoponi...

—Al contrario, estoy muy orgulloso.

Desde luego que aquel tipo con ojos azules, melena y barba rubias no tenía pinta de ser del Magreb. Ella se quedó mirándolo y la pregunta parecía tan explícita que la respuesta no se demoró.

—Lo de Moro te choca, ¿eh? Suele pasar. Bueno, es una larga historia.

Los ojos claros de Loli se iluminaron de nuevo en la penumbra del autobús. Estaba muy pálida. O, tal vez, consideró el Moro, era el efecto de las luces interiores.

—Tenemos tiempo, ¿no?

A Peru Mendieta la cháchara le venía al pelo, le distraía de otras preocupaciones.

—Versión abreviada. —Mendieta sacó su móvil y en unos segundos accedió al blog de un conocido suyo—. Mira lo que dice: «Un joven de Bilbao repetirá el viaje que en el siglo XIX hizo José María Murga, el Moro Vizcaíno, siguiendo su misma ruta».

En el sitio web se reproducía un artículo de un periódico en el que aparecía Mendieta con veinte años menos y bastante espigado.

—*Joe,* ¡qué pinta, tú! —Loli soltó una risita—. Has mejorado bastante desde entonces.

Nunca había oído hablar de aquel personaje. Luego abrió Google en su teléfono y leyó un buen rato.

—Pues es verdad. *Joe,* qué tío. Dice que se hizo llamar Hach Mohamed el Bagdady. Y que llegó a ser diputado general de Bizkaia. Y a ti, ¿cómo te dio por eso?

Era pariente lejano de su madre o eso decía ella. La verdad era que tenían fotos y libros suyos en casa. Algo que no era raro, lo de los libros, dijo, porque su familia materna tenía una librería en Bilbao desde hacía cien años. Pero era verdad que aquel Murga vivió una aventura increíble por el norte de África. El tipo alucinaba con el mundo árabe.

El Moro miró a la chica.

—Créeme si te digo que ese hombre era mi ídolo de niño. Como para otros chavales Superman. Por eso me llaman el Moro desde que era un crío.

Loli volvió a Google y siguió leyendo durante un par de minutos.

—¿Y lo conseguiste?

—¿Si conseguí qué?

—Lo de hacer su ruta.

El Moro no sabía cómo terminar de contar la historia. El autobús avanzaba unos metros y frenaba de golpe, provocando cada vez una

sacudida a los pasajeros. Se quedó un momento callado y, al final, le hizo un resumen apresurado. Dejó caer que anduvo casi tres años por el Magreb, pero solo unos meses fueron agradables.

—¿Y eso? —Loli estaba enganchada a la historia.

—A ver cómo te lo explico... Bueno, esto... Vale. Te lo voy a resumir: cuando cruzaba el Sáhara, me capturaron unos tuaregs que eran yihadistas. Y hasta ahí puedo contar.

El Moro, con medias palabras, le explicó que se pasó dos años y pico, en el desierto, secuestrado.

Justo a sus espaldas, el niño berreaba como un condenado. Ganas le daban de volverse y decir a sus padres que se fueran a la puñetera calle, a ver si con el aire se le pasaba el berrinche al nene.

—¿De verdad? ¿En el desierto? ¡No fastidies! ¿Y cómo es que te soltaron?

Aquella chica era insaciable. A ver qué final encontraba.

—Me rescataron. Oye, Loli, para, que no puedo...

—¿Pagaron un rescate?

«¿Un rescate? ¿Qué le iba a decir? ¿Que sí o que no?».

El Moro guardó silencio unos segundos mientras miraba las luces de los coches detenidos que se veían por el parabrisas del autobús. Luego dijo lo primero que se le ocurrió:

—Una operación de la OTAN.

—¿La OTAN?

—No me tires de la lengua.

No esperó a que le fuera sacando las palabras. Peru miró a los lados, como para cerciorarse de que nadie escuchaba. Luego, acercándose al oído de Loli, le susurró:

—Me intercambiaron por un miembro de Al Queda que estaba en Guantánamo.

—¡Ostras! Pues no sé a santo de qué viene tanto misterio. Saldrías en todas las teles y los periódicos.

—Para nada. Los canjes de rehenes se llevan con absoluta discreción. Oficialmente, no hay intercambios. No quieren dar pie a los secuestros.

—Algo tendrían que explicar cuando te soltaron.

—Ni siquiera se publicó que me habían apresado. Es un secreto de Estado y de Occidente entero. O sea, si no quieres líos, lo mejor es que cierres el pico.

La mirada de Loli no daba señales de vida. Sus ojos color de miel se habían quedado sin chispa. Aquel tío le estaba vacilando. Seguro que sí. Le daba que era un guasón. Claro que había visto lo del periódico. ¿Qué importaba? Ya sabía que las historias más interesantes se salpimentaban con adornos. La cuestión era pasar el rato.

Se observaron unos segundos buscando encontrar en las miradas los pensamientos del otro. El Moro rompió el ensimismamiento en el que se habían sumido.

—¿Y a ti?, ¿no te va la aventura?

Un frenazo brusco del autobús hizo que Loli se cagara en la madre de alguien.

—¿La aventura, dices? ¡Ja, ja! Claro que sí, la aventura de vivir.

—De eso se trata.

—Voy a matizar, mi aventura es la de sobrevivir —dijo Loli.

El Moro pensó que era lo mismo, pero no quería entrar en cuestiones filosóficas.

—Un matiz interesante. ¿A qué te dedicas?

—Estoy en el paro. Ayudo a mi padre en su negocio.

—¿Es empresario?

—Si tú lo dices... Tiene un videoclub en el casco viejo.

—¿Un qué? —El tono de la voz del Moro hizo que una señora que se había quedado medio dormida en el asiento del otro lado del pasillo se sobresaltara.

—¡No te asustes, hombre! Un sitio donde se alquilan pelis.

—No fastidies, ¿un videoclub? ¿Eso existe todavía?

—Ya te digo yo que sí.

—¿Y la gente va?

—Unos pocos. Además, vendo chuches.

Al Moro la palabra «chuches» se le había quedado anclada en un pasado remoto. Ahora tenía otras acepciones.

—¿Chuches? ¡Je, je! ¿Para niños o para mayores?

—Venga, para el carro. Son para todos los públicos. ¿Y tú qué haces?

—Soy comercial.

Sonaba mejor que explicar que en la Seguridad Social figuraba de alta como dependiente de una librería por la que aparecía de vez en cuando. El comercio de su familia.

—¿Trabajas para alguna empresa?

—No, qué va. Por mi cuenta.

—¿Y qué vendes?

—De todo un poco.

No era cuestión de presentarle el catálogo. A lo mejor Loli se bajaba del autobús y echaba a correr.

4. Un lobo no es un ternero

Jimi el Marrajo había nacido para deshonrar a su parentela, pero a lo grande. Desertar de su familia era el precio que debía pagar para convertirse en un millonario, un capo de la droga. Ya había hecho lo mismo su tatarabuelo, el negrero, que era la gloria más celebrada de la dinastía Barandiarán.

Cuando le dijeron que tenía que ir al norte a poner orden, la idea no le gustó. Allí quería volver hecho un señor, no como un matasiete. Le insinuaron que era una buena ocasión para redimirse y subir un par de peldaños en el escalafón. Y aunque puso mala cara no le quedaba otra: o a Bilbao, o a la puta calle.

Llegaba, con menos de mil euros en el bolsillo, y si tuviera tarjetas de visita tendría que presentarse como un matón de la mafia rusa, una organización que llamaban la Compañía y no precisamente la de Jesús. La mayoría de los dirigentes de la banda eran rusos, lógicamente, y si se había juntado con ellos era porque en aquellos negocios en los que estaba metido, o se andaba acompañado, o no se andaba.

Sabía que los rusos lo habían encasillado como un tipo tirado para adelante, con poca capacidad de organizar operaciones complejas, más allá del transporte, y muy dado a cagarla cuando tenía alguna responsabilidad entre manos. No contaban con él, salvo para pegar sopapos e infundir el temor entre propios y extraños. Sentía que lo trataban con desprecio. Que no valoraban su olfato, su sentido de la orientación en el laberinto del narcotráfico. Solo Feodor lo respetaba. O, por lo menos, eso le parecía, aunque, a lo mejor, solo lo espiaba.

Muchos años viviendo en el lado oscuro, con poca suerte, le parecía, aunque tampoco mala del todo, pues no había pasado por el hospital ni por la cárcel. Ni siquiera tuvo un roce con la pasma ni para un control de alcoholemia. Bueno, uno tuvo, cuando lo de Larache, pero salió bien librado. Demasiados peligros y poco rédito, eso sí. Veinte años haciendo oposiciones para capo del narcotráfico, con varios másteres en su currículo, le habían servido para alcanzar un título de catedrático *honoris causa* que no se había traducido en euros, en dólares o en criptomonedas.

Al poco de llegar a Bilbao, se dio un paseo por su Neguri natal. De estricto incógnito y desde una distancia prudente, echó un vistazo a la residencia de su familia, los Barandiarán. El palacete, de evocaciones medievales, reinaba en medio de la colina, arrogante, inmune al paso del tiempo. Por unos momentos, se quedó aturdido contemplando sus muros de sillería, las dos torres laterales, el porche de tres arcos, los balcones de piedra y rejería, las puertas de molduras escalonadas... Cuando él era niño, la familia se asomaba a aquellos ventanales, o al jardín, y oteaba la bahía del Abra o la margen izquierda de la ría del Nervión como si fueran suyas. Él también miraba, pero aquel horizonte se le quedaba escaso.

No quería aproximarse demasiado. No podía llamar a la puerta de aquella mansión y preguntar por su mamá con la esperanza de que lo tratara como al hijo pródigo, aquel de la parábola, y ordenara matar un cordero, ¿o era un novillo?, para celebrar su regreso. Le hizo gracia pensar que en aquella casa nunca hubo corderos ni vacas y que a lo más que podría aspirar era a que su madre ordenara sacrificar uno de sus muchos gatos y ofrecérselo como presente. ¡Un gato iba a matar su madre! ¿Para honrar el regreso de un hijo que había sido su pesadilla? En otro cualquiera, contemplar la casa donde creció, verla tan cerca y tan lejos, hubiera provocado una sensación de nostalgia. En el Marrajo solo anidaba el resentimiento. Hacía mucho tiempo que su foto estaría borrada de los álbumes

familiares. Las puertas se le habían cerrado muchos años atrás. Y no le importaba nada.

El paseo por la playa de Ereaga hacia el Puerto Viejo de Algorta le trajo buenas vibraciones. Y también muchas malas. «Qué tiempos», se dijo; y la evocación le hizo recordar que no fue un camino de rosas el abrirse paso hasta hacerse respetar en ambientes impropios para un chico de familia de tantos posibles.

Se fijó en que los jóvenes que pasaban a su lado le sacaban dos o tres palmos de altura. Y es que las nuevas generaciones parecían crecer al ritmo del reguetón y de la comida basura. No le impresionaban. «Seguro que esos gilipollas me consideran poco menos que un tarado. Ya me gustaría ver de qué pasta están hechos». Ya se encargó, cuando era un crío, de demostrar a los chavales del colegio que un lobo no tiene necesidad de alcanzar el tamaño de un ternero.

Aquel día, en el viaje de vuelta de Neguri a Bilbao, al Marrajo se le empañaron los ojos. Se mordió con rabia el labio inferior hasta hacerse sangre. Le carcomía la furia, la impotencia de no ser nadie. El comprobar de dónde venía y dónde estaba. Él, que había escapado de allí para volar más alto que los demás, era poco más que una sabandija que se arrastraba a ras de suelo. O, peor aún, un bicharraco insignificante entre los muchos que pululaban en las catacumbas del narcotráfico.

No podía esperar más tiempo. Tenía que jugarse el todo por el todo y qué mejor momento que aquel, en el que su todo era una birria que tendía a nada.

5. El reto

Cuando Txaski conoció a Padraig y a Koldo, presintió que ellos eran los compañeros ideales de aventura. Fue un flechazo. Tenían amistad con el Moro y solían parar en el bar La Escotilla a echar unas birras. Koldo era de Plentzia, más o menos de su edad, y Padraig de Howth, cerca de Dublín. Se conocían desde años atrás, cuando coincidieron en Mallorca. Se habían hecho inseparables y ahora Padraig vivía en la Villa. Ellos eran aventureros con todas las letras, no como él, que no pasaba de Asturias o Bretaña con su velerito de seis metros. No les daba por contar batallitas, pero a veces, si alguien les tiraba de la lengua, hablaban de su vuelta al mundo durante dos años, cuando Koldo aún no había cumplido los veinticinco, con detalles que ponían verde de envidia a Txaski. Padraig rondaría entonces los cincuenta y tenía un cuerpo atlético y una sonrisa pícara. Ellos vivían tranquilos, con las clases de buceo y sin complicaciones. Los alrededores de la isla del Fraile eran su lugar predilecto para sumergirse. Había pesca, barcos hundidos y poca profundidad. Entre la isla y el acantilado de Ermua, el fondo no pasaba de las cinco brazas.

Txaski los interrogaba a fondo, pedía detalles de sus expediciones y cuando les preguntaba si repetirían el viaje y, tal vez, quedarse en la Polinesia para chartear un velero, sonreían, se miraban y contestaban que a lo mejor sí, pero no como la otra vez, que fueron con lo justo, mal equipados y sufriendo lo suyo. De ir, había que ir en condiciones.

A la primera que tuvo, les soltó que, si pensaban en un proyecto, contaran con él. Su propuesta sonó casi a ruego y nada más

expresarla se arrepintió, pues aquella forma de hablar le pareció ajena. No le dijeron ni que sí ni que no. Aunque la sonrisa de Padraig le dio esperanza.

A veces, cuando salían todos juntos del bar, Paddy caminaba a su lado y le preguntaba cosas de surf o sobre qué tal le iba con su bote. Koldo, al contrario, parecía renuente a los apartes, se mantenía alejado y solo cuando el irlandés se quedaba rezagado con Txaski se iba hacia ellos para interrumpir la conversación, sin preocuparse de qué estuvieran hablando.

Siempre que tenía ocasión, Koldo hacía algún comentario sobre la pasta que costaba un buen velero, la dureza de los viajes y de que no todo el mundo estaba preparado. Para cuando hicieron su travesía oceánica, ellos ya habían navegado muchas millas.

—Ya sabes que un barco saca lo peor que llevamos dentro. No es fácil convivir. Lo importante es ir con gente templada y con mucha capacidad de sufrimiento. —Y miró a Txaski, que se dio por aludido.

—¿Qué clase de sufrimiento?

—Todo el que te esperas y el que no tienes previsto: frío, calor, temporales..., enfermedades. Puede que hasta hambre y sed —insistió Koldo—. No todo el mundo da la talla.

¿Lo veían blandito?, ¿sin capacidad para aguantar? Cuando oía comentarios como esos, le llevaban los demonios. El día que salió el tema de la isla del Fraile y de que nadie sería capaz de vivir allí tres días, él, sin inmutarse, aseguró que aguantaba diez y sin comida. Se iba a enterar Koldo de quién era él.

El puto rumano que llevaba dentro.

6. El león y la hiena

Para relanzar su proyecto vital, el Marrajo necesitaba empezar con algo potente. Y lo potente se traducía en arriesgado. Su antepasado, el negrero, se fue a Cuba con las manos en los bolsillos y volvió cargado de pasta.

—Un gran emprendedor —decía su padre.

—Un traficante de esclavos —solía soltarle un chaval de la vecindad que se jactaba de que su familia era rica desde siempre jamás.

A lo mejor suponía que, con aquella revelación sobre el origen de la fortuna de los Barandiarán, le hacía de menos, lo agraviaba. Nada más lejos. A él el abuelo negrero le parecía un modelo que seguir. Un tipo que los tenía bien plantados.

«Una pena que no haya comercio de esclavos», solía lamentarse el Marrajo en su adolescencia. Claro que había otros negocios en los que se facturaba mucho. Jugándosela, por supuesto. Echándole huevos.

Quién le iba a decir que su hora, la ocasión que buscaba, había llegado y, qué casualidad, en su tierra. Justo cuando menos la esperaba.

Para volar por libre y tratar de tú a tú con moros o colombianos, que eran mayormente los que estaban al frente de las fuentes de suministro, se necesitaba pasta y organización. Él no tenía nada de eso. Había bregado mucho sin ton ni son. Con poca suerte, pensaba, aunque otros opinaban que todo lo que le sobraba de olfato le faltaba de director de empresa.

«Lo que yo hago es pura artesanía». Ese comentario lo deslizó en una conversación a un colega brasileño con el que había alcanzado

confianza. Ya sabía el *brasileiro* que el Marrajo se había especializado en seguridad en el transporte de estupefacientes. Y que a esas alturas de su vida conocía el negocio como pocos. Sobre todo, cómo mover la mercancía. Desde contenedores hasta gomas, pasando por drones submarinos. Dominaba los vericuetos del puerto de Algeciras como el patio de su casa. Y, en especial, cómo camuflar la reina de los narcóticos, la coca. El brasileño, que se estaba ganando una reputación en la distribución de cocaína al por mayor, estaba muy impresionado con el bagaje que atesoraba el Marrajo. Sobre todo, el control de trabajadores del puerto y cómo se las ingeniaba en las operaciones de tráfico más sofisticadas. A él también le interesaba conocer cómo se obtenían los códigos para abrir un contenedor, sacar la droga y luego poner unas bridas de precinto idénticas a las rotas, para después volver a cerrar el contenedor y que en el control de salida no saltara la alarma. El Marrajo le daba al carioca clases teóricas sin poner en sus manos información confidencial.

—Dicen que tengo dotes de vidente para detectar cuándo un contenedor «preñado» está «marcado». Esos que están dispuestos para que, cuando se toquen, te salte toda la pasma encima. Solo es oficio; si quieres, llámalo olfato profesional.

Todo su currículo no le sirvió al Marrajo cuando las cosas se torcieron. Un par de fallos, o solo mal fario, en operaciones importantes le colocaron en una posición límite.

—Necesitas un descanso. Estás muy visto. —Unas palabras que lo mismo querían decir que lo sentaban en el banquillo de los reservas o que lo mandaban a buscarse la vida a otra parte.

Y tuvo suerte, o eso supuso, de que lo reconvirtieran en una especie de jefe de guardaespaldas y matones, con Feodor de ayudante principal. La alternativa hubiera sido tener que ganarse el pan por su cuenta y era bien consciente de que, en el narcotráfico, andando solo, lo más que se alcanzaba era convertirse en un camello de tercera.

Vigilar a los suyos y ahuyentar a los contrarios. Y se le daba muy bien. Sus jefes parecían más que satisfechos. Y no porque fuera una prebenda lo de la seguridad. Hasta pocos años atrás, si un alijo no aparecía, se iba de frente, se dialogaba, se negociaba; en los nuevos tiempos, de buenas a primeras, se entraba a matar. Y era porque, en la selva de los traficantes, cada día había más carroñeros que depredadores. «Demasiadas hienas para pocos leones», solía comentar el Marrajo. Él lo veía muy claro: era mucho más sencillo robar a otros la mercancía que traerla desde un sitio que estaba en el quinto coño, a ocho mil kilómetros, con toda la logística que algo así implicaba. Un soplo en el momento oportuno y volaba un cargamento en las narices de su dueño. Pero estos vuelcos tenían resaca: eran la causa principal de los ajustes de cuentas y la violencia. Se perdían unos kilos y se picaba hasta a los jefes. Ese era el campo de juego en donde el Marrajo tenía que bregar. La Compañía, su organización, era de las serias, de las que cazaban las piezas. No robaban a la competencia. A ellos, sin embargo, las hienas los intentaban desvalijar un día sí y otro también. Y se perdía tanto, o más, por ese lado como por el de los decomisos de los picoletos o los agentes de vigilancia aduanera.

No podía decir que su trabajo le desagradara y, además, tenía buenas cualidades para ejercerlo. Lo malo era que no se llegaba a ninguna parte. Solo al hospital o al cementerio el día que vinieran mal dadas. Por aquel camino nunca iba a pisar la cumbre que alcanzó su antepasado, el negrero. Ni a pasar por encima de sus hermanos, tan listos, tan guapos, tan rubios ellos.

No estaba seguro de en qué momento tomó la decisión. Si fue cuando volvía hacia Bilbao, la tarde que visitó Neguri, al sentir la sangre en los labios que se había mordido, o en el mismo instante en que se encontró con la mansión de su familia y la playa de Ereaga; cuando tuvo delante el Abra y el monte Serantes: el

horizonte insípido de su juventud que le hizo sentirse un tío de mierda.

Jimi el Marrajo cumpliría con su destino.

Sería Jimi la Hiena.

***

La música sonaba bien, tocaba ponerle letra.

Y tenía que ser ahora o ahora. Y actuar deprisa, con decisión.

El plan tenía su miga. Sobre todo, porque había muy poco tiempo y muchos cabos que atar. Lo primero, hacerse con el alijo: doscientos kilos de cocaína. Lo segundo, colocar la mercancía. Por de pronto, ya tenía un comprador de garantía para dar salida a la farlopa, lo que no era moco de pavo. No haría preguntas. Su amigo el brasileño se lo había montado a lo grande en Madrid. Podría asegurar que eran amigos íntimos, con el matiz de que «amigos», entre narcos, significaba provecho común y ayuda interesada, no un hombro en el que llorar las penas. El brasileño era capaz de colocar una tonelada, llegado el caso, siempre que la coca estuviera a buen precio y sin cortar. Ya estaba avisado del plan, sin demasiadas precisiones, y dispuesto a participar.

Para preparar el vuelco, necesitaba información, alguna coartada y unos compinches. La información ya la tenía. Él era el encargado de establecer el día, la hora y el lugar donde la droga se depositaría. La coartada era un problema de primer orden. Cuando se diera el vuelco, iban a saltar chispas. ¿Qué falló?, ¿quién había dado el soplo? Todo serían preguntas. Él también estaría en la diana de los sospechosos. La cuestión era encontrar una salida, un culpable. Tenía la ventaja de que el autor, o el colaborador, de los vuelcos sufridos en las guarderías permanecía sin ser identificado. Tal vez le sería posible encontrar un chivo expiatorio entre la tropa que trabajaba para la Compañía. Hacerle confesar y trasladar la

responsabilidad a la competencia de hienas, que estaba muy activa. Echar la culpa a un desgraciado y a los holandeses o los colombianos, o a quien se pusiera a tiro. No lo tenía resuelto, pero estaba convencido de que, como en principio, él sería el encargado de investigar el vuelco, ya encontraría a quién cargarle con el mochuelo. Por si las moscas, debía tener previsto un plan B para darse el piro a las primeras de cambio si las cosas se ponían feas. Sabía por experiencia que hasta en el infierno había que tener localizada la salida de emergencia. Madrid podría ser un buen refugio. La Compañía no trabajaba en la capital de España. Y allí, con la pasta que iba a sacar, se podría asociar con su amigo el brasileño. Y cambiar de nombre y hasta de cara. A lo mejor hasta se teñía de rubio.

Seguro que llevar esclavos de África a Cuba era más complicado. Y con mayores riesgos.

Lo que más le urgía era encontrar colaboradores bregados y de confianza. ¿A quién conocía él en Bilbao que pudiera echarle una mano? A nadie. Tenía a Feodor y no era seguro: a lo mejor no estaba dispuesto a jugársela a los rusos.

De pronto, le vino a la mente la figura de su antiguo colega de trapicheos: Peru Mendieta, el Moro. No sabía nada de él desde el desastre de Larache. El Moro se comió el marrón y él se escapó de chiripa. Tuvo la fortuna de que su familia conocía al embajador de España y pudo salir intacto de aquella encerrona. Claro que perdió el velero, que, según supo meses después del viaje, lo encontraron en Portugal para el desguace.

Esperaba que el Moro no le guardara rencor.

7. Goizeko Izarra

El Marrajo no sabía cómo localizar al Moro. La mejor opción le pareció vigilar la casa de los Mendieta, en Particular de Estraunza, en el centro de Bilbao, por si acaso el Moro seguía viviendo con sus padres.

Deambuló unos días por la plaza de Campuzano y Gregorio de la Revilla hasta que se cansó y decidió pasar a la acción. Se acercó al portal y tocó el timbre.

—¿Está Peru? —preguntó con la voz más inocente de la que era capaz.

—¿De parte de quién? —contestó una mujer.

—Soy un amigo que quiere saludarle.

—Si me dice su nombre, se lo diré cuando llegue. —Sin duda, no era la madre del Moro. Tenía acento sudamericano.

—¿Vendrá a comer?

—Pues según. Unos días viene y otros no. ¿Quién le digo que preguntó por él?

Se largó sin responder y se instaló en un *pub* irlandés cuyas ventanas daban a la puerta de entrada de la casa que acababa de visitar. Tuvo suerte, una hora después lo vio llegar. Había cambiado mucho. Era igual de grande, pero ahora estaba gordo y llevaba unas greñas y una barba como de hípster. Más bien, de *hippy* de los años sesenta del siglo xx.

El Marrajo llevaba una gorra de béisbol y vestía como un jovenzuelo. Siempre había sido un tirillas, con cara de avinagrado.

Se acercó por detrás, a un metro del Moro, y lo llamó por su nombre de pila. El otro se llevó un sobresalto. Nadie le llamaba así,

salvo su familia. No lo reconoció. El Marrajo tuvo que quitarse la gorra y forzar una sonrisa que apenas logró disimular su pinta de macarrilla.

—¡La hostia! Jimi, ¡¿de dónde coño has salido?!

Se dieron un abrazo.

—A lo mejor me ha traído el destino.

El Marrajo pronunció «taggaido».

—No sé si te habrá pegado el acento andaluz, pero lo que es lo de las erres lo llevas igual.

—Allí, para los de fuera, paso por local. Lo otro, ya me lo intentaron quitar, pero ya ves.

El Moro no sabía de dónde le venía a Jimi el apodo de Marrajo. Él tampoco solía explicar por qué sus compañeros del colegio alemán le apodaron así. Un día contó que su padre había pescado un tiburón, un marrajo. «Magggajo», se esforzaba Jaime en decir, para burla general. Y perseveraron mucho en disimularle el rotacismo sin éxito. El mote tampoco le desagradaba. Era un tiburoncito. Marrajo sonaba a tipo peligroso. Y le convenía, porque desde niño se había marcado un estilo propio: fumaba, bebía, se escapaba de clase, no iba a la iglesia. Si le hubieran preguntado por qué le daba por ir a contracorriente, no habría sabido explicarlo. La cuestión era que él se sentía a gusto juntándose con lo peor de cada casa, tanto en el colegio como fuera de él. Su madre se flagelaba preguntándose la razón por la que el crío se comportaba como si hubiera nacido en una barriada pobre del otro lado del Nervión. El Marrajo a veces creía intuir en aquella mirada atravesada de su mamá la sospecha de que le hubieran dado un cambiazo de niño en la maternidad.

Se fueron a comer al Goizeko Izarra, en Gregorio de la Revilla, y se dieron un pequeño homenaje. Sobre todo, el Moro, porque el Marrajo apenas probó la chuleta y el vino.

El Moro se zampó también las patatas fritas del otro y luego rebañó con una rebanada de pan los pimientos rojos que

acompañaban la carne.

Hablaron del pasado, del viaje a Larache y de lo que vino luego. El Marrajo le explicó que no había salido de Andalucía. Por no venir a Bilbao, ni se acercó al funeral de su padre. Ahora estaba allí por razones de trabajo. Era jefe de seguridad de una empresa de transportes, explicó, por decir algo que el otro entendiera. El Moro aseguró que trabajaba de comercial, por su cuenta. El Marrajo tampoco necesitaba más explicaciones.

—En el colegio éramos la hostia, ¿eh, Jimi?

—Mi madre habría dicho aquello de Dios los cría y el diablo los junta.

Repasaron algunas anécdotas del Colegio Izarra, cerca de Vitoria, un centro al que llegaron con otros muchos alumnos rebotados en busca de redención.

—Que conste que fuiste tú el que me abrió los ojos. Yo solo era un vago redomado o eso decía mi padre. En cambio, tú ya eras un artista.

Congeniaron pronto. Juntos se convirtieron en distribuidores de hachís y pastillas de todo tipo, éxtasis en especial, que hacía furor en la ruta del bacalao.

Más tarde, con el nuevo siglo, cada uno se fue por su lado. La actividad del Marrajo apuntaba cada vez más alto. Se convirtió en un distribuidor de hachís en los ambientes pijos y estudiantiles en colaboración con una red que extendía sus tentáculos a Bizkaia desde Madrid y Andalucía. Ya entonces, todos le conocían por Jimi el Marrajo. O Jimi a secas.

Se reencontraron por casualidad justo cuando un periódico anunció que Peru iba a realizar una expedición por el Magreb.

Poco a poco se fueron sincerando. Los dos, a su manera, seguían en el negocio en el que se habían iniciado casi en la adolescencia.

—No estoy aquí por casualidad, Moro. Te he estado buscando. Tengo un negocio que ofrecerte.

El Marrajo torció la boca en una mueca que parecía cualquier cosa menos una sonrisa.

—Siempre que sea honrado...

Si de algo estaba seguro el Moro era que lo que el otro le iba a proponer tendría algún apartado previsto en el Código Penal.

—Faltaría más.

—Me lo cuentas despacio, que la vida está muy achuchada para los viajantes de comercio. Y espero que no salga como la última. —El Moro se quedó quieto con la mirada fija en su interlocutor.

—Sí. Vaya mierda. Se me ha olvidado hasta la fecha. ¿Fue en el 2002, cuando te dio por aquella coña del Moro Vizcaíno?

—Sí, pero la idea fue tuya, Jimi.

***

Cierto que el plan fue cosa del Marrajo. Eso lo reconocía. El Moro le había comentado sus viajes por el Atlas marroquí. Tenía allí buenos contactos. Serios, decía. Jimi, por su parte, había heredado un velero, un tanto destartalado, de su hermano mayor y lo fondeaba en Isla Cristina. Había hecho algunos viajes hasta Canarias. Contactos más velero era igual a subir hachís. La cuestión era saltarse todos los intermediarios y hacer el trabajo ellos solos, de principio a fin.

—No es que fuéramos atrevidos, es que éramos unos pardillos de la hostia. —Los labios de Marrajo dibujaban esta vez una sonrisa raquítica.

Él había oído comentar en los ambientes que movían hachís en Andalucía que mejor por Larache que por Nador o Alhucemas. Cinco horas en taxi, con un chófer de confianza, hasta Ketama por Ksar el Kebir. Cargar cien kilos de hachís y otra vez al barco. Saliendo a las ocho de la mañana del puerto, se podría volver a media tarde y emprender la vuelta hacia la costa portuguesa. Calculaba un día de

viaje. Con una inversión de cuatro millones de pesetas, en aquel tiempo todavía no se habían acostumbrado a hablar en euros, se sacaban doce limpios de polvo y paja. El Marrajo pondría el velero y se ocuparía de traer el hachís a Bilbao. El servicio completo suponía para él la tercera parte del precio de venta, descontada la inversión inicial. Los otros dos, porque hacía falta ser un trío, pondrían la pasta y se repartirían el resto.

—En mala hora me encasquetaste a tu amigo el rumano. Txaski o Txasko o como se llame. Menudo tío más raro.

—Qué va. Ya te digo yo que era el compañero ideal: discreto y decidido. Estaba loco por comprarse un velero y largarse a la Polinesia. No tenía otra cosa en la cabeza. —El Moro pegó un trago al pacharán que atenazaba con su mano de oso—. Además, gracias a la pasta que le había dejado su viejo, pudimos hacer la inversión inicial.

El Marrajo y Txaski llegaron en el velero. En la plaza de la Liberación de Larache, los esperaba el Moro con un taxi conducido por un tipo de edad indefinida. El contacto se lo habían facilitado los productores del costo, en Ketama. Tenía que ser alguien de toda confianza. En cinco horas, según lo previsto, llegaron al destino, en medio de las montañas del Rif, y en menos de sesenta minutos se hizo la transacción, que ya estaba apalabrada. En cinco minutos, la entrega y el pago, y el resto del tiempo, los preliminares: tomarse un té dulce que al Marrajo le supo a medicina.

Coser y cantar.

De vuelta, a unos quince o veinte kilómetros de Larache, pararon en una gasolinera a repostar combustible. Un lugar apartado de la carretera general. Estaba empezando a oscurecer. De repente, apareció la policía, no se sabía de dónde, y detuvo a los ocupantes del taxi. A todos menos a Txaski, que estaba en los servicios, en la parte trasera de la gasolinera. Esposaron al Marrajo y al Moro.

La conclusión del Marrajo era evidente: el chófer era un chivato de la policía. Seguro que de vez en cuando entregaba a unos ingenuos para justificar su trabajo de guía de traficantes y, al tiempo, el de la propia policía.

Los llevaron a una comisaría cochambrosa y les dejaron hacer una llamada. Se daba la casualidad de que la madre del Marrajo era prima del embajador de España en Marruecos. Unas horas después, recibieron un telefonazo en la comisaría. A Jaime Barandiarán lo fue a buscar un taxi que lo conduciría a Tánger para de allí llegar en barco a Algeciras.

—Menudo hijoputa el *corajai* —le soltó el Marrajo al Moro por lo bajini antes de subir al taxi.

—Supongo que no me guardas rencor por aquello. A mí me rescató la caballería de Neguri, pero por ti nada pude hacer. Ya sabes que si hubiera estado en mi mano...

—Son cosas de la vida. No tengo ninguna queja.

Al Moro le iba bien el papel de mártir. Tampoco era cuestión de explicar a estas alturas que salió de la comisaría detrás del Marrajo. Mejor que sus compañeros de aventura pensaran que estuvo dos años en la cárcel. A ver cómo iba a justificar que en el maletero del taxi había cien kilos de nada.

—Aproveché la trena para hacer un máster en Comercio Internacional y entablar buenos contactos con gente interesante. —El Moro se esforzaba en exhibir su resignación.

—Es la mierda de este negocio, una de cal y otra de arena. Y el desgraciado del rumano se volvió en el bote y lo descojonó. Podría haber vuelto nadando. Un pirado el tío.

—Hizo lo que pudo. —El Moro no quiso cargar las tintas contra Txaski—. Creo que las pasó canutas en el Atlántico.

—Óyeme bien, Moro. Vamos a lo nuestro: pasado mañana te lo explico todo con más calma. Quedamos en la taberna Elkarri de

Portugalete a las doce. Te llevaré unos juguetes. Tendrás diez días para organizarte.

—¿No me puedes anticipar algún detalle?

—Cada cosa a su tiempo.

El Marrajo se puso en pie y abandonó el Goizeko Izarra sin pagar la cuenta.

8. Chasco, txasko, txaskito, Txaski

¿Por qué se deshizo todo de aquella manera? ¿Tenía él la culpa? Cuando Txaski era niño, miraba a escondidas algunas fotografías de los tres y parecían orgullosos de tenerlo. Por lo menos, en las fotos. Muy pronto cayó en la cuenta de que aquello era de cara a la galería. Para dar el pego. Él no era consciente de ser como decían que era: arisco, desobediente, ajeno a todo. Solo sentía que no lo querían, que estaba de sobra. «¿Cómo es posible?», se lamentaba su madre. En el colegio se pegaba a menudo con otros niños, pero los profesores decían que casi siempre era él quien buscaba pelea. Si le preguntaban qué le pasaba, se cerraba en banda. Chivato lo último. Qué iba a saber el resto del mundo que con cuatro o cinco años escuchó a su madre aquello de «y yo que te decía que rumano no». Y ese no era el único recuerdo nebuloso: «Qué error no habernos quedado con el otro, aunque tuviera pinta de gitano». El notario se limitaba, posiblemente, a levantar acta, pues Txaski nunca le escuchaba opinar.

Cuando le revelaron que lo habían adoptado, ya lo sabía desde hacía años. No hizo falta que le dijeran que era rumano. En el cole todo el mundo estaba al corriente. Edurne Urrutia, su madre adoptiva, tenía alma de mártir y se desahogaba con la primera que encontraba a mano para lamentarse del rumano que les había tocado en suerte.

Cuando era pequeño, si había visitas, Edurne le hacía arrumacos y lo llamaba «cariñito» o «mi amor» y luego ni puñetero caso. Su padre, el notario, tan discreto y distante, no disimulaba: le hablaba

como si le dictara una escritura o un testamento. Más tieso que un palo.

La mayor parte de las conversaciones entre los tres las tuvieron con los psicólogos de por medio. Fueron varios los que visitó y, por lo general, recordaba que le hacían preguntas bastante estúpidas. Escuchó comentar que los berrinches, que luego fueron gamberradas, eran para llamar la atención de sus papaítos y en verdad resultaron efectivos, con consecuencias seguramente no buscadas, pues cuanto más empeoraba su conducta, mayor era el desapego, la decepción de sus padres adoptivos. A él los médicos nunca le dijeron nada de eso, pero su madre solía comentar que los niños adoptados, muchas veces, venían con traumas muy gordos de origen. Ella añadía, a lo mejor por su cuenta, que lo de Álex, casi seguro, era algo genético. Con aquel diagnóstico materno tuvo que apechugar. En el diccionario Espasa de su padre se enteró de que «genético» significaba 'hereditario'. Sus genes rumanos eran los responsables de su forma de ser. De su desbarajuste mental. A lo mejor hasta era pariente de Vlad III de Valaquia, el héroe nacional, conocido como Vlad el Empalador, Drácula para el resto del mundo.

Al principio, en el colegio, como no podía ser de otra forma, le llamaban el Rumano. En aquellos años, todavía no había ningún otro. Más tarde vendría lo de Txasko. Un chico escuchó decir en su casa que Edurne Urrutia no paraba de quejarse de su hijo y repetía a todo el mundo que «menudo chasco» se habían llevado con él. Luego al chasco-decepción le pusieron una t y una x y lo vasquizaron. A partir de entonces se perdió el origen del mote y unos le decían Txasko y otros Txusko, según la intención de ofender. Al final, no se explicaba cómo, todos le llamaban Txaski. Acaso porque el Moro utilizaba Txaskito en tono menos ofensivo. Sin embargo, por Álex no lo conocía ni Dios. Tampoco se dejaba.

Era cierto que durante muchos años pareció no inmutarse cuando pasaba un gitano tocando el acordeón o la trompeta y le soltaban:

«Saluda a tu pariente», o «por ahí anda tu tío, escarbando en los cubos de basura». Txaski no se alteraba, pero lo guardaba.

Cuando explotó, todo el mundo supuso que era sin ton ni son, que le había dado una ventolera.

Llevaba tiempo preparándolo y el día que compró la navaja ya sabía que habría consecuencias. Aprovechó que había una chica que lo perseguía allí donde iba. Era una muchacha tímida, de ojos claros, muy poco agraciada. Ella se le acercó para preguntarle algo que no terminaba de concretar. En ese momento, uno de los matoncillos del colegio se les arrimó:

—Aparta tu culo, gorda.

Era uno de los chicos que más le importunaban. Mientras el otro mantenía una sonrisa burlona, Txaski sacó la navaja y se la colocó en el pecho.

—Ahora pídele perdón.

Aquella reacción resultaba inexplicable, por cuanto Txaski aguantaba cualquier chuscada sobre su persona sin inmutarse. ¿Iba a pelear por defender a una chica de la que todo el mundo se burlaba? Como el otro se revolvió para atizarle, Txaski le clavó la navaja en el muslo y de la herida empezó a brotar sangre de forma escandalosa. Se quedó mirando al chaval como una estatua. Aquella escena no parecía real. Le daba la impresión de vivir un sueño o una alucinación. El otro gritaba y lloraba. Cuando le vieron con la cheira en la mano, nadie se atrevía a auxiliar al matón. La chica estaba fascinada: su adorado Txaski la había defendido como un paladín de las novelas rosa.

—Gracias —le dijo sosteniéndole la mirada con las mejillas encendidas, impresionada por la escena.

—Vete a tomar por culo, gorda —le escuchó susurrar y, en su cara, el éxtasis se convirtió en una mueca amarga.

Todavía hoy recordaba con amargura aquella mañana. La puñalada no. Eso estuvo bien. Lo que le dijo a la chica. No se merecía aquel

desprecio. Era de las pocas que se mostraban amables con él y la dejó a la altura de la mierda. Claro que, en el calor del momento, con cien pares de ojos observándole, no se podía permitir que la sombra de la sensiblería enturbiara una hazaña digna de Vlad el Empalador.

***

Se libró del centro de menores porque de algo tenía que servirle un padre notario. Fue la excusa perfecta para que lo enviaran lo más lejos que encontraron: un colegio cerca de Mánchester donde todavía sacudían con una vara a los díscolos. Y si no lo enderezaron no fue por falta de palos, sino por su disposición natural insubordinada. O eso suponía. Aprendió inglés y, sobre todo, otras cosas que no entraban en el plan de estudios: peleas, borracheras, drogas. Descubrió que se le daba bien la guitarra y hasta armó con unos colegas una banda de *rock* que se deshizo antes del debut en medio de una bronca monumental y al borde del coma etílico destrozaron todo el equipo.

Aquellos años fueron de peregrinaje entre la campiña inglesa y el caserío Sakone, el único lugar parecido a un hogar de verdad que tuvo en su vida. Solamente volvía en Navidad, o verano, y apenas recibía cartas de sus progenitores. Alguna suelta para cubrir la formalidad. Un año, cuando cumplía los dieciséis, el abuelo le dijo que su padre se había largado con la notaría a otra parte y su madre, con sus desdichas, más lejos aún. No le fue mal a Edurne Urrutia con el reparto de los gananciales, pero tenía muchos proyectos vitales y gastos en los que emplear los caudales para acordarse de su vástago, el rumano de su infortunio. El notario le dejó, como recuerdo paterno, una cuenta de ahorro en un banco, con tres millones y pico de pesetas.

El Moro le confesó un día que sabía de buena tinta que su padre después de enrollarse con un pasante de la notaría se había largado a tomar por saco, poniendo mucha tierra de por medio.

—¿Una pasante?

—No, un pasante —le aclaró su amigo.

A lo mejor se trataba de rumores malintencionados, pero a Txaski le hizo gracia imaginarse al notario despendolado y a su madre lamiéndose unas heridas que, para su deleite, nunca iban a cicatrizar.

9. Ahora o ahora

El Moro se quedó de piedra con la propuesta del Marrajo. Y eso que le dijo que el plan era sencillo y que él se lo iba a dar mascado. Bastaba con seguir el guion y no cagarla con alguna chorrada.

—Un vuelquito, Moro.

—¿Un vuelco? La hostia, Jimi. No me parece que sea una tontería. —Al Moro se le puso una expresión mustia.

No era trapichear con droga: era robar droga y traficar con ella. El riesgo era doble: que los pillara la pasma o los dueños del alijo.

—Te digo que si hay un vuelco chupado es este. Eso sí, no puede haber fallos.

El Marrajo le hizo un resumen del plan.

Un pesquero traía doscientos kilos de cocaína. Los iban a dejar a la altura de la isla del Fraile, en Gorliz. Cerca de la isla, donde había poca profundidad, era el lugar elegido para fondear la mercancía. Luego, alguien tenía que recoger el cargamento, en las primeras horas del día 12 de octubre, y, a continuación, la alijarían en una playa cercana. El Marrajo obvió los detalles.

Las coordenadas del GPS para situar la boya se las darían al patrón del pesquero, por seguridad, el día 11 a las doce del mediodía. La droga se depositaría a las nueve de la noche y los que tenían que recogerla llegarían a las dos y media de la mañana. Los horarios se cumplirían a rajatabla. Había, pues, suficientes horas de margen, cuatro o cinco, a lo mejor algo más, para agarrar los fardos. Solo había que soltar el cable que conectaba la red de la boya, desactivar el GPS, enganchar la carga y llevarla a un lugar seguro. Luego guardarla allí un mes o dos y sacarla según se fuera indicando.

El Moro se quedó callado unos segundos. Luego se frotó la barba con las dos manos.

—¡Vaya! —El Moro pareció recuperar su habitual dinamismo—. ¿Qué quieres que te diga? ¡Me pone! A ver si salgo de pobre de una puta vez. Claro que necesitaré un equipo. Es que yo en cosas de mar... —Hubo unos segundos de silencio en los que el Moro movía la cabeza madurando algo que al final acudió a su boca—. Bueno, sí. Creo que podría organizarme. Todo depende de la pasta que haya por medio.

—Ya sabes cómo va esto. Lo de colocar la mierda después de un vuelco y la madre que lo parió.

—Doscientos kilos en el mercado es una cifra con muchos ceros. —El Moro seguía moviendo la cabeza, evaluando el precio de su contribución—. Yo diría que no lo puedo hacer por menos de un 30 %.

—Oye, tú..., no te pases de listo, ¿eh? Te puedo dar hasta el 10 %. Y no se hable más.

—¿A qué precio la vas a colocar? —El Moro se frotó otra vez la barba. Esta vez con tanta fuerza que parecía que se la iba a arrancar —. Mira, Jimi, vamos a dejarnos de porcentajes: quiero medio millón. Y corro con los gastos del equipo.

—Estás abusando, Morito. —El Marrajo miraba a los ojos de su colega sin parpadear—. Más de lo que pensaba, pero vale. No voy a discutir contigo. Medio kilo me cuadra. Ahora bien, no hay pago anticipado.

Al Moro le parecía que sin dinero por delante meter en el ajo a quienes había pensado sería complicado. Tendrían que fiarse de su palabra y en aquellos negocios la palabra no era un cheque bancario.

—A ver cómo lo arreglamos. Haremos una cosa, entregaré la mercancía por lotes. El primero a cuenta. Para los siguientes, el pago por adelantado, ¿hace? —dijo el Moro.

El Marrajo ya tenía previsto sacar la cocaína por partes. Tenía que llevarla a Madrid y el brasileño le había dicho que el transporte se haría en un camión que paraba en el puerto de Bilbao. Un máximo de cincuenta kilos por viaje.

—Puede valer. El único problema sería que se decidiera sacarlo todo junto. Aunque no lo veo probable.

—Si vas a pedir el servicio de una sola vez, tendrás que venir con la pasta por delante.

—¿No te fías de los amigos? —Al Marrajo las sonrisas le salían como muecas que le ponían cara de asco.

—Claro que sí. Pero amigo, lo que se dice amigo, solo tengo uno y se llama Peru Mendieta —concluyó el Moro con otra sonrisa.

Dedicaron una hora a perfilar los detalles de la operación. Si era como lo explicaba el Marrajo, el trabajo sería sencillo: agarrar el alijo y largarse con él, esconderlo y luego moverlo un máximo de tres o cuatro ocasiones. Para el Moro, el negocio era perfecto: hacer de intermediario. Su especialidad. Eso sí, había que elegir bien a los brazos ejecutores. Que no lo dejaran con el culo al aire. El mayor problema lo veía él en los muchos tejemanejes pendientes de concretar, en las comunicaciones, en la forma de realizar las entregas, dónde, cuándo, cómo, a quién; en cómo preservar la identidad de los participantes en el vuelco frente a terceros, en los cobros... Y lo primero de todo eran los teléfonos. ¿Cómo iban a contactar? Él, en sus trapicheos, siempre andaba con mucho ojo. Se movía, sobre todo, por Vitoria-Gasteiz y a sus contactos los obligaba a llamarlo desde las pocas cabinas que aún funcionaban. Utilizaba móviles con tarjetas de prepago, que cambiaba cada dos por tres, aunque tenía un teléfono para sus relaciones normales.

—¿No me jodas, Moro, que todavía andas con el WhatsApp y las cabinas públicas? Ahora estás en la Champions, macho. Coge estos.

El Marrajo le entregó dos teléfonos con una aplicación encriptada.

—Es de las buenas. Los más torpes todavía manejan la EncroChat o la Sky ECC, que ya están pilladas por la poli. Esta que te doy es lo último de lo último. Un teléfono para ti y otro para los que estén en la operación. Es seguro, pero no hay que abusar. Y, por si acaso, no dar pistas.

—¿A nombre de quién están las tarjetas?

—De unos mudos —dijo el Marrajo.

10. El dragón de piedra

—¡Salta, coño! —El grito de Koldo debió de escucharse al otro lado de la isla del Fraile.

Txaski estaba de pie, en la proa de la embarcación, manteniendo el equilibrio con habilidad de surfista.

La zódiac trataba de acercarse a una ensenada mínima situada en la parte este. Era una franja de rocas sin una zona plana sobre la que apoyarse en el salto. La proa subía y bajaba y el peñasco que Txaski pretendía alcanzar tan pronto quedaba arriba o muy abajo por efecto de la ola o la resaca.

La mar estaba bastante tranquila y, aun así, apearse resultaba casi imposible sin zambullirse en el agua. Las peñas cubiertas de algas presentaban sus bordes afilados como amenaza al intruso. Koldo no parecía dispuesto a que la embarcación recibiera un golpe.

Habría cuatro o cinco metros hasta la base del peñasco más cercano y la mochila, aunque liviana, molestaba lo suyo. Un anorak, un saco de dormir, dos trajes de baño, dos chándales, tres camisetas, un traje de neopreno, una cazuela, aparejos de pesca, una sartén, cinco mecheros, cuatro litros de agua y una cantimplora. Además, tres tabletas de chocolate, dos paquetes de galletas, dos linternas y una navaja suiza. Y un puñal de submarinista de doble filo. Sin móvil. Y nada de tabaco o maría. Las galletas y el chocolate los había declarado y eran tan poca cosa que no desmerecían las condiciones de su desafío.

***

Era un reto estúpido, pero iba en su carácter el demostrar que no era un cualquiera. Podría ser que fuera voluble y salvaje, como decía Edurne, su madre. Y ya se imaginaba que allí, en Plentzia, le habría precedido su reputación. Lo conocía gente que había coincidido con él en los jesuitas de Bilbao o en Armintza. Un tipo, seguro que dirían, cerrado, solitario y carente de la más mínima empatía. Se lo habían dicho muchas veces a la cara. Y cosas peores. También se sabía atractivo, con la melena rubia de surfista, sin oxigenar, el cuerpo musculoso y las maneras educadas y amables que sacaba cuando le convenía. Con los años, había hecho muchos progresos en el arte de seducir.

Algunas veces observaba su cara en el espejo con recelo para escudriñar las huellas del perfil psicológico que una chica, no se acordaba ni de su nombre, extrajo de su rostro: agraciado, sí, pero con muchas sombras. Facciones angulosas pero desiguales, con los hemisferios faciales asimétricos y una nariz que dejaba al descubierto unas aletas temblorosas. ¿Era dueño de una cara inquietante que no inspiraba confianza? Menuda chorrada. Era como era. Pura genética rumana. No iba a dejarse agobiar por el diagnóstico de una lectora de perfiles aficionada. ¿Nerea lo consideraría digno de confianza? Seguro que no. Ella le había llamado infantil e inmaduro muchas veces. Se creía superior.

La tarde que en La Escotilla salió el tema de que la isla del Fraile era inhabitable y que nadie había pasado allí un día entero a Txaski le surgió su perfil arrogante: no estaría un día, sino diez. Sin móvil ni comida. Solo un aparejo de pesca, un saco de dormir y poco más. Era una tarde calurosa, de primeros de otoño, y estaba tomándose unas cañas con el dueño del tugurio, Rufi, y los habituales del lugar: el Moro; Koldo Etxebarria; Padraig, el irlandés, a quien llamaban Paddy cuando estaba presente y Zanahorio a sus espaldas; y dos o tres más que se pegaban para pasar el rato en compañía.

—¡A que no hay huevos! —soltó Rufi—. ¿Qué nos jugamos?

Txaski aclaró que no era una apuesta. Era algo diferente: un desafío a la naturaleza, un reto a sus propios límites.

Padraig y Koldo se comprometieron, Koldo no de muy buena gana, a llevarlo a la isla y a recogerlo diez días después. Y a nada más. Desde luego, no iban a estar pendientes de él. Como los buzos pasaban por la isla del Fraile muy a menudo, si desistía o tenía un problema, podría hacerles señales.

El Moro daba la impresión de estar contrariado con el plan. Ponía toda clase de pegas. ¿Qué sucedería en caso de sufrir un accidente grave o si enfermaba? No tendría manera de comunicarse.

Los buzos lo habían dejado claro: no asumían ninguna otra responsabilidad que recogerlo al décimo día.

Luego el Moro hizo un aparte con Koldo. Le comentó que iba a tratar de quitarle a Txaski aquel estúpido proyecto de la cabeza.

Koldo insistió en que, si Txaski era un fantoche y asumía retos estúpidos, tendría que aceptar las consecuencias y no cargar los riesgos sobre las espaldas de otros.

—No es por eso —dijo el Moro—. Es por otra cosa. Un negocio que te voy a proponer.

Koldo le preguntó si era solo con él o también con Paddy. El Moro le aclaró que primero tenía que hablar con él. Si estaba de acuerdo, ya lo harían con el irlandés.

***

Cuando Koldo lo amenazó con regresar si no saltaba, se lanzó al agua y se aferró al saliente de una roca. Le cubría hasta el pecho. La mochila se sumergió casi al completo con él. Se habría mojado algo de dentro, supuso, acaso el saco, pero sin consecuencias: la comida, la ropa y los mecheros los llevaba protegidos en bolsas de plástico impermeables. Rodeó la peña y consiguió llegar a la zona seca de la calita, un montón de piedras de diferente tamaño amontonadas de

forma irregular. No se volvió para despedirse. A su espalda escuchó el motor de la embarcación que se alejaba.

Observó un momento la ruta que había elegido y se encontró con que el trayecto que llevaba hacia la parte superior del islote era más vertical de lo que aparentaba visto desde la mar. No bastaba con trepar valiéndose de pies y manos: había que escalar. Tenía que localizar la cuerda fija, que alcanzaba la cima. Alguien la colocó algún tiempo atrás y su estado era una incógnita. Los buzos habían visto, en más de una ocasión, a gente que escalaba por aquel lado. Ascendió lateralmente unos metros y casi se dio de bruces con la soga. Por suerte, seguía allí, cosida a la pared, entre matojos de hierba. No daba la impresión de que fuera a soltarse.

No podía permitirse titubeos. Si había llegado hasta allí, debía desterrar cualquier género de dudas, así que tenía que moverse con determinación. Se pegó a los peñascos y comenzó a subir. El contacto con el primer tramo le dio confianza: al menos era de roca firme. La cuesta era exigente. El olor a gaviota y a pescado podrido estaba presente a cada paso. Guano por todas partes. Un hedor asqueroso que se le incrustaba en la nariz. Se imaginaba que se encaramaba al palo de un velero para avistar tierra, un arrecife o a un tripulante caído al mar y así se daba ánimo. Él estaba bien entrenado en el acantilado de Sakone, por el que subía y bajaba muchas veces para mantenerse en forma, pero la isla del Fraile era más empinada y tras el tramo de piedra firme había una zona con tierra que, al apoyarse, se escurría bajo sus pies. Era su reto y que tuviera el máximo de dificultad demostraría que era capaz de no ceder ante el peligro y las condiciones más adversas.

Que se enterara Koldo de qué pasta estaba hecho.

Seguro que Padraig se alegraría.

11. A lomos del dragón

—¡Los rumanos tenemos los cojones como los tigres! —se escuchó decir en plena ascensión.

De vez en cuando, estando solo, soltaba cosas así. Suponía que era una reafirmación de orgullo genético. Podría haber cambiado «rumanos» por «vascos», pero no le salía natural; tenía grabado muy dentro el complejo de impostor. Vasco como el abuelo, sí, le habría gustado ser de su estirpe, de haber podido saltarse una generación y dejar a su madre fuera de la línea sucesoria.

Miró hacia abajo y a sus pies se abría un abismo casi vertical de más de treinta metros. A la parte más empinada le sucedía un saliente terroso y luego otro tramo algo menos inclinado y con más vegetación en el que estaba anclada la cuerda. La parte final, aunque era de bastante desnivel, resultaba menos peligrosa. Cuando llegó a la cima, soltó la mochila y se puso a observar el escenario; primero hacia el sur, el acantilado de Ermua, y luego al oeste, donde la zódiac se perdía en la lejanía. En los confines de la vista se divisaba Cantabria. Allí estaba él, desafiante: el mentón levantado, la melena rubia al viento y los brazos en jarras. Había superado el primero de los retos iniciales: desembarcar sin contratiempos y subir con la impedimenta a lo que se imaginaba como una zona plana en la cúspide de la isla. La realidad era que de lisa no tenía nada. Allí no había dos metros llanos. Todo eran rocas y desniveles que se asomaban a los precipicios que ceñían los costados.

Lo asimiló como un buen entrenamiento para cuando le tocara explorar las islas de Ua Pou o Fatu Hiva y sus montañas verticales que caían hasta el mar. Contemplaba el faro de Gorliz y en su mente

aparecían las páginas de los libros de viajes, una realidad de papel mucho más excitante y perdurable en la imaginación que la que tenía delante. Aunque no entraba dentro del trato, se había llevado como compañía a Moitessier y las aventuras condensadas en su primer libro, *Un vagabundo en los mares del sur.* Moitessier y los navegantes solitarios le fascinaban, acaso porque los veía como un reto inalcanzable.

***

«Por el mar se va a todas partes». Recordaba las palabras de su abuelo con la mirada perdida en el horizonte. No pudo evitar que le vinieran a la memoria las últimas conversaciones con Esteban, cuando todavía regía, sentados en el portal protegidos del viento del mar o mirando al acantilado si el aire no soplaba del norte. Le hablaba de sus planes. Lo que haría en cuanto tuviera los medios. Y el abuelo no se quejaba de la matraca. El velero, las islas Tuamotu o las Gambier en la Polinesia Francesa o... Le preguntaba por su experiencia de marino en aquellos océanos, por los vientos del Pacífico o las tormentas del Índico. Y Esteban no se esforzaba con los detalles. Algunas pocas frases sueltas. Él salía por la tangente: había sido maquinista naval, no piloto, y no sabía de rumbos, solo de motores. Claro que había pasado por Australia y Filipinas y había hecho la ruta Hong Kong a Long Beach y Los Ángeles. «Demasiada agua», solía decir. Alguna vez se le escapaba que a él nunca le gustó navegar. «En ningún sitio se está mejor que fuera de casa». Lo apuntaba como en broma, pero Txaski intuía que detrás de las palabras había algo más que guasa. No era una frase propia de un tipo que apenas salía de su caserío. Interpretaba él que significaba lejos de su mujer y de su hija. Y es que menuda familia de mierda la suya.

Tenía cuarenta y dos años y se hacía viejo. Eso sentía. Al principio, pensaba ir por el cabo de Buena Esperanza. Ahora no estaba seguro. Empezaba a valorar la posibilidad de acortar el viaje por las islas de Barlovento del Caribe, cruzar por Panamá, llegar a las Galápagos y de allí a las Islas Marquesas y a la Polinesia Francesa. Luego navegar sin prisa, tumbarse en las playas, comer pescado y beber cerveza. Para ganar algo de pasta y sobrevivir, alquilaría el barco a turistas intrépidos, a los inconformistas que buscan nuevos edenes en el paraíso. Había rastreado en sus muchas lecturas algunas rutas recónditas a lugares que permanecían vírgenes. O eso suponía.

Tenía un problema: le faltaba el barco. Bueno, dos. También la tripulación.

Una pena que no existieran el Olentzero o los Reyes Magos. Les hubiera pedido un velero de once metros de eslora. Bien equipado. Con una buena radio VHF, un ordenador para las cartas náuticas, una radiobaliza y un teléfono satélite para casos de emergencia. Si era posible, aunque no imprescindible, con radar, un generador, congelador, potabilizadora de agua...

A Esteban algunos de los aparatos no le sonaban y le gustaba explicárselos con todo lujo de detalles.

—Los capitanes nuestros de mi época llevaban los barcos sin tanta pamplina. Ahora, con todos esos instrumentos, hasta el más torpe puede andar de piloto.

Txaski se tomaba en broma los comentarios de su abuelo. Le hubiera gustado llevar a Esteban a la Polinesia, una mera fantasía y no solo por la edad. Sabía que nada ni nadie lo hubiera arrancado de aquel acantilado.

La tripulación era la otra preocupación. No tenía alma de navegante solitario. Después de lo de Larache, menos. Y a la Polinesia no se podía ir sin ton ni son. Necesitaba un equipo de confianza y que todos supieran lo que a cada uno le tocaba. El proyecto se lo había explicado muchas veces al Moro y a Nerea. No

tenían su entusiasmo. Les hubiera dado igual Formentera. O las islas griegas. Y no era lo mismo. Para nada. Polinesia significaba borrón y cuenta nueva, el origen de una vida que arrancaría de cero. De cero, sí, y construir un nuevo Txaski con certidumbres y sin hipotecas.

Contaba con el Moro. No tenía mucha práctica marinera, pero sabía cocinar y, además, le conocía desde el colegio. Era atrevido, un poco charlatán y bastante enredador. Con él se portaba bien y siempre estaba disponible para lo que necesitara. Estuvieron años sin verse, a raíz de lo de Marruecos, pero cuando se volvieron a encontrar retomaron su relación como si no hubiesen pasado diez años. Se presentaba en Sakone, sin previo aviso, incluso cuando vivía Esteban. Y le agradecía que en los últimos tiempos lo hubiera sacado de sus rutinas de misántropo para incorporarlo al grupo de La Escotilla.

Necesitaba convencer al irlandés. Con Padraig en el equipo el éxito del viaje estaba asegurado. Tenía que demostrarle que él no se arrugaba, que era capaz de aguantar la adversidad por dura que resultara.

¿Nerea? Era la solución y el problema. ¿Era su pareja? No lo tenía claro. Ya sabía que muchos no se explicaban que aquella chica, por la que tantos suspiraban, aguantara a un tipo al que tachaban de atravesado y caprichoso. No la trataba con desdén, como a veces le echaba en cara el Moro. Él era así. Y punto. Nerea le molaba, no lo podía negar. Y eso que ella le trataba peor que cualquiera de las que antes había conocido. No se le olvidaba lo que le hizo en Arcachón. Él se quedó en el velero y ella se volvió a dedo a Bilbao. No parecía entender que el velero era suyo y que si no se estaba de acuerdo con el capitán pasaba lo que pasaba. Y no solo aquello. Le había soltado, muy clarito y a la cara, que a ver si se hacía de una vez adulto y dejaba de fantasear con lo de huir a la Polinesia. ¿De dónde iba a sacar el dinero para el velero? Y no era lo único: también se atrevió a decirle, la muy bruja, que ya era hora de que dejara de

comer la sopa boba de su abuelo y se pusiera a currar, a ganarse la vida. Ya daba clases de surf y de vela, le respondió. «Y eso te lo gastas en gasolina y un par de cervezas». Trabajar de verdad, como una persona normal, insistía ella.

Ni se le pasaba por la cabeza. ¿Quién lo iba a contratar? ¿Para hacer qué? Tampoco era cuestión de ofrecerle detalles de que sus esperanzas estaban puestas en unas plantitas que, poco a poco, iban tomando cuerpo.

***

Recorrió la cumbre, primero hacia el sur y luego hasta la zona norte, donde un precipicio conectaba las dos partes de la isla, la más extensa con la que semejaba la cabeza del dragón. Luego se dedicó a buscar lugares que podrían servirle de refugio. Había unos pocos huecos entre las rocas con suficiente espacio para guarecerse del viento e incluso, con suerte, de la lluvia. Tendría que elegir uno y habilitarlo, quitar las piedras y los guijarros y cortar unos hierbajos para apilarlos y levantar un colchón rústico. Aquella isla, como todos los acantilados, no era terreno propicio para que se diera una vegetación muy diversa: perejil marino, culantrillo de mar, algunos líquenes y muy poco más. Había dormido muchas veces en la litera del velero, incluso en cubierta, y no le preocupaba que el suelo estuviera duro.

El mayor problema era que tendría que volver a bajar el desnivel, de casi cincuenta metros, para intentar pescar algunos peces de roca y hacerse con una provisión de percebes, lapas o mejillones. Lo que pillara. Muy pronto lo tuvo claro: bajaría a la mañana siguiente y trataría de hacerse con el mayor acopio posible de comida. No era cuestión de andar subiendo y bajando el precipicio y más si el tiempo empeoraba.

El segundo día se dedicó a proveerse de comida. Bajó por la zona de la cuerda y descubrió un lugar adecuado, un punto vertical sobre el agua, para que el sedal no se enganchara en un trayecto largo por el lecho de rocas. Puso un plomo ligero y lanzó el aparejo con dos anzuelos. Luego dejó el corcho en que se enrollaba la pita bajo una piedra y se puso a explorar los alrededores en busca de crustáceos. Solo podía moverse por una pequeña parte del lado oriental de la isla, no había forma de cruzar a la parte que daba a poniente. Encontró en una pequeña cueva donde batían las olas y que la bajamar había dejado descubierta, un buen nicho de percebes de regular tamaño. No era la mejor época del percebe, pero los que necesitaba no eran para un concurso gastronómico. Se hizo con un par de kilos y también con algunos mejillones y lapas.

Pasó el rato revisando las pequeñas cuevas y recovecos de las orillas y se encontró con muchos desechos que las mareas habían depositado. Abundaban los plásticos, en forma de bolsas o botellas, restos de gaviotas muertas, trozos de maderas y algunos troncos. Encajada entre las rocas, encontró una tabla de *bodyboard* con una hendidura y a la que le faltaba un pequeño trozo en la parte delantera. Localizó, también, varios patitos amarillos de goma. En la cala de Sakone también habían encontrado alguno. ¿De dónde saldrían? La madera seca podría utilizarla como combustible. Una gabarra no hubiera sido suficiente para sacar toda la porquería acumulada en aquella zona.

Cuando recogió el aparejo, se encontró con que habían enganchado un durdo y otro pez al que llamaban julia o doncella. Repitió la operación varias veces y se hizo con una docena de pescados de roca. Tenía comida para unos cuantos días. Subió la cuesta con mayor facilidad que la primera vez, fruto de la experiencia, y nada más llegar encendió una pequeña fogata, coció los percebes y asó los pescados. Suponía que una vez cocinada la comida aguantaría más tiempo que en fresco. La tarde era agradable

con una brisa floja. El sol reinaba escoltado por algunas nubes que parecían de adorno. Se quedó dormido soñando con los mares del sur. Más tarde se dedicó a recoger algo más de hierba para mejorar el lecho que había preparado y que resultaba incómodo por las piedras que estaban incrustadas en el suelo y se le clavaban en la espalda. Por la noche, comió dos galletas y algo de chocolate y durmió algunas horas. Luego, despierto, se dedicó a contemplar las estrellas y disfrutar de la soledad.

Por la mañana, tuvo malas noticias: el pescado y los percebes olían a podrido. La noche cálida había estropeado los alimentos. Tendría que consumir a diario las capturas. Y bajar y subir el acantilado. Un incordio. Sobre todo, si venía mal tiempo. Lo pensó mejor, consumiría el marisco y los pescados en la propia ensenada sin tener que subir o bajar con ellos.

Algunos días tuvo la suerte de cara y se hizo con un botín de nécoras y carramarros. Metidos en agua, aguantaban vivos mucho tiempo.

Se iba adaptando a la rutina diaria sin esfuerzo. Subía y bajaba el acantilado como un entrenamiento. Aquello se había convertido en un juego para él.

Al principio, se notaba el ajetreo de embarcaciones que pasaban por las cercanías de la isla. En alguna ocasión, vio a Padraig y a Koldo acompañados de tres o cuatro cursillistas bucear en lugares conocidos como el Ancla y el Laberinto, en la parte este de la isla, o en Bocadragón, al norte. Lo saludaban con la mano. Él se hacía el despistado.

A partir del sexto día las cosas empezaron a empeorar. Se impuso un fuerte viento del sur que le molestaba para moverse por la cumbre cuando las rachas eran violentas. Además, hacían bastante arriesgadas las operaciones de ascenso y descenso del acantilado. Entonces decidió instalarse en la parte baja de la isla. Había varias cuevas, estrechas e incómodas, pero que lo mantenían a resguardo

del aire. Tenía que dormir sentado y encogido y se despertaba con el cuello dolorido o las manos y las piernas entumecidas. Menos mal que ya faltaba poco para salir de allí.

12. Los transportistas

Era un miércoles laborable de octubre y el puerto de Armintza estaba casi desierto. Algunos jubilados paseaban o miraban las embarcaciones atracadas en la pequeña dársena rodeada por el espigón que protegía el canal de entrada.

Las antiguas casas de pescadores del puerto se habían restaurado muchos años atrás y mantenían el encanto de un pueblo marinero por historia, que cada año contaba con menos pescadores profesionales.

Bajaron hasta el muelle y se sentaron en la terraza de un bar emplazado en una antigua fábrica de conservas de pescado.

Koldo parecía inquieto. El irlandés, si lo estaba, se lo guardaba. El Moro se había despatarrado en la silla, con el trasero casi en el borde del asiento. Parecía tranquilo. Bebían cerveza en una mesa a pocos metros del agua. La tarde era agradable. Era el sitio perfecto para relajarse, de no ser por la conversación que mantenían.

Durante unos largos minutos, se dedicaron a beber en silencio.

—Dejarán los fardos el 11 por la noche. Sobre las nueve. Creo que el pesquero los trae en una red que arrastra con un cable. Recibiréis las coordenadas del GPS y el horario del que dispondréis para la recogida en este teléfono. No tenéis que usarlo para nada. El día 11, cuando tengáis la mercancía, me mandáis un OK. Si la cambiáis de sitio, cuando la hayáis guardado en el lugar seguro, otro OK. —El Moro ya se había enderezado en la silla.

—¿Lo traen en una red? —A Koldo pareció sorprenderle.

El Moro, a lo mejor, no lo entendió bien cuando el Marrajo se lo explicó. Había interpretado que era una medida de seguridad. Si les

abordaba la Guardia Civil o veían algún peligro, soltaban el cable y mandaban los fardos a tomar por culo. Era una cuestión que a ellos ni les iba ni les venía.

Estaba previsto que iban a recoger la carga en la madrugada del 12. Sobre las dos. Es decir, los buzos tenían que agarrar el cargamento entre las diez y la medianoche para que hubiera margen suficiente. Mejor antes de las once. Cada fardo pesaba cuatro kilos. En total, cincuenta bultos. Luego tenían que esconderlos. No era cuestión de aparecer en el puerto de Plentzia con toda la paquetería. Había que guardarla y sacarla cuando se les indicara. Por eso era importante almacenarla en el lugar más seguro de la costa. Accesible solo por mar.

Meter la carga en la zódiac tenía su dificultad, dijeron los buzos. Tendrían que cortar la red y subir los paquetes uno a uno. O arrastrar la red a otra parte y fondear allí el cargamento hasta el día siguiente. O llevarla a la orilla y... Había varias opciones. Dependía de dónde lo dejaran.

—¿Y qué tal la isla? —propuso el Moro—. Allí sí que no pone el pie nadie.

—Dos problemas. El primero es que si lo escondemos en la isla solo podremos entrar en días como estos, con muy buena mar.

Apareció la dueña del bar y les ofreció unas nécoras a la plancha que, según ella, estaban de chuparse los dedos.

No era una tarde para meriendas. Pidieron otras cervezas. Muy frías.

—¿Y el otro problema? —dijo el Moro.

—Que tenemos en la isla a Txaskito.

Koldo pronunció «Txaskito» con retintín.

—De Txaski no hay por qué preocuparse. Tú me dirás cómo os va a ver. Ya sabéis dónde está. La cuestión es no dejar los paquetes donde le habéis desembarcado. No puede moverse mucho por la parte de abajo y menos cruzar de un lado al otro de la isla. —El

Moro pegó un trago a la cerveza y luego se pasó la lengua por el bigote para quitarse la espuma—. Y si, por casualidad, os encontrarais con él, algo imposible, creo, le explicáis lo que os parezca y si se pone pesado le decís que hable conmigo. En el peor de los casos, si descubriera algo, os lo contaría a vosotros, que sois los que tenéis que sacarlo de la isla. O a mí cuando salga de allí. Seguro que no va con el cuento a la Ertzaintza. Lo conozco muy bien.

—No me gusta la isla —insistió Koldo.

Llegaron a la conclusión de que la mejor opción era agarrar la mercancía y dejarla en el sitio más cercano a donde estuviera depositada para andar con tiempo. Incluso, podrían mantenerla sumergida. El 11 pillarían los fardos, los llevarían a un sitio provisional y el 12 por la noche, sin agobios, al definitivo. La cala de los Contrabandistas podría ser una buena opción; había muchas pequeñas cuevas y en esa época nadie rondaba por allí. Además, estaba cerca del muelle de Astondo, de la ría de Plentzia o la playa de Barrika, desde donde podrían sacar la paquetería fácilmente más tarde.

Los buzos habían puesto como condición indiscutible para intervenir que nadie, salvo el Moro, conociera su participación en el vuelco. Él debería estar lejos de la costa esos días para que no pudieran relacionarlo con el asunto y así tampoco vincularlos a ellos con el escamoteo. Eso siempre que no los pillaran con las manos en los fardos y, para evitarlo, todas las precauciones les parecían pocas.

La cuestión más delicada eran las entregas de la cocaína a quien viniera a recogerla más tarde. El Moro había resuelto ese problema con el Marrajo. No habría contacto directo de los buzos con terceros. Tenían que preparar una lista con media docena de parajes accesibles desde tierra y por mar. Puntos precisos que no dieran lugar a equivocaciones. Si se podían identificar con GPS, mejor. Esos puntos serían los lugares de entrega. Estarían numerados. El Moro

daría el aviso y los fardos, en la cantidad que se hubiera indicado, se dejarían en uno cualquiera de los puntos, a discreción de los buzos. Luego comunicarían al Moro el número correspondiente al emplazamiento elegido. Acto seguido, este pasaría el dato a quien tuviera que recoger la paquetería.

Los buzos estaban satisfechos con la fórmula.

Una cuestión importante era cómo justificar qué hacían los submarinistas en la mar a unas horas que no acostumbraban. Aunque ellos no atracaban en el puerto, sino en la ría, podrían tropezar con alguien paseando al perro que los viera llegar. No había que dejar ninguna pista. A Padraig se le ocurrió amarrar la zódiac, desde ese mismo día, en Astondo, al final de la bahía de Plentzia-Gorliz. Solían ocuparse de un velero que unos veraneantes amigos fondeaban allí hasta finales de otoño y podrían explicar, llegado el caso, que estaban efectuando algunas reparaciones y se quedaban a dormir en el barco. A veces lo hacían. Incluso salían a navegar con el velero. Era casi imposible encontrarse con alguien en aquella zona.

—No me llaméis, salvo que sea una emergencia de la hostia. —El Moro había pagado la cuenta y se puso en pie—. Si os tengo que comentar algo urgente, lo haré desde un teléfono seguro. Tened este siempre a mano. Cuando todo se haya completado, podremos vernos en Plentzia, en La Escotilla.

Los buzos permanecían sentados.

—Por otra parte —Padraig giró la cabeza hacia el muelle, esquivaba la mirada del Moro—, creemos que cien mil pavos es muy poco si tenemos en cuenta los riesgos y que no hay pago por adelantado.

—¿Cómo dices? ¿Me sales con esas ahora? —El Moro apuntó con el dedo índice el pecho del irlandés—. Mira, Paddy, en estos negocios las cosas se hablan una vez. Y ya está dicho todo lo que hay que decir. Si no os conviene, lo dejáis y punto. —El Moro se detuvo y continuó, dirigiéndose esta vez a Koldo—: Claro que conociendo lo

que sabéis no me puedo fiar de vosotros. Y los que están conmigo ni os lo cuento. A lo mejor os pegan un tiro si se enteran de que rompéis el acuerdo y os quedáis con la información. Esto no es un juego, ¿eh?

Aquella amenaza era directa. Si nadie conocía que los buzos iban a participar en la operación, no podrían ser identificados. Salvo que el Moro lo hiciera. Y, por sus palabras, daba la impresión de estar dispuesto a llegar a las últimas consecuencias. Había mucho en juego.

—Parece que no sois conscientes de que vosotros dos sois unos putos transportistas. ¿Quién coño os habéis creído? —Se tomó un tiempo y luego terminó de hablar más calmado—: Yo, como amigo, os recomiendo cumplir el trato. Si pasa algo raro, si os vais de la lengua o empezáis a poner pegas... Bueno, pues eso, ya estáis avisados. Y se acabó.

El Moro se levantó y se despidió en un tono seco:

—Agur.

13. Beti Zine

El Moro no concebía que, bien entrado el siglo XXI, siguiera habiendo videoclubes. En el viaje a Vitoria-Gasteiz, el día que la conoció, Loli le entregó una tarjeta arrugada en la que se anunciaba el videoclub: «Beti Zine, el cine de siempre y el último estreno».

—¿Y la gente alquila pelis?

—La verdad es que casi nadie. Pasa que el negocio era de mi padre y como estoy en el paro sigo haciendo lo que puedo.

—¿Y cuántas se alquilan al día?

—Un día normal, tres o cuatro. A 2.50, echa el cálculo.

—Eso no da ni para la luz.

—Bueno, vendo algunos chuches, cromos y poco más.

—¿Y ese poco más?

—Sin detalles.

—Ponme un ejemplo, que soy bastante torpe.

—Pásate un día y te enseño el surtido.

El 11 de octubre fue el día de la visita. Quería valorar las posibilidades que ofrecía el videoclub de Loli para su red comercial. La fecha no estaba elegida al azar: necesitaba hallarse lejos de lo que se cocinaba en la costa. Si el vuelco salía como se había previsto, se plantearía relajarse un poco, viajar, sin estar sometido al estrés que le provocaba el riesgo de que le pillaran en alguna. Aunque lo cierto era que lo que hacía no le atosigaba en exceso y la sensación de peligro le producía toda la dopamina que necesitaba sin necesidad de estimulantes. Ganaba pasta sin mucho esfuerzo siendo un simple intermediario entre los proveedores y los *dealers*. Salvo casos excepcionales, no tocaba la droga.

Tenía bastantes esperanzas en la chica con la mascarilla más fea del mundo y su videoclub.

Se encontraron en la entrada del Bar Barrón, en la calle Pintorería de Vitoria-Gasteiz. Cuando el Moro hizo acto de presencia, Loli le recibió con su sonrisa verdadera, no la incrustada en la mascarilla. Tenía una boca de labios carnosos y dientes blancos, mucho más agradable que la que se imaginó en el autobús.

Tomaron un vermú en el Barrón y se fueron a comer a un restaurante de la Cuchillería: alubias con sacramentos, bacalao al pilpil y dos botellas de rioja. Después del vino, les cayeron al buche un par de *gin-tonics.*

Necesitaba olvidarse del puñetero vuelco y se encontraba a gusto con Loli. Entre una cosa y otra, se les fue la mano. Esa tarde, el videoclub no pudo atender a su selecta clientela. El atardecer y la noche, en casa de Loli, fueron de cama y natillas. Las natillas que Loli tenía en la nevera y que guardaba para tres días. El Moro devoraba a cada rato el dulce cremoso y luego los dos se embestían con un furor adolescente.

Fue también una noche de confidencias. Las de Loli, sinceras. El Moro estaba tan acostumbrado a inventarse las cosas que ni él mismo sabía cuánto de verdad había en sus fabulaciones.

Loli vivía en la casa de protección oficial de Zaramaga en la que había nacido. Le contó que su madre murió cuando tenía seis años y que su padre, que llegó de Zamora en los sesenta, trabajaba en Forjas Alavesas hasta que lo jubilaron con una invalidez total. Luego puso el videoclub y al principio el negocio no iba mal. Ella estudiaba y, aunque no pretendía entrar en la universidad, su aspiración era convertirse en administrativa de alguna empresa. Luego su padre empeoró de salud y ella tuvo que echar mano en casa y en el negocio. Y cada vez las cosas iban a peor. Ya había renunciado a sus aspiraciones de trabajar en una oficina, pero se resistía a convertirse

en camarera o cajera. Quería ser autónoma y tener un negocio propio.

—Y tú, en concreto, ¿qué es lo que haces? —Loli no terminaba de entender a qué se dedicaba el Moro.

—Yo tengo un máster en vaguedades por la universidad de la vida. Y soy asesor de infelices. —Solía decir esa chorrada para evitar los detalles.

En realidad, le confesó más en serio, hacía un poco de todo. Echaba una mano en la librería familiar y también facilitaba diversión a los amigos. La verdad estaba mucho más cerca de lo segundo que de lo primero; por la librería se asomaba, como mucho, un par de veces al mes.

—¿Diversión a los amigos? ¿Eso de qué va? —preguntó Loli.

—Un poco de esto, un poco de aquello. Cosas ricas. —El Moro pretendía que lo entendiera sin demasiados detalles.

—¿No serás narcotraficante? —La sutileza no estaba hecha para Loli.

—i*Joe,* tú! Qué palabro más feo. —El Moro soltó una carcajada para quitar importancia a la confidencia que había deslizado—. Soy un facilitador. Si alguien busca algo, yo se lo encuentro.

—Un poco de esto, un poco de aquello. —Loli repitió las palabras del Moro.

—Si alguien quiere una pastillita para ponerse contento y no se la receta el médico..., pues eso.

—¿Y «eso» no es muy peligroso? —Loli no perdía el hilo.

—Las cosas hay que hacerlas con cabeza. Sin meterse en grandes líos.

En aquel momento, al Moro le vinieron a la mente los buzos, el Marrajo y el follón del vuelco. El corazón le golpeaba como un martillo en el plexo solar. Por un momento, sintió el pánico de que aquella evocación y el alcohol, sumado a tanta natilla y al desenfreno sexual, le provocara un infarto.

Pocos minutos después, en el momento que más lo necesitaba, sonó un pitido en uno de sus móviles.

En la pantalla se iluminó un mensaje con dos letras: OK.

Respiró profundo.

La operación estaba en marcha. Todo había salido según lo previsto.

Agarró el móvil y puso otro mensaje: «OK». El Marrajo también podría dormir tranquilo.

A partir de ese momento Peru Mendieta se olvidó de los infartos y volvió a las natillas y a entregarse a la lujuria.

***

A la mañana siguiente, el Moro acompañó a Loli al videoclub.

En el escaparate, unos carteles de películas antiguas impedían ver el interior de la tienda. Justo al lado de la puerta, alguien, seguramente ella, había escrito a mano en un folio pegado con celo «Este sitio ¡¡¡no es el meadero de tu perro!!!».

Al entrar sonó una musiquita que advertía de la presencia de clientes. El local era un antro oscuro y en unas estanterías descalabradas se veían todavía vídeos del sistema Beta y VHS. «Cine clásico y descatalogado», según el anuncio. Mucho porno. En unas baldas, en el mostrador, estaban las novedades en DVD a 2.50 euros las cuarenta y ocho horas. Cromos de SuperThings, fútbol, chuches y bebidas sin alcohol, fuera del alcance de parroquianos con manos largas. Un cartel anunciaba un cine fórum sobre Berlanga, sin fecha.

—O sea que este es tu centro de operaciones.

—No hay mucho que enseñar. Lo que hay está a la vista.

Detrás del mostrador, una cortina ocultaba la trastienda, poco más que un pasillo angosto de paredes despintadas que conducía a un almacén donde el moho campaba a sus anchas. Había cintas de

vídeo en el suelo, carteles que anunciaban estrenos, tres sillas disparejas y una mesa de playa llena de cachivaches.

—Tendría que hacer una reforma y poner una degustación o una pastelería, pero no tengo posibles.

—Escúchame, Loli. Ya te he dicho que si vendes chuches ricas a lo mejor también me interesa.

—¿A qué llamas chuches? —En la cara de Loli asomaba la desconfianza.

—¿Miau, miau? —El Moro imitó el maullido de un gatito.

—¿Qué? —A Loli le hizo gracia la expresión.

—¡Je, je! Mefe, mefedrona.

—Me suena a algo parecido al éxtasis, ¿no?

—Va por ahí. Pero es casi legal. Se compra en internet como fertilizante.

—Si se compra por internet, nadie irá a buscarlo en las tiendas. —Loli no lo terminaba de entender.

—He dicho «casi» legal.

—Entonces, es ilegal. Y no creo que a mis clientes les vaya ese rollo.

—De eso no te preocupes. Yo te traigo la clientela. Media docena de colegas de fiar.

La sonrisa del Moro le transmitía confianza, aunque sus palabras le recordaban la forma de hablar del vendedor de aspiradoras que le endilgó una maravilla que se fue a la porra en dos meses.

—¿De fiar? Me parece mucho riesgo.

—Para poner una degustación, hace falta pasta. Y el que quiera peces que se moje el culo, ¿o no?

—La ambición rompe el culo. —Loli sonrió.

—Será el saco.

—Eso te digo.

Cuando volvían del interior del establecimiento, el Moro se fijó en que debajo del mostrador, cubiertos en parte por una pequeña

manta, asomaban los cañones de una escopeta.

—¿Y eso? —preguntó.

—¿Esto? —Loli empuñó una escopeta de cañones recortados—. Era de mi padre, que la utilizaba para cazar becadas cuando era joven. La tenía guardada en el camarote de casa y un amiguete le cortó los cañones; así la manejo mejor. Me sirve para ahuyentar a los manguis.

—¿Las recortadas no están prohibidas?

—También es ilegal atracar tiendas y, sin embargo, es el pan nuestro de cada día. Mejor que sepan los cacos que soy de armas tomar, ¡je, je!

El Moro alucinaba con Loli.

14. ¿Cómo dices?

La noticia de la desaparición de los buzos seguía estando en boca de todos. Al fin y al cabo, solo había pasado un día desde su desaparición.

Le había citado el Moro en la cafetería de Portugalete, cerca de la calle Coscojales, a la que llamaban, en clave, el Palomar. La noche anterior, cuando abrió el móvil, que solo utilizaba para los contactos con su socio en el vuelco, observó que tenía una docena de llamadas y una cita convocada para el día siguiente. Aquella reunión no estaba prevista. Habían acordado esperar a que las cosas se calmaran antes de mover ficha. ¿Algún contratiempo? Él había recibido el OK del Moro el día 11 a la hora planeada para el vuelco y la contraseña significaba que todo había salido según lo previsto.

Una lucecita de alarma se le había prendido en la sesera.

Entró en el establecimiento y el Moro le estaba esperando, sentado al fondo, junto a una ventana. Eran las diez y media de la mañana y no había tomado un miserable café. Pidió un cortado con leche fría y un cruasán. Antes de que le sirvieran, su compinche le soltó a bocajarro:

—Ayer te llamé un montón de veces y no hubo forma de hablar contigo. Hay malas noticias. La mercancía ha desaparecido.

El Marrajo pareció no entender. La cara pálida del Moro le puso en guardia.

—¿Cómo dices?

—Te cuento. Bueno, pues resulta que... Vamos, que el encargo lo iban a realizar esos buceadores, los que andan buscando. Y no tengo ni idea de lo que ha pasado. —El Moro se trabucaba al hablar.

Dio la impresión de que al Marrajo los ojos iban a salírsele de las cuencas. Movía los labios sin pronunciar una palabra. Parecía rezar, aunque el Moro ya sabía que era lo último que su colega haría.

Un navajazo en el hígado no le hubiera causado mayor punzada que la confesión del Moro.

En verdad se sintió un estúpido. Tenía que haberlo deducido en el minuto 1 y no fue capaz. En cambio, el zorro de Vasili ya había intuido que los buzos estaban en el ajo. Y él le seguía el juego pensando que el otro andaba en Babia. Cierto era que algún presentimiento se le cruzó y le provocó malas vibraciones; tuvo la sensación de que tras la desaparición de los submarinistas había algo extraño. Pero estaba tranquilo, no creía tener motivos para inquietarse. Desconocía que estuvieran en la operación y, además, había recibido la confirmación de que la cocaína estaba a buen recaudo.

El Marrajo se mantuvo un rato en silencio. Luego tomó un sorbo de la taza y, con voz calmada, pidió que le repitiera lo que acababa de escuchar. Con todos los pormenores.

—El día 11, poco después de las diez y media de la noche, me avisaron de que tenían la farlopa. De inmediato, te lo confirmé. Que la habían recogido es seguro. Puede que la hubieran dejado en un sitio provisional. Eso es todo lo que sé. Dos días después apareció la zódiac.

—¿Un sitio provisional? ¿De qué hostias me hablas? ¿En dónde?

—No tengo ni idea. Creo que el escondite definitivo estaba en la cala de los Contrabandistas.

—¿Qué cala? ¿Dónde coño está eso?

—En un rincón, debajo de un lugar que llaman el Castillito Roto. —El Moro lanzó un suspiro.

—¿Te consta o te lo imaginas?

El Moro tenía sus razones para suponer que las cosas rodaron como las contaba. Era casi seguro que la noche que se hicieron con

los fardos no tuvieron tiempo de moverlos demasiado lejos y que los dejaron cerca de donde los recogieron. Puede que los fondearan en otro sitio para recuperarlos luego o los llevaran a un punto de la costa, a la isla del Fraile. Todo dependía de dónde estuviera la boya.

—Al principio, supuse que la mercancía estaba a buen recaudo. Si la hubieran movido a otro sitio, tenían que haberme enviado una confirmación. Está claro que si desaparecieron entre la noche del 12 y la madrugada del 13 es que estaban en el mar a esas horas. Si el día anterior la hubieran llevado al sitio definitivo, no tenía sentido que anduvieran por allí.

—¿Y ya está?

El Marrajo no pestañeaba. Tenía la mirada perdida en un lugar impreciso. El Moro veía con aprensión que en las pupilas de su socio se reflejaba la ventana que tenía a su espalda, como si dentro de aquellos ojos de tiburón no hubiera nada humano.

—No. Ya sé que no está.

El Moro no podía aventurar respuestas que no tenía.

—¿Dónde está la puta coca, eh, Morito? Solo quiero que me respondas a esa pregunta. Fácil, ¿no?

—Jimi, créeme, ya te he dicho todo lo que sé.

—Mira, Moro, te lo advertí. Si me la has pegado, si te has puesto de acuerdo con los buzos esos de los cojones y os habéis llevado la mercancía, voy a quemar tu casa, con tus viejos dentro, y a ti te voy a cortar los huevos y te voy a hacer que te los comas. Eso para empezar.

El Marrajo dio un nuevo sorbito del café sin dejar de observar al Moro. Hablaba sin levantar la voz.

—Venga, Jimi. Ya entiendo que lo que ha pasado es inexplicable. Ahora te pido que razones un poco, tío. ¿Para qué coño me voy a meter yo en un lío como ese? Piensa. ¿Voy a hacer que esos buzos desaparezcan y ocultar un vuelco con otro vuelco? No soy tan estúpido. ¿Has visto la que se ha montado? La policía metiendo las

narices en la desaparición. A lo mejor se huelen algo raro. —El Moro se frotó la cara con las manos—. Ya sabes que yo no vuelo tan alto, tío. Para mí el negocio, tal y como estaba, era lo mejor que me había pasado en muchos años, por no decir en toda mi vida. ¿Por qué iba a cagarla?

El Marrajo se quedó un rato mirando la taza que tenía delante. El razonamiento del Moro parecía hacerle dudar.

—En cualquier caso, tú eres el responsable, por haber metido a los putos buzos en la operación. Si no aparecen, es que han sido ellos.

—Te lo juro, estoy convencido de que ellos no se han llevado la coca. No sabrían qué hacer con ella; de verdad te lo digo. Para mí que están muertos. Alguien se los ha cargado y se ha quedado con la droga. Esos tíos se hacían con un pastón por un trabajo de rutina. Eran los tipos perfectos, todo el día moviéndose en esa zona. No iban a llamar la atención.

Desde el principio, el Marrajo había tenido sus reservas en cómo había planeado el Moro el vuelco. No estaba convencido de que la exigencia de confiar en unos colaboradores sin experiencia, para él anónimos, fuera buena idea. Por eso le avisó al Moro de que respondían de ellos con su vida tanto él como su familia.

Ya sabía que la decisión que tomó, «ahora o ahora», implicaba apechugar con lo que tenía a mano: una panda de aficionados, empezando por el Moro. La había cagado bien cagada. Por precipitado. Por confiar en un chapucero.

—Ahora razona tú, ¿quién coño conocía que los buzos tenían el perico? —preguntó el Marrajo.

No lo sabía nadie. Bueno, él sí, murmuró el Moro, aunque tampoco estaba al tanto del lugar en el que lo guardaban. Y los buzos eran superdiscretos. Y si no le dijeron dónde lo iban a dejar el primer día era porque se trataba de un sitio provisional y mejor no andar con mensajes dando pistas que no venían a cuento.

—¿Les podrían haber seguido?

—¿Para qué? No tiene sentido que los siguieran. —El Moro resopló.

Ahora le tocaba al Moro hacer las preguntas. Porque estaba convencido de que los buzos no se habían salido de lo planeado y, por tanto, habría que tener en cuenta otras posibilidades. ¿Quiénes estaban al corriente del lugar y hora de la entrega del alijo? ¿Cuándo se enteraron sus dueños de que la merca no se hallaba en su sitio? No había duda de que Koldo y Padraig la habían sacado del agua, pero si alguien estaba al acecho pudo observar lo que hacían y tuvo todo el día 12 para llevarse la droga.

—Vale, ¿qué cojones me quieres decir?, ¿que los descubrieron de noche y fueron al día siguiente al sitio donde habían visto el desembarco? —El Marrajo contestaba con desdén las reflexiones del Moro. Miraba hacia la ventana mientras hablaba.

—Estoy buscando explicaciones, Jimi.

—Me dices que alguien los vio en plena noche. ¿Y que luego encontraron lo que los buzos habían escondido? Una teoría estúpida. Ahora dime tú, si eso fue lo que pasó, ¿qué coño ha ocurrido con tus colegas?

—Qué sé yo. —El Moro tampoco parecía convencido de su argumento.

—No me voy a creer que la droga se evaporó, ¿eh? Los submarinistas pudieron agarrar un yate y darse el piro con algún colega espabilado. Y soltar la zódiac para despistar.

Se dio cuenta de que él ya le había dicho a Vasili que no tenía ningún sentido largar la embarcación con el objetivo de desorientar a los que siguieran su pista. En aquel momento, rectificó su primera impresión: si los buzos se subieron a un barco, no podían cargar con la zódiac a remolque. Los hubiera delatado. Por eso la soltaron.

—No me lo puedo ni imaginar. Eran gente seria. —El Moro seguía con su cantinela.

El Marrajo negó moviendo la cabeza.

—Tan serios y honrados que no tuvieron empacho en participar en el robo de un alijo. ¡No te jode! Dime, Moro, ¿cuánto les ibas a pagar?

—Cien mil.

—Nada por adelantado, imagino —dijo el Marrajo.

—Nada.

Por la cara que ponía, el Marrajo parecía dispuesto a rebanarle el pescuezo a su colega en aquel mismo instante. Se quitó la visera que llevaba calada hasta los ojos y se pasó la mano por la cabeza. El pelo le clareaba en la coronilla.

—También eran de tu confianza los moros aquellos que nos vendieron la mierda en Ketama y el taxista. Tienes un ojo clínico de la hostia para encontrar socios.

Al Moro le vino a la cabeza la conversación en el puerto de Armintza con los buzos. A Padraig cien mil euros le parecían poca cosa. Él supuso que, aunque ellos no aceptaron de manera expresa su ultimátum, el asunto había quedado cerrado. Pero, de pronto, le surgió la duda: ¿se la habría jugado el irlandés? No podía trasladarle sus dudas a Jimi.

El Marrajo, por su parte, lo tenía claro: cien mil pavos era una miseria si podían sacar un millón. O más. Les bastaba con encontrar un cliente y esa misma noche entregarle los fardos. Y al día siguiente desaparecer.

—Te digo que la operación iba tal y como estaba planeada. Me mandaron un mensaje diciendo que todo iba bien.

—La guardaron para recogerla al día siguiente y largarse a tomar por culo —le replicó el Marrajo sin levantar la vista del café.

El Moro se resistía con uñas y dientes a considerar que los buzos se la hubieran jugado. Para empezar, argumentaba, no estaban en el negocio y tampoco conocían a nadie que lo estuviera. ¿Cómo iban a ir por ahí ofreciendo doscientos kilos de cocaína? Imposible.

—Oye tú, no me tomes por un pardillo, que ya sabes de qué va esto, ¿eh? —El Marrajo tenía la mandíbula apretada y movía los labios con una especie de tic nervioso—. Si alguien se mete a ladrón y se la juega, mejor hacerlo por un buen trozo del pastel que por un pico que no le resuelve nada.

Al Moro se le habían agotado las palabras. En un susurro se le escuchó decir que los buzos no encajaban en el arquetipo de prófugos, que Koldo no se iba a largar sin decir una palabra a su hermana...

—Venga, suéltame todo lo que sepas de los buzos.

El tono autoritario que empleaba el Marrajo demostraba que el Moro ya no era un socio. Se había convertido en un subalterno. Un subalterno sospechoso.

—¿Qué quieres saber? —respondió poniendo ojos de besugo.

Todo era todo: dónde y cuándo había conectado con ellos, con quién se relacionaban, lugares y personas que frecuentaban.

El Moro le ofreció toda la información que disponía, sin guardarse nada sustancial. Vivían en Plentzia. En una buhardilla del casco antiguo. Tenían una lonja, con oficina, aula para cursos y servicios propios de la actividad. Cuando terminaban de trabajar, acostumbraban a tomar unas birras en la taberna La Escotilla del puerto de Plentzia. A veces se quedaban a dormir en un velero que atendían y con el que solían salir de excursión. Era de unos de Bilbao que apenas lo utilizaban.

—¿Un velero?

Seguía atracado en Astondo y fue lo primero que registró la Ertzaintza, aclaró el Moro. No lo habían utilizado para largarse, si es lo que pensaba el Marrajo.

—Espero que aparezcan los cuerpos.

El Moro tragó saliva. Los cadáveres serían la prueba palpable de que no existió ningún contubernio en la desaparición del alijo.

—Si aparecen los cuerpos, la cosa se complicaría más. —Jimi el Marrajo hablaba sin alterarse. Sus palabras, así y todo, no podían sonar más amenazantes—: Solamente nos quedarías tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. A lo mejor me estás contando una milonga y aprovechas que estos buzos han desaparecido para cargarles el muerto y resulta que agarraste la mercancía con otros. O te pusiste de acuerdo con vete a saber quién y empleasteis a los buzos para ejecutar el encargo y luego les dieron el pasaporte. Y digo dieron porque no te veo a ti con agallas para hacerlo. O sea, primer sospechoso tú.

—O vosotros. Los que estéis en la movida. ¡No te jode!

El Moro tampoco quería dejarse avasallar. Podrían arrancarle los ojos y no le sacarían ninguna información. No la tenía.

El Marrajo lo miró con aire retador. Terminó el café, le apuntó con el dedo índice y salió sin despedirse. Vasili le había hecho el mismo gesto.

El cruasán seguía intacto.

15. La investigación policial

En el programa *Boulevard* de Radio Euskadi, un portavoz de la Ertzaintza había explicado que la operación de localización de los buzos tenía dos facetas. Si se trataba de un naufragio o un accidente en el mar, el trabajo era de la Unidad de Vigilancia y Rescate, que ya estaba en ello. A preguntas del locutor sobre a qué cuerpo policial correspondía dirigir la investigación, el entrevistado sostuvo que la Ertzaintza resultaba competente en la materia y no le afectaban acuerdos de la Comisión Nacional de Policía Judicial, puesto que se regía por lo que dispusiera la Junta de Seguridad, bilateral con el Estado. En cuanto a la desaparición, en tanto no aparecieran los cuerpos en el mar, la competencia era también de la Ertzaintza. Fue el puerto de Plentzia el último lugar en el que se les vio con vida. Y lo mismo podrían estar en el fondo del Cantábrico que en Tegucigalpa. Eso, siempre y cuando el juzgado mantuviera el criterio que, hasta la fecha, sostenían los órganos judiciales y les confiara la investigación.

Esa misma mañana, Miren Arruza escuchaba con atención las palabras que les dirigía el oficial al mando del Grupo de Investigación de la Ertzaintza. Martín Zalbide llevaba veinticinco años en la Policía vasca y era un hombre de pocas palabras. Su pelo y su barba, de un blanco níveo, encajaban a la perfección con las paredes, también blanquísimas, entre las ventanas de la sala. Al oficial le gustaba siempre ir a lo concreto: los *briefings,* cuanto más resumidos, mejor.

Hizo una breve recapitulación de la noticia de la desaparición de los buzos. El juzgado de instrucción había incoado diligencias por

desaparición de personas y la comisaría de Getxo les había pasado el asunto.

—Los cuerpos, si es que están en el mar, siguen sin aparecer. Hay que ponerse a ello.

En la sala de reuniones, el suboficial Ortega, dos agentes primeros y seis agentes. Los *ertzainas* presentes esperaban alguna información adicional.

—Ya os anticipo que hay ingredientes sospechosos suficientes en el asunto para no despacharlo, de primeras, como un mero accidente. Te encargas tú de organizar el equipo y distribuir el trabajo —concluyó el oficial dirigiéndose a Ortega.

Se hizo el silencio en la sala a la espera de conocer a quiénes iba a elegir el suboficial.

—Miren y Kirru, de momento, vosotros dos. —Ortega apuntó con el mentón a los agentes.

A Kirru lo llamaban así, como a otros muchos rubios en el País Vasco. *«Kirru»,* 'rubio' en euskera.

El suboficial Ortega entregó a los dos agentes designados los informes que obraban en su poder: la denuncia de desaparición, algunos datos recogidos por parte del Grupo 6 de Investigación de la comisaría de Getxo y los resultados de un análisis preliminar efectuado por la Unidad de Policía Científica.

Había que comunicar al juzgado que la investigación pasaba de la comisaría de Getxo al Servicio de Investigación Criminal Territorial de Bizkaia (SICTB). Kirru se encargaría de averiguar toda la información que hubiera en los teléfonos. Ya tenían los números y las marcas de los móviles. Tocaría, seguramente, geolocalizarlos. Comprobar qué aplicaciones tenían activadas y si alguna ofrecía facilidades para la búsqueda. También habría que solicitar del juzgado autorización en lo que hubiera que requerir a las compañías telefónicas.

Ya sabían que, antes de pedir datos, como llamadas, descargas de internet o copias de tarjetas SIM, tendrían que convencer a la juez

de la pertinencia de la intrusión en la intimidad de personas que a lo mejor habían desaparecido voluntariamente.

—Miren y yo nos ocuparemos de las investigaciones de campo —concluyó Ortega.

***

La agente de la Ertzaintza llevaba impreso el informe de la Unidad de Vigilancia y Rescate enviado a su jefe. Había subrayado con un rotulador fosforito algunos párrafos. Era extraño que una intervención de la UVR terminara en manos de los agentes de Investigación Criminal. Los rescates de montañeros heridos o de ancianos extraviados en un bosque, por lo general, eran percances fruto de la mala suerte o de la imprevisión. Sin embargo, en la desaparición de los instructores de buceo, los agentes de la UVR habían advertido algunos datos que no terminaban de encajar en un simple accidente.

Miren Arruza llevaba cinco años en la Ertzaintza y tan solo seis meses en el Servicio de Investigación Criminal. Agente en prácticas, primero; tres años en una comisaría tomando denuncias en el servicio de guardia, después; y, por fin, superadas las exigentes pruebas de acceso, había alcanzado la meta que tanto deseaba: agente de investigación criminal.

La agente Arruza y su jefe, Mikel Ortega, se habían situado a un costado de la zódiac en un almacén subterráneo del Complejo Policial de Erandio, sede central de la Ertzaintza.

—¿Qué tal tu madre? —fue lo primero que le preguntó el suboficial Ortega.

—Muy pachucha. En situación estacionaria. Siempre me repiten la misma cantinela.

Todos los días antes de ir al trabajo, Miren se pasaba por el hospital de Basurto a visitar a su madre. Dos meses llevaba la mujer

en la UCI, con una neumonía causada por el COVID. No podía evitar salir del hospital hecha polvo por la impotencia que sentía al ver a su madre enchufada a una máquina, consumiéndose día a día.

—¿Y el viejo cómo lo lleva?

Para colmo de la adversidad, su padre convalecía de una operación de cadera. Daba gracias a que el hombre era un tipo estoico, que se quejaba poco y se organizaba bastante bien. Se parecía a ella.

Siempre había pensado que ser hija única tenía muchas desventajas.

—Se apaña sin dar guerra. Gracias por preguntar.

El suboficial, desde el primer momento que llegó a la sección, le pareció un jefe exigente y un compañero cordial. Sin las dobleces que había observado en otros destinos. No se compadecía su aspecto de hombre rudo, con pinta de *aizkolari,* con su trato afable y optimista. Claro que, en el trabajo, cuando se ponía el uniforme, o sin él, no necesitaba adoptar ninguna pose de tipo duro: su propio aspecto de hombre primitivo intimidaba todo lo que la placa exigía.

Para Miren, el trabajo era su alivio de las preocupaciones. Como también se había separado de su pareja, su vida estaba centrada en labores policiales y la atención a sus padres.

Los casos en los que había participado hasta la fecha eran de chicha y nabo, sobre todo agresiones con arma blanca o algún robo con violencia, pero este que le llegaba era un asunto diferente, extraño. O absurdo, según se mirara.

Había estudiado a conciencia los informes preparados por los de Rescate y la comisaría de Getxo. Por nada del mundo deseaba que se le escapara ningún detalle. Si se trataba de una revisión rutinaria de unos hechos que, a la postre, resultaban intrascendentes, que, al menos, sus superiores valoraran su trabajo meticuloso y concienzudo.

En el sótano de la base de Erandio, un foco iluminaba la zódiac. Estaba protegida por una lona. Se suponía que la embarcación había

mantenido en todo momento la cadena de custodia, sin sufrir alteraciones o contaminaciones que pudieran desvirtuar posibles pruebas. Los agentes encargados de los traslados daban fe de que se habían respetado todos los protocolos.

Según los datos facilitados, era bastante antigua, del tipo semirrígido, eslora de 6.52 metros y manga de 2.59. Con cabida para trece personas.

—Usa gasolina y en el depósito caben ciento cuarenta litros. El motor tiene 200 CV —dijo Ortega.

Retiraron la lona para observar el interior.

En distintos compartimentos se hallaban las mochilas de los buzos, algunas prendas de calle, sus carteras, llaveros, documentación y algo de dinero en efectivo. No estaban los teléfonos móviles.

Dejaron el almacén en dirección a la sala donde se hallaban las máquinas de *vending* y de café de la base. Llovía con fuerza. Sin gorros ni viseras, el agua les resbalaba por la cara.

Tres minutos después, se encontraban a cubierto.

La agente dejó el impermeable en una silla junto a la máquina de café. Luego se pasó la mano por el pelo, que, tan corto y denso, no se había doblegado con la lluvia. Una gota de agua se deslizaba por su nariz romana. El suboficial no parecía preocupado por su cazadora empapada.

En aquellos momentos, la sala estaba desierta.

—¿Solo o cortado?

Arruza pidió un café cortado.

—¿Una primera impresión? —Ortega rebuscó monedas en sus bolsillos.

La *ertzaina* se tomó unos segundos para responder. Se sentía algo intimidada por su superior. No consideraba que su licenciatura en Derecho y un máster en Criminología le concedieran ventaja alguna frente a Ortega, un veterano con veinte años de vuelo en investigación criminal.

—Las sospechas que aportan los de Rescate son bastante consistentes —soltó al fin; una respuesta poco comprometida.

—Cierto. Hay que confirmarlas y descartar un accidente. No podemos hacer perder el tiempo al grupo si vemos que se trata de una desgracia sin más. —Ortega hablaba con naturalidad mientras introducía las monedas en la máquina—. Si aparece una embarcación y sus ocupantes no están a bordo, lo normal es que hayan caído al agua. Y la causa más frecuente de los accidentes de los buceadores es que uno tiene un problema y arrastra al otro. Lo que sorprende en este caso es que se trata de unos profesionales.

Ortega sirvió el café a Miren. Ella no tenía muy claro si debía escuchar y guardar silencio o reflexionar en voz alta. Optó por seguir callada.

El suboficial hizo un balance de la situación con los datos de que disponían. Los buzos no se alejaban nunca de la costa y la zódiac apareció a seis millas y sin combustible. O bien los buzos llevaron la embarcación hasta allí y luego se esfumaron, o bien, lo más probable, se quedó sin gasolina en cualquier otro punto y fue impulsada por el viento hasta el lugar donde apareció.

—Vamos a ver, en la zódiac se echan en falta un par de aletas, los trajes de bucear, los fusiles de pesca, las máscaras de buceo, los tubos respiradores y los cinturones de lastre. Al parecer, eso es lo que se usa para pescar. Lo primero que no se explica es por qué uno se metió en el agua sin aletas y... —Ortega detuvo sus reflexiones para ponerse sacarina en el café. Luego continuó—: Además, el arpeo que usan para fondear, la boya y la banderita de señalización, la roja con la diagonal blanca, estaban a bordo.

—No parece normal que se sumergieran sin marcar su posición ni anclar la zódiac —dijo Miren.

—A eso voy. Ese sería el típico accidente que les ocurre a unos domingueros que se lanzan al agua y dejan el bote a la deriva. Por eso, la primera impresión de que hablaba queda en entredicho con

lo que acabas de decir. Además, hay otra cosa fundamental: faltan los teléfonos móviles. O bien se los dejaron en alguna parte, o bien están con ellos, allí donde estén. No me creo que se metieran a bucear con los móviles encima por un descuido. Los dos.

—Desechamos la primera hipótesis. No estaban de pesca. ¿Cuál es la segunda? —Miren anotaba las preguntas en un pequeño bloc y, al tiempo, las formulaba en voz alta para permitir que Ortega siguiera con sus deducciones.

—Imagínate una conjetura descabellada. Sería otra posibilidad. —El suboficial se tomó un trago del café—: Están a bordo, han levantado el arpeo y se ponen en marcha. Cogen los teléfonos para hacer alguna llamada, o mirar algo en internet o leer correos o mensajes... En fin, uno de ellos sufre un desvanecimiento o un infarto y cae al agua. El otro se lanza a rescatarlo y, cuando lo consigue atrapar, la embarcación se está alejando. Están cerca de la costa y debajo de unos acantilados inaccesibles: no consiguen salir y se ahogan.

—No digo que sea imposible. De todas formas, cuesta creer que dos tipos tan curtidos y, al parecer, con experiencia en travesías oceánicas cometan el error de saltar al agua con la embarcación en marcha, ¿no?

—Al mejor cazador se le escapa una liebre.

No era la primera vez que Ortega demostraba su manejo de los proverbios castellanos. El suboficial se olvidó de la liebre para matizar sus conjeturas.

—También podría haber sucedido que pararan el motor y la zódiac se alejara impulsada por el viento y la corriente. —Ortega agitó la cabeza como si pretendiera sacudirse alguna idea que le había venido—. Mira lo que te digo, tampoco vamos a volvernos locos haciendo cábalas. Lo normal es que los cadáveres no tarden en asomar. Y ahí tendremos las respuestas.

—Si aparecen los cuerpos en el mar, la Guardia Civil nos pedirá la zódiac. Son ellos los que tienen la competencia de policía judicial. El juzgado les encargará el asunto. —En ese terreno, Arruza sabía el suelo que pisaba.

—Ya. Eso cuando aparezcan. De momento, también ha dicho el jefe que estamos en una operación de rastreo o de rescate; o puede que se trate de una desaparición sin causa acreditada. Ya cruzaremos ese puente.

«Cuando lleguemos a ese río», completó Miren mentalmente la frase. No había tardado mucho en salir a relucir de nuevo el refranero. Era la cuarta o quinta vez que Arruza había escuchado la frasecita, como si la hubieran inventado en aquella unidad.

—Ahora tenemos que centrarnos en otra cuestión, que es la que está en nuestra mano —concluyó el suboficial.

Necesitaban localizar los teléfonos. Si estaban en tierra, no habría problemas; pero si se los llevaron con ellos, lo que parecía la hipótesis más normal, tendrían que geolocalizarlos. A ver qué les decía Kirru.

En cualquier caso, debían comprobar la distancia que la zódiac podría haber recorrido antes de quedarse sin combustible. En el puerto de Plentzia, no había depósitos de gasolina y cada embarcación se abastecía en las gasolineras cercanas. Tendrían que averiguar en qué estación de servicio repostaron por última vez y comprobar si guardaban parte del combustible en la lonja que usaban.

La agente anotaba las tareas pendientes en su bloc.

—Hay otra cuestión que no se apunta en el informe... —Arruza hizo amago de decir algo y se detuvo.

Ortega terminó con parsimonia el resto de su café y observó unos segundos el vaso de plástico; luego alzó la mirada hasta alcanzar los ojos de la *ertzaina.* Le sacaba unos cuantos centímetros de altura y él no era bajo. Miren Arruza debía de andar por encima del 1.80. No

en vano formó parte del equipo júnior de un club puntero de baloncesto profesional, el Gernika KESB, y si no continuó fue por dar prioridad a sus estudios.

—Venga, mujer, no te cortes. Aquí tenemos costumbre de hablar sin tapujos. A veces se nos escapan chorradas. Ya te acostumbrarás a meter la pata. —Ortega la animó a continuar con una sonrisa.

—Me llama la atención que en la zódiac no estuvieran los cinturones de plomo, los que se llevan para las inmersiones.

—Y es que no estaban. Ya lo he mencionado en la primera hipótesis, la de que andaban de pesca —dijo Ortega.

—No me refiero a los suyos. Yo hice un curso de buceo y en la embarcación siempre había unos cuantos cinturones de lastre de repuesto para uso de los cursillistas.

—¿Es que no sale cada uno con el equipo completo?

—Es verdad. Cada uno lleva su equipo, pero a veces se guardan cinturones de plomo de reserva por si los que se han elegido resultan inadecuados. Y esos se suelen dejar en la embarcación para no andar atrás y adelante con ellos.

—¡Vaya con la novata! —Ortega levantó las cejas para demostrar su asombro ante la agudeza de Miren—. ¿Supones que había otros cinturones que desaparecieron? ¡Buena observación! Tenemos que comprobar si, en efecto, los llevaban en la zódiac habitualmente o si los dejaban en la lonja cuando no iban con cursillistas.

Arruza ya lo tenía todo apuntado.

—Al parecer, en Plentzia hay otra empresa que se dedica a cursos de buceo. Y es más conocida. Se llama Buceo Agua. ¿Sabes si tenían relación entre ellas?

—Por lo que nos comentan, cada una iba a su aire. No es que tuvieran mala o buena relación. Apenas tenían trato.

—Por cierto, ¿se dice buzos o buceadores? —Ortega parecía pensar en voz alta.

—Todos los medios de comunicación hablan de los buzos —dijo la *ertzaina.*

—Es que yo siempre he supuesto que buzos eran los que llevaban escafandra.

—Será porque buceadores o instructores de buceo resulta muy largo —concluyó Miren.

—Si es por eso, buzos y se acabó.

16. Páginas de cristal

En la pared que había detrás del mostrador, en un folio sujeto con celo, se leía «En el silencio de la noche, en el murmullo del viento, hay una voz que te dice espera, ten calma y, cuando llegue el momento, despega».

Una poeta lo dejó escrito con un rotulador en las ventanas de su local. Y es que en el mes de mayo las cristaleras de los comercios de Vitoria-Gasteiz se llenan de poesía. Los escaparates se convierten en «páginas de cristal».

Y a Loli le gustó tanto que cuando lo borraron de su fachada decidió darle un lugar de honor en el interior.

A veces leía la poesía en voz alta. Le gustaba cómo sonaba. Sin más. A ella el viento no le susurraba nada y lo de despegar le parecía cosa de aviones.

Habían pasado un par de días desde la vista del Moro y estaba sumergida en pensamientos sombríos. En toda la tarde, no había entrado ningún cliente y, para colmo, la luz que llegaba del exterior del local era tan mustia que parecía que el crudo invierno vitoriano les enviaba un anticipo.

Se detuvo unos instantes en la poesía, sin leerla, se la sabía de memoria. Y, como si una cosa llevara a la otra, sacó del cajón una carpeta llena de facturas. ¿Necesitaba hurgar en la herida? Allí estaban los extractos del banco, con las cuotas de autónomos, los IBI de la casa y el local, la luz, el agua, la escalera... Y los ingresos. ¿Ingresos? La residencia de su padre se llevaba el 90 % de la pensión. Las ventas del videoclub no figuraban en la contabilidad, pero tampoco hacía falta. Calderilla. Gracias que no tenía hipoteca

que pagar. A ver cómo. ¿Qué podría hacer?, ¿qué camino tomar?, ¿dónde estaba la salida? Hacía tiempo que se habían derretido los escasos fondos que guardaban en la caja de ahorros. Y siendo autónoma no resultaba sencillo que le concedieran auxilios sociales. Le vino a la cabeza que serían para cambiar el baño de la casa, que se caía a pedazos, pero la marearon con el papeleo. Contempló el local y le dio un bajón que hizo que unas lágrimas se le asomaran en el borde de las pestañas. No las dejó caer. Se pasó la manga del jersey por la cara y, con la mirada todavía empañada, recorrió las destartaladas estanterías.

Miau, miau. Casi legal.

No se trataba de pipas de calabaza, pero tampoco de heroína.

¿Y si la pillaban? Su padre se moriría. Estaba chapado a la antigua. Pobre pero honrado, que venía a ser lo mismo que pobre eterno.

¿Y por qué la iban a pillar? Tampoco era tan indecente ser asesora de infelices.

De nuevo sin saber por qué, volvió la vista al papel donde estaba la poesía: «Y cuando llegue el momento despega».

«¡La hostia! ¡Si está todo ahí! ¿Quién había dicho que la poesía era un arma cargada de futuro?».

Ya había esperado y tenido calma, más que suficiente. Ahora era un avión cogiendo pista.

«A tomar por saco. Más vale vivir de pie que morir de rodillas». Y, de pronto, recuperó la alegría y su optimismo innato.

17. Rayas en una pantalla

Kirru, el agente primero de la Ertzaintza, había situado en la pantalla del ordenador los puntos donde dejaron de operar los móviles de los desaparecidos: a dos millas y media de la costa dirección norte. Quedaron inactivos casi a la vez y en el mismo lugar. Por fortuna, los teléfonos llevaban instalada una aplicación para facilitar su geolocalización por satélite. Una precaución propia de navegantes.

En un mapa había dibujado el punto donde los móviles se desactivaron y una línea lo conectaba con el lugar en el que apareció la zódiac: cuatro millas más hacia el noroeste.

—A media milla de la costa, hacia el norte, el calado es de diez brazas. A las dos millas viene a ser de dieciséis. A las tres y media, de cincuenta brazas. A seis, puede haber una profundidad de entre mil y dos mil brazas —dijo Kirru.

—Si los móviles están ahí, puede que ellos también —apuntó el suboficial Ortega—. Una braza hace dos metros, ¿no? A cincuenta metros de profundidad. Puede que más.

—Los teléfonos, los cuatro cinturones de plomo que llevaban siempre a bordo, más los dos suyos, los fusiles de pesca, un par de aletas... —apuntó Miren.

Ya habían comprobado que solían llevar cinturones de lastre de repuesto a bordo: cuatro. Lo habían confirmado algunos cursillistas y la propia hermana de Koldo, que se encargaba de la oficina. Y no estaban ni en la oficina ni en el velero. La intuición de Miren había sido certera y ese dato añadía un elemento inquietante a la desaparición. Si ellos utilizaron dos, ¿qué pasó con los cuatro cinturones restantes?, ¿y con el otro par de aletas?

Por lo que habían averiguado, los buzos estaban habilitados para impartir cursos de buceo desde los más elementales hasta los avanzados y especializados. La mayoría de los cursillos se daban los fines de semana y en las vacaciones, pero también los días laborables. En muchas ocasiones, eran para policías o bomberos que buscaban una cualificación profesional o, simplemente, les atraía el submarinismo.

Por lo normal, el punto más alejado de la isla que utilizaban, para las inmersiones avanzadas, se hallaba en un lugar conocido como la Garganta de las Gorgonias, a menos de una milla de la costa.

En la gasolinera donde repostaban, les confirmaron que el 11 de octubre compraron siete bidones de veinte litros de gasolina. En la lonja había un solo bidón, luego el resto lo habían utilizado para cargar el depósito.

—¿Qué distancia puede recorrer con el depósito lleno? —preguntó Miren.

—Pues dicen que depende de la velocidad y del peso que se transporte. Desde luego, si hicieron su ruta habitual, no se debía de haber agotado el combustible en tan poco tiempo —señaló Kirru.

—¿Y qué coño hacían allí? ¿Se puede bajar a cincuenta metros? —El suboficial Ortega, sin esperar respuesta, se acercó a la pantalla.

—En teoría, se podría descender a esa profundidad —dijo Kirru—, pero no sin chalecos hidrostáticos y botellas de oxígeno.

En el momento de la desaparición, Padraig y Koldo llevaban los trajes húmedos, de dos piezas con capucha, que, de ordinario, utilizaban para la pesca. Eran los que faltaban de su equipo.

—¿Y esta raya marcada aquí? —señaló el suboficial con el dedo.

Marcaba la línea desde donde se perdió la señal de los teléfonos hasta el lugar en el que se encontró la embarcación. No significaba mucho. Una zódiac en marcha sin que alguien manejara el timón o lo llevara anclado podría moverse en cualquier dirección, dar vueltas,

ir de un lado a otro hasta que se agotó la gasolina. Luego el viento la pudo empujar hacia el norte.

El informe de la Policía Científica ofrecía algunos datos interesantes: no había señales de abordaje, muestras de que otra embarcación hubiera embestido a la zódiac. Lo más llamativo era que en la cubierta había un rastro de cocaína y unas manchas de sangre.

—Parece raro que les diera por esnifar entre las olas, ¿no? Los restos de sangre son apenas visibles y puede ser porque alguien se hizo un corte —concluyó el suboficial.

No quedaba otra que indagar si los buzos consumían drogas o lo hacía alguno de sus clientes o la gente con la que se relacionaban. Y si la sangre era de uno de ellos.

—Seguro que hay un registro de los cursillistas. En cualquier caso, investigar a todos... —Miren lo anotó en su libreta.

—Si los cuerpos están en el mar, pronto o tarde tendrán que aparecer, ¿no? —Kirru no sabía si se trataba de un deseo o de una posibilidad real.

—Esperemos. —Ortega se levantó de su asiento—. De momento, habrá que volver a Plentzia.

Ya habían estado en la casa y en la oficina de los submarinistas. Y en el velero en el que a veces pernoctaban. No encontraron nada relevante. Tampoco la conversación con Iratxe, hermana de Koldo Etxebarria, muy afectada por la desaparición, les aportó pistas adicionales que ofrecieran alguna luz. Tendrían que preguntar a sus amigos y conocidos. Empezarían por la taberna La Escotilla. Paraban allí todos los días.

18. Una visita con aroma de tortilla

Después de pasar por el hospital de Basurto, y de recibir las noticias habituales —su madre seguía estable dentro de la gravedad—, Miren Arruza recogió a Ortega en Getxo y se dirigieron a Plentzia.

A primera hora, el suboficial y Kirru, acompañados por Zalbide, el oficial al mando del grupo, se habían entrevistado con la titular del Juzgado de Instrucción n.º 3 de Getxo. La pusieron al corriente de la investigación y le plantearon, extraoficialmente, si autorizaría solicitar de la compañía telefónica acceso a los móviles de los buzos. Necesitaban información de sus llamadas. La jueza se reservó la respuesta. Lo iba a considerar, pero exigía que se descartara, con solidez, la posibilidad de una desaparición voluntaria.

—Su señoría se la coge con papel de fumar. —Ese fue el resumen que le hizo Ortega de la conversación mantenida en el juzgado.

Dejaron el coche aparcado en el frontón viejo, al lado de la plaza del Astillero, y recorrieron sin apresurarse el paseo de la ría hasta llegar al puerto. En aquel justo momento, dejó de llover.

Apenas había gente por la calle. Las embarcaciones del puerto relucían bañadas por la lluvia y por los tímidos rayos de sol que asomaban recelosos.

Mientras caminaban, hicieron un nuevo repaso de los datos para preparar la entrevista que tenían en ciernes.

El registro de la casa de los buzos realizado el día anterior no había aportado nada significativo. Dos pequeñas habitaciones, una sala minúscula y una cocina más pequeña aún. Entraron acompañados de Iratxe Etxebarria, la hermana de uno de los buzos. Precintaron la entrada por si necesitaban realizar averiguaciones más exhaustivas.

El velero en el que, al parecer, pernoctaron las noches anteriores a su desaparición y que ya había sido registrado por *ertzainas* de la comisaría de Getxo volvió a revisarse. La misma operación se repitió en otros seis veleros, de cuya vigilancia y mantenimiento se ocupaban los buzos. Todos permanecían amarrados en el puerto, en el lugar que tenían asignado. La Policía Científica no encontró rastro alguno de cocaína en la casa, la oficina o los veleros. Lo único que apareció en el domicilio fue una bolsita con maría. Poca cantidad.

Miren y Ortega tenían en el punto de mira de sus sospechas los restos de cocaína encontrados en la zódiac.

—¿Los buzos se darían algún caprichito contemplando la puesta de sol? ¿Se le cayó a alguien de un bolsillo? —Ortega nunca dejaba de hacerse preguntas en voz alta. Le gustaba compartir todas sus reflexiones—. ¿O se trata de otra cosa?

La Escotilla era poco más que una tasca estrecha con una barra alargada. Al fondo había cuatro mesas. A las once de la mañana, el local estaba poco concurrido. Unas tortillas de patata, recién hechas, esperaban la llegada de los primeros clientes. Tenían buena pinta y despedían un aroma que hizo salivar a Miren. Solo había tomado un café muy temprano.

Los agentes se presentaron con su carné profesional. Luego se sentaron con Rufi, el dueño, en una discreta mesa del fondo, oculta tras una mampara, mientras la barra la atendía un empleado con acento sudamericano.

Después de las presentaciones, la *ertzaina* sacó su bloc y un boli y los colocó en un lado de la mesa. Rufi parecía relajado, aunque algo sorprendido por la visita. No eran unos agentes de Rescate con los que había hablado por teléfono para alertar sobre la situación de Txaski en la isla, sino del Servicio de Investigación Criminal. Se trataba de un tipo con aspecto bonachón, calvo y de sonrisa fácil. No tenía pinta de hostelero, aunque aseguró a los *ertzainas* que el negocio era familiar y que llevaba allí toda la vida. Miren conocía a

otros, con menos años de servicio, marcados por el rictus peculiar de quienes tienen que aguantar un día sí y otro también a bebedores pasados de rosca.

Arruza inició el diálogo:

—Mire, Rufi, queremos que nos cuente todo lo que sepa de los buzos desaparecidos. Nos consta que eran clientes habituales de este bar.

—Pues sí. Paraban mucho por aquí. Ya me diréis en qué os puedo ayudar.

Buscaban informarse de todos los detalles posibles: cómo eran, a qué se dedicaban, con quién se relacionaban... Cualquier pormenor por insustancial que lo estimara.

—¿Estáis investigando algo?

Rufi parecía extrañado por aquel cuestionario.

Miren Arruza le respondió con delicadeza. Era un procedimiento rutinario, lo habitual que se hacía en casos de desaparición de personas. No quería poner a la defensiva al tabernero.

—Preguntaba si tenéis sospechas de algo raro. Qué sé yo.

—Para empezar, ¿no le parece extraño que aparezca la zódiac y no los cuerpos? —Ortega marcó un tono más distante que el de su compañera.

A Rufi, el que los ahogados no salieran a flote o tardaran en aparecer no le parecía que estuviera fuera de lo normal.

—Vamos a lo que nos interesa: ¿a qué se dedicaban los buzos? ¿Únicamente a dar cursillos o a algo más? —preguntó Ortega.

—Tengo entendido que solo a los cursillos. También hacían pesca submarina. Incluso creo que vendían algunas capturas de extranjis a los restaurantes de la zona. Bueno, eso lo sabe todo el mundo, pero no lo he dicho yo, ¿eh?

—¿Y con eso les alcanzaba para vivir? —Ortega volvió a la carga con el gesto adusto y un tono gélido.

Rufi cambió el semblante. Daba la impresión de estar molesto con las formas que empleaba el suboficial. No estaba él al tanto de las finanzas de sus clientes, respondió. Hizo una pausa y luego añadió que se le había olvidado comentar que también cuidaban algunos veleros de gente que los utilizaba de ciento en viento. De esa información ya estaba al tanto la Ertzaintza. Ignoraba lo que sacaban con ese trabajo. Sabía que vivían en una buhardilla, en el casco viejo, y que era de suponer que no pagarían mucho por el alquiler.

—¿Y siempre paraban aquí? —preguntó la *ertzaina.*

—Por lo general, sí.

Rufi miraba hacia la barra con un gesto de preocupación. Habían llegado unos cuantos clientes y el camarero parecía no dar abasto.

—¿Y con quién trataban? —continuó Miren Arruza.

—Hablaban con todo el mundo. Caían bien a la gente.

—¿Con algunos en especial? —Ortega se alternaba con su compañera.

A veces solían estar allí mismo, hablando de vela y de viajes con unos cuantos que se juntaban —explicó el dueño de la tasca—. Habían dado la vuelta al mundo en un velero y les solían preguntar sobre las rutas y cosas de navegación. A él también le gustaba mucho escuchar lo que contaban. Había muy buen ambiente en La Escotilla.

—¿Con quiénes se juntaban los buzos? —Ortega seguía intentando que Rufi concretara la respuesta.

No siempre eran los mismos. Gente muy variada. Del pueblo. Entre los más habituales estaba uno al que llamaban el Moro, que, en realidad, era Peru Mendieta, veraneante de Plentzia de toda la vida y muy amigo de Koldo, el buzo. También Txaski, un surfista que vivía cerca de Bakio, y algunos que andaban metidos en cosas de vela y que se arrimaban de vez en cuando.

—A veces unos, a veces otros. Ese Txaski, por cierto, es el que está atrapado en la isla. Ya lo sabéis, ¿no? Ellos, los buzos, lo tenían que recoger y pasó lo que pasó. Yo avisé a SOS Deiak.

La *ertzaina* tomó nota de lo que el hostelero contaba y continuó con las preguntas:

—¿Y por qué fue ese Txaski a parar a la isla?

Rufi explicó cómo se había gestado el desafío de Txaski. Nadie le animó. Al contrario; todos le querían quitar la idea de la cabeza. En especial, el Moro y los buzos. Les parecía un plan alocado y sin provecho alguno.

El dueño de La Escotilla no sabía que tuvieran enemigos o rivales declarados. Había otra empresa que se dedicaba a lo mismo que ellos, pero no le constaba que tuvieran ningún enfrentamiento.

—¿Tampoco tenían parejas?

—Creo que Padraig estuvo casado.

Rufi iba a decir algo más, pero se quedó con la palabra en la boca.

—Una última cuestión, ¿usted sabe si le daban a la coca? —Ortega soltó la pregunta a bocajarro.

—¿A la cocaína? —respondió Rufi arrugando la nariz y el entrecejo.

—Eso he dicho —insistió el suboficial.

El hostelero miró hacia donde estaban los clientes, con el temor de que alguien hubiera escuchado la pregunta y acabara vinculándolo con el tráfico de drogas.

—No fastidies. Vamos, seguro que no. De hecho, nunca he visto a nadie aquí darle a eso. —Rufi parecía en verdad ofendido con la pregunta—. A lo mejor os estáis equivocando de sitio, ¿eh? ¡Que este es un bar normal y corriente! —Elevó el tono de la voz y, esta vez sí, alguno de los clientes se volvió hacia ellos.

—¿Y no sabe si alguno de los que andaban con los buzos o salían a la mar en la zódiac era consumidor de coca? —Ortega seguía con la pregunta que tanto molestaba al dueño del bar.

—Ni idea. —Rufi guardó silencio unos segundos mientras observaba a la *ertzaina*—. Me habéis dejado mosca con esas preguntas, ¿sabéis?

—Hacemos el trabajo que nos corresponde —dijo Ortega con sequedad y luego, tal vez para calmar el desasosiego de Rufi, continuó—: No tiene por qué alarmarse. Ya le he dicho que son preguntas obligadas en los casos de desaparición de personas.

Cuando se despidieron, la agente Arruza le entregó una tarjeta en la que había anotado su nombre y el número de teléfono.

—Si recuerda algo más, me llama. —Los agentes se levantaron y justo antes de encaminarse hacia la puerta Miren Arruza preguntó a Rufi si tenía el teléfono de Peru Mendieta.

Rufi trató de escabullirse con una respuesta confusa. No estaba seguro de si a los de la Unidad de Rescate les dijo que había hablado con el Moro para que le diera el nombre de Txaski. Al final, reveló que a lo mejor lo tenía por algún sitio.

—Pues dígale que se ponga en contacto con nosotros. Queremos hacerle un par de preguntas. Y que se dé prisa, no quisiéramos tener que molestarle en su casa. —La *ertzaina* estaba convencida de que en cuanto salieran por la puerta Peru Mendieta iba a recibir una llamada.

Miren se hubiera tomado muy a gusto un *pintxo* de tortilla y un café con leche, pero no le pareció apropiado.

No habían avanzado mucho.

19. El detective Marrajo

Nada más comenzar el vuelo libre, a Jimi el Marrajo, convertido en la Hiena, las cosas se le habían torcido. Retorcido, más bien.

Estaba implicado en un vuelco contra su propia banda y, para su desgracia, había perdido la pista de la droga.

Ya no era una cuestión de quedarse con la cocaína, sino de encontrarla. Se estaba jugando la vida sin provecho a la vista.

Tenía intención de interrogar al patrón del pesquero que trajo la merca, pero este se le adelantó. Le había llamado para pedirle una reunión urgente. Los dos tenían prisa por encontrarse. Quedaron en la taberna Arrien de Gernika a las doce y media del mediodía.

El patrón, Fito Pereira, solo había hablado con el Marrajo por teléfono y entró en la taberna con pinta de despistado. Tenía poco pelo y un rostro curtido, castigado por el sol, el viento y el salitre. Miraba a la gente tratando de adivinar quién sería su contacto. El tipo que le dio una palmadita en la espalda, a lo mejor, le pareció poca cosa. Por la pinta que tenía, seguro que era alguien de escaso nivel. Una chupa negra de cuero gastada y unos vaqueros verdes le daban al Marrajo un aspecto chabacano.

Fito pidió un *txakoli* y el Marrajo, una Coca-Cola. Se sentaron en una mesa al fondo del local.

—Me voy para Vigo y antes tengo que dejar todo finiquitado, ¿eh? —El gallego no observó reacción alguna en su interlocutor—. ¿Qué pasa? ¿Ahora no tenéis prisa o qué?

El Marrajo lo miró y el patrón tuvo la certeza de que en la mafia el rango no se alcanzaba con la forma de vestir.

Unos segundos bebieron en silencio.

—¿Quieres un *pintxo*? —dijo el Marrajo.

—De comer, no me apetece nada. Lo que espero es que me soltéis la pasta.

—La pasta, claro.

El Marrajo llevaba unas gafas de sol colocadas encima de la frente a pesar de ser un día frío y nublado.

—Oye, no me estarás vacilando, ¿eh?

Según Fito Pereira, tenía a los senegaleses que se subían por las paredes, sin recibir la prima de peligrosidad que se les había prometido. Y él, lo mismo, estaba hasta los huevos de esperar y quería pillar un avión y largarse echando mixtos a su pueblo.

—No te alteres, hombre. Primero hay que aclarar ciertos detalles.

El Marrajo no se inmutaba. Como había observado el patrón, parecía no tener prisa.

—¡Qué detalles ni qué *carallo*! Está todo hablado de pe a pa. O sea que no me vengas ahora con chorradas, ¿eh?

—Para empezar, ¿dejasteis los fardos donde estaba previsto o no? —dijo el Marrajo como introducción, aunque ya sabía que sí lo habían hecho.

—¡Me voy a cagar hasta en la madre que me parió! Ya os he dicho que todo se hizo en orden. ¿Qué buscáis? ¿No pagar? Como me hagáis esto, me llevo alguno por delante, ¿eh?, que a mí a malas no me conocéis. ¡Me cago en Satanás!

—¿No me irás a montar un numerito aquí? Si te pones bravo, agarro y me largo. Tú verás.

No tenía pensado marcharse, pero si Fito reaccionaba de forma violenta era porque le importaba cobrar sus servicios. Si replicaba de modo más templado o despachaba el asunto con un par de amenazas vagas, sería una señal de que hacía teatro para salir del paso y que le esperaba otra comisión más jugosa por haber alertado del lugar del desembarco de la droga.

—¿Bravo yo? ¡No me jodas, hombre! Yo vengo a por lo que me toca y tú me estás tocando...

—Mira, ya sabes que la mercancía ha desaparecido. Estamos buscándola. Y hasta que no la encontremos todos sois culpables.

—¿Culpables de qué? Llevo veinte años en esto y nadie dirá que no he cumplido, ¿te enteras? Si se os ha perdido la carga, no es mi problema. Yo la dejé en el punto exacto que disteis. Y ya está.

—Vale, te creo. La depositaste allí, pero pudiste avisar para que viniera a por ella uno que no debía.

—Tú quieres que salgamos a hostias de aquí, ¿eh?

Fito hizo amago de levantarse. Su cara se puso blanca de rabia.

El Marrajo se abrió la cazadora y en el cinturón apareció la culata de una pistola.

El patrón se asustó más por la mirada helada del Marrajo que por el arma. Sus temores tocaron techo cuando un tipo que estaba sentado en otra mesa se acercó y puso la mano en el hombro del Marrajo.

—Te presento a Feodor. Es dentista aficionado.

Subieron al patrón en el asiento trasero del coche, con Feodor a su lado, y salieron de Gernika. Le sujetaron las manos a la espalda con unas bridas. Quince minutos después se detuvieron en medio de un pinar, en el camino que conduce al bosque de Oma, en los alrededores de la cueva de Santimamiñe. A las preguntas que el Marrajo formulaba, el gallego respondía con blasfemias e insultos. Había que aplicar terapia de choque. El Marrajo bajó del automóvil, encendió un cigarro y se puso a observar los alrededores, cuando, de pronto, las blasfemias de Fito se convirtieron en alaridos que podrían llegar a oírse en el quinto pino. Se asomó por la puerta y se sorprendió al ver que el dentista Feodor había cambiado de especialidad. Tenía las tenacillas incrustadas en el agujero derecho de la nariz del patrón del Kresala. La herramienta había penetrado un buen tramo en la fosa nasal.

—¿Se puede saber qué hostias haces?

—Culpa suya. *Cierra boca* como ostra y cuando quiero *meter instrumento pega cabezazo.*

—¿Está muerto?

Solo se había desmayado. El ruso seguía con las tenazas en la nariz de su víctima.

—Si *quito tenaza,* a lo mejor es peor.

El Marrajo agarró un paquete de clínex y se lo acercó a Feodor.

—Saca la herramienta y ponle tres o cuatro pañuelos para tapar la avería.

Dicho y hecho. La cabeza de Fito reposaba en las piernas del ruso.

—Y ahora qué...

El Marrajo contemplaba la escena sin perder la calma. El ruso tampoco parecía especialmente afectado.

—Digo yo que mejor enterrar a este aquí.

—¿Enterrar dices? No me jodas, Feodor. ¿Acaso tienes una pala?, ¿o piensas cavar un agujero a mordiscos?

En estas, el patrón se despabiló y volvieron los insultos y blasfemias entre gemidos de dolor.

El Marrajo decidió perdonarle la vida porque tampoco había motivo para quitársela. No estaba implicado en el vuelco. De estarlo, a esas alturas de la película habría largado todo lo que sabía.

Dejaron al herido cerca del ambulatorio de Gernika.

—Les cuentas cualquier cosa que se te ocurra, menos la verdad. Si no es así, la próxima vez te sacaremos los ojos y dejaremos tuertos al resto de tu familia.

Volvieron hacia Armintza por Bermeo. Feodor canturreaba una canción que podría ser rusa o no. A lo mejor tampoco él lo sabía.

—¿Tú has sido siempre así? —soltó el Marrajo de repente.

—¿Así?

—Sí, así.

—Uno es como es —respondió Feodor sin comprometerse con la respuesta.

—Vas a llevar razón. Cuando yo era pequeño, mis padres pensaban que estaba endemoniado. —Cosa rara en él, el Marrajo buscaba conversación.

—¿*Con demonio* dentro?

—Había un cura que me quería mandar a Roma, donde había un exorcizador muy famoso. Creo que se llamaba Amorth, Amors o algo así. Pero como el viaje era caro se decidieron por unos cursillos del Opus.

La mirada de Feodor parecía exigir una respuesta.

—Nada. Una mierda. Me largaron echando leches.

—¿Sigues *con demonio* dentro? —El ruso no perdía comba.

—Nos llevamos bien.

—A mí para *sacar demonio* me *metían cabeza en retrete.* Y luego *a cuarto* frío. Veinte bajo cero.

—¿Tu padre te hacía eso?

—No, *en hospicio.* Vivía *con abuelo* y cuando muere me llevan *a inclusa.* Peor que cárcel.

En Armintza, tuvieron otra conversación con los dos pescadores encargados de recoger el alijo en la propia lonja que utilizaban. Cuando Feodor sacó los alicates y extrajo la primera muela, los dos se mearon en los pantalones. Era la primera vez que se veían en un lío semejante y juraron que sería la última. Incluso aseguraron que abandonaban la pesca y se volvían a Basauri. Pasaron muy malos ratos para nada. La probabilidad de que aquellos desgraciados hubieran planeado el robo de la cocaína tendía, desde un primer momento, a cero. El Marrajo, visto lo visto, lo veía muy claro: había que buscar la coca en otra parte.

***

Si tenía que descuartizar al Moro, lo haría sin vacilar; pero su instinto le hacía creer que su socio andaba tan despistado como él. El misterio estaba en los buzos: ¿quiénes eran aquellos tipos en realidad? Él ya tenía experiencia en investigar a los carroñeros que les levantaban los alijos. Pero esta vez el trabajo que le tocaba no solo era negocio. Se había convertido en algo personal. Tenía que averiguar de qué pasta estaban hechos los submarinistas, si daban el perfil de tipos con suficientes huevos para jugar tan fuerte, enterarse de sus movimientos, de con quiénes trataban, además de con el Moro.

El Moro le había indicado la dirección de la casa en la que vivían en el casco viejo de Plentzia. Tenían una lonja en el puerto, con una pequeña oficina, donde se contrataban los cursos de buceo. Al cargo estaba la hermana de Koldo, uno de los desaparecidos. Y acaso lo más relevante: se reunían un día sí y otro también en la taberna La Escotilla con un grupito de gente.

El Marrajo no sabía por dónde tirar del hilo. Si los buzos se habían largado con el alijo, no habrían dejado ningún rastro, ni en la lonja ni en su domicilio. No serían tan estúpidos. Si resultaba que los liquidaron, bien podría ser que lo hubieran hecho para eliminar testigos incómodos o después de haberlos interrogado y sacarles alguna información. En este último caso, si los que los agarraron eran profesionales, los buzos les habrían contado hasta cómo iban vestidos en su primera comunión. Si la hicieron.

También había otra opción: que desaparecieran por accidente, algo que no se podría descartar, pero que tenía una probabilidad, calculaba, visto lo visto, del uno por mil de que hubiera pasado.

Llegaron a Plentzia cuando anochecía y el Marrajo le dijo a Feodor que lo esperara en el coche. Los dos juntos habrían llamado la atención en unas calles que parecían haber sido bombardeadas, tan vacías de gente como estaban. Quería hacerse una impresión de por dónde se movían los desaparecidos.

La vivienda de los buzos se encontraba en la calle Artekale y la localizó sin dificultad. Cuando se hallaba en la esquina de Madalen Aldapa, observó que en el exterior de la casa había aparcado un coche de la Ertzaintza. A lo mejor los polis estaban dentro. Siguió hasta la plaza de la Iglesia y por la cuesta del Matadero llegó al puerto. No tardó mucho en encontrar en la calle Arraun una lonja con anuncios de cursos de buceo. Estaba cerrada y había gente en los alrededores. Si decidía entrar allí, tendría que ser de madrugada y no veía claro qué podría tener de interés aquel lugar para hallar una pista que le condujera a la droga desaparecida. Seguro que todo habría sido registrado a conciencia.

La taberna La Escotilla pillaba cerca. En aquellos momentos, había un grupo de chiquiteros en su interior. Tendría que esperar hasta la hora del cierre. Fue a buscar a Feodor.

Cuando entraron en la taberna, era de noche y ya se habían marchado los últimos clientes. En Plentzia caía un chaparrón. El Marrajo llevaba unas gafas de pasta con cristales sin graduar y un gorro de lana que le tapaba la frente. Feodor también se había puesto un gorro y el jersey remangado dejaba asomar unos tatuajes que le alcanzaban los dedos. Los dos ocultaban la cara detrás de unas mascarillas quirúrgicas. Cuando entraron, chorreaban agua.

—Lo siento. Está cerrado —dijo Rufi.

—Para nosotros, no —respondió el Marrajo y cerró la puerta con pestillo. Se esforzó en hablar con acento andaluz.

—Para todo el mundo. —En las palabras de Rufi ya asomaba la aprensión.

La perrita de Rufi, una *Yorkshire terrier,* intuyó la amenaza y se situó entre su amo y los visitantes, gruñendo y enseñando los dientes. Feodor le atizó una patada que estrelló al animal contra el mostrador.

—Pero ¡¿qué cojones haces?!

Rufi se lanzó a socorrer a su mascota. Antes de que llegara a cogerla en brazos, tenía la pistola de Feodor en el cogote.

—Baja la persiana —le ordenó con su fuerte acento extranjero.

Entraron en la cocina y sentaron a Rufi cerca de los fuegos. El Marrajo cogió una sartén y la llenó de aceite. Luego encendió los quemadores.

—Pero ¿qué queréis? ¿Dinero? ¡Ahí tenéis la caja! No hay más.

—Te voy a hacer una pregunta y me vas a responder a la primera. Que no la tenga que repetir, ¿entendido? Y no te hagas el *majarón*...

Rufi se había quedado tan blanco como la pared que tenía a su espalda. El Marrajo ya sabía por experiencia que en los interrogatorios se empezaba por acojonar a la víctima. Luego había que ofrecerle una salida, aunque su suerte estuviera echada.

—¿Dónde están los buzos?

—¿Los buzos? ¿Padraig y Koldo? —Era una respuesta estúpida. ¿Qué buzos iban a ser? Feodor tenía en la mano la sartén con el aceite ardiendo—. ¿Cómo voy a saber yo dónde están? Seguro que muertos, ahogados... —Parecía que Rufi estaba a punto de sollozar.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no aparecen los cuerpos? —El Marrajo trataba de sorprender al dueño del bar con una pregunta en apariencia inocente.

—No siempre aparecen o tardan en salir.

Feodor dejó caer una chorretada de aceite en la mano de Rufi.

—¡Ayayay! ¡Me cago en la hostia! ¡¿Estáis locos o qué?!

Rufi intentó levantarse para meter la mano en el grifo, pero el ruso lo sujetó del hombro con su zarpa de oso.

El Marrajo continuó como si nada hubiera sucedido. Seguía con el cuestionario. Quería respuestas claras. Le advirtió que si le vacilaba el aceite se lo iban a tirar por la *portañica.*

Rufi, en aquellos momentos, insistía entre gimoteos en que le dejaran meter la mano en el agua.

—Los buzos son amiguetes tuyos, ¿no?

El dueño del bar explicó a trompicones que sí, que eran amigos y que iban por allí muy a menudo.

—¿Y con quién más trataban?

—Trataban con todo el mundo. Son gente normal —dijo.

—¿Son? ¿No acabas de decir que están muertos? —El Marrajo quería sacar petróleo de las palabras del dueño del bar.

—Es una forma de hablar.

La mano de Rufi se había puesto completamente roja. Amenazaba con presentar una quemadura seria.

—Te repito, suelta, ¿quiénes eran sus parejas, los amigos más habituales...?

—No tenían pareja, que yo sepa. Ellos estaban muy unidos —dijo Rufi.

—¿Muy unidos? ¿Eran bujarrones o qué?

—¿Bujarrones?

Por allí esa palabra no se usaba.

—Maricas.

—Ni me va ni me viene. No me meto en la vida ajena. —Rufi parecía tan confundido como asustado.

El Marrajo quería nombres: amigos, gente con la que alternaban... Feodor sostenía la sartén sobre la cabeza de Rufi.

—A veces se juntaban aquí con Peru.

—¿Peru?

—Uno grande, rubio... Mendieta. Le dicen el Moro.

El Marrajo no se sorprendió con aquella respuesta. Ya estaba al tanto.

—¿Y quién más?

—También venía un holandés.

—¿Un holandés?

—Sí, y su compañera.

Rufi aclaró que eran una pareja que recaló en Plentzia por casualidad y que estuvieron allí desde que se declaró la pandemia.

Se habían ido hacía un mes o un mes y medio.

La presencia de los holandeses era un dato relevante para el Marrajo. Según el tabernero, eran aventureros que recorrían los mares sin destino fijo. Y él no sabía a qué se dedicaban. No parecía que fueran millonarios. Vivían en un velero. Tampoco pudo dar información de adónde se fueron ni si seguían en contacto con el Moro o con los buzos.

Cayó en la cuenta de que a los *ertzainas* no les había mencionado ese dato.

—Sigue soltando nombres, que tenemos prisa.

—Uno de Lemoiz o de Bakio que se llama Txaski —dijo Rufi.

—¿Quién has dicho? —El Marrajo parecía no haber entendido.

—Txaski.

El Marrajo cogió el brazo de Feodor, que estaba dispuesto a soltar el líquido en la calva de Rufi.

—Repítelo, ¿ese Txaski era del grupo del Moro y de los buzos?

El tabernero dijo que sí, que se arreglaban bien, que ellos llevaron a Txaski a la isla del Fraile y que luego pasó lo que pasó y no lo fueron a recoger o eso se suponía.

—¿Ese Txaski estaba en la isla del Fraile?, ¿cuándo? —El Marrajo se aceleró un tanto al preguntar.

—Todavía sigue allí.

El Marrajo estaba fuera de juego. Desconocía que Txaski se encontraba atrapado en la isla. Y eso que era la noticia del día. En Bilbao no se enteraba de la misa la media, parecía que su cabeza seguía en Andalucía. Se le cruzaron todos los cables de las neuronas. ¡Txaski era amigo de los buzos y estaba en la isla cuando desapareció la mercancía! Y el tasquero aseguraba que seguía en la isla. ¿O se había largado? Si no aparecía en la isla era porque se había pirado con los buzos después del vuelco. ¿Por qué el Moro no le había contado nada al respecto?

—¿Quién planeó que ese Txaski se metiera en la isla?

Rufi explicó que la cosa surgió sin más, una especie de reto. Txaski era un tipo un poco especial.

Eso ya lo sabía el Marrajo. Luego le reclamó que le diera todos los pormenores de cómo había surgido el desafío, la apuesta o lo que fuera que llevó a Txaski a la isla.

—A lo mejor está muerto también —murmuró Rufi.

Si estaba muerto, habría una incógnita despejada, pensó Jimi.

—Oye, si me contestas bien ahora, a lo mejor te libras: ¿esta gente andaba metida en cosa de drogas?

—¿Qué gente?

—Todos: el holandés, los buzos... —El Marrajo no perdía nada por preguntar y Rufi estaba a punto de caramelo.

—¿Metida?, ¿qué quiere decir?

—En el trapicheo, con la coca —insistió Jimi.

Nunca había visto cocaína en su bar, les dijo. Algún porro que otro. Cuando estaban solos, sin clientes. Y no podía imaginar a los buzos metidos en el trapicheo de nada. No pegaba con su estilo.

Rufi se guardó que esa misma pregunta le habían hecho los de Investigación Criminal de la Ertzaintza por la mañana.

El Marrajo hizo un gesto con la cabeza a Feodor, que soltó la sartén.

—Vas a decir que lo de la mano ha sido un descuido con el aceite. Si comentas algo, si se te ocurre denunciar, la próxima vez no apareceré yo, que soy muy pacífico. Vendrá este que ves aquí con un par de colegas y te meterá el perro a pedazos por el culo, ¿OK?

Rufi asintió con la cabeza y corrió a poner la mano en el grifo. Luego fue a mirar cómo se encontraba su perrita.

***

El Marrajo estaba hecho un lío. Resultaba que Txaski se reunía con el Moro y los buzos. Además, se encontraba en la isla del Fraile el

día en que desapareció la farlopa. Y, al parecer, todavía seguía allí. La isla, según el Moro, podría ser uno de los lugares donde se ocultó el cargamento. ¿Una casualidad? Ya le recordó Vasili que en aquellos negocios las casualidades no existían. Todo aquel embrollo le olía muy raro. ¿Por qué le ocultó el Moro esa información?

El único dato indiscutible de que disponía era que los buzos ejecutaron la operación y que se habían llevado los fardos de cocaína. ¿Qué pasó luego?

El Marrajo manejaba demasiadas líneas de trabajo. Se esforzó en centrarlas.

Primera hipótesis: los buzos se habían largado con la paquetería. ¿Ellos solos?, ¿tenían cómplices? La presencia del holandés en las reuniones de La Escotilla apuntaba en esa dirección como una posibilidad. ¿Habrían contactado los buzos con aquel tipo? Pudieron avisarle y a lo mejor no era un novato en el narcotráfico.

Segunda posibilidad: los habían liquidado. Aquí se le planteaba también al Marrajo una doble alternativa. Una era que otros que estaban al tanto de la descarga se encontraran con ellos cuando volvieron a por la droga y les dieron el pasaporte. O puede que los colombianos, o cualquiera, los utilizaran y después de entregar el alijo les limpiaran el forro.

¿Y Txaski? El Marrajo no terminaba de entender qué pintaba el rumano en la isla en medio de aquel fregado.

20. Mamadou

Mamadou se había embarcado en el Kresala para dos campañas. Esta era la segunda. Quería regresar cuanto antes a Senegal con su familia. Ya tenía decidido no volver a enrolarse en embarcaciones españolas. El salario no merecía la pena para estar tanto tiempo alejado de los suyos. Lo mejor era que esta vez el patrón, Fito Pereira, les había prometido una prima especial por un trabajo que excedía del rutinario: pescar bonito. Ya sabía que lo que les propuso hacer era algo peligroso, pues iban a recibir cuatro mil euros de prima por acarrear una mercancía que, aunque no lo sabía a ciencia cierta, no cabían dudas de que se trataba de droga. Cuatro mil euros le iban a permitir vivir una temporada tranquila en su país. Ya había encargado unas obras para mejorar su casa.

Cuando llegaron a Bermeo y recibieron el salario, el patrón omitió la prima prometida. Los senegaleses se sintieron engañados. Ellos cumplieron con el trabajo y sabían que los fardos se habían desembarcado cerca de un faro, al lado de una isla. Después de correr con el riesgo, no recibían la recompensa. Fito Pereira trataba de explicarles que algo había salido mal y que la mercancía había desaparecido. Que tampoco a él le querían pagar su parte.

Mamadou era el portavoz de los africanos y en un castellano escaso exigía que se cumpliera el trato, que ellos nada tenían que ver con lo que había sucedido después de que aquello que traían se quedara anclado en el lugar que les habían señalado. Esa cuestión la tendría que resolver el patrón.

De nada le sirvieron las reclamaciones ni las amenazas. Pereira se marchó a Galicia y dejó a los senegaleses con dos palmos de

narices. Mamadou estaba desesperado. Todos sus planes se habían ido al garete.

Recurrió a unos parientes que estaban establecidos en Berriatua, cerca de Ondárroa, para que le aconsejaran sobre la forma de proceder en una situación como la que vivía. Si podría presionar o amenazar de alguna manera. Le aconsejaron que dejara correr el asunto. No tenía sentido denunciar el impago por tratarse de tráfico de drogas y por haberse prestado voluntariamente a su transporte. Eso le convertía en cómplice y, de acreditarse que hubo sustancias ilegales a bordo, podrían ir todos a la cárcel.

El enfado de Mamadou era enorme. No podría pagar las obras de su casa. Le hubiera gustado ajustar las cuentas con Pereira personalmente, pero no sabía cómo encontrarlo. Tampoco podría dejar aquella tomadura de pelo así, sin más. Se habían burlado de su buena fe.

Habló con su primo de Berriatua y le encomendó un encargo delicado.

21. Ultimátum

Aquella mañana, el Moro no contestaba a sus mensajes. Le costó lo suyo contactar con él. Esa contrariedad le cargaba de suspicacias y le ponía de mala leche. Cuando por fin respondió, se citaron en Bilbao, a las siete de la tarde, en el *pub* irlandés cercano a la casa de los padres del Moro. El Marrajo quería reunirse en aquel lugar para recordar a su socio lo cerca que tenía a su familia.

—Ya pensaba que tendría que hacerles una visita a tus padres, Morito. ¿Dónde te has metido? No habrás ido a Holanda o por ahí, ¿eh?

—¿A Holanda?

El Marrajo sostenía un cigarro en la mano. Allí no podía encenderlo. Quería demostrar que tenía prisa.

El Moro, por su parte, estaba mustio. Parecía abatido. Le explicó que venía del Hospital de Urduliz, de visitar a Txaski. Lo había dejado en la UCI con neumonía.

—Y los perros que tiene en el caserío se habían quedado sin comida, a punto de desbandarse. Son unas auténticas fieras y una vez sueltos habrían atacado a lo primero que hubieran pillado.

—¡Qué perros ni qué hostias! Dime qué cojones hacía Txaski en la isla cuando desapareció la farlopa. —El Marrajo daba vueltas al cigarrillo. Lo metía y lo sacaba de la boca.

—¿A qué viene eso?

—¿A qué? Tú sabrás por qué me lo ocultaste.

En el *pub* no había apenas gente. De estar alguien atento, no se le hubiera pasado por alto que aquella pareja tenía una conversación intensa.

—¿Ocultarte? ¿Cómo iba a suponer que no lo sabías? ¡Si no se hablaba de otra cosa! Con el lío que tenemos montado, ni se me pasó sacar ese tema. No venía a cuento.

El Marrajo lo tenía bastante calado y era consciente de que con el Moro había que andarse con pies de plomo, porque era un actor de primera. Con todas las prevenciones, las palabras de su compinche le sonaron bastante sinceras. Guardó silencio unos segundos antes de seguir apretándole las tuercas.

—Te juro que han estado a esto —el Marrajo apoyó el pulgar en el extremo del dedo índice— de subir a la casa de tus viejos con una lata de gasolina. Hay gente muy mala que te tiene en el punto de mira, Moro. De momento, he conseguido pararlo.

El Marrajo era consciente de que la única persona malvada que podría amenazar al Moro era él mismo. Ningún otro estaba al tanto de su plan.

—Óyeme bien, Jimi. Es la última vez que me amenazas, ¿vale? Yo tampoco soy manco y también sé cómo se usa una lata de gasolina. Y no se me ha olvidado dónde vive tu madre.

—Tú no tienes huevos. Eres un flojo. —El Marrajo no necesitaba muchas palabras para ser faltón.

—Puede que no sea un asesino, pero también conozco gente muy mala, Jimi.

El Moro sabía que si se dejaba avasallar el otro lo convertiría en un gusano.

A partir de ese momento, cerrado el capítulo de las bravatas y ultimátums, el Marrajo comenzó con el interrogatorio. El primero en salir a la palestra fue el holandés, que frecuentaba las reuniones de La Escotilla. Luego vendría Txaski.

El Moro, molesto con el tono que empleaba el Marrajo, le explicó con desgana que apenas había tratado con el holandés y su pareja, que era también de por allí, o alemana o belga, que eran medio *hippies* y tenían alrededor de setenta años. Se habían largado de

Plentzia meses atrás y no creía que nadie supiera dónde paraban a esas alturas. Iban hacia las islas griegas o a Croacia. En cuanto a Txaski, la verdad era que se había metido en la isla con la idea de impresionar a los buzos, de demostrarles que era un tipo duro, con el que podrían compartir un viaje a la Polinesia o donde fuera.

—Vamos, Morito, tú eres amigo del rumano. No me digas que no le habías metido en el ajo del vuelco. La otra vez, en Larache, también lo llevaste de socio.

—¿Para qué? Txaski no pintaba nada ni podía jugar ningún papel. Es una idea estúpida.

Estaba en la isla sin teléfono y sin medio de salir de allí. Y la muestra es que por poco acaba diñándola. Supongo que te habrás enterado de que lo ha rescatado un helicóptero, hoy por la mañana. ¿O eso tampoco lo sabes? —Había cierto retintín en las palabras del Moro—. Y está bien jodido en el hospital. Ya me dirás a santo de qué metes a Txaski en la desaparición del cargamento.

—Ese tío me da mala espina. No me gusta un pelo. No se va a librar de tener una charla conmigo.

—Pues, de momento, te toca esperar. Y ya te digo que si alguien ha sentido la desaparición de los buzos ha sido él. No tenía otra idea en la cabeza que largarse con ellos a la Polinesia.

—Por cierto, Moro, ¿los buzos son maricones?

—¿Y eso a qué viene?

—Curiosidad.

El Moro le confirmó que sí, que eran pareja, pero que no hacían ostentación de ello. Lo llevaban de forma muy discreta. El Marrajo dijo que ya se lo olía.

—Tienes tres días, Moro.

—¿Para qué?

Tres días para averiguar dónde estaba el holandés, si los buzos tenían otros contactos, si pudieron agarrar un yate o un velero y largarse con viento fresco. Tres días para descubrir el paradero de la

cocaína. Y, si no, lo iba a pagar caro. Si había elegido mal a sus colaboradores era su responsabilidad. En aquellos negocios, cuando se asumía un compromiso, o se cumplía, o se pagaba. Y alguien tenía que abonar la cuenta de aquel desastre.

—Empieza tú a buscar entre los tuyos, entre los que estéis metidos en el fregado. Ya te aseguro yo que a los buzos se los han cargado y que alguien se ha llevado los paquetes. No me preguntes cómo, pero estoy convencido de que ha sido así.

—Tres días, Morito.

El Marrajo salió del bar sin tener claro qué hacer con el Moro. No podría mandarle a su dentista de confianza, pues Feodor, junto con las muelas, podría sacarle informaciones que lo dejaran con el culo al aire. Mejor dicho, difunto. Liquidar al Moro tampoco le proporcionaba ningún rédito.

Caminaba por Licenciado Poza, cuando una llamada de Vasili cortó sus reflexiones y le provocó una taquicardia.

—Hay novedades —le dijo el jefe de la Compañía en el norte—. Ahora mismo estoy de viaje. Cuando vuelva, hablamos. Tenemos una pista.

—Vale —dijo el Marrajo.

A ver cuál.

22. Hospital de Urduliz

Txaski tenía la cabeza enterrada en la almohada, los ojos hundidos en las cuencas y los labios agrietados y resecos. Una cánula conectaba su brazo izquierdo con un gotero. La habitación era de dos camas, pero la otra no estaba ocupada. No parecía que hubiera tenido visitas. No había flores, ni revistas o periódicos, y lo que echaba para atrás era un tufo a medicamentos que invitaba a abrir la ventana. Los *ertzainas* no se atrevieron a tomarse esas libertades. Los médicos les habían autorizado a formular algunas preguntas al hospitalizado, con la condición de no fatigarle en exceso. También les advirtieron que el paciente llevaba bastante medicación y que podría hallarse algo desorientado. Hasta aquella misma mañana había permanecido en la UCI.

Miren Arruza y Mikel Ortega se presentaron y, en primer lugar, tuvieron la deferencia de interesarse por la salud del enfermo. Txaski hizo un gesto con la cabeza que podría traducirse como «así así».

—No sé si recuerda que cuando bajó del helicóptero le preguntamos si había visto a los buzos antes de que llegara el temporal —empezó la *ertzaina* con el cuestionario.

Txaski negó con la cabeza.

—Entonces, se lo vuelvo a preguntar: ¿recuerda cuándo fue la última vez que vio a los buzos?

—No —respondió Txaski con voz cavernosa.

—Según nos consta, le llevaron a usted a la isla el día 3 de octubre, ¿recuerda eso?

Txaski afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Y luego?, ¿tuvo contacto con ellos?

—Algunos días los vi, aunque desde lejos —respondió.

—En concreto, ¿los vio el día 12? —continuó Miren Arruza.

—¿El 12? —Txaski se tomó unos segundos antes de responder—: Solo los primeros días.

—A ver si nos aclaramos. —Esta vez fue Ortega quien preguntó—. Desde donde usted estaba se podía observar todo el perímetro de la isla, ¿no es cierto?

—¿Qué día? —Txaski respondía con lentitud.

—El 12.

—¿El 12? Solo veía un lado.

—¿Y eso a qué se debía? ¿Qué le impedía mirar? —siguió Ortega.

—No entiendo. Veía la parte que da hacia Armintza.

—Vamos a ver, a usted le rescató un helicóptero de la zona alta de la isla. Luego, si estaba allí, tenía visibilidad. —El suboficial parecía haber descubierto una contradicción en las palabras de Txaski.

—Sí, claro, me encontraba arriba. Pero me ha preguntado por el día 12.

—¿Y ese día dónde estaba?

—Abajo. Llevaba allí cuatro días.

—¿Y eso?, ¿por qué razón? —Miren relevó a Ortega.

—Porque hacía viento y arriba no se podía estar.

—Sin embargo, cuando peor estaba el tiempo, resulta que subió otra vez a la cumbre —insistió la *ertzaina.*

—Fue por las olas que salieron.

Los policías se miraron. La explicación parecía razonable.

—No queremos atosigarle, de verdad —dijo Miren Arruza—, pero no nos queda claro qué propósito tenía usted en mente para meterse en la isla tantos días y sin comida.

—Entrenarme. —Txaski no fue muy expresivo.

—¿Entrenarse?, ¿con qué objeto?

—Para una travesía.

—¿Un viaje? —A Miren la respuesta le sonó incoherente.

—Al Pacífico. A vela.

—¿Y no hubiera sido mejor entrenarse en un velero? —Esta vez metió baza Ortega.

—Era otra cosa.

En aquel momento, resultaba un empeño inútil discutir las decisiones que Txaski había tomado.

—Vamos a otra cuestión, ¿recibió alguna visita? —La *ertzaina* no quería dejar ningún cabo suelto.

—No.

Una enfermera entró y pidió a los *ertzainas* que abandonaran la habitación un momento.

Cuando salió, les dijo que el paciente tenía treinta y nueve de fiebre y que le había puesto un antipirético en el gotero. Insistió en que no lo atosigaran.

Aguardaron unos minutos y volvieron a entrar con la esperanza de que el medicamento hiciera efecto y facilitara la comunicación con Txaski.

La *ertzaina* continuó con el interrogatorio:

—¿Y qué hizo durante todo el tiempo que estuvo en la isla?

Se dedicó a pescar, a mariscar, a pensar, explicó con frases entrecortadas, y, los últimos días antes de que llegara la tempestad, a recoger la basura acumulada en las orillas.

—Había de todo —continuó Txaski, que cada vez daba la sensación de estar más excitado—: palos, plásticos, pájaros muertos...

—Vaya. —A Ortega aquella descripción tan minuciosa no parecía interesarle demasiado.

Miren Arruza supuso que la fiebre persistía y que a lo mejor no regía del todo bien.

—Patitos amarillos y una tabla de *bodyboard* —continuó Txaski.

—¿Una tabla de surf? —Ortega, en ese momento, prestó atención a la parrafada de Txaski.

—No. Más pequeña.

—¿Y cómo había llegado hasta allí? —dijo la *ertzaina.*

—Con las basuras.

Puesto a revelar detalles que sonaban intrascendentes, Txaski explicó que a la tabla le faltaba un trozo en la punta y estaba rajada por el medio.

—La estuve reparando. Soy profesional del surf.

—¿Y qué?, ¿pensaba escapar de la isla con la tabla? —Ortega no sabía por qué, pero aquella confesión tan espontánea le extrañaba.

—Para eso hubiera sido mejor una balsa. —Txaski no se tomó a broma la observación del suboficial—. De haber tenido material —continuó hablando como si nadie estuviera en la habitación—, a lo mejor hubiera podido reparar la tabla, pero, en realidad, no valía para nada.

Los *ertzainas* se miraban sin entender muy bien de qué iba aquello. Ya habían planteado casi todo lo que querían preguntar. Quedaba una última cuestión, pero Txaski, que parecía desvariar, seguía con su matraca.

—Al final, conseguí suturar algo la hendidura. La tabla me venía bien para pescar. Llegué a enganchar dos pescados de roca antes de que se partiera por la mitad.

—Muy interesante —apuntó Ortega sin disimular su fastidio por la deriva de la conversación.

Txaski, sin regir del todo bien, estaba convencido de que no podría ocultar un dato que, de hacerlo, no sabía cómo se interpretaría. Le estaban mareando a preguntas y no descartaba que alguien le hubiera visto moverse encima de la tabla. Alguien desde el acantilado. Por si acaso, era mejor contarlo. Anticiparse.

Cerró los ojos; supuso que la entrevista estaba terminada. No se esperaba una sorpresa.

—Una última cuestión, Álex: ¿llevaste cocaína a la isla? —La *ertzaina* se había plantado a medio metro de su cara y formuló la pregunta en un susurro tuteando al enfermo.

Txaski se quedó paralizado. Abrió los ojos para tener la seguridad de que había escuchado bien.

—¿Qué?

—Te pregunto si consumes coca —aclaró Miren Arruza.

Respiró y volvió a cerrar los ojos.

—En absoluto. —No levantó la voz, pero respondió con firmeza.

—Puede que tú no, pero seguro que esos buzos se metían un tirito de vez en cuando, ¿eh? —Ortega fue todo lo lejos que pudo y continuó con el tuteo.

—¿Quién se lo ha dicho? —Txaski no estaba seguro de qué contestación le convenía.

—Te lo estoy preguntando a ti. —El suboficial creía otear una respuesta positiva.

—No me consta. —A Txaski, a pesar de su desorientación, el olfato le indicaba cómo replicar sin comprometerse.

—Gracias, y recupérese pronto.

Cuando los *ertzainas* salían por la puerta, Txaski preguntó, con voz doliente, si había noticias de Koldo y Padraig.

***

Era un profesional del surf. No había exagerado para impresionar a los policías.

En Sakone tenía Bakio a un lado y Armintza a otro. Gorliz y Plentzia muy cerca. Y Bilbao a veinte minutos. Surf y vela. Así pasó la juventud. Se le daban bien los deportes náuticos. No le gustaban las competiciones, pero tenía el reconocimiento de sus pares. Las clases de surf o de vela le daban algo, que no mucho, para el bolsillo. Eran, por lo general, cursos organizados por los ayuntamientos o la diputación. Se tuvo que sacar el título de monitor deportivo de surf nivel 1 para trabajar en las playas. Si algo odiaba era la titulitis, las leyes y ordenanzas que asfixiaban la libertad. En Europa ya no le

quedaban espacios a resguardo de la voracidad de las autoridades de todo tipo, dispuestas a encontrar alguna rendija para regular, a la menor oportunidad, la dirección del viento o el ritmo de las olas del mar.

Poco trato social, unas birras aquí, un canuto allí, con la coraza puesta. Siempre, eso sí, con una chica guapa a su lado, aunque ninguna le durara ni un par de meses. O él, a ellas. Bueno, Nerea sí. Meses alternos.

Había que largarse de allí.

***

¿Sacar a relucir la *bodyboard* había sido una buena idea? ¿Cómo interpretarían los policías aquella confesión espontánea? Tal vez se había precipitado y estaba poniendo la venda donde no había herida. Seguro que nadie lo había visto moverse con la tabla. Claro que si alguien se había fijado en sus movimientos, de sur a norte de la isla, y esa información había llegado a los *ertzainas,* se habrían generado dudas. ¿Qué hacía en la zona de la cabeza del dragón? ¿Qué explicación podría ofrecer? En principio, la que había dado podría servirle de coartada.

En la cama del hospital, ya sin restos de la fiebre que lo tenía empantanado, rescató todos los detalles de sus paseos en la *bodyboard.* Debía mantenerlos frescos. Por si acaso. La verdad era que todo empezó con el cambio de tiempo.

***

Cuando se inició el viento sur, no podía lanzar el aparejo hacia donde lo venía haciendo, por culpa de la fuerza del aire que lo devolvía a las peñas sin alcanzar el agua. Por fortuna, tenía suficientes reservas de agua, pues hubo un par de días en que cayeron unos chaparrones que le permitieron llenar la cazuela y las botellas que

llevaba. La inactividad le consumía. Las jornadas eran eternas, mirando el mar, sentado entre las rocas. Hambriento.

Llevaba desde primeras horas de la mañana entretenido con la tabla de *bodyboard* que encontró entre la basura. Era evidente que su dueño la abandonó porque no tenía arreglo o, de tenerlo, no merecía la pena gastarse un dinero. Él había reparado muchas veces sus tablas, pero allí, sin resina de poliéster ni nada por el estilo, el reto de componerla se le antojaba imposible. En otras circunstancias, no hubiera considerado ni un segundo restaurarla, aquella tabla merecía estar en un vertedero, no en la mar. Claro que, con todo el tiempo del mundo a su disposición y sin otra alternativa mejor, se le ocurrió utilizar un recurso, por improbable que resultara, solo por pasar el rato. Recogió con su navaja unos gramos de alquitrán que había pegados a las rocas y los mezcló con trocitos de la cuerda por la que subía a la cumbre. No tenía ni idea de qué resultado podría obtener de la mezcolanza del chapapote con la fibra de la soga, pero los puso en la sartén al fuego vivo hasta que se derritiera. Colocó la tabla al viento para que se secara todo lo posible y luego vertió la amalgama líquida de la sartén en la hendidura. Colocó una piedra encima con la esperanza de que, con algo de suerte, la operación hubiera servido para calafatear la fisura. Media hora después comprobó que, al menos en apariencia, la mezcla había fraguado. Otra cosa era la consistencia que pudiera tener. Decidió probarla y se puso el traje de neopreno. Antes de zambullirse en el agua, se arrepintió. Aquel mejunje que había puesto no iba a soportar la presión de su cuerpo y la tabla, lo más probable era que acabara partiéndose a las primeras de cambio. Optó por reforzar la reparación. Colocó un trozo de madera, que desbastó con el puñal, en la parte de debajo de la tabla y otro, de similar tamaño, en la de arriba. Volvió a emplear los restos de la cuerda que había cortado para unir las maderas a la tabla. Le pareció que con eso sería suficiente.

Cogió un aparejo, lo encarnó con quisquilla y se subió a la *bodyboard.* Aguantaba. Intentó pescar a la cacea, pero, sin aletas, aquel artefacto que tenía bajo el pecho no cogía velocidad; bastante hacía con flotar. Al menos, podría soltar el aparejo a quince o veinte metros de la orilla. Se pasó un rato moviéndose atrás y adelante sin resultado, pero, en un momento en que se había alejado algo más, se dio cuenta de que el farallón que le impedía llegar a la parte norte de la isla no tenía más de veinte o treinta metros de ancho y que detrás, a unos cien, la isla se aplanaba y el acceso se hacía asequible. Decidió acercarse a la punta norte. Tenía la impresión de que en aquella parte, protegida del viento sur como estaba, tal vez podría pescar. Y, en cualquier caso, dado que llevaba días sin subir a la cima, un poco de ejercicio le vendría bien.

Era el mediodía y no se veía una sola embarcación en los alrededores. La tabla se deslizaba fatal. Iba medio sumergida con su peso y allí no había olas con las que impulsarse. En unos quince o veinte minutos, bordeó el acantilado hasta alcanzar el punto que había divisado, justo en el lugar donde se iniciaba la parte de la isla con forma de cabeza de dragón. Allí, con el nivel del agua muy bajo, fruto de las mareas vivas, no le resultó difícil salir del agua.

Cogió la tabla y la dejó a unos metros de la orilla. Para alcanzar el otro lado, debía superar una cornisa que, por la zona que él accedía, resultaba de una inclinación asequible, mientras que por la vertiente opuesta el desnivel era más pronunciado, y de unos tres metros de altura. Debajo de aquella cornisa, justo al principio de la cabeza del dragón, había una ensenada que se convertía casi en una piscina de marea. Los alrededores estaban rodeados de cuevas. Algunas eran diáfanas y dejaban entrever el mar al otro lado; otras, sin embargo, parecían no tener salida. Lanzó el aparejo, desde el saliente de la cornisa hasta la poza que estaba a sus pies, lo sujetó con una piedra y comenzó a examinar el terreno para localizar alguna nécora o un pulpo. A esas alturas, detestaba tanto las lapas como los percebes.

Un poco más abajo de donde se encontraba, un par de metros a la izquierda de aquella suerte de piscina de marea, observó que algo asomaba entre pedruscos. Al principio, le parecieron unos papeles o cartones arrastrados por el viento y las mareas. Se encontraban medio tapados por algunas piedras. Eso fue lo que le llamó la atención. No estaban atrapados entre los pedruscos: estaban debajo. Como si se hubieran colocado para proteger alguna cosa. Salvó el desnivel movido por la curiosidad y cuanto más se acercaba, mayor era la certeza de que aquellos bultos no llegaron allí fruto del azar.

Una vez que estuvo a su altura, la sorpresa fue mayúscula: los paquetes que había visto eran solo una pequeña parte, otros muchos se hallaban amontonados dentro de una oquedad. Esa era la impresión: amontonados, no apilados, y llenaban el espacio en su totalidad. Y los que se veían en el exterior parecía que hubieran sido dejados allí, pegados contra la pared, porque no cabían en el hueco donde estaban los otros. Cierto era que quien lo hizo tenía la garantía de que los paquetes no podrían verse desde el mar, protegidos como estaban por rocas y peñascos. Solo alguien que hubiera seguido su mismo camino, algo realmente insólito, se habría tropezado con lo que acababa de descubrir.

Quitó las piedras que cubrían parcialmente los paquetes y se hizo con uno de ellos. Era un bulto marrón de unos tres o cuatro kilos, calculó, rodeado de plástico y cerrado de forma hermética. Sacó su puñal y con mucho cuidado hizo una pequeña incisión en el envoltorio. En la punta del acero apareció un polvillo blanco. Lo observó un momento y, antes de meterlo en la boca, ya sabía lo que era.

Era lo propio en él: primero lanzarse al agua y luego aprender a nadar. Dejarse arrastrar en los momentos clave de su vida por impulsos primitivos, viscerales. Sin pensarlo ni mucho ni poco. Así fue como se encontró transportando la cocaína a una cavidad más

grande, a unos metros de la otra. Algo más arriba. Llevó los paquetes al fondo de la cueva y colocó delante, con mucho cuidado, unas piedras que ocultaban por completo los fardos.

Mientras iba y venía, ya sabía que la opción más segura habría sido no tocar nada. Y largarse. Claro que, cuando pugnaba con el instinto, la reflexión siempre le alcanzaba tarde.

No veía la droga. Solo el velero. El billete para la Polinesia.

—Joder, tío. Vaya susto que me has dado. Llegué a pensar que la habías espichado. —Una voz de trueno interrumpió sus reflexiones.

El Moro, con semblante abatido, entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama.

23. Un chófer con pinta de segurata

El Marrajo esperaba con preocupación lo que Vasili le iba a revelar. Tenían una pista, le había dicho. Estaba convencido de que a él no podrían haberlo descubierto. Nada lo relacionaba con el vuelco. Aunque hubieran atrapado a los buzos, ellos no conocían su identidad. Aun así, le roía el gusanillo del recelo.

Le habían citado en un almacén de maquinaria de segunda mano, cerca de Galdakao. Entre tornos y fresadoras, apareció el chófer de Vasili y se quedó de pie a unos metros de donde él esperaba. Ya lo conocía, pero siempre le había visto al volante del coche. Era un tipo grande y musculado, con pinta de segurata. Inflado de esteroides, pero lento, supuso el Marrajo. Estaba convencido de que, con navaja o pistola, se lo cepillaba en un santiamén.

—¿Vasili? —preguntó el Marrajo.

—No puede venir —dijo el otro con una voz grave—. Tampoco hacía falta.

—Me había citado él. —El Marrajo le contestó con desdén.

—Pues ya ves. Me ha dicho que venga yo, ¿te parece mal? —La sonrisa del chófer acompañaba a unas palabras que sonaban a guasa.

—Ni bien ni mal. No sé ni por qué ni para qué te ha mandado Vasili. Lo que es a mí no me gusta hablar con recadistas.

—¿Recadistas? Serás gilipollas. —El tipo escupió al suelo—. Nosotros cumplimos con el trabajo que nos toca. Y no sé para qué coño te tenemos aquí, si otros tienen que hacer el tuyo.

Le hubiera gustado contestar de forma adecuada a las palabras de aquel armario con patas, que, desde el principio, sonaban a

provocación. Apretó los labios y se tragó la respuesta que le había venido a la boca. Se la iba a guardar hasta escuchar lo que le tenía que decir.

El mensaje que le enviaba Vasili era importante. Había desaparecido Valerio, el Puma, un ecuatoriano afincado en Medina de Pomar que tenía la responsabilidad de distribuir la droga entre los intermediarios vinculados a la organización, los que abastecían el mercado al menudeo.

—¿Qué quieres decir con «ha desaparecido»? —El Marrajo se empeñó en utilizar la misma entonación que emplearía con un subalterno.

—¿Tú qué crees que significa? —El conductor sonrió con un gesto de burla en los labios—. Que no está, que se ha dado el piro.

Nada más llegar de Andalucía, varios meses atrás el Marrajo y Feodor interrogaron al ecuatoriano sobre los robos de farlopa en las guarderías de la Compañía y mantuvo el tipo. Puede que fueran blandos con el Puma.

La cuestión era que Valerio había avisado el 10 de octubre, justo el día anterior al desembarco del alijo, que tenía COVID y que lo estaba pasando fatal. Al día siguiente, alguien de su familia llamó para decir que estaba con neumonía, ingresado en el hospital de Cruces.

—Pues resulta que uno de sus compañeros ha tratado de localizarle porque necesitaba una información y ni el Puma ni su mujer cogen el teléfono. Y ayer nos enteramos de que tampoco ha puesto un pie en el hospital de Cruces.

—¿Y? —soltó el Marrajo esperando conclusiones.

—Joder, ¡qué lento eres, tío! Si ha desaparecido es porque se llevó la farlopa de Portugalete y Castro y ahora estará por ahí. Habrá encontrado compradores. Puede que también tenga que ver con la que has perdido en Gorliz.

—¿Se tiene alguna idea de dónde puede parar? —Al Marrajo se le notaba el interés en aquella noticia.

—Si lo supiéramos, ya le habríamos echado mano, ¿no crees? —El tonillo impertinente del tipo no cedía—. Tendrás que investigar tú. ¿No eres el lobo feroz? Pues ya sabes, empieza a buscar a Caperucita. Habla con el encargado de la guardería de Portugalete, que conoce bastante al Puma, y a ver qué sacas en limpio.

—Vale. —El Marrajo no podía perder los papeles. Ya tendría ocasión de ajustar cuentas con el mequetrefe aquel—. Y le dices a Vasili que la próxima vez que quiera hablar conmigo no me mande al chófer.

Las miradas que se cruzaron eran dos relámpagos de odio.

24. No es para tanto

Había dejado de llover y el viento del sur soplaba con fuerza por encima de Sakone. No se advertía en el caserío, protegido como estaba por los montes y el desnivel de la ladera del acantilado. Txaski veía a sus pies un mar inofensivo después de la bravura exhibida días atrás. Se sentó en una piedra con una taza de café en la mano. No le apetecía beber cerveza. A su amigo sí.

El Moro se había ocupado de llevarle comida y también de alimentar a los perros los diez días que estuvo internado en el Hospital de Urduliz recuperándose de la neumonía que pilló en la isla del Fraile. La pareja de *cane corsi* del abuelo se mantuvo alimentada merced al comedero automático que tenían instalado, programado para diez días, y de no haber llegado el Moro y sin comida a su alcance era más que posible que hubieran intentado escapar. Ya había pasado antes y los confundieron con panteras.

—¿A ti qué te preguntaron, en concreto, los de la Ertzaintza? —El Moro sabía que una pareja de *ertzainas* se presentó en la habitación del Hospital de Urduliz en cuanto pasó a planta.

Txaski le hizo un resumen de la conversación que mantuvieron: de qué conocía a los buzos, qué hacía en la isla, si había concertado con ellos su desafío, si los había visto durante su estancia.

—No insistieron mucho porque todavía estaba muy cansado, pero las preguntas que me hicieron fueron normales.

—¿No te comentaron algo sobre si los buzos le daban a la coca? Lo que es a mí, me soltaron eso. O algunos de sus amigos o clientes.

—Ahora que lo dices, a mí también me lo insinuaron —dijo Txaski.

—Les dirías que no.

—Por supuesto. ¿Por qué iba a mentirles?

Txaski se fijó que el Moro con la barba y las greñas recortadas parecía más joven.

El Moro se había entrevistado con dos *ertzainas* días atrás en la comisaría de Erandio. Le hicieron algunas preguntas sobre sus amigos, los buzos. Los agentes saltaban de un tema a otro, tal vez, eso suponía, con la intención de pillarle en alguna contradicción, pero tuvo la sensación de que salió airoso del trámite. Parecían preguntas rutinarias sobre cuestiones más o menos triviales, pero, de repente, pusieron en la mesa la posible relación de los submarinistas con el consumo o el tráfico de cocaína. No sabía a santo de qué la Ertzaintza vinculaba la desaparición de los buzos con la droga. Algo habían averiguado y eso hacía que sus alarmas se pusieran en código rojo. ¿Habrían descubierto el alijo? Por si acaso, tenía que incrementar las medidas de seguridad. A lo mejor lo vigilaban. ¿Por qué? Solo el Marrajo o los propios buzos podrían comprometerlo. Era indudable que el Marrajo no había cantado. ¿Y los buzos? ¿Acaso no estaban muertos? Se tranquilizó pensando que veía fantasmas producto de sus propios temores.

El Moro le explicó a Txaski que no perdía detalle de las noticias que los medios de comunicación y las redes sociales ofrecían de las operaciones de búsqueda de los dos buzos.

Al parecer, si no se había localizado a los desaparecidos en los rastreos iniciales, podría deberse a que los cuerpos de los ahogados, durante las tres primeras jornadas, descendían al fondo. Si hubiera sido otra la causa de la muerte, los cadáveres habrían permanecido a flote durante las primeras horas y seguramente los servicios de salvamento, el día que pudieron operar, lo habrían avistado. Por esa razón, la hipótesis del ahogamiento se reforzaba. Se calculaba que entre el séptimo y el noveno día, debido a la temperatura del agua y a otras variantes, la acción del gas metano del organismo en descomposición habría empujado los cuerpos a la superficie. Y

resultaba que ese momento, cuando las posibilidades de recuperar los cadáveres aumentaban, se había perdido por las condiciones meteorológicas. Después, una vez expulsado el gas, los restos volvían al lecho marino.

—Dicen que habrá otra oportunidad cuando la piel, los músculos o los órganos se reblandezcan. Eso debería suceder entre los días 19 y 23, entonces el mar podría devolver las víctimas a la superficie.

Miraron las fechas. Padraig y Koldo desaparecieron entre el 12 y el 13 y estaban a 28. Habría que esperar.

—Estoy convencido de que se ahogaron o, por lo menos, de que están muertos. —El Moro tenía la mirada clavada en la rompiente bajo el acantilado—. Lo que no me puedo explicar es qué les pudo pasar.

Txaski guardaba silencio. Había adelgazado mucho y estaba muy pálido.

—A lo mejor les embistió una embarcación más grande y cayeron al agua, ¿tú qué crees?

El Moro no paraba de preguntarse cómo podía ser que apareciera la zódiac y ellos se esfumaran.

Lo que Txaski dejó caer fue qué hacían los buzos de noche, tan alejados del puerto. No era normal.

Para esa pregunta, el Moro sí tenía respuesta. Por supuesto, se la iba a guardar.

—¿Tú no viste nada extraño?

—¿Yo? ¿Qué iba a ver? Bastante hice con escapar del temporal.

Txaski dudaba entre contarle al Moro el hallazgo de la cocaína o esperar, si era el caso, a otro momento más propicio. Habría muchas preguntas y no para todas tenía respuesta. Decidió mantener el secreto y esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Salió por la tangente y cambió de tema.

Txaski le hizo un resumen de lo que significaba estar diez días con la misma dieta, comiendo pescado, muchas veces medio crudo, sin

una gota de aceite. Y cagando hilo bala. Las lapas eran más un chicle que alimento y de los percebes se asqueó enseguida. Gracias a que llevó dos paquetes de galletas y algo de chocolate, que racionó bastante bien.

—Yo creo que podría estar comiendo pescado un mes. —El Moro se trincó media cerveza de un trago.

—Sí, a la brasa y con refrito. Con una ensaladita y un par de birras, ¡no te jode! —respondió Txaski—. Cuatro días sin nada que comer, mojado y con frío son la hostia de largos, Moro. Estaba convencido de que no saldría vivo de allí.

Un sobresalto tras otro; la noche y el día se confundían entre el temporal. Si se dormía un minuto, le asaltaban de inmediato las pesadillas. El rugido de la tempestad se le antojaba el chillido furioso de fantasmas de ahogados que desde el fondo del mar buscaban arrastrarlo hacia ellos.

No podría explicar si era la fiebre, si soñaba o deliraba, pero tan pronto estaba con el abuelo como escapaba de Larache en el velero del Marrajo. Se le aparecían los policías marroquíes, sus compañeros esposados, el taxista apuntando con el dedo al retrete donde estaba, y revivía el miedo de entonces, hacía amago de levantarse y correr como lo hizo aquel día, con el terror de que lo pillaran, para luego lanzarse en solitario a un mar desconocido, treinta horas sin dormir, lleno de aprensiones, de visiones borrosas. Miraba al encinar de Ermua y, a veces, le parecía ver allí la playa del Algarve, en la que embarrancó el velero. No tenía alma de navegante solitario, eso era seguro, y de nuevo se veía en el trance de cruzar los océanos, a lomos de un dragón de piedra, sin compañía y con rumbo incierto. Quería creer que iba a la Polinesia, cuando tenía el infierno mucho más cerca.

Pensar en la Polinesia y acordarse de Esteban le permitieron resistir. El espíritu de su abuelo no le abandonó ni un solo momento. Nunca lo hacía.

***

Se había hecho a la idea de que el abuelo era inmortal. Hasta el día que llegó a casa en taxi. A la vuelta de Bilbao no supo encontrar el lugar de Mungia en el que dejó aparcado el automóvil. Fue la primera señal.

A principios del 2020, Esteban comenzó a flaquear. Era posible que tuviera alzhéimer o lo que fuera aquello, pero regía cada día un poco peor. Si por naturaleza era lacónico, llegó un momento en que casi enmudeció y cuando le daba por hablar lo hacía sin ton ni son. Le había preguntado varias veces que quién era él o qué pintaba allí. Una mañana lo vio salir al portal en pijama y con la pistola en la mano. Encañonaba el arma hacia el camino que venía de arriba, de la carretera. Esteban estaba empapado en sudor y, al tiempo, temblaba. Le costó lo suyo convencerle de que volviera a la cama.

Aquella pistola le intrigaba. El abuelo guardaba un arma. Dos si contaba la escopeta. Y, además, desde siempre, tenía dos mastines vigilando la casa. Nunca se había atrevido a preguntarle por qué. Sabía que no hubiera obtenido respuesta. Al menos, no una suficiente. Las pistolas necesitaban una licencia especial, había que justificar una necesidad. ¿Qué habría alegado Esteban para que le concedieran el permiso?

Las reflexiones sobre la pistola le trajeron a la memoria el día que le preguntó adónde conducía la pequeña gruta que había un poco más abajo de la casa, oculta por helechos, muy cerca de la cascada de Uredariona. Estaba justo al final de un pequeño prado y unas tablas cruzadas impedían el acceso. Al parecer, según Esteban, era un antiguo túnel que conducía al pie del acantilado y que había servido a sus antepasados de refugio, en época de guerra, desde tiempo inmemorial. Llevaba unos cuantos años en mal estado, con muchos desprendimientos. «Fueron los petardazos que pusieron para hacer la central nuclear los que le dieron el remate», solía

asegurar. Lo cierto era que, en línea recta, poco más de un kilómetro separaban la cala de Basordas, en la que se levantó la fallida central, y Sakone. El abuelo había oído contar que su familia, en la guerra civil del 36, estuvo escondida en el subterráneo aquel hasta que llegaron los suyos, quienesquiera que fueran. Tenía la idea de que el abuelo gozaba de una posición económica muy desahogada o, al menos, esa era su impresión. En algunas ocasiones, dejaba entrever que los Urrutia procedían de una familia adinerada. ¿Cuánto de pudiente? Vivían en un caserío, por fuera, acomodado por dentro como un chalé. Seis habitaciones con tres cuartos de baño, uno de ellos justo en el salón. Cierto que allí todo parecía estar pasado de moda, eso decían, pero él ni se daba cuenta ni le importaba. La familia tenía una casa en Las Arenas, otra en Bilbao, en pleno Abando, un chalé en Estepona... No sabía a ciencia cierta si eran de su abuelo, o de la familia de su difunta abuela o de su madre. Recordaba cómo muchos años atrás, en una de sus escasas confidencias, el abuelo le comentó que su padre, capitán de la marina mercante, tuvo la suerte de navegar, después de la Guerra Civil, con un pariente que era mayordomo naval, de los de aquella época, e hicieron grandes negocios juntos con el estraperlo de penicilina y antigripales. Esteban decía que entonces «el que podía lo hacía». Txaski estuvo a punto de contestar: «Entonces y ahora». Recordaba también que su padre, el notario, en alguna de las escasas ocasiones en las que expresaba su opinión, llegó a decir que no se entendía qué provecho obtuvieron los que levantaron aquella vivienda en una ladera empinada, rodeada de espesura, sin praderas para el ganado ni tierra suficiente para cultivar y sostener una familia. El notario sospechaba que los Urrutia solo buscaban, desde antiguo, mantenerse alejados de la vista de otros.

¿Se ocultaba Esteban de algún enemigo? ¿Se sentía más seguro con los perros y las armas?

Cuando el abuelo se durmió, decidió quitar las balas a la pistola y dejar el arma en la mesilla de noche, donde siempre estaba, para que no la echara en falta. La escopeta de caza y las balas las guardó en la parte alta del armario ropero de la habitación.

Esteban fumaba pipa o tabaco liado. Era un maestro liando pitillos. Luego no, claro. Se los hacía él. Empezó a ponerle unas briznas de maría entre el tabaco y el viejo no se quejaba. Al contrario, fumaba más. Luego aumentó la dosis y el hombre parecía más feliz. Cuando se puso enfermo del todo, lo llevó al hospital y de allí a una residencia de Bilbao. Necesitaba atención las veinticuatro horas del día.

—No es para tanto.

Las últimas palabras que salieron de la boca de Esteban cuando le subieron a la ambulancia que lo trasladó al hospital sonaron misteriosas.

Txaski pensaba que se refería a su enfermedad, a la camilla, a verle con aquella cara de preocupación.

—¿Qué dices que no es para tanto?

—La vida, digo.

Las restricciones a las visitas a las residencias de ancianos se habían flexibilizado. Parecía que la epidemia del COVID-19 estaba remitiendo. Txaski iba a ver a su abuelo al menos una vez por semana, pero el hombre se hallaba completamente desnortado. Una figura cérea y escuálida era todo lo que quedaba de Esteban. Txaski se mantenía a distancia, con la mascarilla bien ajustada. Aunque ellos nunca fueron efusivos, en algún momento sintió el impulso de estrechar entre sus brazos a aquel remedo del hombre que, no mucho tiempo antes, era su abuelo. Un día lo llamaron para que fuera a recoger sus cenizas. No le explicaron ni de qué había muerto, aunque se lo imaginaba. Uno más, entre tantos, que no contaba en las estadísticas. Lo tuvieron que incinerar y, como el

seguro cubría el trámite, ni le avisaron. O tal vez sí le llamaron, pero no estaba localizable. Esa fue toda la explicación. Total, tampoco se podían organizar funerales, se justificaron. No lo hubiera hecho. Esteban no era religioso. El peor trago de todos era informar a su madre de la muerte del abuelo. No sabía dónde paraba Edurne Urrutia. Ella no tenía su número de teléfono. Ni él el suyo. Así que dejó correr las cosas. Un día, a finales de junio, recibió un burofax desde Estepona recriminándole que no le hubiera avisado de la muerte de su padre y el sufrimiento por la humillación que había sentido al enterarse por terceros.

«Menuda farsante hija de puta».

25. El mosqueo de Rufi

La había llamado un *ertzaina* de la comisaría de Gernika para hablar con ella en privado. Eran de la misma promoción y quería contarle algo fuera de los cauces oficiales. Habían pospuesto la conversación varias veces y por fin Miren Arruza aprovechó que tenía el día libre para conversar con el compañero de Gernika. Se reunieron en Mungia en una cafetería cerca del ayuntamiento y, con mucho misterio, su colega le contó algo que la dejó sumida en reflexiones que no la abandonaron hasta muy entrada la madrugada.

Arruza y Ortega habían estado en La Escotilla con Rufi y de la entrevista que mantuvieron sobre los buzos no sacaron ningún dato relevante. Tomaron nota de las personas que frecuentaban a los desaparecidos. Luego se entrevistaron con Peru Mendieta, alias el Moro, y con Álex Alcántara, conocido como Txaski. Tampoco extrajeron conclusiones valiosas. El Moro estuvo en Vitoria-Gasteiz entre el 11 y el 14 de octubre y se enteró de la desaparición de los buzos por una llamada que recibió de Iratxe Etxebarria, hermana de uno de los desaparecidos. Lo habían comprobado. Txaski, al parecer, no conoció lo sucedido hasta que lo rescataron el día 17, cuatro días después de la desaparición.

Miren se enteró de que Rufi, tras recibir una visita extraña, estaba aterrorizado. No se atrevía a denunciar los hechos por temor a posibles represalias y había recurrido a su primo *ertzaina* para recibir consejo sobre cómo proceder. Y resultó que el primo conocía bastante a la agente que había dejado su tarjeta en La Escotilla.

La visita de los dos tipos aquellos, la violencia utilizada eran una pista indudable de que había gente muy peligrosa que trataba de

localizar a los buzos y a las personas con las que se relacionaban. La pregunta que plantearon a Rufi, sobre si Padraig y Koldo andaban en el mundo de la droga, era muy significativa. Ellos también la habían hecho. El dueño de La Escotilla, con razón, tenía que estar con un mosqueo de narices. Otro dato interesante: cuando los agresores se enteraron de que el Moro y Txaski frecuentaban aquel bar, a su dueño le dio la impresión de que aquellos nombres no les resultaban del todo ajenos. O, al menos, eso le pareció, aunque, según le refirió su pariente, el *ertzaina,* tampoco podría jurarlo.

Era evidente que, por mucho que la charla hubiera sido extraoficial, aquella información no podría quedar en el ámbito privado. Tenía que comentársela al suboficial Ortega en cuanto tuviera ocasión.

Aquel asunto cada vez olía peor.

26. Atrapado en la cueva del tesoro

Hasta que el abuelo se puso enfermo, se apañaban muy bien con la pensión de Esteban; sobre todo él, pues el abuelo se la dejaba íntegra. Luego se quedó la residencia con ella, y él, en la miseria. No tenía acceso a las cuentas o, al menos, él nunca había firmado nada en un banco para suponer que tenía autorización para sacar dinero. Siempre había recibido metálico.

En plena pandemia, tuvo que volver a la playa a trajinar con aprendices de surfistas y a pelearse con los profesionales de Bakio o Sopela para hacerse un huequecito. Encima, el parón del confinamiento y las restricciones de movilidad pusieron la guinda al magro rendimiento de las clases. Claro que tampoco tenía apenas gastos y, además, los recibos de la casa estaban domiciliados y seguían pasándolos por el banco. No sabía hasta cuándo.

El otro negocio todavía se hallaba en mantillas.

Había un invernadero cubierto adosado al caserío y, más abajo, a unos doscientos metros, en medio del bosque y a resguardo de cualquier mirada por indiscreta que fuera, una huerta en la que en el pasado se cultivaban hortalizas. Desde antes de que el abuelo perdiera la cabeza, Txaski ya había empezado a plantar marihuana. El abuelo no estaba en condiciones de utilizar un sendero tan empinado. Ni siquiera con el tractor. Luego, cuando Esteban se fue, amplió el negocio y cambió también los rosales del invernadero por unas pocas plantas menos decorativas y más rentables. Si alguien sospechaba que Txaski plantaba maría, que se hiciera a la idea que tenía cuatro plantitas para autoconsumo. En la huerta, mantenía un

pequeño maizal, algunas habas y berzas y así encubrir el verdadero cultivo.

El Moro lo ayudó en los primeros pasos: comprar las plantas y preparar el terreno. No era nada sencillo iniciarse en la agricultura de la maría. Había plagas, humedades, un PH incorrecto... Poco a poco corrigieron los errores y estabilizaron las cosechas. Por fin consiguieron una producción pequeña pero constante y unos ingresos que, aunque lentamente, crecían. El Moro colocaba los paquetes con cuidado a sus contactos, que luego se encargaban del menudeo. O eso decía. Txaski vendía unos gramos a surfistas de Bakio de su confianza. Sacaba lo suficiente para ir tirando.

Desde que volvió del hospital, apenas podía conciliar el sueño. Allí le daban somníferos y lo tenían bastante atontado, pero en cuanto volvió al caserío vivía en una constante alarma, desvelado y con los nervios incendiados.

Tenía un velero y se llamaba Cocaína.

Cocaína era nombre de velero. Cierto. Y también de peligro. De cárcel. Quién sabe si de muerte. Tenía un tesoro y muchas complicaciones. Para que se transformara en la embarcación de sus sueños, había que monetizarlo. Ese era el problema: poner en circulación todo aquel montón de polvo. O, al menos, una parte. Él conocía algo, en realidad muy poco, de los circuitos de la maría o el hachís, pero la coca funcionaba a otro nivel. Ahora se daba perfecta cuenta de que si se descuidaba y enseñaba sus cartas despertaría sospechas y caerían sobre él la policía o los dueños del cargamento, que estarían estrujándose las meninges para averiguar qué pasó con un alijo de varios millones.

La visita de los *ertzainas* en el hospital, con la cabeza todavía hecha un lío, le causó un impacto profundo. Por un momento, le dieron ganas de confesarlo todo y librarse de las pesadillas. De haberlo hecho y sucumbir a su debilidad, estaría arrepentido. *«¡Egindakoari eutsi!»,* solía decir el abuelo, que era tanto como

expresar que a lo hecho, pecho. No lo iban a pillar. Por nada del mundo.

Se tranquilizaba pensando que aquellos fardos estaban en un lugar muy seguro. Nadie iría allí aposta. ¿Y si alguien los descubría por casualidad? A lo mejor a uno de aquellos tipos raros que exploraban la costa le daba por catalogar las cuevas del litoral. Cosas más raras se hacían. ¡Menuda sorpresa se llevaría el que diera con los fardos! Se calmaba al suponer que el acceso que conducía a la cueva era muy, pero que muy improbable que se utilizara. Y, por añadidura, aunque se asomaran a la entrada, no sería sencillo dar con la droga.

Para poner en circulación la cocaína, su única opción era el Moro. No tenía otro a quién recurrir. Él se encargaba de la venta de la maría. De la suya y de la de otros pequeños cosecheros. También sabía que trapicheaba con otras sustancias. Tenía contactos. Y se notaba que su negocio no marchaba mal. La cuestión era cómo revelar al Moro lo que había. Si no todo, una parte. Algo que fuera creíble.

Y lo más probable era que al Moro aquel negocio le sobrepasara. Que no estuviera dispuesto a involucrarse en algo tan comprometido.

Estaba atrapado en la cueva del tesoro. No encontraba ningún camino para avanzar hacia Polinesia. Los riesgos que corría no compensaban unos hipotéticos beneficios que veía ilusorios.

27. Farlopa pura

Miren Arruza suponía que las revelaciones que le había hecho su compañero *ertzaina,* primo del dueño de La Escotilla, serían el punto fuerte del *briefing,* pero no podría estar más equivocada. Había otras noticias más importantes.

El suboficial Ortega tomó la palabra para informar que en la comisaría de la Ertzaintza de Bilbao se había recibido una extraña llamada denunciando que el día 11 de octubre, después de anochecer, un pesquero había depositado a menos de un cuarto de milla de una isla un cargamento de cocaína. Como el comunicante ofrecía datos identificables, desde la comisaría habían pasado la grabación de la llamada al Grupo de Drogas. Desde allí, a su vez, informaron al SICTB por si aquella información podría estar relacionada con la desaparición de los buzos.

—Lo cojonudo del caso es que la persona que llamó lo hizo desde una cabina de Bilbao y parecía que se limitaba a leer un papel —apuntó Ortega.

—Pudo ser cualquiera. La noticia de los buzos ha dado lugar a muchas especulaciones periodísticas —dijo Miren Arruza.

—No ha sido cualquiera. Ha identificado al pesquero, el Kresala, con base en Bermeo. Y a su patrón, un gallego llamado Fito Pereira.

—¿Lo han comprobado?

—Sí. El Kresala atracó en el puerto de Bermeo el 11 de octubre por la noche. Venía de hacer la última campaña del bonito en el Atlántico. —Ortega tenía todos los datos.

—Pudo ser alguien que le tiene manía al patrón o al armador y que conoce el día que el barco llegó al puerto. Luego le bastaba con

mezclar informaciones públicas y dar apariencia de verosimilitud a su denuncia. —La *ertzaina* deseaba creer que la pista era sólida, pero no se hacía ilusiones.

—No digo que no. De todas formas, para ser una denuncia falsa, el comunicante daba datos muy precisos: la droga se había cargado en Galicia y consistía en cuarenta o cincuenta fardos que se fondearon protegidos por una red y enganchados a una boya de color gris cerca de una isla.

—Has mencionado que dejaron el cargamento cerca de una isla... ¿Cómo sabemos de qué isla se trata? —preguntó Kirru.

—No menciona el nombre de la isla. Sin embargo, el comunicante identificó el lugar con algunos datos significativos: entre el puerto de Bilbao y Bermeo y la isla estaba bajo un faro y un acantilado. La profundidad no pasaba de las diez brazas.

—Tiene que referirse a la isla del Fraile. No hay otra —concluyó Kirru.

—Tampoco se me ocurre qué tipo de persona podría inventarse una cosa así solo para fastidiar a otro —dijo Miren Arruza.

—Hemos revisado las cámaras de la zona de la cabina y se ha conseguido ver al autor de la llamada. —Ortega se guardaba otra carta en la manga.

—¿Se le ha identificado? —Kirru también era todo oídos.

—No. Iba cubierto con un gorro y gafas. Lo único que se ha podido ver son sus manos.

—¿He oído bien? —Arruza levantó las palmas de las manos hacia arriba para subrayar su extrañeza.

—Sí. El tipo era de raza negra.

—*¡Joe!* Eso sí que resulta raro —apuntó Miren.

—No tan extraño. La tripulación del Kresala era de Senegal. Salvo el patrón, todos eran negros. —El suboficial soltaba la información con cuentagotas.

—¿Habrá sido uno de ellos? —dijo Arruza.

—Pues no. Todos han retornado a su país.

—¿Y qué piensan los del Grupo de Drogas? —continuó la *ertzaina* cada vez más animada por los datos que Ortega iba desgranando.

—Han pasado la información a la Guardia Civil y, extraoficialmente, les han confirmado que el tal Pereira tenía antecedentes policiales por tráfico de drogas. Estuvo metido en un proceso muy mediático y lo absolvieron porque las pruebas que lo incriminaban se anularon en el juicio, por falta de garantías procesales. —Ortega soltó una especie de bufido.

—O denuncia falsa, o una pista. En cualquier caso, mucho más de lo que teníamos hasta ahora —murmuró Kirru.

—No habéis mencionado nada, pero supongo que ya estáis al tanto de que están apareciendo fardos de cocaína en las playas cercanas a la isla. Ese dato confirma que sí que había algún alijo por la zona y que a lo mejor se trata del mismo —comentó una *ertzaina* del grupo que hasta ese momento había permanecido mirando alguna cosa en el ordenador, ajena a la conversación.

—A lo mejor el denunciante estaba al tanto de esa información y la ha utilizado para meter cizaña —apuntó el oficial—. Es tu turno, Arruza. A ver qué nos tienes que contar.

La *ertzaina* fue muy esquemática en sus conclusiones.

Ella también había encontrado indicios que hacían sospechar que la desaparición de los buzos podría estar relacionada con el tráfico de drogas. Hizo una breve síntesis de la información que había recibido del primo *ertzaina* del dueño de La Escotilla: dos agresores; uno con aspecto de eslavo y otro con pinta de macarra, acento andaluz y rotacismo. No era mucho, pero algo era. Por sus preguntas y su forma de actuar, parecían pertenecer a alguna organización de narcos.

También tenía información de Peru, el Moro, y de Álex, Txaski, los amigos de los buzos. El Moro había pasado por la cárcel por traficar con hachís. Cierto era que los hechos por los que le condenaron se

remontaban a los primeros años del siglo y desde entonces no se tenían noticias de que hubiera reincidido. Tanto Txaski como el Moro pertenecían a familias acomodadas, nada que ver con el submundo en el que, por lo general, florecían los narcos.

Por otra parte, Miren hizo referencia a un dato del informe de la Policía Científica: el rastro de cocaína encontrado en la zódiac era droga sin cortar, farlopa pura. Muy extraño si la había adquirido un consumidor. Por otro lado, resultaba prácticamente imposible que un cursillista, que salía con el traje de buceo puesto, se la guardara en un bolsillo para hacerse una raya entre inmersiones.

Kirru no había encontrado nada significativo en el análisis de los teléfonos. Todas las llamadas eran a números identificados. No hablaban mucho.

Por otra parte, los buzos de la Unidad de Rescate habían peinado cientos de veces la zona y seguían sin hallar ningún rastro de los desaparecidos.

—Encontrar los teléfonos es poco menos que imposible. Y los cuerpos, si estaban allí, pueden aparecer, después de los temporales, a muchas millas de distancia —concluyó el agente primero.

No tenía ningún sentido utilizar robots o equipos de búsqueda sofisticados, cuando la distancia a explorar era enorme.

Zalbide, el oficial al mando del grupo, preguntó a Miren si el dueño de La Escotilla estaría dispuesto a colaborar en un retrato robot de los asaltantes. La *ertzaina* ya había pensado en esa posibilidad, pero, al parecer, Rufi no vio la cara de los tipos que le agredieron. Llevaban gorro y mascarillas.

Los datos de los asaltantes de La Escotilla se pasarían al Grupo de Drogas para ver si ellos tenían alguna información de los sujetos en cuestión.

Ortega propuso hablar con la UCO de la Guardia Civil o la Policía Nacional y analizar con ellos la procedencia de tomar declaración al

patrón del Kresala.

Zalbide hablaría con el subcomisario para estudiar esa posibilidad.

—Propongo que hagamos una inspección a fondo de la isla del Fraile. —Miren Arruza habló con la determinación que un mes atrás no se hubiera imaginado.

Los argumentos que la *ertzaina* expuso partían del hecho de que las pistas que manejaban giraban en el entorno de la isla. Había que comprobar dónde estuvo Txaski los días previos a la desaparición de los submarinistas. Les comentó que había llevado todos sus bártulos a la parte baja y que el día 12 subió a la cumbre debido al temporal y que solo llevaba el traje de neopreno y un chándal. Ahora un denunciante, fiable o no, señala el día 11 como la fecha en la que se depositó el alijo. ¿Dónde estaban los enseres de Txaski ese día? Según él, había pasado la víspera del día en que estaba previsto que irían a buscarle recogiendo basura y soltó algo sobre una tabla de *bodyboard* que no venía demasiado a cuento. Si resultaba que encontraban restos de su equipo arriba era la prueba de que no lo había bajado. Y, a lo mejor, el día 11 estuvo en la cima y fue testigo del desembarco de la coca y, por lo que fuera, se lo callaba. Para apretarle las clavijas, habría que dar una vuelta por la isla y ver si todos los datos concordaban.

—A mí me parece correcto. Aquello está virgen. No podemos descartar que nos encontremos con algo que oriente la investigación. Claro que, para entrar allí, deberemos tener en cuenta el estado de la mar. Y a ver quién sube hasta la cima. Yo, desde luego, no —dijo Ortega.

—Hay que contar con los de Rescate —señaló el oficial.

—Yo me apunto a subir a la cumbre —dijo Kirru, que era un buen deportista.

Miren guardó silencio. A ella las alturas no le gustaban.

Ortega quedó encargado de contactar con la Unidad de Rescate para buscar una fecha adecuada.

Al oficial le parecía que, después del temporal, la isla ofrecería pocas pistas, pero había que tirar de todos los hilos.

—Hay más piezas en juego, pero lo complicado sigue siendo ver cómo encajan. Andamos muy lentos —dijo Zalbide.

—Si el camino es largo, corre más el mastín que el galgo —respondió Ortega por lo bajini.

Miren Arruza tuvo que sofocar una carcajada.

28. Kokito

Txaski seguía dándole vueltas a la decisión que le iba a proporcionar mayor tranquilidad de espíritu: olvidarse de la droga y de la Polinesia o explorar la forma de monetizar el tesoro.

Y una llamada de teléfono alteró su debate mental.

Un surfista de Bakio al que apodaban Kokito le llamó con la excusa de organizar una excursión a las Landas para surfear.

Se habían citado en Bakio en un bar frente a la playa a primera hora de la mañana. De hecho, el bar todavía tenía la persiana echada. Se sentaron en un muro, como lo hacían muchas veces, con las tablas dispuestas, en apariencia, para meterse al agua si salían olas decentes. Aunque ese no era el motivo de aquella quedada. Txaski suministraba habitualmente maría a Kokito y lo de la excursión a las Landas era la contraseña. Hablaron un rato de vaguedades. Kokito parecía nervioso y le costaba soltar lo que tenía pensado plantear. Hasta aquella especie de estropajo oxigenado que cubría su cabeza parecía moverse inquieto.

—¿Podría comprarte a crédito cinco kilos de maría? —lo dijo de sopetón, medio trabucado.

Txaski se quedó un rato pensativo mirándose los pies descalzos. ¿Qué coño le estaba pidiendo? Se puso en guardia. ¿Kokito pretendía enredarle con alguna artimaña?

—Oye, Koki, alto el carro. A ver quién te has creído que soy. Yo tengo cuatro plantitas para los amigos.

Txaski siempre mencionaba sus cuatro plantitas.

Kokito tenía la vista perdida en el mar o en un barco que se veía en la lejanía, como si esperase encontrar en el horizonte inspiración

para sus palabras.

Los cinco kilos se los podría ir entregando poco a poco, dijo. En un año. O más.

Txaski no entendía adónde iba a parar Kokito. ¿Comprar a crédito lo que iba a recibir en un montón de tiempo? Aquella conversación era extraña. Lo habitual era que Txaski entregara al otro surfista unos cien gramos de maría. Dentro de los límites para considerarlo autoconsumo.

—En realidad, es algo más complicado... Yo te pagaría con otra cosa.

Kokito no parecía dispuesto a descubrir sus cartas de buenas a primeras y se había liado en una palabrería abstrusa.

¿A crédito o en especie? Eran dos cosas distintas, le respondió Txaski.

En realidad, era en especie.

Kokito miró a la tabla, luego al cielo y, por último, perdió la vista en el mar. El trato que proponía era que Txaski le suministrara cinco kilos de maría en unos meses y él se los pagaba, por adelantado, con coca.

—¿He entendido bien? ¿Has dicho cocaína?

—Sí, cocaína —respondió Kokito, con timidez—. Medio kilo a cambio de los cinco de maría.

—¿Y qué hago yo con eso?

Le estaba ofreciendo medio kilo de algo que a él le sobraba. Solo le faltaba aceptar la oferta para volverse majara del todo.

—Tendrás contactos —dijo Kokito.

—Los mismos que tú, ¡no te jode!

En este punto, Txaski estuvo rápido y cortante.

—Yo no tengo ninguno.

Kokito miraba a su acompañante de soslayo, un gesto que se podría interpretar tanto de recelo como de incertidumbre. Txaski tampoco se encontraba a gusto con aquella conversación. Le

respondió que para no tener contactos se había hecho con medio kilo de cocaína y que de algún sitio la habría sacado.

—Me la he encontrado. —Kokito seguía con la vista perdida en la lejanía. No miraba a su interlocutor. Parecía hablar con alguien que no se hallaba presente.

—No me jodas. ¿Me vacilas? —Txaski ahora estaba muy atento. El corazón le latía más rápido.

—Un kilo en la playa mientras surfeaba. Metido en un paquete. Te lo juro por Dios.

—¿Un kilo? —dijo Txaski.

—Más o menos.

Txaski ya conocía la noticia de la aparición de algunos fardos en las playas. Si habían emergido en Bakio, no era muy extraño que Kokito hubiera encontrado uno. Se podría decir que vivía encima de la tabla de surf.

—Mira, Kokito, te lo voy a dejar claro: yo de la coca no quiero saber nada, ¿estamos? Te puedo dar a crédito la maría según disponga de ella. Ya me la pagarás. De dónde saques la pasta es cosa tuya.

—¿Y no conoces a nadie que me pueda echar una mano con esto? Lo dejaría a buen precio.

—No conozco ese ambiente.

Txaski también se puso a mirar al mismo cielo en el que Kokito tenía clavada la vista. Unos segundos más tarde, se levantó e hizo ademán de marcharse. Luego se detuvo y se volvió hacia su interlocutor. Una idea, como una centella, le cruzó la mollera. Se le encendieron las luces. Había un tipo, le explicó, que le compraba la poca maría que le sobraba y que, al parecer, también hacía lo propio con otros, aunque no sabía con quiénes ni por cuánto, pero tenía entendido que luego él la colocaba por ahí. A lo mejor, si se lo explicaba al fulano aquel y le proponía el trato del que le había hablado, le interesaba.

—Oye, Koki, esto que te digo no sé si es posible o no. No tengo ni pajolera idea de si le puede tentar el negocio.

—¿Es de confianza? —Esa cuestión era la que más parecía preocupar al surfista.

Txaski no ponía la mano en el fuego por nadie. Pero, lo que era a él, nunca le había fallado. No le iba a contar lo de Larache. Aquello era el pasado y no venía a cuento.

—Dile que me llame. —Kokito pegaba con los pies contra la pared. Parecía muy ansioso—. No perdemos nada con hablar.

—Yo le comentaré que quieres comprar maría. Solo eso, ¿vale? El resto se lo explicas tú.

Cuando se marchaba con la tabla en la mano, Txaski insistió a Kokito en que no quería saber nada más de aquel asunto y, si el tipo del que le había hablado se interesaba en el negocio, se pondría en contacto directamente con él. Preguntaría por una excursión a las Landas antes de Navidad.

«Antes de la Navidad». Ese añadido a la consigna habitual identificaría al interesado en el negocio.

—Gracias, Txaski. Eres un colega de primera.

—Insisto, a mí no me metas en líos.

—Descuida.

Aquella mañana las olas eran lo de menos. Seguro que Txaski todavía no estaba en condiciones de sostenerse en una tabla.

***

El plan que se le había venido a Txaski a la cabeza pasaba por el Moro. Tenía que encontrar la forma de involucrarlo en la oferta de Kokito. ¿Qué diría el Moro? Si se mostraba receptivo al intercambio de maría por coca, a él le vendría bien, porque colocaría sus plantitas como parte del pago; pero, en realidad, eso era lo de menos. Si, por el contrario, el Moro rechazaba involucrarse en la

operación o, a las primeras de cambio, les echaba mano la policía, él se quedaría al margen.

Lo más importante era que, si el trueque fluía y el Moro colocaba la farlopa en el mercado sin problemas, buscaría la forma de seguir él mismo con el suministro, una vez que se agotase la que Kokito guardaba.

La Guardia Civil y la Ertzaintza habían hecho pública, a finales de octubre, la aparición de algunos fardos de cocaína en las playas de Bakio, Zarauz y Zumaia. Según los medios de comunicación, podría tratarse de un alijo que se había desperdigado del punto donde estuviera fondeado, posiblemente, a causa de la tempestad de las semanas anteriores. Varios paseantes habían encontrado fardos en la orilla del mar y después de fotografiarlos los subieron a las redes sociales. Según las fuerzas del orden, se tenía la sospecha de que algunos paquetes no se habían entregado a las autoridades y recordaban que su simple posesión podría considerarse un delito contra la salud pública. Pese al aviso, había muchos jóvenes de patrulla por las playas.

Supuso Txaski que Kokito, conocidas las consecuencias penales de tener la coca en su poder, a lo mejor estaba cagado en el traje de neopreno. No era descartable que, a la vista del riesgo de que lo pillaran con el paquete encima, decidiera entregar el hallazgo en la comisaría de la Ertzaintza.

Tendría que ver por dónde salía el surfista de Bakio. Quizá era más duro de roer de lo que aparentaba.

No había terminado de perfilar el plan. Lo que maquinaba era más fruto de una intuición, de un presentimiento, que de un razonamiento elaborado. De nuevo, su instinto le marcaba el paso. Si al Moro le iba bien y a Kokito también, vería la forma de engatusar al surfista para sacar por aquel conducto la que tenía guardada. Le diría que había encontrado dos fardos o que alguien se

los ofreció y que, con una comisión o repartiéndose las ganancias, Kokito siguiera colocando la droga a través del Moro.

Podría ser el cuento de la lechera. O no. Una pequeña lucecita en la oscuridad. No debía precipitarse. Había que esperar y ver cómo iban las cosas. De momento, la cocaína seguiría en la cueva. Estaba en un buen escondite. Claro que no había nada seguro al cien por cien. Iba a tener que seguir acostándose con los fantasmas debajo de la cama.

***

Al día siguiente por la tarde, el Moro apareció por Sakone. Venía a recoger marihuana para su clientela.

Bajaron a la huerta y, una vez allí, entraron en la antigua chabola donde se guardaban los aperos, convertida en secadero para la maría.

El Moro comprobaba si la que llevaba dos semanas y media secándose se encontraba ya en condiciones para la venta.

Había una parte que estaba seca y dispuesta para meterla en los botes herméticos que servían tanto para el curado como el transporte. El proceso era rápido, pues los cogollos del secadero no necesitaban manicurado, dado que esa operación la hacían antes del secado.

Mientras el Moro preparaba los botes, Txaski le contó, como de pasada, la conversación con Kokito:

—Dice que tiene medio kilo de coca que se ha encontrado y que no sabe qué hacer con él. Me ha propuesto comprarme cinco kilos de maría, a entregar a plazos, y él me ofrece a cambio la coca.

—¡No jodas! ¿Han adelantado la lotería de Navidad? ¿Dónde dices que se la ha encontrado?

—No lo he dicho. Según él, en la playa de Bakio.

El Moro también seguía de cerca la noticia de los hallazgos de los fardos en las playas. Se preguntaba si serían los mismos que los buzos recogieron. Si eran parte del alijo, la cuestión era a santo de qué el cargamento se había desparramado. Cierto que la aparición de fardos de droga en las playas, tras las tempestades, no era algo excepcional. ¿Una coincidencia? Seguro que el Marrajo también estaría husmeando las noticias.

—¿Y qué le has dicho?

El Moro se había tomado un momento para responder sin hacer ostensibles sus preocupaciones.

—Que ni hablar. Yo no estoy en ese mundo.

Txaski también trataba de aparentar calma y distancia con la noticia que acababa de comunicar a su amigo.

—¿Se ha encontrado medio kilo de coca? ¿De verdad? —El Moro parecía hablar mientras pensaba en otra cosa. Estaba metiendo la maría en los botes y había cerrado uno a medio rellenar—. Y dices que te ha propuesto cambiarla por maría. O sea, él entrega la coca ahora, ¿y la hierba le llega a plazos? Debe de ser un tío confiado de cojones. —Al Moro parecía extrañarle tanta candidez.

Según Txaski, lo más seguro era que Kokito estuviera asustado. Tendría ganas de hacerse con la pasta y, al mismo tiempo, le daría terror meterse en el tráfico de drogas duras. No sabría cómo mover la coca. A él le pasaría lo mismo. Y, como Kokito era consciente de que él no le podría suministrar cinco kilos de maría de una tacada, le había propuesto que se los fuera entregando de a pocos.

—Ya veo que se fía de ti. Lo que no entiendo es por qué no te ha dicho que te irá dando el género a medida que le suministras la maría.

—Te lo repito, me da la impresión de que está aterrado y se quiere quitar el problema de encima cuanto antes. Y no me extraña. Ya te digo que a mí me pasaría lo mismo.

Txaski quería andar con pies de plomo.

—Si está tan acojonado, a lo mejor está dispuesto a soltarla por poca cosa, ¿no? —dijo el Moro.

—Puede que sí.

Txaski ya conocía las reacciones de su amigo. No había duda de que el asunto le gustaba. El Moro se rascó la barba. Luego comentó entre dientes que a lo mejor conocía a alguien que podría hacerse cargo del negocio. Parecía pensar a mil por hora.

—No quiero saberlo —dijo Txaski.

Luego le preguntó cómo podrían ponerse en contacto con el tal Kokito, si él no quería involucrarse.

—Yo le suelo vender unos gramos de maría y entonces le llamo para una excursión a las Landas antes de Navidad.

«Antes de Navidad»: la clave para que Kokito identificara al interesado en el perico. Con aquello bastaba. Por supuesto, eso no se lo dijo al Moro.

—¿Podrían mencionar tu nombre?, ¿decir que te conocen?

—Que ni se les ocurra.

—¿Y qué tendrían que soltarle al tío ese para contactar? —El Moro parecía cada vez más decidido.

Txaski insistió en que bastaba con lo de la excursión. Luego, con habilidad, tendrían que sacarle el tema de la maría que necesitaba y a ver si el surfista se confiaba. No veía otra forma. Conocer la contraseña abría la puerta de entrada.

—Bueno, conozco a alguien que podría estar interesado en ese intercambio. Y es de toda confianza. ¿Y cómo dices que se contacta con él? —El Moro no podía disimular su buena disposición para ocuparse del asunto.

—Da clases de surf. Tiene hasta página web. A nombre de Kokito, playa de Bakio.

—Le llaman y le dicen si le interesa un viaje a las Landas antes de Navidad, ¿no?

—Es una contraseña que se utiliza entre surfistas. Se la pudo haber dado cualquiera de los de confianza. Ya te he dicho que yo no existo.

—Descuida, ya sabes que soy una tumba.

***

El Moro tenía la cabeza revolucionada. Llevaba muchas noches sin dormir dando vueltas a la desaparición de Padraig y Koldo y, sobre todo, a lo sucedido con el alijo. ¿Qué coño había pasado? Estaba convencido de que los buzos habían muerto. Lo que no entendía era cómo los habían descubierto y quién se había llevado la cocaína. Si alguien se la llevó. Podría ser que los pillaran con las manos en la masa cuando volvían de dejarla, o cuando iban a recogerla la segunda vez, que les hicieran cantar y luego se llevaran la merca. En ese caso, estaba perdido, pues, si los buzos habían soltado lo que sabían, su nombre estaría en los oídos de sus asesinos. Sintió un temblor en el cuerpo.

Claro que podría haber sucedido algo diferente. ¿Quién estaba en la isla cuando desaparecieron los fardos? ¿Y quién le estaba ofreciendo un trato con coca de por medio? Le costaba imaginar que Txaski se hubiera hecho con el cargamento y se lo llevara. No tenía cómo. Claro que, bien pensado, pudo haber vuelto luego y recogerlo con ese tal Kokito, una pantalla que su amigo podría estar utilizando.

Cierto era que esa hipótesis no aclaraba la desaparición de los buzos. Solo él sabía cómo y quiénes iban a llevarse la mercancía.

Lo más seguro era que Txaski le estuviera contando la verdad. Y que el surfista de Bakio se hubiera encontrado los fardos en la playa. La noticia de la aparición de paquetes con cocaína en diferentes puntos era real. No se lo había inventado Txaski.

Si él no se explicaba lo sucedido, menos el Marrajo. No se iba a conformar dando por bueno un misterio. ¿Quién o quiénes estaban

detrás de Jimi, su socio? Él se le presentó como jefe de seguridad de una empresa cuya actividad no necesitaba explicaciones añadidas. En ningún momento se aclaró si el vuelco lo organizaba el Marrajo por su cuenta o lo había planeado la supuesta empresa para la que trabajaba. Si tenía la información era porque estaba en la organización del transporte o porque había recibido el soplo de alguno de los de dentro. En cualquier caso, gente que no se andaría con chiquitas.

Sintió el vértigo de verse convertido en un sospechoso de primera.

La cuestión era que el medio millón de euros se había evaporado con los buzos. Mala suerte. Algunas de cal y otras de arena, diría el Marrajo. Tampoco se iba a suicidar. Él tenía que continuar con su vida.

Trató de orillar los pensamientos negativos y centrarse en el negocio que Txaski le había insinuado. Hablaría con Kokito: «Estoy preparando una excursión». Por muy tonto que fuera el surfista de Bakio, ya sabría que iba de parte de Txaski. Tres kilos de maría por medio kilo de coca: ese sería el trato. Le pagaría por la coca siete mil quinientos euros. Menos de la mitad del precio de mercado. A cambio le entregaría tres kilos de hierba a plazos, lo que suponía dos mil quinientos euros el kilo, que estaba más que bien pagado. Si se encargaba él del menudeo, sacaría..., bueno, una pasta gansa. No todos los días había operaciones tan jugosas.

No le contaría nada de eso al Marrajo. En principio, era un trabajo independiente del que iniciaron juntos. Si Jimi se enteraba de que el surfista de Bakio andaba ofreciendo coca y que, además, era conocido de Txaski, haría una de las suyas. Seguro que empezaría por torturarlos. Y si Txaski decía la verdad haría un destrozo para nada. Y él quedaría como un chismoso que había dejado a su amigo de Sakone a los pies de los caballos. Mejor dicho, de la navaja de Jimi. ¿Qué podría hacer? Bueno, lo primero, contactar con el tal

Kokito y ver qué negocio se traía. Averiguar a cuánto ascendían sus reservas de cocaína. A partir de ahí ya vería.

Ahora bien, si Txaski jugaba con él y le ocultaba que tenía algo que ver con la droga de sus tormentos, lo entregaría al Marrajo para que le apretara las clavijas. Una cosa era llevarse unas propinas por las comisiones y otra, medio millón de pavos.

29. El Puma

—Este desgraciado del Puma, ¿estaba al tanto de lo de Gorliz? —Vasili comenzaba a unir cabos sueltos.

—En parte sí —respondió el Marrajo—. Él tenía que estar en la playa de Barrika, en Muriola, para alijar la paquetería el día 12. No fue porque dijo que estaba enfermo. Y, aunque ignoraba el punto exacto en el que se iban a fondear los fardos, sabía la zona y la hora aproximada.

Esta vez fue el Marrajo quien llamó al jefe de la Compañía para ofrecerle el resultado de sus pesquisas. No quería recadistas. En la oficina de la nave industrial de maquinaria de segunda mano de Galdakao, Jimi fue al grano sin preliminares. Tampoco quería ser muy escueto en la explicación de sus indagaciones, no fuera a suponer el otro que estuvo tocándose las pelotas durante quince días.

Se habían hartado de perseguir al Puma. No se esperaba que aquel tipo medio analfabeto fuera tan escurridizo.

Cuando se estaban convenciendo de que el Puma les había dado el esquinazo para largarse a su país o donde fuera, les alcanzó una noticia inesperada. Zuri, el distribuidor de farlopa de la Compañía en Vitoria-Gasteiz, hizo una llamada para advertir de que llevaba seco una temporada y necesitaba suministro. Le explicaron que el Puma, el distribuidor habitual, había desaparecido. «Tan lejos no estará si anda por Vitoria metiendo el morro con propios y ajenos», respondió Zuri. Le preguntaron desde cuándo lo sabía y les explicó que no tuvo la certeza de lo que contaba hasta pocos días atrás y que se le pasó

por la cabeza si no estaría la Compañía pensando en quitarle a él del medio.

—En resumen, que este Puma puede estar implicado directa o indirectamente en la desaparición del alijo —continuó Vasili.

—Es una hipótesis bastante razonable. Habría que saber cuánto está colocando en el mercado —ratificó el Marrajo dejando de lado los matices que tenía aquel planteamiento.

Vasili estaba convencido de que los buzos desaparecidos se encargaron del trabajo. Se llevaron el alijo y, al día siguiente, cuando fueron a entregarlo, les dieron matarile para no dejar cabos sueltos.

—Hay que encontrar al Puma. Prioridad total.

Vasili necesitaba, con urgencia, redimirse ante las altas instancias de la banda, del sindiós en que se había convertido su organización. Su prestigio en la Compañía se hallaba en juego.

El Marrajo estaba en la misma tesitura. Con otros intereses.

—¿Conoces Vitoria, Jimi?

—Algo. Hace muchos años que no paro por allí.

Tenían gente que le haría de cicerone. Vasili parecía algo aliviado de sus pesares.

30. Todo fluye

Txaski solo salía del caserío para ir a comprar comida. El resto del tiempo se dedicaba a las plantas o a releer sus libros de viajes. También tenía varias revistas de compraventa de barcos de segunda mano y había echado el ojo a un Reinke S10 de ochenta mil euros, pero, puestos a soñar, prefería un Elan Marine S4 por ciento cincuenta mil. Solo necesitaba convertir el polvo de la cueva en euros. Vendiendo maría tardaría diez años. O tal vez cien.

El Moro llegó sobre las doce del mediodía; se presentaba cuando se le ocurría. Saludó a los perros y luego pasó revista a las cuatro plantitas de maría del invernadero. A las otras las visitaba de vez en cuando. Aquella cuesta lo mataba.

—Me dicen que lo de Kokito ha ido muy bien.

Txaski sintió una palpitación.

—Supongo que yo estoy al margen.

Su insistencia podría, acaso, ser malinterpretada, pero la cautela le hacía soltar siempre la misma cantinela.

—Por supuesto. Le habrán dicho que como suelte una palabra de más o se le escape un nombre, le disecan los huevos con un soplete. —El Moro sonrió.

—No quiero saber nada.

A Txaski le pasó por la cabeza que, si la policía agarraba a Kokito, en vez de chivarse del Moro, podría decir que él le vendía la maría. A lo mejor el Moro le acojonaba más.

—Por cierto, el otro día me encontré con Nerea. —El Moro cambió de conversación.

—Ya.

—¿No me preguntas qué me dijo?

—No me importa —respondió Txaski con sequedad.

Bueno, sí le interesaba. No tenía tripulación para el viaje a la Polinesia. Aunque fuera solo por eso. Contaba con Nerea y el Moro.

El Moro lo miraba tranquilo. Esperaba a que su amigo aflojara la cerrazón y le diera entrada a lo que quería referirle.

—Venga, suelta, ¿qué te dijo? —preguntó al fin Txaski.

Nerea estaba preparando oposiciones para bombera.

—¿Oposiciones, Nerea?

No era una buena noticia. Los planes de Txaski se complicaban. Si era para bombera, tampoco le preocupaba demasiado. No era nada fácil que sacara la plaza.

—O para *ertzaina,* o policía local. Lo que salga —continuó el Moro.

—No me jodas. Está pirada.

Una cosa era apagar fuegos y otra, meterse a poli.

—Me soltó un rollo sobre que necesita una vida estable. Dice que se está haciendo mayor y que le gustaría tener una familia, hijos... —El Moro observaba la cara que ponía Txaski.

—Está como una cabra. No te digo..., oposiciones. Lo que tiene que hacer es venirse con nosotros a los mares del sur, a pasarlo en grande.

Txaski necesitaba creer en el viaje de su vida. Lo veía muy lejos, pero tenía el presentimiento de que renunciar a la Polinesia era lo mismo que morir.

—Yo, ya sabes, no estoy tan convencido con esa historia de los mares del sur. A lo mejor me voy contigo y luego me vuelvo en seis meses. ¿Qué quieres que te diga? No me veo allí para toda la vida. A Nerea tampoco. —El Moro ya le había dicho, varias veces, que lo acompañaría, pero no pensaba instalarse en aquellos parajes, tan lejos de Euskadi. Ni mucho menos.

—Yo sí os veo allí.

Txaski no sabía, en realidad, si los veía o no. Necesitaba compañía para el viaje. Una vez en el destino, cada uno ya se arreglaría como pudiera. ¿Qué haría si también le fallaban ellos?

—Bueno, a Nerea a lo mejor. Si la convences de que tú eres su familia y que os afincaréis allí para criar a vuestros hijos... —continuó el Moro.

Txaski sintió que se le revolvían las tripas. ¿Él con hijos? ¿Con Nerea de parejita feliz? Lo cierto era que alguna vez la idea sí se le pasaba por la cabeza. Como tantas que van y vienen según de donde sople el viento. No estaba preparado para algo así. Iba a decir una barbaridad de las suyas, pero se contuvo. Para navegar, Nerea era imprescindible. Aunque hubiera sido más seguro llevar a Padraig, que ya conocía la ruta. Pero había lo que había.

—A veces también yo lo pienso. Una familia. Lejos de esta mierda de país. Y, desde luego, si me diera por tener hijos, Nerea es la única persona que se me vendría a la cabeza.

Txaski, al escuchar lo que salió por su boca, pensó que a lo mejor se había pasado de frenada. Parecía que hablaba otro en su lugar.

—Está coladita por ti. Ya lo sabes.

—No me respeta. —Txaski negaba con la cabeza.

—¿Qué dices? Te suelta la verdad, lo que piensa. Y eso te jode.

Txaski iba a responder que la verdad le importaba un bledo. Lo que no le gustaba era que le llevaran la contraria. Todavía tenía clavada la espina de la discusión con Nerea en Arcachón. Ella quería volver a Bilbao por un puto examen, de no se sabe qué asignatura de mierda, en lugar de acompañarlo a La Rochelle. «Déjalo para septiembre», le propuso con buenas palabras y ella erre que erre, que le había prometido que volverían a tiempo para la prueba y, si no regresaban en velero, volvería en autostop. Le dejó tirado. Y, encima, ella con cabreo por tener que regresar a dedo. Nerea era una cabezota.

—Tienes razón. A veces me enfado con ella por cualquier bobada. —Ya puesto, continuó con el teatro—: Tú me conoces, me cuesta expresar mis afectos.

—Deberías decirle que la quieres o algo por el estilo. A las tías les va ese rollo.

—No jodas. Esas cosas no me salen. No sabría cómo expresarme. Haría el ridículo.

Txaski ya sabía que al Moro le encantaba hacer de celestino. No tardaría en contarle a Nerea los secretos de su corazón.

31. Nerea

El Moro le propuso a Nerea que fuera a Sakone a comer una paella con Txaski y con una amiga suya. Solían coincidir a veces en Bilbao, por la zona de Indautxu, donde ella trabajaba a media jornada en una gestoría. De algo, aunque no fuera de mucho, le tenía que servir el doble máster en Abogacía y Asesoría Fiscal. A ella no le apetecía nada el plan del Moro. Su relación con Txaski era extraña, casi tóxica. Ella estaba muy enamorada, cierto, pero él se comportaba como un niño caprichoso. La mayor parte del tiempo la ignoraba. No tenía detalles. Parecía hueco, un tipo con una buena carrocería, pero sin alma. Algunas veces la engatusaba llevándola a navegar a Arcachón en el velero, a surfear y a pasear en bici a las Landas. A ella le gustaba que él sacara su vena seductora, que desplegara su encanto, con la esperanza de que no fuera algo fugaz, que el hechizo no se desvaneciera para dar paso al Txaski distante, como de hielo.

Lo conoció en un cursillo de surf en Sopela. Ella navegaba desde niña y con dieciocho años fue campeona de España en clase Europa, incluso estuvo preclasificada para los Juegos Olímpicos de Atenas, pero un inoportuno accidente de moto le privó de la oportunidad. Sus padres también eran muy aficionados a la vela y juntos, con sus dos hermanos mayores, habían recorrido el Cantábrico y el Mediterráneo en toda su extensión.

Empezó con el surf un poco tarde y allí se topó con el profesor preferido de las chicas de cualquier edad: buen maestro, además de guapo, encantador en el trato, educado y distante. Pura fachada.

Fuegos artificiales. Se comentaba que cuanto más se le conocía, la impresión empeoraba.

Ella quería actuar como él lo hacía, siendo indiferente, pero sufría porque era sensible y estaba acostumbrada a que en su entorno la mimaran.

Un día, cuando ya llevaban un tiempo medio ennoviados, ella lo llamó Álex.

—Llámame Txaski, como todo el mundo.

—Es que Txaski, o Txasko, es muy feo. Álex me parece un nombre más normal.

Se lo dijo casi con dulzura para que no se lo tomara a la tremenda, como a veces lo hacía por las cosas más banales.

—Mira tú —y el «tú» ese sonó igual que un escupitajo—, Álex me llamaba mi madre. Cuando era pequeño y había gente delante, incluso utilizaba Aletxu. ¿Y sabes lo que te digo? Ese nombre que me pusieron me suena a mentira. Parece que se dirigen a otra persona. O sea, ya sabes.

—¿Y cómo te llama tu abuelo, Txaski?

—Esteban no utiliza ningún nombre. Dice «oye tú» o «a ver tú». Y ya está.

Así quedaron las cosas.

—Entonces, ¿le digo que vienes? —El Moro no deseaba presentarse con Loli como única compañía en Sakone. Y, al tiempo, quería ganarse la confianza de la *gasteiztarra.* Además, estaba convencido de que a Txaski le convenía Nerea, se mirara por donde se mirara. No iba a encontrar otra como ella ni en broma.

—Dile a «oye tú» que depende —dijo al fin Nerea.

—¿Depende?

—De que no me salga un plan mejor.

—Después de lo de la isla, le veo más centrado. Casi humano, ¡je, je!

La broma no le hizo cambiar el gesto a la chica. Solo cuando le habló de que Txaski le había reconocido que tal vez no sería mala idea formar una familia y que, de hacerlo, no tenía otra persona en la cabeza que no fuera ella, comenzó a aflojar.

—¿Qué pierdes? Lo compruebas tú misma y si no te convence lo mandas a la mierda. Pero, hazme caso, yo lo veo cambiado. Más maduro.

Nerea negó con la cabeza.

—Y otra cosa —añadió el Moro—. Quítate esas gafas, que parece que has estado la noche de juerga y quieres disimular. Estás más guapa sin el antifaz. Te lo digo en serio.

Desde que tuvo el accidente de moto, muchos años atrás, Nerea llevaba gafas de sol.

—Ya sabes que me molesta la luz —respondió Nerea con gesto serio.

El Moro continuó con sus argumentos y Nerea con los suyos hasta que terminaron el debate en tablas. Si aparecía bien y si no, también.

Cuando se despidieron, el Moro se quedó mirándola por detrás. Nerea caminaba a buen paso. El vestido azul se le ceñía a su cuerpo atlético con la media melena negra moviéndose al ritmo de sus pisadas.

«Hay que ser anormal para dejar escapar a ese pibón».

32. Zuri

Los datos hablaban solos. Si en una zona de Vitoria-Gasteiz controlada por la Compañía se detectaba que los camellos seguían suministrando a sus clientes y ellos estaban atascados era que la competencia había metido el morro. La coca no circulaba al por mayor en Vitoria de la mano de los trapicheros, moros o gitanos. La que se movía con regularidad en grandes cantidades llevaba el sello de quienes tenían el suministro asegurado por organizaciones potentes y estables. Cuando un distribuidor observaba que su mercado decrecía, buscaba explicaciones. El mayorista se las iba a pedir a él. Ahora, la nieve llegaba por caminos desconocidos. La fuente de suministro habitual de la Compañía a través del Puma estaba congelada. Sin embargo, al ecuatoriano lo habían detectado en Vitoria.

Se fue con Feodor a visitar a Zuri, el distribuidor de la Compañía en Vitoria-Gasteiz. Era responsable de la zona este de la ciudad, que comprendía barrios que sumaban cien mil personas. Pretendía que le informara con todo detalle de las novedades que había descubierto.

El Marrajo se estuvo comiendo las tripas esperando a que Zuri concertara la cita mientras este le mareaba con sus melindres. Primero estuvo en cuarentena porque toda su familia había pillado el virus. Luego, cuando los otros se curaron, lo cogió él y, como el hombre era, además, bastante aprensivo, no se puso en marcha hasta que le dio negativa la PCR.

Quedaron en la cafetería del Museo Artium, en la calle Francia, a las doce del mediodía.

Zuri era un hombrecillo de unos sesenta años, con gafas y pinta de jubilado. Pidieron dos cafés.

Feodor se había quedado en la plaza exterior para no llamar la atención.

—Al principio, alguno me decía que de momento estaba servido. Que no necesitaba. Luego nosotros hemos parado y ellos seguían teniendo suministro. Son cuatro o cinco que llevan años en el negocio y trabajan con nosotros desde hace dos. Me han dicho que ellos van con el que mejores condiciones les ofrece. Que no tienen exclusiva con nadie.

—¿No tienen exclusiva? ¿Eso quiere decir que nos están poniendo los cuernos? —dijo el Marrajo.

—Digo lo que dicen.

—¿Y tú? ¿Qué coño haces?, ¿te quedas mirando mientras te roban la clientela?

El Marrajo no podía dejar que el hombrecillo aquel se le escapara por la tangente. Ya le habían advertido que los vitorianos pertenecían a la especie «zorros de la llanada» y se escurrían como caracoles.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Liarme a tiros con ellos? Eso no resuelve el problema. —Zuri hablaba bajito. No quería resultar indiscreto.

Estaban en la entrada de un museo de arte moderno, muy poco concurrido a esas horas. Un lugar extraño para una cita entre narcos.

—Por supuesto que no —respondió el Marrajo—. Hay que ir a la raíz. ¿Quién coño les vende? ¿Por qué ofrece mejores condiciones que nosotros?, ¿eh?, ¿por qué?

—Eso no me lo van a decir. No me van a venir a contar quién les pasa el producto.

—Claro que no te van a venir. Tendrás que ir tú a buscarlos —dijo el Marrajo.

—¿Para qué?

A Zuri se le veía incómodo, se había quitado y puesto las gafas varias veces. A lo mejor era un gesto suyo habitual, pero, si no lo era, indicaba fastidio con el rumbo de la conversación.

—¿Para qué? Nos ha jodido este. ¿Tú qué crees? Para sacarles la información a mordiscos. —El Marrajo no practicaba mucho el arte de la diplomacia.

—Oye, a ver si te estás pasando de frenada, ¿eh? Que ellos no son mancos. Si le tocamos a uno, vendrán a por mí.

—Bueno, habrá que elegir a uno que no tenga brazos. Ya me entiendes. Tú nos dices quién y nuestros colegas le quitan la dentadura con unos alicates. Te aseguro que con un par de muelas es suficiente.

Zuri era de la vieja escuela. No sacaba la artillería tan fácil.

—Déjame pensar. No sé quién puede ser.

—Pues piensa rápido, porque si no tenemos la información echando leches te convendría ir encargando una dentadura postiza.

Cuando salieron del Artium, se encontraron con Feodor, que esperaba sentado en un banco de la plaza delantera. El distribuidor de Vitoria-Gasteiz de la Compañía se quedó un rato mirando al ruso.

A ver qué nombre les soltaba.

33. La fiestuki

Era sábado. Loli y Nerea hacían fiesta en el curro. El Moro y Txaski no tenían calendario laboral.

El Moro recogió a Loli en la estación de autobuses de Basurto y se presentó con ella en Sakone cerca del mediodía. Se había comprometido a preparar una paella y venía provisto de todo lo necesario. Traía nécoras y langostinos, media docena de botellas de *txakoli* y una tarta de Santiago. Loli, por llevar algo, había comprado unas trufas de Goya en Vitoria.

La chavala, desde luego, era decidida. Eso el Moro ya lo intuía. Tenía buen ojo para calibrar a quienes por ambición o necesidad daban el paso de entrar en su negocio. Loli había comprendido, si no a la primera, sí a la segunda, que a la degustación o pastelería se llegaba por el atajo del delito o no se alcanzaba nunca. Mojándose el trasero.

Él no se sorprendió cuando le llamó para decirle que estaba dispuesta a ampliar su catálogo de chuches. Luego, cuando le presentó a Juantxo, su persona de confianza en Vitoria, a Loli le pareció un chico agradable que no tenía pinta de camello y se quedó bastante tranquila. Juantxo le explicó que cuatro o cinco tipos irían a recoger la mefe. Pedirían sales de baño para perros y pagarían por adelantado; el precio ya se lo indicarían. Las cantidades serían de veinte y cincuenta gramos, como máximo, y le llegarían en sobres de plástico azules con la imagen de un perrito en una bañera.

Poco después, llegó otra chuche más lucrativa. Una vez dado el primer paso, la modernización del negocio de los vídeos, el segundo le resultó más sencillo. El trabajo suplementario que el Moro le había

ofrecido para complementar los ingresos de la distribución de champú para perros era sencillo. Solo tenía que meter unas bolsitas de polvitos blancos en la funda de un DVD. Luego, unos fanáticos de Indiana Jones pasarían a recoger el encargo. No más de media docena. Eran unos tipos de su red en Vitoria-Gasteiz. Los mismos que compraban el champú para chuchos. En cuarenta y ocho horas devolverían la peli o no, pero el alquiler mínimo salía por mil doscientos euros. El equivalente a veinte gramos de farlopa sin cortar, a sesenta euros el gramo. El 20 %, para la degustación. A Loli le preocupaba cómo iba a reconocer a los clientes especiales. Que qué pasaba si llegaba uno que, de verdad, deseaba ver la de *El templo maldito,* por un suponer.

—¿Cuántas pelis de Indiana Jones has alquilado en el último año? —preguntó el Moro—. Ese supuesto cliente, si existiera, seguro que flipa cuando le digas el precio.

Loli se rio por la boca de la mascarilla, una vez más, de esas de tela que se lavaban, con forma de corazón. A veces se la ponía y al Moro le parecía horrenda, pero no se atrevía a decírselo. Le hubiera largado muy a gusto que era una mierda de mascarilla y que, además, protegía menos que una servilleta.

A ella, por lo que fuera, le encantaba el modelo.

Le había comentado lo de la fiesta que organizaba en casa de un amigo. Dos parejas. Unas birritas y algo más para animar la «fiestuki». Loli estaba entusiasmada. Le encantaban las fiestas. No tenía muchas ocasiones de correrse una buena juerga.

Le explicó que el caserío era muy amplio y que tenía unas vistas cojonudas. Su amigo era un poco especial, ya lo vería; iba a su bola. Había preparado aquella comida para ver si lo reconciliaba con su medio novia, Nerea. Estando los cuatro, a Nerea le daría menos corte acudir. Si Txaski le hablaba de un viaje a la Polinesia en velero, tendría que hacer como que le interesaba. Sin animarle mucho, que

si el Txaski se calentaba a lo mejor sacaba el mapamundi y les daba una chapa de cuidado.

—Mira, está todo el santo día con ese viaje en la cabeza. A mí no me interesa un pedo, pero le doy coba. Y otra cosa —el Moro levantó el dedo índice—, por supuesto, de nuestro negocio, ni pío.

Tras las presentaciones de rigor salieron de la casa y se sentaron en unas sillas de playa dispuestas alrededor de una amplia mesa de tejo. El cielo estaba despejado y, a pesar de estar a finales de noviembre, la temperatura era agradable. A Loli las vistas le parecían impresionantes.

—¿Qué es aquello tan chulo que se ve allí? —dijo con los ojos como platos.

—Es San Juan de Gaztelugatxe. Y detrás, el cabo Matxitxako.

—¡Qué maravilla! —Loli no quitaba la vista del oriente de Sakone.

—Una mierda —dijo Txaski—, lleno de turistas todo el puto día. Esperan que aparezca el dragón de *Juego de tronos,* los muy gilipollas.

Si Gaztelugatxe, desde siempre, había sido un lugar muy frecuentado, después de aparecer en la serie de TV basada en las novelas de George R. R. Martin los visitantes se contaban por decenas de millares.

—No digas eso, por Dios —replicó Loli—. Es precioso.

—Cualquier día descubren la cascada de Uredariona y se te llena esto de excursionistas. —Al Moro le solía gustar pinchar a Txaski para verlo cabreado—. Podrías montar una sidrería.

—Soy capaz de poner minas antipersona en todas las esquinas para que el primero que pase salte a tomar por saco. —Nada irritaba más a Txaski que mencionarle que su espacio vital pudiera verse convertido en un recurso turístico.

En estas estaban, cuando apareció Nerea. El Moro se levantó y le hizo una reverencia a modo de bienvenida que no sirvió para que ella cambiara el gesto huraño en la expresión de su cara. Luego se

hicieron las presentaciones. Unos segundos en silencio eran demasiado tiempo para que Loli no se viera en la obligación de intervenir:

—Las vistas... Y qué paz se siente aquí. —Txaski aceptó, esta vez, de buena gana el cumplido. Loli no paraba—: Hemos aparcado un momento donde la central nuclear. Yo no había estado nunca, pero vaya mamotreto.

—Lo que costó eso para nada. —El Moro también quería que la conversación fluyera.

—¿Cómo dices? Para destrozar un pedazo de costa. Te parecerá poco —fueron las primeras palabras de Nerea.

—Una pena que no se terminara. Siendo autosuficientes en energía, tendríamos las riendas de nuestro destino. —El Moro dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Qué riendas? Para estar dependiendo de la energía nuclear, no me parece que sirva de mucho. —Nerea no estaba dispuesta a ceder. Venía con ganas de pelea.

El Moro abrió una botella de *txakoli.* Txaski prefería la cerveza. Nerea también.

—¿Sabes lo que te digo? —Txaski se dirigió a Loli—. Las chifladuras del Moro son para intelectuales. Yo pienso que cada persona tiene que buscarse su destino.

Loli aplaudió a Txaski.

—Soy de los tuyos. Cada uno tiene que buscar su propio camino. Ganarse la libertad.

Txaski no perdió su oportunidad. Había un lugar en el mundo donde la vida era agradable para la gente que huía de la sociedad de consumo, que quería disfrutar cada día del mar y del sol; lo más parecido al paraíso terrenal.

Nerea y el Moro ya sabían de memoria la matraca que les venía encima. Loli abría los ojos como platos. Txaski siguió con el velero.

—¿Y piensas navegar hasta allí tú solo? ¿No es peligroso?

El Moro no sabía si el repentino entusiasmo de Loli se debía a su recomendación de mostrarse interesada por las ensoñaciones del anfitrión o a que, en realidad, sí lo estaba.

—Claro que no. Hay que llevar una tripulación. Yo espero que algunos de los que están en esta mesa se animen. —Txaski miró a Nerea, que se mantuvo impasible.

—i*Joe,* tío! Yo estaría encantada de ir con vosotros. Lo digo en serio. Me parece una pasada de aventura.

A Txaski se le cortó la respiración. Con ella y con el Moro iba a necesitar un paquebote.

—¿Me aceptarías como tripulante? ¿Qué tendría que hacer? —Loli estaba lanzada.

—Bueno, ¿qué experiencia tienes? —Txaski carraspeó.

—¿En qué?

—En navegación a vela.

—Ninguna. No he montado en mi vida ni en una barca. Es que nunca he tenido oportunidad. Tampoco sé nadar.

—Pues eso sí que va a ser un problema. —Txaski creyó encontrar una salida fácil.

—Mañana mismo me apunto a los cursillos que hacen en las piscinas de Mendizorrotza, en Vitoria. En un mes soy una sirena. Lo prometo.

El Moro veía con preocupación la deriva que tomaba el entusiasmo de Loli y la cara que se le ponía a Txaski. Antes de que su amigo se pusiera borde, cortó por lo sano:

—Vale de viajes. Loli y yo nos vamos a preparar la paella. Vosotros disfrutad de la birra.

Cuando llegaron a la cocina, Loli no paraba de hablar del viaje a la Polinesia. No se lo pensaba perder por nada del mundo.

—Además, Txaski me parece de toma pan y moja.

—¿Qué?

—Que está como un tren.

El Moro tenía buena mano para los fogones. Todos alabaron la paella. Hasta Nerea, que parecía desganada, se tomó un par de platos. Loli se zampó las gambas que los otros habían dejado. No se podía despreciar la comida, decía. El Moro fue el único que bebió el tinto a palo seco. Nerea y Loli con Coca-Cola. Txaski le dio a la cerveza y no probó el marisco. Ya había tenido suficiente hartura en la isla del Fraile.

Fueron a dar de comer a los perros y Loli se quedó aterrada de la mirada asesina de aquellos animales. Parecían panteras. A Txaski le obedecían como corderos y el Moro y Nerea también tenían ascendiente sobre ellos. Loli permanecía a distancia de la cerca que rodeaba el exterior de lo que fue la cuadra del caserío y ahora servía de almacén y de caseta a los *cane corsi.*

Luego volvieron al salón y se fumaron unos canutos. La maría era de cosecha propia, de primera calidad.

—¿La cultivas aquí? —preguntó Loli.

—Cuatro plantitas. Para los amigos. —Txaski no se apartaba de su mantra.

Txaski no quiso enseñarle a Loli el invernadero y mucho menos la huerta de abajo. No se fiaba demasiado de aquella chica. Le parecía una cotorra que hablaba sin ton ni son. No cuadraba con su estilo. Por supuesto que le iba mucho más Nerea, reservada y discreta. Además de guapa. Miró a Nerea, que se había quitado las gafas de sol. Sí, guapa, también sin los espejuelos que utilizaba como máscara.

Sin las gafas, las secuelas de las fracturas de órbita ocular que sufrió con el castañazo de la moto quedaban al descubierto. El ojo derecho era de un tamaño más reducido que el otro.

Loli la observó un instante, sorprendida por el descubrimiento, y Nerea se vio en la obligación de explicarle el origen de su lesión.

—Oye, que casi no se te nota, de verdad —dijo Loli excusándose.

—No fue un accidente —aclaró el Moro—, es que le daba por montar en moto con un descerebrado que conducía como un suicida.

—Mi madre me dice que no entiende por qué tengo propensión a juntarme con chiflados. —Y en el rostro de Nerea se iluminó una sonrisa burlona.

Txaski no se dio por aludido.

Se habían relajado bastante.

—Oye, Txaskito, si no te importa, nos quedamos hoy a dormir aquí, ¿eh? No nos vamos a poner a conducir medio colocados, ¿no? —dijo el Moro.

Si a Txaski le parecía buena o mala idea, no se le notó. Pero la presencia de Loli en el caserío le daba aprensión. Aquella mujer era demasiado simpática para su gusto. No le parecía buena idea que cogiera la costumbre de pasar los fines de semana allí. Ya se lo diría al Moro.

—Vale. Hay una para Nerea, otra para mí y la única que está disponible es la del abuelo —mintió—. A lo mejor os da aprensión dormir en la habitación de un muerto.

—Venga, tú, que se fue a la residencia hace año y medio. Ya sabes que no soy melindroso. A ti, Loli, ¿te importa? —El Moro tenía los ojos completamente rojos.

—En absoluto. Lo único que espero es que la cama sea sólida, ¡je, je!

—Están las sábanas y las mantas cambiadas. Habría que abrir un poco la ventana para airear el cuarto —dijo Txaski.

Txaski apenas había entrado en aquella habitación desde que se llevaron al abuelo. Tenía una vaga idea de haber hecho aquel día la cama a la francesa, pero, desde luego, las sábanas eran las mismas. Si no eran melindrosos, no les iba a importar.

Txaski y Nerea durmieron en habitaciones separadas. Su relación se había destensado, pero todavía era pronto para avanzar en el

contacto físico. Él estaba satisfecho de cómo le iban las cosas con ella. Tenía que ganarla para la causa poco a poco. Y la causa no era otra que completar la tripulación. Esperaba que al Moro no se le ocurriera incluir en la expedición a Loli. Miedo le daba imaginarlo. Había observado algún síntoma de enamoramiento en su amigo y la verdad era que Loli, con sus kilos de más y sus formas rotundas, se movía con agilidad y tenía un cierto atractivo sexi. Además, al Moro le gustaban las cariñosas, las que daban conversación. Esperaba que le quitara de la cabeza lo de apuntarse a un viaje para el que no estaba preparada y en el que solo sería un estorbo. Tampoco le importaba decírselo a la cara, pero no quería incomodar a su amigo.

Txaski había bajado a la mañana, temprano, hasta la playita al pie del acantilado para hacer algo de ejercicio. Cuando llegó al caserío, los otros tres lo esperaban en la cocina con el desayuno preparado. Había huevos fritos, bacón, tostadas y café. Le llamó la atención que los tres se estuvieran riendo a carcajadas.

—Mira, aquí llega el anfitrión —soltó Loli con una risita—. ¿Qué tal has descansado?

—Muy bien, gracias. ¿Y vosotros?

—A ratos. ¿A que sí, Moro? ¡Ja, ja! —Loli llevaba la alegría puesta de serie.

—Estupendo —respondió Txaski con desgana.

—Por cierto, una gran idea, la de tener el orinal en la mesilla. Evita viajes incómodos en plena noche. —Loli era la protagonista de la conversación.

—¿Había un orinal? —dijo Nerea.

—Te lo prometo. Me permitió hacer un pis largo.

Txaski se mostraba impasible, como si no hubiera escuchado lo que Loli decía. No estaba seguro de si la última meada de Esteban seguía en la mesilla dos años después. Habría alertado con el mal olor, supuso.

—Además, el orinal tenía como complemento una pistola en la mesilla. Yo creo que Txaski la ha dejado a propósito por si nos daba por suicidarnos. —Loli se partía de risa y lo que a Txaski le molestaba era que Nerea daba la impresión de divertirse también.

Lo del orinal se la traía floja, pero que se le hubiera olvidado guardar la pistola le pareció un descuido.

—Es un recuerdo de familia. El abuelo la conservaba por razones sentimentales, de sus tiempos de marino, y no pienso que funcione. Tampoco tiene balas.

—Ya te digo yo que sí. Las balas estaban encima del armario ropero, junto a la escopeta. Por cierto, ¿tienes licencia de armas cortas, Txaskito?

—No, no tengo. Y no me gustan las armas.

Aquella chica le estaba poniendo de los nervios. La habría estrangulado en ese mismo momento. No solo había hurgado en los cajones y en toda la habitación, sino que se permitía llamarlo Txaskito.

No le agradaba tener que estar justificándose ante Loli sobre si poseía o no permiso de armas. Cambió de tema:

—Si queréis, bajamos hasta la playa a coger lapas o a pescar.

A Txaski se le pasó por la cabeza que Loli, con un poco de suerte, a lo mejor se despeñaba en alguno de aquellos precipicios. Por lo menos, la caminata la tendría asfixiada.

Aunque la mañana invitaba a dar un paseo, se aceptó la propuesta sin entusiasmo. Acaso porque en aquel paraje las caminatas siempre eran en vertical.

—Luego me enseñas dónde tienes las plantitas de maría. A mí también me gustaría poner algún tiesto en casa. Seguro que sabes muchos trucos. —Loli no paraba de pisar todos los charcos.

—Lo poco que sé me lo enseñó el Moro. Él podrá informarte mucho mejor que yo.

Ya empezaba a estar harto de que el Moro permitiera que aquella intrusa indiscreta no dejara de importunarlo.

34. Diligencias de comprobación

—Al Fito Pereira ese no se le pilla, así como así —comentó Ortega.

Había caras de desánimo entre el Grupo del Servicio de Investigación. Muchos esfuerzos para ningún resultado.

Cuando Zalbide, Ortega y Arruza se entrevistaron con el fiscal y la titular del Juzgado de Instrucción n.º 3 de Getxo, les plantearon incorporar la denuncia anónima contra el patrón del Kresala a las diligencias previas por la desaparición de los buzos, sin necesidad de incoar un nuevo procedimiento.

La propuesta tuvo un éxito relativo.

La juez entendía que para tomar en consideración las acusaciones que el denunciante formulaba era necesario que estuvieran fuera de toda duda. La información suministrada habría que valorarla en su integridad. Y, una vez analizada, de forma reforzada, comprobar su congruencia argumental y la verosimilitud de los datos aportados. Entonces acordaría abrir nuevas diligencias previas, pero sin integrarlas en la causa por desaparición de personas. No existía suficiente nexo causal para hacerlo.

En vista de la posición de la juez, que cerraba una puerta, la Fiscalía abrió una ventana. En función de su propia competencia, encomendó a la Ertzaintza efectuar las diligencias de comprobación necesarias sobre la denuncia, de naturaleza preprocesal, y para ello autorizó tomar declaración a Fito Pereira. El fiscal había dejado claro que en el caso del patrón del Kresala existían sospechas, no indicios de una infracción penal, ya que no concurrían datos objetivos de los que pudiera inferirse la comisión de un delito. Este razonamiento no

dejaba de ser importante, pues al no tratarse de un imputado no era preciso que compareciera a declarar asistido de abogado.

Coordinadas las fiscalías de Bizkaia y la de Pontevedra, la Ertzaintza y la Guardia Civil, citaron al gallego en la comandancia de Pontevedra. En la citación no le mencionaban que tuviera derecho a ser asistido por un abogado y Fito fue lo primero que alegó: «¿No tengo derecho o qué?». Y sonrió con gesto de burla. Tampoco hacía falta, les dijo, para qué iba a molestar a un abogado si él no había hecho nada. Luego reconoció todos los datos que no podía negar, pero cuando se le preguntó cuál fue la razón para desviarse de su rumbo a Bermeo para acercarse a la isla del Fraile respondió que él iba siempre a los sitios por la línea más corta y que a ver de dónde habían sacado semejante chorrada. Cuando fueron más directos y le preguntaron por el desembarco de un supuesto alijo de cocaína, al patrón le entró la risa floja. ¿De qué puñetas le hablaban? Él se dedicaba a la pesca, que preguntaran en Bermeo si no llegó con la bodega a tope de bonitos.

Los interrogadores solo tenían la denuncia y les guiaba la pequeña esperanza de que Fito Pereira cayera en alguna contradicción o se derrumbara. A la desesperada, le soltaron que a lo mejor había sido uno de los tripulantes del Kresala el autor del chivatazo y que, según les constaba, estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera con su testimonio.

—¿Los negros van a declarar? —Pereira no parecía afectado.

—Toda su tripulación era africana, ¿no es así? —Los agentes trataban de sacar provecho de su escasa munición.

—Mire, yo racista no soy. —Fito se echó hacia atrás en su asiento —. Vengo trabajando con africanos toda mi santa vida. Ahora, escúchenme bien lo que les voy a decir, esos senegaleses, los que llevé en el último viaje, eran unos auténticos hijos de la gran puta. El mayor de todos, su portavoz, un tal Mamadou, un mamarracho. Siempre reclamando esto y lo otro. Al final, casi llegamos a las

manos porque exigían pluses y compensaciones que no les correspondían ni por el forro. Incluso creo que estuvieron hablando con alguno que les asesoraba, allí en Bermeo, y les dijo que no tenían nada que rascar. No los quiero ver ni en pintura. Mala gente. No me extrañaría que anduvieran metiendo cizaña. —El patrón del Kresala no se movió un centímetro de lo que tenía previsto decir.

—¿Qué te ha pasado en la nariz, Fito? —le preguntó con sorna, cuando se despedían, uno de los agentes.

—Nada, hombre. En una comida. Me saltó un percebe que me cogió manía.

El viaje a Pontevedra no pasó de ser una excursión pesada. Cuarenta y ocho horas y otra vez en Erandio.

Seguían con meras sospechas y veían lo que parecía la punta del iceberg sin saber si debajo había hielo o solo agua.

La inspección ocular de la isla aún resultó menos esclarecedora, por no decir que, si lo fue en algún sentido, era para confirmar lo que Txaski les contó. En la parte alta de la isla no había rastro de su equipo. En la covacha en la que estaba cuando lo rescataron, solo quedaban algunas cáscaras de mejillones, media docena de espinas de pescado y una sudadera y un pantalón de chándal, hechos un ovillo, incrustados en el fondo del hueco. Sin embargo, en la parte baja, en el refugio que, según su versión, utilizó hasta que tuvo que escapar la madrugada del día 12 de octubre, en un rincón del agujero, en la parte más profunda, encontraron una sartén, la cazuela y la mitad de una tabla de *bodyboard.*

No hallaron ningún otro rastro que mereciera la pena en lo que vieron de la isla.

—En resumen —Zalbide, como siempre, abrevió—, no tenemos nada. Ni alijo de cocaína ni cadáveres.

—Lo único sólido y confirmado es la presencia de los dos matones en La Escotilla —apuntó Ortega.

—Cierto. —Miren Arruza estaba extenuada, pues de la isla se fue a Galicia y casi no había dormido en tres días—. Dos matones que, por otra parte, sabían muy poco de los buzos. Preguntaron si estaban metidos en cosa de drogas o algo por el estilo. Daban palos de ciego.

—Aunque no hayamos avanzado, también es verdad que todos los datos que hemos barajado encajan. El día 11 dejan la droga, entre el 12 y el 13 desaparecen los buzos, el 14 se presentan los dos tipos esos preguntando por ellos y las personas con las que se relacionaban. Da la impresión de que habían perdido la pista de un alijo y no sabían por dónde empezar a buscar. —El suboficial Ortega tenía unas ojeras que daban a su cara un aspecto sombrío.

—¿Y si estuviéramos mezclando sucesos que no guardan relación? —apuntó la *ertzaina*—. Supongamos que la desaparición de los buzos coincide con la pérdida de un alijo. La impresión que produce es que ambas circunstancias se encuentran conectadas. Y a lo mejor no lo están.

—¿Qué insinúas? —preguntó Kirru.

—No me imagino nada. Planteo una hipótesis nueva: los buzos se ahogan por la causa que fuera, la cocaína desaparece y ellos no tienen nada que ver.

—Esa conjetura nos lleva a la casilla de salida: ¿dos submarinistas experimentados se ahogan con los teléfonos a cuestas? —Ortega no lo veía—. Además, en la zódiac había restos de coca pura. ¿Y qué pasó con los cuatro cinturones de plomo que faltaban?

—Creo que hemos dado tantas vueltas al tema que se me va la olla —dijo Miren.

—A todos —concluyó el suboficial.

Zalbide, el jefe del grupo, cerró el debate con una conclusión que nadie deseaba, pero que todos esperaban:

—Hemos llegado hasta aquí y no tenemos más. En tanto no aparezca alguna nueva pista, la investigación queda en suspenso.

Hay muchos asuntos pendientes de resolver. Habrá que comunicarlo a la Fiscalía y al juzgado.

—Y a la que denunció las desapariciones. A Iratxe Etxebarria —apuntó la *ertzaina.*

—Te toca. —Ortega se levantó y dijo que se iba a la cama.

35. El Pichón

El distribuidor de Gasteiz había avisado al Marrajo que ya tenía al eslabón débil de la cadena. Era el arrendatario de un bar de mala muerte en el casco viejo. Había estado colgado de las pastillas desde su adolescencia y ahora, según se decía, esnifaba y distribuía mefedrona. A diez o quince pavos el gramo, era una alternativa de la coca a la sexta parte de precio. Apta para casi todos los bolsillos.

Se había corrido en el ambiente de los distribuidores al menudeo que el tipo en cuestión estaba ofreciendo farlopa a buen precio. Desde luego, no era la que suministraba la Compañía. Eso era seguro, dado que, entre otras cosas, no pertenecía a la red de Zuri: ahí se cubrió las espaldas.

Le llamaban Pichón no porque fuera un palomo, sino por la fama que gozaba de tener una picha descomunal. Ya se habían informado de la ruta que hacía los mediodías. Comía en casa de su madre y luego volvía al bar, que permanecía cerrado entre las tres y las cinco. Eso cuando estaba abierto.

El Marrajo y el ruso le abordaron en la calle del Cubo y el Pichón no ofreció resistencia. Zuri identificó de lejos al tipo, pero no participó en el rapto. Tenía que mantenerse al margen.

Le metieron en el coche, salieron por Zaramaga y lo llevaron cerca de Durana. Pararon en una zona tranquila. El Pichón iba en la parte trasera del auto y parecía estar en Babia. Repetía que a él no le tocaba nadie un pelo porque el que lo hacía tenía muchos boletos para quedarse tieso. Cuando el ruso se sentó a su lado y le puso la pistola en la cara, empezó a reaccionar.

—A ver, ¿qué cojones queréis de mí? No pensaréis pedir un rescate, ¿eh?

—Solo una pregunta y si respondes bien te dejamos donde te hemos cogido. Si respondes mal... Bueno, tú contesta a la primera. —El Marrajo utilizaba un tono amigable, como si fueran colegas.

—Dime lo que quieres saber y te diré si puedo responder. —El Pichón contestó con desdén.

—¿Quién te vende la coca? Con eso me vale.

—Tu puta madre. ¿Qué te piensas?, ¿que soy un chota o qué?

—No. Eres un muerto que todavía puede resucitar —dijo el Marrajo con sequedad.

El ruso le atizó un mamporro en la cara con la culata de la pistola. El Pichón se quedó un rato grogui. Sangraba por la nariz.

—Vuelvo a la casilla anterior. Tienes una segunda oportunidad. Y es la última. ¿Desde cuándo trabajas con el Puma?

El Marrajo estaba en la parte delantera del coche y seguía la escena por el espejo retrovisor.

El Pichón había perdido la poca entereza que guardaba. Estaba claro que no tenía madera de héroe.

—¿Qué Puma?

Un puñetazo en el estómago dejó sin aire al Pichón. Vomitó en el coche los macarrones que había comido en casa de su madre.

—Serás guarro...

Abrieron las puertas para aliviar el olor a devuelto.

El Pichón recordó que al menos había dos tipos en Gasteiz a quienes llamaban el Puma.

—Creo que uno está muerto —murmuró.

—Ese no nos sirve. Háblanos del otro. —El Marrajo aparentaba tranquilidad.

—No trabajo con él.

Feodor lo agarró de la coleta y lo amenazó con un nuevo puñetazo.

—¿Quién te sirve la coca? —repitió el Marrajo.

Esta vez las palabras sonaron tajantes.

El Pichón parecía ahora más muerto que vivo. Balbuceaba las frases sin fuerza.

—En el videoclub de Barrancal —lo soltó de inmediato esta vez.

—¿Qué coño dices? ¿En qué barrancal?

Al Marrajo le extrañó que le vendieran la coca en un barranco. A ver si el colgado aquel le estaba tomando el pelo.

—En la calle Barrancal, coño. En un videoclub.

—¿En un videoclub? No jodas. No me estarás vacilando, ¿eh?

—Compruébalo tú mismo. —Parecía que el Pichón iba a vomitar otra vez.

—¿Y dónde está?

—Ya te he dicho, cojones, en la calle Barrancal. No hay otro.

—Vamos a aclarar la cosa, ¿cómo te hacen las entregas? —Al Marrajo le había entrado la prisa, no fuera que al desgraciado aquel le diera por echar otra vez la pota.

—Yo pido un DVD de Indiana Jones y allí viene la mercancía. Luego lo devuelvo con la pasta.

No les dijo que en el videoclub compraba también el champú para perros.

—¿De Indiana Jones? ¿Solo con eso vale?

—Sí.

—¿Te lo fían?

—Soy de confianza. —No era de confianza, pero eso ellos no lo sabían.

—¿Y cuánto te entregan?

—Poca cosa. Cinco, diez gramos. Según.

Pichón no les dijo que pagaba por adelantado y que se llevaba siempre veinte gramos.

—¿Desde cuándo te venden la farlopa en ese sitio? —Ese dato tenía su importancia.

—No llevo la cuenta. Hará un mes. Poco más o menos. —El Pichón no era muy preciso, pero al Marrajo las fechas le cuadraban con las andanzas del Puma.

—¿En un DVD de Indiana Jones? ¿Seguro?

—Eso he dicho. ¡Venga, joder! Llevadme a Vitoria, que tengo que currar. —El Pichón sacó a relucir la poca energía que le quedaba.

—¡Alto el carro, tú! Antes has dicho que conocías al Puma. ¿Sabes si él suministra la farlopa a los del videoclub ese?

El Pichón no tenía la menor idea de lo que hacían los dos Pumas que conocía. El muerto estaba en el hoyo, pero no le extrañaba que hubiera estado en el negocio. Y el vivo tampoco. Total, ni le iba ni le venía. Si querían salir de dudas, que se lo preguntaran a él.

—Tengo entendido que sí.

—¿Y no sabrás dónde para?

—Va y viene.

—Claro. Como todo el mundo, ¡no te jode! Pero ¿en qué sitio vive?, ¿en qué zona alterna?

—Pues por aquí, por el casco viejo. No sé cuál es su casa.

El Marrajo no tenía claro si el Pichón decía la verdad o les estaba vacilando.

—A ver, dame algún detalle. ¿Cómo es el Puma?

—Bastante hijoputa.

—Ya, ya. Digo de aspecto.

—¡Ah! Un sudaca bajito con pinta de indio.

Ahí no lo iban a pillar. Los dos Pumas, el difunto y el vivo, tenían la misma facha.

Ahora el Marrajo lo veía más claro. Era Valerio. El Puma que buscaba.

—Si nos tomas el pelo, te aseguro que la próxima vez te sacamos los ojos.

Arrancaron y lo dejaron en Portal de Arriaga.

El Pichón se metió en su bar y se lavó las manchas de sangre que tenía en la cara. Le extrañó que le preguntaran por el Puma y no por Juantxo, que era su contacto con el videoclub. Tampoco era cuestión de contar a nadie lo que le había pasado. Le pareció que la mejor idea era poner tierra de por medio una temporadita.

Al Marrajo le daba la impresión de que lo que les contó el Pichón estaba un poco pillado por los pelos. ¿Un videoclub en el siglo XXI? Tendría que darse una vuelta por la calle Barrancal para comprobar si existía aquel engendro. Si el Pichón los había engañado, se tendría que alimentar de papillas.

36. Iratxe Etxebarria

La agente Arruza no se extrañó cuando recibió la llamada de Iratxe Etxebarria. Le había dejado, como al resto de las personas con las que contactaron, una tarjeta suya por si recordaba o tenía algún nuevo dato que pudiera aportar luz a la investigación y, por lo que se veía, la había guardado.

La citó en la comisaría de Erandio y Ortega, su jefe, le sugirió que se encargara ella de recibirla, pues él tenía mucho lío ese día.

—A lo mejor se suelta más si habla a solas contigo —se justificó el suboficial.

Días atrás, cuando Miren Arruza llamó a Iratxe Etxebarria para decirle que la investigación quedaba suspendida a la espera de que apareciera alguna nueva pista que les permitiera avanzar, la mujer pareció no entender lo que se le comunicaba.

—¿Suspender? ¿Eso qué significa? —Iratxe hablaba con mucho arresto.

—Que habrá que esperar a ver si tenemos alguna novedad —musitó la *ertzaina* temiendo que tendría que aguantar un chaparrón de recriminaciones.

—En resumen, no habéis hecho nada y con eso os conformáis. —Las palabras de la hermana de Koldo eran una mezcla de disgusto y de rabia.

Miren trató de ofrecerle una explicación sobre cómo estaban las cosas, pero la otra colgó el teléfono.

El suboficial Ortega y la agente Arruza se habían entrevistado con Iratxe Etxebarria poco después de que se les encomendara la investigación. La mujer estaba desconsolada y no daba crédito a que

su hermano hubiera desaparecido voluntariamente o sufrido un accidente. Dos navegantes experimentados que habían dado la vuelta al mundo no se ahogaban en un vaso de agua, que era como ella definía a la zona de la isla del Fraile. Ni se le pasaba por la cabeza que Koldo se hubiera ausentado sin dar señales de vida. Su hermano jamás habría hecho una cosa así. Hablaba con él a diario, varias veces al día, en persona o por teléfono, incluso en el tiempo que estuvo de viaje, dos años por el mundo, llamaba en cuanto tenía ocasión.

Cuando llegó Iratxe a la comisaría, a falta de un lugar más privado, le ofreció reunirse en la sala donde tomaban declaración a los testigos e investigados; una estancia impersonal y fría. La *ertzaina* le aseguró que la entrevista era confidencial, que nadie la escuchaba ni se grababa. Si entendían que el contenido de la conversación era de interés para la investigación, podría hacer más tarde una declaración formal.

A Miren, Iratxe Etxebarria le pareció una persona con muchos rasgos comunes a otras mujeres que una encuentra en el metro o en el autobús: unos treinta y tantos años, menos de 1.70 de altura y caderas amplias. Si algo destacaba en ella era el gesto adusto, como si estuviera cabreada con el mundo.

Daba la impresión de ser una mujer instalada en el sufrimiento. La agente no sabía si aquella expresión hosca era producto de las circunstancias del momento, o las facciones de Iratxe se habían cincelado en su cara a golpe de infortunios. No era descartable. Como preámbulo, le contó a la *ertzaina* que era madre de dos hijos pequeños y que su ex no solo se fue con otra, sino que le dejó a ella toda la responsabilidad de las criaturas. Ahora, además de sin hermano, se había quedado sin el empleo.

—No es lo que más me importa. Te lo digo de verdad. Pero por atender la oficina me daban un sueldo y estaba asegurada. A ver qué hago yo ahora...

Iratxe tenía el pelo teñido de un color caoba y a la *ertzaina* no se le escapó el detalle de que las canas, de un par de centímetros en las raíces, eran el indicio de que aquella mujer no estaba, precisamente, pendiente de su aspecto.

Antes de sentarse, Iratxe movió las aletas nasales para olisquear la sala. En su cara se reflejó el destello del escrúpulo. Era muy normal que aquel lugar causara desazón incluso a los más inocentes. Miren se preguntó si, más que la sala, no sería responsable el olor que desprendían las paredes o los muebles;los restos de efluvios acumulados de los que por allí habían pasado, el rastro inequívoco de sus angustias, convertidas en transpiraciones y hedores.

—Vengo porque quiero contar algo que llevo guardado dentro y me está carcomiendo. —Iratxe suspiró—. Solo busco que se aclare la muerte de mi hermano.

—¿La muerte?

A la *ertzaina* le extrañó que la mujer diera por sentado el fallecimiento de Koldo. Lo normal era que los familiares se aferraran a la esperanza de encontrarlos con vida por minúscula que fuera.

—Mi hermano está muerto. No me cabe ninguna duda.

Las dos mujeres se observaban y parecían estudiarse. La agente sentía curiosidad por los datos que Iratxe Etxebarria deseaba aportar y la otra daba la impresión de evaluar la confianza que la *ertzaina* le merecía.

Fue Miren Arruza la que rompió el silencio que se había interpuesto entre ellas.

—Empiece por donde le parezca. Y tómese el tiempo que necesite.

—Vamos a ver si me explico bien, porque lo mío no es precisamente la oratoria. —Iratxe respiró por la nariz con fuerza—. Tengo que empezar por decir que mi hermano y el irlandés eran pareja, ¿lo sabéis?

Miren no entendía por qué en aquel país suyo se había impuesto la costumbre de que los *ertzainas* trataran de usted a los ciudadanos y

estos de tú a los agentes de la autoridad. Ortega le tenía dicho que eso era porque acojonaban poco. Que a la Guardia Civil la trataban de usted. O quizá dependía de la edad de los agentes, quería suponer ella.

Miren sí sabía que los buzos eran pareja. A ver cómo lo decía.

—Algo de eso nos había llegado, sí.

—Ya me imagino que la gente con la que habéis hablado habrá largado eso y mucho más.

«¿Mucho más?». La *ertzaina* no terminaba de calibrar el alcance de aquella frase; si era un recurso oratorio o tenía contenido.

—Llevaban juntos un montón de años. Dieciséis o dieciocho. Y siempre los conocimos muy unidos. Sobre todo, eran amigos.

Miren no hacía un solo gesto. No quería alterar el discurso de Iratxe.

—Estaban en crisis.

La mujer se quedó con la mirada clavada en Miren Arruza. Parecía rastrear en las facciones de la *ertzaina* alguna señal que revelara si estaba al corriente de lo que acababa de contar.

—¿Crisis de pareja?

La policía entendía muy bien el significado de la palabra. Hacía más de un año que había roto con su novio de toda la vida y aún seguía sufriendo.

—Claro que de pareja. ¿De qué otra cosa iba a ser? —Iratxe daba la impresión de haberse molestado porque no le entendiera a la primera—. Mira, te voy a ser muy sincera. Mi hermano y Padraig llevaban tiempo discutiendo por culpa de un desgraciado que se había metido por medio.

Miren pensaba que el que se metía por medio, por lo general, no era el que más responsabilidad tenía, pero dejó correr sus pensamientos.

—Uno que solía estar con ellos en La Escotilla y que luego rescataron de la isla del Fraile.

—¿Álex Alcántara Urrutia?

—Ese nombre no me suena. Le llaman Txaski.

—Es el mismo —apuntó la *ertzaina.*

—Da igual cómo se llame. La cosa es que estaba rompiendo la pareja.

Iratxe tenía muy claro que Txaski se pasaba todo el santo día tirando los tejos a Padraig. Insinuándose. Proponiéndole un viaje en velero a Oceanía o la Polinesia.

—Dice usted que Txaski flirteaba con el irlandés.

—Muy descarado. Y, lo que es peor, al otro no le hacía ascos.

Según Iratxe, su hermano era muy reservado para sus cosas personales y si le contó aquello fue porque estaba dolido y lo llevaba fatal. Parecía triste y amargado. Le comentaba a su hermana que cada vez que salían de La Escotilla Padraig y el tal Txaski se quedaban rezagados, hablando entre risas. Cuando Koldo se acercaba, cortaban la conversación y cambiaban de tema. Un día se enteró de que se habían encontrado en el puerto de Armintza.

—Perdone un momento. Es para aclararme, ¿ese Txaski también es gay?

Iratxe dijo que lo conocía de vista. Lo que le constaba era que se trataba de un guaperas. De los que gustaban a las mujeres y también a los hombres a los que les iban los tíos. Bueno, a Koldo no le atraía un pelo. Siempre comentaba que Txaski era un tipo sin entrañas, que iba a lo suyo sin importarle nada ni nadie.

—Koldo solo tenía ojos para el irlandés. Para su desgracia, estaba colgado de Padraig.

La agente no terminaba de entender adónde conducía aquel supuesto triángulo amoroso.

—A lo que voy. Una tarde que fui a su casa a llevarles unos chorizos que me habían traído de un caserío, escuché desde las escaleras gritos sofocados y ruido de golpes. Era la primera vez que observaba algo semejante. Abrí la puerta asustada y entonces

encontré a Padraig encima de Koldo. Tenía sus manos alrededor del cuello de mi hermano, que tenía la cara más amoratada que roja. Lo estaba estrangulando.

Según contaba Iratxe, cuando Padraig la vio, se quedó paralizado. Estaba despeinado y le salían babas por la comisura de los labios. Luego se levantó y, sin decir palabra, se metió en su cuarto dando un portazo. Koldo, sentado en el suelo y bastante descompuesto, no sabía qué decir. Luego trató de quitar importancia a la pelea. «Una riña entre amigos». A ella, sin embargo, no se le iba de la cabeza la escena que había presenciado. Estaba convencida de que, de no aparecer ella, el irlandés habría matado a su hermano. Padraig era bastante más fuerte que Koldo.

—¿Cuándo dice que pasó eso? —Arruza estaba intrigada con la deriva de aquella relación.

—Justo después de las fiestas de San Antolín, que son a primeros de septiembre.

—¿Y sabe usted si luego se reconciliaron?

—Aparentaban normalidad, pero dos días antes de desaparecer los sorprendí de nuevo, en la lonja, con otra discusión de aúpa. Muy alterados. Escuché nombrar a Txaski y algo sobre la isla del Fraile. No pude entender nada más.

—¿Eso es todo? —En las palabras de la *ertzaina* se notaba una cierta decepción.

—¿Cómo que todo? —Iratxe hizo ademán de ponerse de pie sin culminar la acción—. Todo es que Padraig ha matado a mi hermano.

Iratxe no pudo reprimir un sollozo. Sacó un paquete de clínex y se sonó la nariz.

Miren Arruza guardaba silencio.

—Lo ha matado y se ha largado. O se ha suicidado.

La *ertzaina* no sabía cómo vadear aquel charco. Tenía que encontrar las palabras adecuadas para no herir el convencimiento de Iratxe sin dar pábulo a sus deducciones. Le explicó que los datos

que había aportado eran de sumo interés, pero que un asesinato era necesario probarlo con algo más que con sospechas, por muy sólidas que fueran. Si aparecían los cadáveres, seguramente los forenses podrían establecer las causas de la muerte. Y, de momento, no había cuerpos.

Iratxe Etxebarria parecía muy decepcionada. A lo mejor esperaba que sus revelaciones hubieran sido suficientes para declarar a Padraig culpable del homicidio de su hermano. Miren ya había tenido experiencias suficientes para conocer los mecanismos mentales de las personas afectadas por una desgracia y su tendencia a transformar en realidad sus figuraciones.

—En resumen, asunto cerrado. —Iratxe volvió a gimotear.

—No. No hemos archivado el caso. A la mínima que salte, nos meteremos de nuevo en él. Hay que tener paciencia. —La *ertzaina* abrió un botellín de agua y dio un trago—. Mire, Iratxe, por cierto, aprovecho que está usted aquí para hacerle una pregunta sobre la gente que se relacionaba con su hermano.

—No he venido a eso, pero...

Ese «pero» le permitió a la agente introducir en la conversación las preguntas que bullían en su cabeza.

—¿Su hermano o Padraig se relacionaban con personas metidas en el mundo de la droga?

—¿Con drogadictos? —Iratxe arrugó la nariz y el entrecejo.

—No me refiero a eso. Digo con gente que pasaba droga.

—¿Con camellos? —El rostro seco de Iratxe parecía de mármol.

La *ertzaina* hizo un gesto con la cabeza que indicaba que podría referirse a eso.

—En Plentzia no hay camellos. Habrá drogadictos, no digo que no, pero lo que sea que tomen, lo pillan en otros sitios.

A ver cómo lo decía sin alarmar a Iratxe.

—Su hermano Koldo era amigo de uno al que llaman el Moro, ¿no es así?

—Claro que sí. ¿Y eso qué tiene que ver? Peru es conocido nuestro de toda la vida. Un chico encantador.

—¿No le suena que el Moro esté enredado en el tráfico de drogas?

Iratxe miró a la *ertzaina* con los ojos todavía húmedos y, por un momento, pareció vacilar.

—¿En drogas? —La mujer daba la impresión de querer ganar tiempo para encontrar la respuesta apropiada. Miren Arruza hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Yo no llamaría andar con drogas a pasar un porro de vez en cuando.

Iratxe tenía prisa en acabar la entrevista. Se puso en pie.

—Ha dicho un porro de vez en cuando. ¿Suministraba maría o hachís?

—De eso no tengo ni idea. Ya he contado todo lo que sé.

Miren Arruza acompañó a la hermana del buzo desaparecido a la salida.

Cuando terminó el servicio, todavía daba vueltas en su cabeza el triángulo Koldo-Padraig-Txaski. Los celos. La isla del Fraile. Demasiadas coincidencias.

¿Cuál sería la versión del guaperas de Sakone?

37. La sima de Sakone

¿Uno de ellos mató al otro y luego se suicidó? La declaración de Iratxe Etxebarria abría una posibilidad que no era en absoluto descartable. Los buzos tenían discusiones, por cuestiones de celos, que en alguna ocasión acabaron en pelea. Padraig estuvo a punto de estrangular a su pareja. Si tuvieron una discusión violenta en el mar, que hubiera terminado de forma trágica, tal vez el homicida, vistas las consecuencias de su arrebato, optó también por quitarse la vida. De haberse producido una riña con resultado de muerte, quien quedó vivo pudo prepararlo todo para que nunca se descubriera lo sucedido. Ello explicaría que llevara la embarcación hasta un punto alejado de la costa y que utilizara los cinturones de plomo para hundir los cuerpos, con los teléfonos, en un fondo marino de gran profundidad. Si el autor de la muerte decidió quitarse la vida y preservar el misterio, después de completar la faena y antes de suicidarse, solo tuvo que soltar la zódiac y dejar que se moviera con libertad hasta que se agotara la gasolina.

En la versión de Iratxe Etxebarria, no había ninguna duda de que si hubo un homicidio el autor era Padraig y la víctima, Koldo. ¿Y si fue al revés? La *ertzaina* imaginaba un escenario alternativo: un Koldo enloquecido por los celos que siente que pierde a su pareja, lo mata en un arrebato y luego se quita la vida. Padraig era más fuerte, pero un disparo con el fusil de pesca lo podría hacer cualquiera. Esa teoría vendría avalada por el hecho de que las pequeñas muestras de sangre que había en la zódiac coincidían con el grupo sanguíneo de Padraig. Cierto era que esas manchitas también resultaban

compatibles con un pequeño accidente o podrían ser provocadas por las espinas de alguna pieza que hubieran capturado.

Miren Arruza no pudo dormir esa noche imaginando las alternativas del caso y las escasas posibilidades que tenían de avanzar en la investigación si no aparecían los cuerpos de los buzos. Tampoco estaba convencida de que la declaración de Iratxe Etxebarria fuera equilibrada. A lo mejor, su hermano veía fantasmas donde no los había y estaba poseído por unos celos irracionales que lo llevaban a vigilar con la lupa de la sospecha cuanto hacía el irlandés. Cierto que Iratxe había visto a Padraig con sus manos en el cuello de Koldo. Pero ¿quién empezó?

Esa misma mañana, tomó la decisión de hacer una visita a Txaski. Era el 4 de diciembre, sábado, y el lunes era festivo, el Día de la Constitución. Había quedado en ir a Belagua con un grupo de amigos para aprovechar los días que tenían libres y practicar esquí de fondo. Lo más probable era que apareciera, les dijo, pero todo dependía de su situación familiar.

Antes de salir para Belagua, iba a darse una vuelta por Sakone.

La decisión que había tomado se saltaba los protocolos internos de funcionamiento de la unidad. Ningún agente debía tomar iniciativas personales o realizar investigaciones sin contar con alguno de los compañeros que se le habían asignado. Pensó que se trataba de un pecado venial y que, en cierta medida, estaba habilitada por haber sido ella, en exclusiva, la que atendió la visita de Iratxe Etxebarria. El suboficial Ortega no tenía tiempo para perderlo en elucubraciones que no se sostenían en datos fiables.

Quería escuchar, en palabras de Txaski, la naturaleza de su relación con Padraig; conocer de primera mano si las sospechas de Iratxe tenían base real. Si su reciente amistad ponía en riesgo a la pareja que formaban los buzos desde muchos años atrás. Sentía, ante todo, curiosidad, aunque no se le escapaba que aquel dato sería muy relevante en el supuesto caso de que aparecieran los

cadáveres de los submarinistas. A lo mejor, Padraig y Txaski tenían un plan sin Koldo.

Para ir a Sakone desde su casa de Mungia tenía que llegar a Maruri y luego torcer por Billabaso hasta la carretera que llevaba a Bakio. Al fin y al cabo, eran solo unos diez o quince minutos. Tiempo tendría de llegar antes del mediodía a su destino.

No conocía la ubicación exacta del caserío, la había encontrado en Google Maps y la primera vez se pasó de largo. A la altura del mirador, desde el que se divisaba San Juan de Gaztelugatxe y el cabo Matxitxako, se dio cuenta de que la entrada debía de estar más atrás. En efecto, una carretera medio oculta en una curva tomaba el camino del acantilado.

Aparcó el coche en la entrada del caserío, al lado del seto de corteza de pino reforzado con alambre de púas que rodeaba la propiedad. Había una puerta metálica que estaba cerrada con una manilla, sin llave. Entró y cruzó el jardín. Apenas había plantas, pero el césped estaba bien cuidado. No se escuchaba más ruido que el fragor del oleaje en el fondo del acantilado. Cuando llegó al portal, se fijó en que allí no había timbre. Golpeó la aldaba del portón. Esperó. Golpeó de nuevo y no encontró respuesta.

Observó que la furgoneta Renault estaba aparcada a la entrada de una especie de cobertizo y supuso que Txaski podría estar por los alrededores. Era temprano. Rodeó el portal hacia el lado derecho y en un lateral se encontró con un invernadero. El plástico exterior no permitía una visión nítida de lo que allí se cultivaba, pero el olor ya ofrecía suficientes pistas. No era un tema que le incumbiera, por el momento, pues el objeto de su visita no era descubrir plantaciones clandestinas de droga. Además, era posible que allí no hubiera más que alguna planta para consumo privado.

Tomó luego un camino trasero, con una ligera pendiente, hasta otra zona plana con algunos frutales. No había rastro de Txaski.

Alrededor, un compacto bosque de pinos impedía disfrutar de las vistas que había más arriba.

De pronto, escuchó a sus espaldas unos gruñidos que procedían del lado contrario al que había usado para bajar. Unos instantes después, los sonidos roncos se transformaron en ladridos ásperos. A menos de cincuenta metros, dos animales que parecían panteras se dirigían hacia ella como centellas. Miren, en general, no temía a los perros, pero aquellos imponían a la más plantada. Dio media vuelta y buscó con desesperación un refugio. No podía volver hacia el coche porque los perros le cortaban la retirada. En las cercanías, no había ningún árbol con suficiente consistencia al que subirse. Echó a correr hacia el acantilado y sintió que la bufanda, que llevaba en los hombros sin anudar, resbalaba por su cuerpo hasta caer al suelo.

A su izquierda, al borde mismo del precipicio, casi tropezó con unas tablas, rodeadas de zarzas, que parecían proteger la entrada a una hendidura incrustada en una pequeña elevación rocosa del terreno. Tiró de una de las tablas. Le costó que cediera. Por fortuna, se trataba de un tablero, con todos los listones unidos. Entró en el agujero y trató de colocar, de nuevo, las maderas a modo de parapeto. Pronto se dio cuenta de que los perros podrían entrar por las aberturas que el entablado dejaba sin cubrir. Habían metido la cabeza y pronto estarían dentro. Reparó con espanto en sus dientes amenazadores y en los espumarajos que se les escapaban de la boca. No llevaba ningún arma con que defenderse. Intentó encontrar alguna piedra o un palo sin perder la cara a los animales. Mientras tanteaba el suelo con una mano, dio un paso hacia atrás, luego otro y, de pronto, el suelo se evaporó bajo sus pies. El agujero era casi vertical. Unos metros más abajo la inclinación se atemperaba y fue consciente de que se deslizaba por un tobogán de piedras y barro. Imposible frenar la caída. Al poco, de nuevo, la pendiente se volvió más empinada y su cuerpo rebotó como si fuera una muñeca de trapo, entre los bordes del abismo.

Muchos metros más abajo, la caída se detuvo. La oscuridad era total. Quedó aturdida pero consciente. Estaba atrapada en un barranco. Durante unos momentos, estuvo desorientada, sin conciencia de lo que le había sucedido. Le escocían las manos, le dolían los brazos y la espalda. Solo eso. No parecía haberse roto algo, por increíble que fuera, después de aquel terrible batacazo. Se quitó el barro de la cara y de forma mecánica metió la mano en el anorak. Por suerte, el móvil seguía allí. La esperanza y la decepción la alcanzaron contiguas: funcionaba, pero no había cobertura. Encendió la luz del teléfono y se vio en una especie de pozo con una franja estrecha y plana que era donde se encontraba. Hacia abajo el agujero seguía siendo muy empinado, casi vertical. Parecía continuar, pero tan solo podía ver unos pocos metros. Si por allí había una salida era imposible saberlo.

Arruza se hizo pronto a la idea de que aquella sima tenía que ser muy inclinada, pues el caserío se encontraba casi al borde del precipicio.

Nadie podría siquiera imaginar dónde se hallaba.

La única opción que tenía para salir era trepar o deslizarse hacia abajo. Y, con suerte, en algún punto, recuperar la cobertura del móvil.

Ante la duda, decidió escalar. Subía un par de metros y resbalaba con grave riesgo de continuar la caída más abajo del punto en el que estaba. Se destrozó las uñas intentando aferrarse a las piedras incrustadas en la arcilla. No había forma.

Probó a descender por el agujero. En aquella parte era más estrecho. La luz del móvil no alcanzaba a ver ninguna zona plana. En algunos bordes se apreciaban, derruidos, trozos de lo que podrían haber sido unos escalones. Soltó una piedra, que cayó al principio rozando contra las paredes, luego a plomo, hasta que, unos largos segundos después, le alcanzó el eco del sonido del golpe contra el fondo. Si intentaba bajar, acabaría despeñándose.

Con la luz del móvil apagada, la oscuridad era total.

No podría hacer otra cosa que estar quieta y esperar. Sus amigos, en Belagua, se preguntarían qué le había pasado. Supondrían que, como ya les había advertido, le surgieron complicaciones familiares. Su padre no se extrañaría de la ausencia de contactos. En otras ocasiones, en sus excursiones por el Pirineo, ya había tenido problemas de cobertura para el móvil. Sus esperanzas estaban puestas en que Txaski apareciera. Vería su coche. Podría extrañarle que estuviera aparcado delante de su casa. Solo eso. Al ver que el vehículo permanecía inmóvil un día o dos, era posible que llamara a la Ertzaintza. O, a lo mejor, no hacía nada. O esperaba una semana. O tal vez se había ido de viaje y no volvía en un mes. Aun así, si averiguaban que se trataba de su coche o localizaban su posición por el teléfono, ¿quién iba a suponer que estaba justo allí? La buscarían en el acantilado, en el mar. Se volverían locos haciéndose toda clase de cábalas sin imaginarse el lugar en el que se había metido.

Las reflexiones la sumían en el puro espanto. Y la oscuridad lo empeoraba todo, pero tenía que apagar el móvil para no quedarse sin batería.

¿Qué hacer para mantener la calma? No se lo podía creer, pero empezó a rezar. Ella que se decía agnóstica, cuando no atea convencida. Rogó a Dios con el fervor de la desesperación y ofreció promesas que no sabía si sería capaz de cumplir. La pena era que recordaba pocas oraciones.

No podía morir en aquel sitio. Quería ver a su madre salir de la UCI. Pensaba en su padre. Qué sería de aquellos dos si ella desaparecía. A lo mejor no la encontraban nunca.

Se acurrucó contra la pared. Tuvo miedo de quedarse dormida. Si se movía mucho, podría caer por el agujero. Se acercó todo lo que pudo a la zona que era un poco más ancha. Empezó, a oscuras, a

quitar la tierra que estaba a su espalda para ampliar el espacio. Un poco de sitio era mucho.

38. Un DVD de Harrison Ford

El Marrajo, acompañado de Zuri, el distribuidor de la Compañía en Vitoria-Gasteiz, se dirigió por San Vicente de Paúl hacia la calle Barrancal. Pasaron cerca de una finca protegida por enormes muros.

—¿Qué coño hay ahí dentro? —Al Marrajo le llamó la atención aquel fortín.

—Es el convento de la Santa Cruz, de las madres dominicas —contestó Zuri.

—¿Y qué protegen con tanto muro?

—Supongo que su virtud. —Zuri quiso hacer una gracia para ganarse la simpatía de su acompañante.

—¡Ja, ja! Pues esta noche saltamos la tapia y nos las follamos a todas, ¿qué te parece?

A Zuri, el Marrajo le daba pánico.

Pidió a su acompañante que lo esperara al final de la calle. Para lo que tenía pensado hacer, no necesitaba a nadie. Luego estuvo un buen rato observando el lugar. Para su asombro, era cierto que existía un videoclub en la calle Barrancal.

En los veinte minutos que llevaba allí, no había entrado nadie. Era un atardecer lluvioso, con muy poca gente en los alrededores. Se puso la capucha de la sudadera bien calada, la mascarilla y sus gafas de pasta con cristales sin graduar.

Entró en el establecimiento y se detuvo un momento en la sección de novedades de los DVD. Loli, de reojo, no le quitaba la vista de encima. El Marrajo se acercó al mostrador con las manos en los bolsillos, esforzándose, aunque no lo necesitara, en poner pose de macarra.

—Quiero un DVD de Harrison Ford.

—¿De Harrison Ford?

A Loli se le erizó hasta el vello púbico. Aquel no era un cliente de los habituales. Harrison Ford tampoco era la contraseña.

—De Indiana Jones, he dicho. —El Marrajo se dio cuenta de que había confundido al actor con el personaje y trató de enmendar el error sin rectificar—: El de *La última cruzada.*

A lo mejor quería en verdad el DVD que reclamaba, pero eso hubiera sido demasiada casualidad, supuso la dueña del videoclub.

—Ahí están todos. Elige el que quieras.

Loli hacía como que hojeaba una revista. Quería transmitir una tranquilidad que no tenía.

El Marrajo tomó uno tras otro los DVD y luego los arrojó sobre el mostrador.

—Óyeme bien, guapa. No tengo todo el día para andar de compras, ¿eh? Quiero uno de los buenos. De los que tienen premio.

—¿Cómo dices? ¿De qué coño me estás hablando? ¿Te has creído que esto es una tómbola?

Loli no sabía de dónde sacaba la disposición de ánimo para hacer frente al tipo que tenía toda la pinta de un ladronzuelo. A lo mejor era un colgado al que le había llegado el rumor de que aquel local era un dispensador de coca.

—Sabes bien lo que te digo. De esos que rellenas con lo que te trae el Puma —insistió el Marrajo.

—¿De qué me hablas? ¿Quién coño es el Puma?

—Óyeme bien, gorda de los cojones. Vale de juegos. O me das uno de los que traen farlopa, o te rajo esa cara de luna que tienes. Luego ya hablaremos del Puma y de la madre que lo parió.

El Marrajo miró hacia la puerta y seguido sacó una navaja automática que se abrió con un clic metálico.

—Espera un momento. No nos vamos a poner nerviosos, ¿eh?

Loli se agachó un poco y, de pronto, en sus manos apareció la escopeta recortada de dos cañones.

—Lárgate echando leches antes de que llame a la policía.

Le salió una voz ronca y firme de la que se sorprendió. Estaba cagada de miedo.

—¡Mira por dónde! ¡La gorda con un pistolón! ¿A quién vas a engañar, desgraciada? Ni tiene cartuchos ni tú ovarios para disparar.

El Marrajo hizo ademán de cruzar el mostrador por un costado.

Loli apoyó la escopeta en el hombro y apretó el gatillo sin apuntar. El tiro sonó como un trueno. Los perdigones alcanzaron a un montón de viejas cintas de vídeo de una estantería.

El Marrajo se quedó aturdido. Se apartó unos metros y, cuando parecía que se marchaba, soltó una maldición y se volvió desde la puerta de entrada con la navaja en la mano en dirección a Loli. Otro disparo y la capucha salió despedida hacia atrás y las gafas se le quedaron colgando de una sola patilla. Unos segundos de desconcierto. El Marrajo se llevó la mano a la cara. Luego la contempló, durante unos instantes, ensangrentada.

—¡Me cago en todos tus muertos, hija de puta! ¡Me has dado en el ojo!

Loli, temblorosa pero decidida, cargó la escopeta y volvió a apuntar al Marrajo, que no terminaba de desaparecer.

—Estás muerta. ¡Muerta! ¡Esta me la pagas!

El Marrajo salió a la calle y se fue deprisa.

El estruendo provocó que algunos tenderos y clientes de otros establecimientos cercanos se acercaran al videoclub. Abdalá, el dueño de la carnicería, fue el primero en entrar. Solo pudieron ver a un tipo que corría hacia el Portal de Arriaga.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Un tío, que me ha querido atracar con una navaja. He tenido que disparar al aire.

—Mejor haberle tirado a dar. Ya está bien de ladrones.

Al Marrajo le sacaron los perdigones con una pinza de arreglar cejas en casa de Zuri. El disparo, por fortuna, no le alcanzó el ojo, casi de milagro, pues le había dado en la sien, en las cejas y en el pómulo. El cristal de la gafa estaba astillado. Menos mal que la munición era de mostacilla y la plomada le había impactado con escasa fuerza gracias a la rápida dispersión que producían los cañones cortos del arma.

—Vete a una cabina y llama a una comisaría. Di que eres un padre preocupado. Que te han dicho que en el videoclub de Barrancal venden droga camuflada en DVD de Indiana Jones. Y cuelga. A ver qué pasa con la gorda.

El Marrajo, después de dar sus últimas instrucciones, se fue de Vitoria entre maldiciones. No daba con la salida a Bilbao. El ojo cubierto por el parche, que le cubría el lado derecho de la frente y le alcanzaba el pómulo, dejaba al otro huérfano en el intento de localizar la ruta hacia la plaza de América Latina y agarrar luego la autovía.

39. ¿Hay alguien?

Txaski había salido a navegar con Nerea aprovechando el buen tiempo reinante. Estaba prevista una mar tranquila todo el fin de semana y, además, el lunes era festivo. Entonces, más que nunca, necesitaba ganarse la confianza de la chica.

El día que estuvieron juntos en Sakone, con el Moro y Loli, Txaski decidió explotar al máximo sus dotes seductoras con Nerea. Con medias palabras, muchas insinuaciones y algún vago propósito de enmienda, sin comprometerse a fondo, le propuso pasar más tiempo juntos, incluso llegó a sugerirle que se fuera a vivir con él.

—Yo trabajo en Bilbao —respondió Nerea.

—También podemos currar de momento aquí. Quiero decir, hasta que nos vayamos de viaje.

—¿Trabajar en Sakone? Ya me dirás en qué. Y lo de viajar, pues eso..., me parece una fantasía. No tenemos ni barco ni dinero.

—Tienes razón. ¿Qué tal si lo vamos pensando entre los dos? — Txaski ganaba tiempo, pues no sabía sobre qué tendrían que reflexionar. Tampoco le iba a contar nada sobre las plantitas. Y menos de la coca.

Tal vez Nerea llegó a la conclusión que le había anticipado el Moro: después de lo que pasó en la isla del Fraile, Txaski parecía cambiado, más maduro. Y se avino a explorar por última vez las posibilidades de aquella relación.

Habían salido con el velerito de Txaski desde Armintza y estuvieron dos días costeando por Cantabria y Asturias. No hablaron mucho, pero Txaski se esforzó en ser amable. Planificaban juntos las

recaladas y dejaba que ella estableciera el rumbo y el velamen. Él preparaba los sándwiches y las cervezas.

Regresaron el lunes, día 6, al mediodía y se tomaron una caña con un bocadillo en un bar. Nerea, que había dejado el coche en el puerto de Armintza, se fue a Bilbao y Txaski puso rumbo a Sakone en su escúter.

Cuando llegó, le pareció raro encontrar un vehículo aparcado junto a la cerca de entrada al caserío. Era muy extraño que alguien se hubiera aventurado por la senda que conducía al acantilado. Miró alrededor de la casa sin encontrar nada que le llamara la atención y luego se dirigió a la antigua cuadra donde solían estar los perros. Los había dejado sueltos, pues sabía que teniendo comida jamás abandonaban los alrededores y su sola presencia amedrentaba a los intrusos. No estaban. Se preocupó. Temió que algo les hubiera sucedido a los animales, máxime cuando había un coche desconocido en la entrada. Silbó y los escuchó ladrar en la pradera de abajo de la casa. Mientras descendía hasta el lugar, por si las moscas, agarró una estaca. Lo más probable era que se tratara de barranquistas o montañeros, pero nunca se sabía con lo que uno podría tropezar.

En el extremo del terreno pegado al acantilado, donde se encontraba la entrada de la sima, uno de los animales estaba sentado mientras el otro paseaba alrededor. Acarició a los perros. Se fijó en que las tablas del acceso estaban movidas. Parecía que los *cane corsi* habían penetrado en el agujero. ¿Habrían perseguido a un zorro o un tejón? Esa idea lo tranquilizó. Entró en el interior y a dos metros de la embocadura reinaba la oscuridad casi total. Era posible que el animal al que los perros persiguieron se hubiera despeñado por el túnel. Colocó la tablazón como mejor pudo para proteger el acceso y llamó a los animales. Esta vez obedecieron.

No había caminado más de cincuenta metros, cuando se fijó en la bufanda. Estaba bajo uno de los pequeños manzanos. El hallazgo lo

intrigó. ¿Qué hacía una bufanda allí? ¿Podría existir relación entre aquella prenda y la presencia de los perros en el lugar? ¿Cómo era posible que alguien se hubiera aventurado en aquel descampado? Volvió sobre sus pasos. Entró en la cueva y se asomó todo lo que pudo a la boca del precipicio. Encendió la luz del móvil. No se veía nada. Gritó.

—¡Eeeeh! —Y una vez más—: ¿¡Hay alguien!?

Contuvo la respiración. Le pareció percibir un gemido. Insistió. Esta vez no tuvo dudas: escuchó una voz en el fondo del agujero.

—¡Aquí!

—¡Voy a buscar ayuda! —chilló y luego marcó el teléfono de emergencias.

La Unidad de Vigilancia y Rescate de la Ertzaintza y los bomberos de Bizkaia colaboraban para acondicionar el barranco sin provocar desprendimientos. Temían que, dada la fragilidad del terreno, se pudiera desencadenar una avalancha que enterrara a la persona atrapada. Ya sabían quién era, una vez identificado el coche aparcado en la entrada. Lo que nadie entendía era lo que hacía en aquel lugar ni qué la había llevado a meterse en el interior del agujero.

Los servicios de rescate tardaron ocho horas en asegurar el terreno. Antes habían conseguido enviar a la atrapada agua y un termo con caldo.

Por fin, de madrugada, alcanzó la superficie.

Las cámaras de televisión grabaron desde un perímetro de seguridad la aparición de Miren. Hubo aplausos y vítores. Algunos compañeros de la Ertzaintza y familiares se habían acercado hasta Sakone. Entre ellos, el suboficial Ortega. Estaba feliz por el desenlace del suceso, pero enfadado por no haber sido informado por la agente de aquella incursión que no estaba programada. Un error de novata y una falta al reglamento. Primero que se recuperara, luego ya rendiría cuentas.

40. Sudores fríos

Loli había llamado al Moro muy alterada. Quería hablar con él esa misma tarde. Ella iría a Bilbao.

Se reunieron en Indautxu, cerca de la estación de autobuses, en una cafetería desierta. Loli lo puso al corriente de lo ocurrido en el videoclub.

—En resumen, el tío sabía lo de los DVD. —El Moro llegó a una conclusión obvia.

—Está claro. —Loli tenía una expresión muy seria. Impropia en ella.

El Moro suponía que alguien se había ido de la lengua. Uno de los enterados se lo habría soplado a algún colega que pretendía pasarse de listo.

—No daba esa impresión. No te exagero, un tipo con pinta de macarra, pero aspecto de asesino. Un mal bicho, te lo juro.

—¿Qué facha dices que tenía? —El Moro quería conocer la descripción para ver si era alguien de Vitoria que le sonara.

El sujeto que describió Loli tenía una apariencia muy rara. Esmirriado, con la capucha calada y las gafas de pasta; parecía un fantoche, pero hablaba de una forma que daba miedo. Al Moro aquella imagen le empezaba a cuadrar con..., aunque le parecía algo tan improbable que en un primer momento se negó siquiera a considerar lo que le había pasado por la cabeza.

—¿Tenía acento español o extranjero?

—Español. Pero algo extraño, sí..., pidió *Indiana Jones y la última cruzada.* Dijo «cruzada» de una forma rara, como si no pudiera pronunciar «cru».

Ahora sí. Al Moro le dio un vuelco el corazón. Intentó que Loli le ofreciera más detalles y ella volvió a contar lo que ya había explicado. De lo que mejor se acordaba era de que el macarra aquel repetía que estaba muerta.

—Tranquila, Loli.

No podía transmitir demasiada calma, cuando él mismo se había puesto hecho un flan.

—Ya, ya. Como para estar tranquila. Además, me preguntó varias veces por el Puma.

—¿Quién es el Puma? —El Moro, a cada momento que pasaba, estaba más confundido.

—¿A mí me lo preguntas? No me suena de nada. —Loli disimulaba sus emociones detrás de la mascarilla con la boca y los labios rojos pintados.

Al Moro la descripción del atracador le había provocado un sudor que se le manifestó en las axilas y en la frente. Cogió una servilleta de papel de la mesa y se la pasó por la cara. Con pinta de macarra y rotacismo... Parecía increíble. ¿El Marrajo? No se lo podía creer. Si ya se había quedado medio grogui con lo anterior, la entrada en escena del Puma le terminó de rematar. ¿El Puma? ¿De quién hablaba?

—Venga, Loli, relájate. Que no pasa nada.

Sí que pasaba. El Moro sabía que cuando aquella visita volviera, si era quien él suponía, ya se aseguraría de que a Loli la escopeta no le sirviera de nada.

—Si el tío me denuncia, me pone en un lío de tres pares. Podría hacerlo yo, por intento de atraco, pero no tengo licencia para la escopeta. Además, tampoco sé si se puede disparar, así como así.

El Moro estaba convencido de que en Loli la inocencia y el arrojo se repartían a partes iguales.

—No hagas nada. Ya me encargo yo del asunto.

Si se trataba del Marrajo, no habría ido a un hospital a curarse. No vendría el problema de ese lado. No le quedaba otra que adelantarse

y hablar con él para aclarar las cosas. O, a lo mejor, para liarla completa.

No era capaz de imaginar qué caminos había transitado su antiguo colega hasta dar con el videoclub. Si no era él, sería un gemelo suyo. La descripción era clavada. ¿Por qué?, ¿para qué?

—Oye, Moro, estoy acojonada.

—Te digo que no pasa nada. De momento, quita de la tienda cualquier cosa que no sean chuches de verdad. Y guarda la escopeta en el camarote.

41. La Ertzaintza en Sakone

El suboficial Ortega acompañaba esta vez a la agente Arruza en su visita a Sakone. Quince días después del accidente, ya estaba reincorporada al servicio. Tuvo que ofrecer algunas explicaciones sobre las andanzas por su cuenta y riesgo, sobre todo riesgo, y todo terminó en una amonestación que no dejó tacha en su expediente. Se excusó diciendo que iba a citar a Txaski para una reunión formal en la comisaría de Erandio.

La *ertzaina* estaba recuperada o, al menos, suponía que se encontraba mejor en el trabajo que metida en casa. Se había negado a recibir atención psicológica. No quiso pasar por ello ni tomar ansiolíticos, aunque ambas cosas no le hubieran venido nada mal. Se despertaba por las noches bañada en sudor, dando gritos y con la sensación de despeñarse y el terror a permanecer atrapada para siempre en aquel maldito agujero que aún continuaba incrustado en su cerebro.

Todos sus compañeros alabaron su fuerza interior para haber resistido una prueba que colocaba a cualquier ser humano en el límite de su resistencia física y psicológica. Y que hubiera sido capaz de recuperarse con la facilidad que lo había conseguido. Mejor que fuera así, pensaba Miren. Que la consideraran una *superwoman* antes que tener que revivir la angustia y la desesperación pasadas; explicar que cuando un guijarro se desprendía en algún punto y rodaba por las cercanías quería creer que los equipos de rescate se acercaban, para al minuto siguiente, comprobada la decepción, asomarse al precipicio decidida a liquidar por la vía rápida la tortura de un cautiverio en manos del infortunio. Nunca había imaginado lo

que era tener sed. La boca seca, inhalando el polvo que se desprendía con sus movimientos. No podía olvidar lo que duran, no ya las horas, los minutos en la oscuridad. Si se intentaba concentrar en respiraciones profundas, en poner la mente en blanco, a la cuarta o quinta, sentía enloquecer de impotencia. Gritaba con toda su alma. Y, de pronto, estallaba en carcajadas y llantos, ¿cómo se podía morir en un sitio así? ¿Qué broma era aquella? No podía ser real. En algunos momentos, se veía en la celda de una condenada a muerte horas antes de comparecer ante el pelotón de fusilamiento. ¿Qué le pasaba por la cabeza en la vigilia a quien iba a ser pasada por las armas al amanecer? ¿Podría conciliar el sueño unos instantes y despertarse sin percibir la cercanía de la guadaña? ¿Habría unas milésimas de segundo en las que se creyera a salvo, se sentiría de nuevo la niña que fue, que volvería a bañarse en el mar o a subir las montañas que solía? A ella eso no le pasaba. Si se quedaba dormida, el sueño se convertía en pesadilla y al despertar la realidad no le daba tregua ni un solo momento.

Dentro de todo lo malo, su madre había superado la extrema gravedad y se encontraba en planta. Delicada todavía, ya estaba con los fisios recuperando la movilidad. Una inyección de optimismo cuando más la necesitaba. Tendría que cumplir alguna de las promesas que había incluido en sus oraciones mientras estuvo atrapada en la sima.

Querían hablar con Txaski, esclarecer su relación con los buzos. Ese y no otro había sido el motivo de la primera visita de la *ertzaina* al caserío. No era un interrogatorio. Podrían citarlo en comisaría, pero no les interesaba que se pusiera a la defensiva. Era mejor dejarlo en su terreno y que no se sintiera acosado.

Tenían la excusa perfecta para no alarmar al esquivo habitante de Sakone.

—Buenos días, Álex. ¿Te acuerdas de nosotros? —Una sonrisa acompañó sus palabras.

Los *ertzainas* vestían de paisano y parecían amistosos. Tan simpáticos y cercanos que Miren se esforzó en utilizar el tuteo para dar al encuentro un carácter informal.

—Supongo que ya sabes quién soy, ¿no? Miren Arruza, la *ertzaina* que rescataron de la sima de ahí abajo. —Miren extendió la mano, que Txaski tomó de pasada y sin apretar—. Este es el suboficial Ortega.

Ortega y Txaski se saludaron de forma mecánica.

A Txaski la alarma inicial se le atenuó con las primeras palabras de la mujer.

—Quería venir en persona a darte las gracias por dar el aviso de que estaba en ese pozo, a pocos metros del infierno. —La *ertzaina* mantuvo unos momentos su sonrisa tímida—. Me salvaste la vida.

—No hay de qué. Además, la Ertzaintza también me rescató a mí de una situación parecida. —La expresión de Txaski, si no de preocupación, era seria—. Ya estuve con ustedes en el hospital. —Txaski los invitó a pasar al salón—. Nunca hubiera supuesto que alguien iba a meterse por esa entrada, la verdad. Ahora, con todo ese revuelo que se ha montado, el ayuntamiento me ha mandado un requerimiento para que selle el acceso de forma definitiva. Cada día aparece más gente interesada en conocer el lugar y tienen miedo de que, con la manía de hacerse selfis atrevidos, llegue una desgracia. Vamos a ver cómo lo soluciono.

—Siempre se pone el semáforo después del accidente —dijo Ortega.

Los policías declinaron la invitación a tomar un café.

A Txaski le intrigaba la razón que llevó a la agente Arruza a entrar en su propiedad. ¿Qué hacía en la cueva? ¿Estaba buscando algo? Su desaparición y posterior rescate había concentrado en Sakone a una fuerza policial que le causaba espanto. Cierto era que no le constaba que hubieran registrado los alrededores del caserío, pero desde que se encontró a la mujer en la sima tenía el alma en vilo. La

huerta de la marihuana estaba alejada del antiguo pasadizo y protegida por el espeso bosque. O eso creía. Nadie le había preguntado al respecto. Aun así, la desconfianza le atenazaba.

Ortega y Arruza se miraron. Parecían preguntarse: «¿Hablas tú o lo hago yo?». O quizá aquel breve silencio era una forma estudiada para desconcertarle.

—Bien, Álex, háblanos de los buzos —dijo la *ertzaina*—. Lo cierto es que el día del accidente venía para hablar contigo sobre vuestra relación.

—¿De los buzos?

—De Padraig y de Koldo. Tú los habías tratado mucho, ¿no? —Miren Arruza, a diferencia de su compañero, seguía con el tuteo en la conversación.

Txaski, por el contrario, deseaba mantener la distancia. ¿Qué iba a contestar? ¿Mucho?, ¿poco?, ¿algo?

—Depende de lo que se interprete por mucho —dijo.

—Digamos que mucho es dos o tres veces por semana en el último año. —Arruza llevaba el peso del interrogatorio.

Txaski aclaró que algunas semanas podían encontrarse dos o tres veces, aunque no todas.

—¿Y cómo era vuestra relación?

—Normal.

Aquella expresión carecía de significado concreto. Servía a Txaski para salir del paso sin comprometerse.

—¿Normal?

—Eso he dicho. Nos veíamos en un bar de Plentzia.

La *ertzaina,* poco a poco, había transformado la conversación en un interrogatorio. No sabía hasta dónde llegar sin que Txaski se cerrara en banda.

—¿Siempre con los dos buzos o a veces con uno de ellos?

Txaski tuvo la impresión de que buscaba pillarle en algún renuncio. Tendría que responder con mucha cautela.

—Me parece que casi siempre con los dos.

—¿Te parece? —La mujer no se conformaba con una respuesta ambigua.

—Sí.

Había dicho «me parece» y «casi siempre». Ahí no lo cazaban.

—¿Tú con ellos dos?

—Y con más gente.

Txaski explicó quiénes eran los habituales del círculo. Eso ya lo sabían los *ertzainas.*

—Vamos a ver, piensa antes de responder, ¿alguna vez te reuniste con ellos fuera de La Escotilla? —dijo la policía.

No terminaba de entender adónde le quería llevar con aquellas preguntas.

Alguna vez se vieron en otros sitios, dijo. Los tres, a solas, no. Creía que siempre con alguien más.

Txaski volvió a utilizar una respuesta confusa que no negaba y que tampoco era contundente. Las preguntas le parecían insustanciales; sin embargo, desconfiaba de aquel interrogatorio.

—¿Y solo tú con uno de ellos?

¿Sería esta la pregunta trampa?

—Alguna vez me encontré con Padraig en el puerto de Armintza —dijo Txaski.

—¿Habíais quedado?

Respondió que en absoluto. Que fue por casualidad.

—¿Sabes si Koldo estaba al corriente de vuestros encuentros?

—¿Cómo? —Esta vez la *ertzaina* puso sus cartas sobre la mesa. A Txaski no se le escapó el sentido de la pregunta—. No sé si estaba al corriente o no, fueron un par de veces en el puerto.

—¿Te consta que Koldo y Padraig eran pareja? —Miren Arruza apretaba cada vez un poco más la tuerca.

Él no se metía en la vida ajena, respondió, y lo que fueran le traía sin cuidado.

—No es esa la pregunta. La cuestión es si estabas al corriente de que los buzos eran una pareja —insistió la *ertzaina.*

—Nadie me lo había dicho así de claro.

Sí que lo sabía. De hecho, en Plentzia todo el mundo estaba enterado.

—Voy a ser más directa: ¿Padraig te echaba los tejos?

—¿Los tejos?

Hizo como que no entendía el sentido de la pregunta, para ganar unos segundos.

—Coquetear, ponerte ojitos, tú ya me entiendes.

A ver cómo contestaba. La verdad era que, a veces, el irlandés se le insinuaba de forma evidente. Padraig lo sondeaba con algunos roces y pequeños empujones. Y él se dejaba querer. Solo eso. Y no le correspondía en esos jueguitos. Era verdad que se hubiera ido con Padraig a dar la vuelta al mundo. Pero él no era gay. Le gustaba Padraig como amigo, como experto en navegación, y nunca se habría ido con el irlandés, en plan pareja, a ninguna parte. Más aún, siempre pensaba en una expedición a la Polinesia en la que estuvieran el Moro o Nerea.

—¿Quiere decir si me hacía proposiciones sexuales o algo por el estilo? —dijo Txaski para evitar, esta vez, ambigüedades. Arruza asintió con la cabeza—. Jamás. Era amable y me trataba con atención. Nada más. Y si alguien ha sugerido lo contrario miente.

Su respuesta, aunque no era del todo cierta, sonó rotunda y sincera.

—¿Esa deferencia de la que hablas molestaba a Koldo?

La *ertzaina* no cejaba en su empeño de sacar algo en limpio de la conversación. Tenía que completar la declaración de Iratxe, la hermana de Koldo, con la versión de la otra parte concernida.

Txaski tenía que medir bien las respuestas. No cometer errores ni comprometerse.

—No sabría responder. Pero ahora que lo dice, Koldo era un poco más brusco en el trato. Era su carácter.

—¿Se puede decir que tenía celos de ti?

—Oiga, no sé adónde quiere llegar con esa pregunta. ¿Qué celos iba a tener?

Txaski estaba convencido de que Koldo lo odiaba. Le molestaba que cualquiera le robara la atención de Padraig. A él le parecía desagradable y acaparador. No permitió que ese desahogo saliera de su boca.

—Gracias, Álex. Eso era todo por mi parte —dijo la *ertzaina.*

Cuando Txaski creía pasado el mal rato, resultó que aquello no había acabado.

A partir de ese momento, el suboficial Ortega relevó en el interrogatorio a la agente.

Estaba la chimenea encendida y se notaba bastante el calor. A Ortega le brillaba la calva.

—Veamos. —Sacó una libreta y echó un vistazo a su contenido—. Ya hemos hablado de esto en la habitación del hospital. Entonces, a lo mejor estaba usted algo desorientado. Nos dijo que el día 12 de octubre se encontraba en la parte este de la isla. Es la que da hacia Armintza, ¿no?

—Así es —respondió Txaski tratando de recordar lo que en aquella conversación había sostenido.

—¿No vio a los buzos por allí?

Otra vez con el mismo interrogatorio. Pensó que buscaban alguna contradicción con lo ya declarado. Txaski demoró unos instantes la respuesta, mejor no ser del todo tajante por si las moscas.

—¿El 12? Ese día no.

—¿Alguna otra embarcación?

—Puede ser. Casi siempre había gente pescando por los alrededores.

—¿Y al anochecer? —insistió Ortega.

—¿De noche?

No lo recordaba y no le costó repetirlo, pues era verdad y habría asegurado con rotundidad que no había ningún bote ni barco en las cercanías. Por lo menos, por aquel lado de la isla. A veces pasaban algunos pesqueros, aunque algo más lejos. Puede que aquella noche también lo hicieran. Eso no lo podía atestiguar.

—Usted nos dijo que el día 12 de madrugada tuvo que subir a la cumbre para huir de la tempestad, ¿es así? —En aquel momento, Miren relevó al suboficial y se olvidó del tuteo.

—Cierto.

—Y no tuvo tiempo ni de coger su equipo.

—Eso dije. —Txaski estaba tenso, aunque trataba de aparentar serenidad.

—Salió corriendo con lo que tenía puesto. —La *ertzaina* hojeaba su bloc de notas.

—Eso es.

—¿Y qué era lo que vestía?

—Un chándal.

—¿No era un traje de neopreno? —Miren pasó hacia atrás varias hojas de su cuadernito—. Al menos, eso era lo que tenía puesto cuando lo rescataron.

—El traje lo llevaba por debajo del chándal.

—¿Dormía con el traje de hacer surf? ¿Eso es normal?

La pregunta de la *ertzaina* hizo vacilar a Txaski. No se acostaba con el traje de surf, pero aquella noche lo llevaba puesto.

—Protegía del frío —se le ocurrió decir.

—Tenía usted dos chándales, un saco, un anorak... ¿Y necesitaba el traje de neopreno? —fue Ortega el que hizo la pregunta.

—A ver cómo lo explico. La cueva donde estaba, la de la parte de abajo, era estrecha e incómoda. Solía utilizar el saco como colchón y con el traje de surf y el chándal estaba bastante caliente.

—¿Y el anorak?

—Lo usaba como manta. —Lo que contó a los agentes se acercaba a la verdad.

—Y cuando escapó de abajo hacia la cumbre, ¿no pudo llevarse el anorak? —continuó Ortega.

—El oleaje venía amenazando, pero fue de repente cuando el agua comenzó a entrar en la cueva. Temía no poder escalar por culpa del vendaval y la debilidad que arrastraba. Cogí el saco, pero se me escapó cuando estaba en mitad de la cuesta.

—Y usted estuvo todo el tiempo en la cumbre sin quitarse el traje de surfear —apuntó la *ertzaina.*

—La cueva era pequeña y protegía a medias. Había goteras y una humedad de la leche. Me quité el traje varias veces para intentar secarlo y me ponía el chándal, que también estaba húmedo. En algún momento, no recuerdo cuándo, dejé de hacerlo y seguí todo el tiempo con el neopreno.

El oficial y la agente intercambiaron una mirada fugaz. Luego Ortega hizo un gesto con las palmas de las manos que indicaba que la conversación había concluido.

—Bueno, pues muchas gracias. Esto es todo por el momento.

Txaski se quedó con lo último, «por el momento». Sonó amenazador. ¿Por qué razón insistían con el traje de neopreno? ¿Habrían encontrado alguna pista de su presencia en la parte norte de la isla? Tenía el presentimiento de que se le estaban acercando. A lo mejor solo era el fruto de sus pesadillas.

—No han comentado nada... Supongo que no hay noticias de Koldo y Padraig.

En la puerta del caserío, Txaski aprovechó el momento para despedir a los agentes con una pregunta que consideró obligada.

—No hay novedades —dijo Ortega.

Cuando ya estaban en el exterior, la *ertzaina* se volvió hacia Txaski, que estaba a punto de cerrar la puerta.

—Perdona, una cosita más. —Volvía de nuevo al tono de camaradería informal con el que se había iniciado la conversación.

Txaski salió al portal con las alarmas encendidas.

—Tú eres amigo de Peru Mendieta, el Moro, ¿no es así?

No pudo negar que se conocían desde niños.

—¿Te suena que tu amigo esté enredado en algún asunto de tráfico de drogas?

La pregunta le provocó un golpe del corazón contra el pecho.

—¿El Moro?

—Sí, tu amigo.

—Espero que no.

—¿No te suena que estuvo en la cárcel por un tema de drogas? —dijo Miren Arruza.

La pregunta le cogió por sorpresa. Seguía intentando esquivar las respuestas concluyentes. Sabía, explicó, que muchos años atrás estuvo en Marruecos, haciendo una ruta por el Magreb. Le sonaba que tuvo algún problema. Lo cierto era que estuvieron más de diez años sin contacto.

La *ertzaina* le aclaró que se refería a España, no a Marruecos.

—¿España? ¿Cuándo?

—A lo mejor nos han informado mal. Tú sabrás, si te ha contado o no que estuvo en la cárcel de Botafuegos, en Algeciras, en el 2004. Un pajarito nos ha dicho que salió en el 2006, con el tercer grado.

«¡¿En el 2004?!».

—Ni la menor idea.

Era verdad, no lo sabía. ¿Estaba confundido él con las fechas? No, qué va. Lo de Larache fue en el 2002. No era descartable que pretendieran enredarlo para que soltara alguna cosa contra el Moro. ¿A santo de qué? ¿Qué tenía que ver el Moro en aquel asunto?

—Haz memoria. A lo mejor te ha mencionado algo y ahora no lo recuerdas.

—¿Por qué estuvo en la cárcel? —preguntó Txaski.

—¿Estás seguro de que no te comentó nada? ¿No te ha dicho nunca que le pillaron en Ayamonte con un cargamento de hachís en una furgoneta?

—Me acordaría.

Ya conocía algo de los negocios del Moro. No era curioso y era mejor no saber más de la cuenta. Ahora bien, ¿le había ocultado que estuvo en el trullo hasta el 2006? ¿Por qué? Lo tendría que aclarar.

¿Había salido airoso de la encerrona de la Ertzaintza? Porque aquella reunión, con la excusa de expresarle el agradecimiento de haber salvado a la policía, tenía mucho de emboscada.

Le costó mantener el tipo y, si lo había conseguido por fuera, por dentro el cuerpo le temblaba. ¿Le daban cuerda para que se confiara y luego le soltaban una bomba a ver cómo reaccionaba?

¿Por qué aquel interés en ofrecerle información sobre el Moro? Los datos que le habían soltado no le cuadraban con los que conocía.

Tenía que olvidarse de la idea de mover la coca con el Moro. Lo tenían enfilado. Tampoco entendía por qué.

—¿Qué me dices, Arruza? —Antes de subir al coche, el suboficial se quedó mirando hacia el mar—. ¿Te ha convencido lo de que el tío durmiera con la ropa de surf?

—No del todo. Y menos teniendo un saco. El traje es para el agua.

La *ertzaina* no terminaba de entender cómo Txaski, cuando lo rescataron, llevaba aquella prenda habiendo tenido otras a su alcance. Según les contó, no eligió aquella ropa por ser la más adecuada para soportar lo que le venía encima, sino porque la tenía puesta. Y eso no le cuadraba. ¿Por qué llevaba el traje de neopreno cuando arreció el temporal? No tenía respuesta. ¿Guardaba alguna relación con aquella historia de la tabla de *bodyboard*? Allí había algo extraño.

—¿No te ha parecido que el tío tiene un control emocional de la leche? —dijo Ortega mientras se sentaba en el asiento del acompañante.

—Puede ser que controle sus emociones o que carezca de ellas. No creas que lo tengo del todo claro. Tiene un punto de manipulador, eso sí. Se lo podría haber guardado, pero ha dejado caer, sin comprometerse mucho, que a Padraig le hacía tilín.

—¿Tilín?

—Es una expresión de mi madre. Vamos, que a Padraig le gustaba. Y no es de extrañar. Es un guaperas y está cachas el tío.

—Mira por dónde. A mí me parece que tiene cara de gilipollas. —Estaba claro que a Ortega Txaski no le caía bien.

—¡Ja, ja! Una cosa no quita la otra. Lo que pasa es que a los tíos no os gusta que las mujeres os digan de otro que está bueno.

La conversación fluía como si la diferencia de edad y de rango entre los dos policías se hubiera disipado en los últimos meses.

—A mí no me gusta ese lenguaje.

—Ya te acostumbrarás. —Miren Arruza sonreía.

—Te olvidas de que tengo hijas veinteañeras. Hablan como los hombres lo hacían de las mujeres. Que menudo culo tiene ese y cosas así. Los tíos cada vez son más discretos.

—¿Tú crees? El cambio de papeles tampoco viene mal una temporada. —En el tono que empleaba la *ertzaina* se traslucía cierto vacile.

—Ya. Pero si a mí se me van los ojos detrás de una chica me llaman salido y viejo verde. ¡Nos han jodido!

—Porque serás un descarado, como la mayoría de los tíos. Se te notará a la legua que se te cae la baba.

La agente había cogido confianza con el suboficial. Ortega era un poco quisquilloso, pero un tipo de una pieza. Buena persona.

Cuando terminaron de subir la serpenteante cuesta que llevaba a la carretera comarcal, Ortega volvió a lo hablado con Txaski.

—Y lo de su amigo, el Peru ese, ¿lo sabía o no?

—Creo que se ha sorprendido.

—En cualquier caso, estarás de acuerdo en que desde la parte este de la isla no se podía ver la zódiac. El rastro de los móviles se pierde en el oeste.

—Si es que estaba donde dice —concluyó Miren y puso rumbo a la sede central de la Ertzaintza en Erandio.

42. Tensión

Los problemas se le acumulaban. Una *ertzaina* se despeñaba por una sima en Sakone sin que estuviera claro qué buscaba en aquella propiedad. Tenía una plantación de maría y un montón de fardos de coca.

Ya no soportaba la presión. Necesitaba cerrar alguno de los frentes que le provocaban una angustia insoportable. No podía demorar por más tiempo las decisiones. Y lo primero que hizo fue arrancar todas las plantas de marihuana de la huerta. Abrió una zanja y las fue enterrando, incluidos los cogollos que estaban en el secadero. Solo un par de ellas, las del invernadero, sobrevivieron. Seguro que la *ertzaina* aquella ya había tomado nota de su existencia. Era mejor dejar alguna como muestra.

¿Qué haría con la coca? ¿Olvidarse de ella? Era la primera opción. Aunque tampoco le confortaba el ánimo.

Cuando llegó el Moro a Sakone, le puso al corriente de las últimas novedades. Tenía la impresión de que la Ertzaintza manejaba la hipótesis de que entre los buzos había desavenencias pasionales. Y que sospechaban que Padraig estaba, tal vez, enamorado de él.

—¿Y eso adónde los lleva?

Al Moro esa teoría no le convencía en absoluto como causa de la desaparición, aunque tuviera una base real. Creía tener buenas razones para suponerlo.

Luego, Txaski le comentó que quería dejarlo todo, que se acababa lo de las plantitas.

El Moro se mantuvo un rato en silencio. Ignoró lo de las plantas de maría y salió por donde creía otear la razón última de la decisión.

—¿Has cortado con Kokito?

—¿Kokito? No lo he visto desde aquel día que te comenté. —Txaski se tomó también un tiempo antes de continuar—: Mira, Moro, ese mundo del trapicheo es demasiado siniestro para mí. No quiero saber nada. Nada de nada.

El Moro intentaba descifrar el alcance de las palabras de Txaski. Siempre lo había considerado un tipo decidido hasta la temeridad. A lo mejor no era la desconfianza ni el miedo lo que le retraía del negocio. Seguro que no. Lo que sospechaba era que, para su amigo, las plantas de maría podrían resultar un riesgo sin suficiente recompensa, habiendo negocios más lucrativos.

—Tú sabrás lo que haces. —En las palabras del Moro se percibía la decepción.

—Por cierto, Moro, esto que te voy a decir es muy importante: los *ertzainas* que han estado en Sakone me han sondeado para saber si me consta que tú andas metido en el mundo de la droga.

—i¿Qué me dices?!

¿Estaban tras él? Al Moro la revelación le cayó como una descarga de mil voltios. Era muy discreto, trabajaba mercados cercanos al menudeo, no movía grandes cantidades de nada. Tampoco había tropezado en décadas con la policía. ¿A santo de qué lo tenían en la lista de narcos?

—Lo que oyes. Y una cosa más, dicen que estuviste dos años en la cárcel.

—Eso ya lo sabías.

—¿En qué año fue? —Txaski quería tener constancia de las fechas para ver si la *ertzaina* lo quería embrollar.

El Moro, por su parte, no entendía por qué Txaski se interesaba por algo tan antiguo. Le respondió que habían pasado veinte años y que no veía qué importancia tenía aquello a esas alturas.

—Fue después de lo de Larache, ¿no? —insistió Txaski.

—Sí, claro.

—Entonces, en el 2002, ¿no?

—Sería.

El Moro también era un maestro a la hora de soltar respuestas poco comprometidas.

—Y estuviste un año en la cárcel en Tánger y otro en España.

—Más o menos.

El Moro ya sabía que su contestación sonaría ambigua.

—Luego, en el 2004 ya estabas en la calle.

—Oye, para el carro. ¿Ahora te da por estudiar mis antecedentes penales? ¿No tienes otros problemas que resolver?

—Verás, los de la Ertzaintza me han dado a entender que en el 2004 estuviste en Botafuegos, Algeciras, y que saliste en el 2006, con el tercer grado.

«Vaya con la Ertzaintza de los cojones». A ver cómo aclaraba aquello.

—Estuve en la cárcel y punto. En este preciso momento, no me acuerdo de las fechas. ¿A qué coño viene esto?

«Seguro que nadie olvida en qué fechas entró y salió de la cárcel», pensó Txaski.

—A nada en particular. Pero hay que algo no me cuadra. No consta que estuvieses en el trullo por lo de Larache, sino porque te pillaron con un cargamento de hachís en Ayamonte.

Se notaba a la legua que Txaski estaba mosqueado.

—¿Quieres que te mande mi certificado de penales?

—No estaría mal.

—Pues pídeselo a tus amiguitos de la Ertzaintza —dijo el Moro y después se largó dando una patada a un montoncito de hierba apilada.

«A ver qué le cuento ahora a este». El Moro tenía demasiadas cosas en la cabeza para inventarse alguna patraña que resultara pasable. Menos mal que el Marrajo no se iba a enterar de lo que Txaski había descubierto.

43. Edurne Urrutia

El Mercedes plateado AMG GT C Roadster se detuvo en la entrada de Sakone. Una mujer rubia, con vaqueros muy ajustados y un jersey negro de cuello vuelto, salió del coche con parsimonia. Cogió del asiento del copiloto un bolso marrón y se lo colgó en bandolera. Luego, durante unos segundos, se quedó observando el mar. Se volvió hacia el portal con la mirada aún perdida en el horizonte. Tocó la puerta y, al no obtener respuesta, siguió caminando hacia el muro que delimitaba la entrada de la finca. Observó un instante las ventanas del primer piso. Al volverse, su cara dejó al descubierto una edad que no se correspondía con aquel cuerpo juvenil.

Pasaron unos minutos en los que la mujer se movió inquieta hasta que apareció en la puerta Txaski, en camiseta y pantalones cortos. De lejos, las dos figuras daban la impresión de tener edades parecidas.

—¿Sorpresa?

Txaski se quedó mirando a la mujer como si se tratara de una aparición mariana.

—¿No vas a decir algo? —insistió ella.

—No se me ocurre nada.

A Txaski se le pasaron por la cabeza las peores hipótesis que venía barajando. Seguro que si estaba allí era por algún tema relacionado con la herencia de Esteban. Iría a comunicarle que había decidido vender Sakone y que se fuera buscando otro alojamiento. Sintió un punto de rencor hacia su abuelo, que lo había dejado en manos de la bruja de su hija.

—¿Puedo pasar? —Sin esperar respuesta, la mujer ya estaba dentro—. Podrías invitarme a un café, como se hace con las visitas. ¿O tú las dejas en la puerta?

Había un tono irónico en Edurne, pero no era ofensivo. Parecía un tanto condescendiente, cosa extraña.

En el salón, la chimenea estaba encendida y el ambiente era cálido. Había un libro abierto en el reposabrazos del sillón orejero del abuelo.

Edurne dedicó los primeros instantes a pasar revista a la estancia sin que su rostro reflejara emoción alguna.

—Ya veo que te has aposentado en el sillón del jefe. —Una ligera sonrisa se dibujó en los labios rojo amapola de la mujer—. Hay que ver qué viejo está todo. Creo recordar que estos sillones eran mucho más claritos.

Txaski evitó responder a lo que no sabía si considerar un simple desaire o la antesala de un desahucio.

—Veo que estás bastante desorientado. Podrías preguntar por urbanidad qué tal me encuentro o cómo me va la vida, ¿no? Al fin y al cabo, soy tu madre oficial.

Edurne volvió a sonreír. Txaski la vio envejecida, con la piel lisa como un pergamino. Su rostro carecía de expresión. Demasiada cirugía plástica.

—Supongo que no es una visita de cortesía. Ya que soy tu hijo oficial, no veo que te hayas interesado mucho por cómo me va la vida. Ni la mía ni la de tu padre.

El diálogo empezaba a parecerse a otros del pasado.

—Mi padre y mi hijo, ¡vaya pareja! —Edurne suspiró como una actriz aficionada en una escena dramática—. En fin, nos toca lo que Dios nos ha concedido. Bien, vengo por negocios, ¿qué te parece?

—¿Negocios?, ¿tú conmigo?

Txaski miraba a Edurne sin entender de qué iba la cosa.

—Pues sí. No me queda otro remedio. Tenemos que hablar de la herencia de Esteban.

Él ya intuía que aquel era el motivo de la visita.

—El testamento de mi padre me obliga, en cierta medida, a negociar contigo.

¿Negociar con él? ¿Qué misterio había detrás de aquellas palabras? Todos sus sentidos se concentraron en la boca de Edurne.

—Venga, no te hagas el tonto. Ya sabes lo que Esteban dejó dispuesto.

—No tengo ni idea.

¿Había testamento? Ahora sí que sentía que su corazón rebasaba las ciento veinte pulsaciones.

Edurne lo observó unos segundos achicando los ojos, como si pretendiera adentrarse en su cerebro y descubrir lo que sabía.

—No fastidies. ¿En serio que no estás al corriente de nada? ¿No te comentó algo sobre la herencia en todo el tiempo que habéis vivido juntos?

—Ni una palabra.

—La verdad, tampoco me extraña, más seco que un palo el hombre. De tu estilo. Seguro que no te contó nada por miedo a que le pidieras la pasta, te largaras por ahí y lo dejaras solo. Así era mi padre: un egoísta de tomo y lomo.

A Txaski ese último comentario de Edurne le afectó. Quería creer que el abuelo tenía pensado explicarle lo del testamento y luego le llegó la enfermedad. O, quién sabe, quizá se creía inmortal. Era verdad que había registrado los papeles que Esteban guardaba en casa y allí no encontró nada. El abuelo era la discreción personificada. No tenía fotos, ni correspondencia ni documentos que ofrecieran una pista de sus recuerdos o de su patrimonio. Seguía recibiendo cartas del BBVA a nombre de Esteban Urrutia con los cargos de los recibos. El saldo de la cuenta no alcanzaba los ocho mil euros. Eso era todo.

Txaski permanecía callado, sin dejar traslucir la ansiedad que lo atenazaba, a la espera de que la mujer desvelara cuál era el negocio que le proponía.

—Todo está claro, salvo los pisos de Bilbao y Las Arenas. Mi madre me dejó una mitad y a ti Esteban, la otra. Somos copropietarios. Tenemos que ponernos de acuerdo para venderlos. Salvo que tú te quieras quedar con uno de ellos o los dos.

En aquel momento, Txaski estaba aturdido.

—¿Los pisos? —No era capaz de reaccionar. Todo iba demasiado rápido. Dijo lo primero que se le ocurrió—: Si puedo elegir, prefiero quedarme con Sakone.

Se expresó con el recelo asomando en su cara. Las facciones disparejas de su rostro parecían tener vidas independientes.

—Qué gracioso. ¿Para qué iba yo a querer este agujero asqueroso? Tampoco me lo iba a dar a mí. Ya sabía que lo hubiera largado en el minuto 1. Por eso me dejó el chalé de Estepona.

¿Sakone era suyo? Estaba a punto de abrazar a Edurne. Solo a punto... No quería que la alegría se le notara demasiado.

—¡Ah! ¡Me dices que no conoces el testamento! Entonces, hoy te ha tocado la lotería, cariño. —Aquella palabra en boca de su madre le revolvía las tripas—. Pues mira, el bueno de Estebantxu te ha obsequiado con el gordo de la lotería. Tienes un fondito con un par de millones de euros, en el que, además, figuras de cotitular. Y otro kilito, arriba abajo, en acciones de Iberdrola.

Txaski no sabía si soñaba. Desde luego, no estaba colocado. ¿Era el Día de los Santos Inocentes? ¿Acaso Edurne jugaba con él? ¿Cuánto duraría aquella sensación de flotar sobre el acantilado por encima de las nubes blancas y redondas que se veían por la ventana? ¿Y si de pronto todas las palabras se desvanecían y volvía la cruda realidad? Le entró vértigo. Aquella mujer era muy capaz de estar tomándole el pelo. Tenía un punto de sádica.

—Quiero ver los papeles. El testamento.

Su voz sonó rotunda. Como una orden. No quería despertarse y caer de la nube en la que flotaba.

—¡Faltaría más! —Edurne metió la mano en el bolso marrón y sacó un sobre alargado—. Aquí tienes la escritura y la certificación de últimas voluntades. Mi amado padre no se privó de arruinarme la vida cada vez que tuvo oportunidad. Y digo amado por decir algo. Era un mal bicho.

—¿Un mal bicho? Oye tú, alto el carro. No te permito que hables así de Esteban en esta casa. Por lo menos, delante de mí no.

—Ah, ¿no? ¿Y quién eres tú para impedirme decir la verdad?

El rostro de Edurne Urrutia era una máscara tersa, en la que los ojos se encargaban de reflejar la ira que el resto de la cara, de rígido que estaba, era incapaz.

—¿La verdad? La verdad indiscutible es que Esteban fue la única persona que me trató con respeto y algo de cariño. Tú nunca has sido mi madre.

—Claro que no. Eso ya lo sabes.

Edurne pareció distenderse con aquel comentario. La mirada se le templó.

—No me refiero a mi madre biológica. Ninguna clase de madre.

De repente, era Txaski el que se sentía en verdad afectado. Aquella conversación con Edurne le estaba removiendo sentimientos muy antiguos, ocultos en lo más profundo de su coraza protectora. Detuvo un conato de lágrima, pero no pudo impedir que en sus palabras se reflejara la congoja.

—Incluso te escuché decir, cuando era muy pequeño, que cuánto mejor habría sido si os hubieseis quedado con el otro niño rumano, el que tenía aspecto de gitano. ¿No te acuerdas? No lo irás a negar ahora.

—No fastidies. ¿De veras que lo escuchaste?

—Entonces y todos los días de mi vida.

—Pues te voy a confesar una cosa, hubiera sido la mejor decisión. No sabes la de veces que me arrepentí de no haber adoptado al gitanito rumano. El más simpático entre todos los nenes de aquel orfelinato de Atenas.

—¿Atenas? —Txaski parecía extrañado—. ¿No era Rumanía?

—Atenas, sí. Niños rumanos abandonados por sus padres o huérfanos de exiliados asesinados por la Securitate de Ceaușescu. Nunca he podido olvidar su carita morena. Cómo agarraba mi dedo. Después de tanto tiempo visitando al pequeño aquel, cuando creo que ya me reconocía, el bobo del notario se encaprichó con el rubio. ¿No te llaman Txasko? Te va como anillo al dedo.

Edurne soltó un suspiro. Cogió el bolso y se largó sin despedirse.

Txaski se quedó mudo mirando el fuego de la chimenea. No sabía cuánto tiempo estuvo así, pero cuando se dio cuenta de los gruesos troncos que había puesto solo quedaban las cenizas.

Tenía dinero. El paraíso era un sueño que podía tocar. Varios secretos inconfesables. Unos quintales de coca en una cueva. Y el peligro acechándole.

La ignorancia y el instinto, la madre y el padre de las malas decisiones.

44. Confesiones en el Palomar

Habían quedado en el Palomar, en Portugalete, a media mañana. No le resultó fácil localizar al Marrajo. No contestaba a sus llamadas ni mensajes. El Moro había decidido contarle toda la verdad sobre la pista que ofrecía su contacto de Bakio, el tal Kokito. No le quedaba otra. Si descubrían su relación con Loli, las explicaciones que tendría que dar entonces resultarían muy embarazosas.

El Marrajo había llegado a Portugalete acompañado de Feodor, pero no quería llevarlo a la reunión y que conociera al Moro. Algunas veces solían utilizar la moto. El grande, delante, parecía llevar de paquete a su hijo o a su pareja. El Marrajo dejaba conducir a Feodor, porque con el parche en el ojo se sentía limitado.

—Vete a ver el puente colgante. Cuando termine, me acerco yo por allí.

El Marrajo se alejó por la calle Coscojales. Feodor se fue hacia la ría.

Ese día, el Moro necesitaba emplear a fondo sus dotes interpretativas. Cuando se encontró con el Marrajo, se le esfumaron las pocas dudas que le quedaban sobre a quién había disparado Loli. El apósito que Jimi llevaba en el ojo le alcanzaba la sien.

—¿Qué coño te ha pasado en la cara? —dijo poniendo cara de sorpresa.

—Me he clavado un tenedor. Se lo iba a meter a un hijoputa en la garganta y me ha rebotado.

Ya se veía que el Marrajo no estaba para bromas.

—Oye, ¿no habrás estado tú por Vitoria-Gasteiz estos días?

El Marrajo se puso tenso.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Por nada. Es una chorrada —dijo el Moro.

—¿Una chorrada?

—Resulta que hace unos días una conocida mía le disparó a un atracador y, al parecer, le dio un tiro en la cara. —El Moro esperó la reacción de su colega y, como no hubo ninguna, continuó—: Era una broma, hombre. Ya me imagino que tú no te dedicas a atracar tiendas de chuches.

El Marrajo torció el morro. Un gesto que en él resultaba arrogante y despectivo a la vez. Al Moro le pareció mala señal. Aquella mueca era el reflejo de la cólera que bullía en su interior. A ver por dónde explotaba.

—¿Tienes amigas en Vitoria, Moro?

—Algunas tengo, sí.

—Y a esa, a la que le atracaron, ¿de qué la conocías?

—Bueno, eso guarda relación con lo que te voy a contar.

—Estoy impaciente por ver qué me dices. —El Marrajo pegó un trago del refresco que le habían servido.

Era el momento decisivo. A ver cómo explicaba que estaba trapicheando con una coca que venía de la costa. Le contó a grandes rasgos que movía algo de farlopa en Vitoria-Gasteiz y que la sacaba por un videoclub. A él se la suministraba un surfista de Bakio a quien apodaban Kokito. Según decía, se la había encontrado en la playa.

El Marrajo parecía una estatua.

—Entonces, dices que se ha encontrado un kilo en la playa de Bakio mientras hacía surf.

—Eso dice.

—Esta sí que es buena, Moro. En la playa, cogiendo coca entre las olas. ¡Qué suerte! Habrá que comprarse una tabla, ¿no?

—Decía que tenía medio kilo, luego otro medio, pero me acaba de ofrecer otro.

El Moro, en aquel momento, no pretendía ocultarle nada al Marrajo. Estaba decidido a soltarle todo lo que había con pelos y señales.

—¿Otro? ¿Y cómo coño te llama a ti el tipo ese para colocar el perico? ¿Es amigo tuyo o qué?

El Moro sintió que le temblaban las piernas. No sabía si el Marrajo intuía algo o si lo tenía catalogado como sospechoso del vuelco de la droga.

—No lo conocía de nada.

—¿Entonces?

El Marrajo, con el parche en el ojo y la visera calada, parecía un ratero de tercera. Su mirada por el ojo bueno, sin embargo, era la de un homicida.

—Kokito es amigo de Txaski.

Cuando le soltó la bomba, al Moro le tiritaba todo el cuerpo. Se temía la reacción de Jimi.

—¡Ay, la hostia! Amigo de Txaski. ¿Y qué más?

El Moro ya sabía que cuando Jimi parecía tomarse las cosas serias a cachondeo era porque estaba a punto de estallar. Cuando le dijo que fue Txaski quien le informó de que Kokito tenía la farlopa, parecía que el Marrajo iba a soltar una carcajada.

—Mira por dónde. Ya es casualidad también, ¿eh?

El Moro sudaba y no quería que el otro lo viera. Aun así, no podía evitar que la frente se le perlara de gotitas. Hizo un esfuerzo para mantenerse sereno y a trompicones explicó que estaba siguiendo la pista de la droga del surfista. Necesitaba saber de dónde había salido en realidad y para eso era imprescindible comprobar si tenía un kilo, cuatro o veinticuatro.

—Ya. Y se te ha ocurrido contármelo cuando te has enterado de que tu amiga, la del videoclub, me ha dado un perdigonazo. Vaya, vaya con el Morito.

El Marrajo se arrancó el parche del ojo. Tenía inflamados los párpados y muchos puntos violetas en la frente y cejas. Parecía, en verdad, el demonio en persona. Agarró el parche y lo estrujó en la mano. Luego continuó como si nada hubiera pasado.

—Vamos a ver. Tú sospechas que el tal Kokito tiene mis paquetes y decides darle cuerda a ver hasta dónde llega, ¿es así?

—Ya te lo he dicho.

—¿Me tomas por idiota? Si hubieses querido saber lo que guarda, me lo habrías contado desde el minuto 1. Y ese Kokito me hubiera dicho cuántas veces caga a la semana con solo enseñarle la navaja, ¿no te lo crees?

El Moro le creía. Como pudo, le expuso que no era cuestión de que empezara a cargarse gente o a torturarla, con todo el lío que llevaban encima. Se trataba de personas que eran del entorno. Luego él se piraba y ellos tenían que seguir viviendo aquí. Había que ir a tiro hecho. Cuando lo tuvieran claro.

El Marrajo trataba de digerir la información. Según les había contado el tarado aquel de Vitoria que interrogaron, el tal Pichón, el suministro de coca al videoclub llegaba a través del Puma. La droga que suministraba la gorda era también del Moro, bueno, del tal Kokito, que, en realidad, era un contacto de su amigo el rumano.

Los buzos, el Moro, Txaski, Kokito, el Puma, el videoclub... Una cadena cuando menos sorprendente. El Marrajo no era capaz de interpretar cómo se había juntado aquella peña.

Podría ser que el Moro entregara la mercancía al Puma y este fuera el encargado de llevarla al videoclub. Necesitaba aclarar quién llevaba la farlopa donde la gorda, si el Moro en persona o lo hacía por medio de un tercero.

—Dime, Morito, ¿la coca la llevas tú mismo a Vitoria?

El Moro se engalló un tanto al decir que él tenía su propia red de distribución. Era lo que el Marrajo suponía.

—Estamos bien informados, Morito. Ya sabemos que trabajas con el Puma.

—¿El Puma? ¿Quién coño es el Puma?

Era la segunda vez que escuchaba aquel nombre. La otra fue en boca de Loli.

—Tú sabrás.

—¿Yo? No conozco a nadie que se llame así.

La mirada de Jimi el Marrajo, que surgía de un ojo morado y medio cerrado, resultaba mustia y, al tiempo, repulsiva.

—Y si no me aclaras qué tratos tienes con ese tío te lo vamos a sacar a hostias. O sea, tú mismo, pero ya. —El Marrajo se había olvidado de la ironía.

—¡¡¡Me cago hasta en mi puta madre!!! ¡Ya estoy hasta los cojones! ¡A mí no me vengas con amenazas de macarra! Ya te he dicho lo que hay. Si quieres creerlo, bien y, si no, ¡vete a tomar por culo!

El Moro se puso en pie con aire retador. Si se achicaba, estaba muerto.

El Marrajo se quedó en silencio con la mirada perdida en la ventana.

Le daba la impresión de que el Moro decía la verdad. Que no conocía al Puma. No podía excluir que el Moro y el Puma fueran, ambos, distribuidores del videoclub. En Vitoria las cosas andaban muy revueltas y no era descartable que el Puma estuviera soltando perico en la red del Moro, lo mismo que hacía entre los camellos de la Compañía. El Moro era un ladronzuelo, un fullero que podría robar la cartera a un ciego, pero que no tenía huevos para jugársela quedándose con doscientos kilos de nieve.

—Te digo lo que pienso y no lo repito. Creo que lo más probable es que Kokito se encontrara la coca en la playa. No es el primer caso. Han aparecido varios fardos en la costa. —El Moro se volvió a sentar mirando a los ojos del Marrajo sin pestañear—. También te digo que

no descarto, aunque no me imagino cómo, que la droga la escondiera Txaski en la isla y luego fuera a recogerla con su amigo el surfista. Son suposiciones. Lo sabré si me siguen soltando el perico. Entonces estaré seguro. Y Txaski tendrá que contarme la verdad.

—Ese Txaski, ¿tiene un amigo o conocido ecuatoriano llamado Valerio, conocido por el Puma? —El Marrajo disparaba a ciegas.

—Ni idea. Juraría que no.

—Pero tú supones que tu amigo, el rumano, se ha quedado con la mercancía y que te está utilizando para colocarla en el mercado.

—No. No es cierto. No he dicho eso. Si la tiene él, lo ha hecho bastante bien. Me ha puesto en contacto con ese Kokito con la excusa de hacerle un favor al surfista. Aparentemente, no quiere saber nada del negocio.

—¿Tú crees que ese Kokito está colocando más farlopa por otras vías? —preguntó el Marrajo.

No lo sabía. El Moro le propuso al Marrajo seguir sacando el perico por Vitoria para ver hasta dónde daba de sí lo que tenía Kokito.

—Va a ser que no.

El Marrajo le contó que a su amiga la habían denunciado por vender porquerías a los niños.

—¿La has denunciado a la policía? ¿Qué coño has hecho? —El Moro levantó la voz.

El Marrajo creía tener razones más que suficientes. La tía aquella vendía droga de la competencia y, encima, le pegó un tiro. Al Moro, por el contrario, le parecía que si trincaban a Loli y largaba lo que sabía iba a poner a la pasma a su espalda.

—Eres un torpe, siempre lo has sido.

—Oye, la culpa es tuya por aprovechado y tramposo. Vamos, si no lo descubro, colocas toda la mercancía y yo no me entero de la misa la media. Me parece que tenía que haber quemado a tus viejos.

Puede que lo haga mañana o pasado para que te creas que vamos en serio.

El Moro no quiso responder esta vez a las amenazas.

—Ahora no tengo por dónde sacar la que me suministraba Kokito, por meter tus narices para nada. Si se creen lo de la denuncia, mi distribuidora va a tener a la poli rondándola todo el santo día.

—Óyeme bien, Moro. Vamos a hacer una cosa. Y a lo mejor te redimes. Dile a ese Kokito que le compras toda la coca que tenga y le ofreces un buen precio.

—¿Y cómo se la pago?

—¿Pagarle? Hay que ver qué chorradas se te ocurren.

De pronto, Jimi advirtió que Feodor los observaba desde la ventana que daba a la calle. Estaba allí, a un metro. Los miraba con atención.

«¿Qué coño está haciendo?».

El Moro también se fijó en el ruso.

Al Marrajo no le quedó otra que intentar sacar partido de aquella aparición imprevista.

—Mira, Moro, ese de ahí fuera es Feodor. Es dentista. El mejor en su categoría. Saca muelas sin anestesia. A veces, si el cliente lo exige, puede hacer la manicura. Empieza siempre por los dedos de las manos.

El Moro miró con recelo al tipo que los observaba.

Tenía que hablar con Kokito y hacerle una oferta por toda la farlopa que tuviera. A ver cómo reaccionaba. Si el Marrajo no recibía en veinticuatro horas una información concluyente de dónde estaba el alijo, Feodor les iba a dar un repaso a unos cuantos. Empezando por la chica del videoclub. Quería escuchar su versión, no la del Moro. Luego tendrían una charla con el tal Kokito y también con el Puma cuando lo pillaran. Ya verían si se conocían o no.

Jimi echó la espalda hacia atrás, alejando su cara de la del Moro.

—Luego le tocará el turno a tu amigo, el rumano. O a lo mejor cambiamos el orden y lo ponemos el primero de la lista. Y, bueno, si

se tercia, porque la cosa no se aclara, no descartes que te tengas que sentar en la máquina de la verdad, que es como Feodor llama a sus alicates. Y te juro que, si no recupero la merca, vais a tener que comer purés el resto de vuestra puta vida con una pajita sujeta con los muñones de las manos.

Feodor, desde la distancia, asistía a la conversación impasible, sin oír lo que decían.

El Moro tenía la impresión de que aquel tío era capaz de sacarle los dientes con una cuchara si el Marrajo se lo ordenaba.

—Oye, ¿no te he dicho que me esperaras en el puente colgante? No me estarías espiando, ¿eh? —le soltó el Marrajo a Feodor en cuanto estuvieron a solas.

—Ha sido casualidad.

Al Marrajo, como a todos los de su ralea, las casualidades le resultaban siempre sospechosas. A lo mejor, Vasili había pedido a Feodor que lo vigilara. Y el ruso, si le encargaban algo, lo hacía a lo bruto.

—Me aburría allí y he llegado paseando. ¿He hecho mal?

—Muy mal. Si te tienes que cargar a ese tío, ahora ya te conoce y saldrá pitando en cuanto te vea.

—No tenía intención...

El Marrajo tampoco deseaba cargar demasiado las tintas y poner al ruso en su contra. Salió del paso con una broma que encubría una ligera amenaza.

—Si me tocas las pelotas, voy a contar a unos cuantos que lloras con las pelis de amor.

—Solo con *Heidi.* Yo también tenía abuelo de barba blanca. —Feodor negaba con la cabeza—. Casualidad. Ha sido casualidad.

Como el origen de la vida, pensó el Marrajo que diría Vasili.

45. Los pitufos

El Moro le había dicho que mantuviera la tranquilidad. No era fácil, aunque lo intentaba. Se había deshecho de todas las sustancias ilegales, pero temía que en cualquier momento apareciera alguien preguntando por un DVD de Indiana Jones. El Moro ya había avisado a todos sus contactos que se abstuvieran de acercarse al videoclub hasta nueva orden.

Durante dos semanas, la situación fue de calma chicha. Casi nadie entraba. Algún niño a por chuches o cromos de SuperThings o futbolistas. Pensaba que la cosa iba bien hasta que un día, sobre las seis de la tarde, un tipo malencarado entró sin saludar y se entretuvo mirando los DVD. Se centró en los de Indiana Jones. Revisó algunos y se largó sin despedirse. Al día siguiente, por la mañana, un joven lleno de tatuajes y anillos en orejas y nariz le pidió directamente un DVD de Indiana Jones.

—¿Cuál quieres?

La respuesta de Loli salió algo temblorosa.

—Una que sea buena.

—Ahí están. Elige tú mismo.

Loli miraba la entrada con la vana esperanza de que algún crío entrara a por chuches y el tipo se espantase.

—Prefiero que la elijas tú. Yo no sé cuáles son las buenas.

Le respondió como pudo que era cuestión de gustos. El presunto cliente contestó que a eso se refería, que su gusto era muy especial.

Loli sentía que las piernas le flaqueaban. Encima, ya no tenía la escopeta a mano.

—*Indiana Jones y el templo maldito* —dijo por decir algo.

El desconocido se hizo con el DVD, lo abrió y observó con detenimiento su interior. Luego miró a Loli con descaro y le soltó que no era ese el que buscaba.

—Oye, tú..., ahí tienes lo que hay.

A Loli le temblaba la voz.

—No te hagas la tonta. Quiero el que viene con droga.

—¿Cómo? Pero ¿qué te has creído tú que es esto? Si no te largas, llamo ahora mismo a la policía.

—Llama.

Loli agarró el móvil y marcó un número al azar. El tipo se dio media vuelta y salió de la tienda. A ella el corazón le latía a mil por hora. Se asomó a la puerta del videoclub siguiendo con la mirada al joven de los *piercings,* que se alejaba sin prisas.

—¿Has denunciado intento de robo? —Abdalá estaba en la puerta de su carnicería.

—No.

—Es porque he visto salir al policía de tu tienda.

—¿Aquel que va allí es policía?

—Sí, sí. Yo conozco. Es un pitufo.

Aquello era demasiado para ella. También los municipales se interesaban por los DVD de Indiana Jones. Estaba perdida. Eso sin contar al individuo con aspecto de eslavo y mirada de pez que se plantó en el mostrador y se quedó observándola. No habló una palabra porque en ese momento entraron unos niños y se fue sin más. Parecía más un violador que un ladrón.

Esa mañana, llamó al Moro varias veces y el teléfono no daba señal. Estaba angustiada. No iba a permanecer en aquel sitio un minuto más. Tenía que largarse. Esa noche iría a casa de una amiga. Luego ya vería qué hacer.

Por fin, la llamó el Moro. Ella le hizo un resumen de lo sucedido.

—Tómate unas vacaciones —fue su consejo.

—¿Y adónde voy?

El Moro le aconsejó que se fuera una temporada lejos de Vitoria.

Loli tenía una tía en Benavente.

—Eso pilla por la parte de Zamora, ¿no? Perfecto.

El problema era, según Loli, que no había visto a su tía desde que era una niña y no estaba claro cómo iba a reaccionar.

—Seguro que está encantada de recibir a la familia. —Qué iba a saber el Moro de la tía de Loli.

—Ya, pero no...

—¿No?

Loli tenía a su padre en una residencia y lo visitaba dos o tres veces por semana. Al Moro le hubiera gustado preguntarle si pensaba llevárselo a la Polinesia con Txaski. Le sugirió que le dijera a su padre que tenía el COVID. Mucha gente lo había pillado.

—¿Y qué le digo a mi tía?

—Qué sé yo. Invéntate algo.

El Moro ya hubiera improvisado algún cuento, pero en ese momento no le salía. Tampoco era su tía.

—A lo mejor le digo que quiero instalarme en Benavente y poner una degustación.

—Perfecto. Una idea cojonuda.

—¿Y qué hago con mi padre?

El Moro tenía mucha paciencia, pero Loli podía ser agotadora. Iba a decirle que le pegara un tiro con la recortada. Seguro que no se lo tomaba bien. No era una broma de buen gusto.

—Te lo llevas a Zamora.

—No creo que sea fácil encontrar una residencia allí.

Loli tenía un problema para cada solución. El Moro le recomendó que hablara con su tía y entre las dos ya encontrarían un apaño.

—Mi padre nació en Benavente. A lo mejor por ahí cuela.

—Seguro que sí.

Si no colaba, lo tendría que meter en casa de su tía a la fuerza, o en una pensión o en un albergue del Camino de Santiago. La

cuestión era que se largara antes de que la pillara el Marrajo. O, peor aún, el otro con pinta de animal.

—Hoy mismo hablo con mi tía.

—Pon en la tienda un letrero: «Cerrado por COVID».

—Vale.

46. El puma no trata con moros

—Lo tenemos. —Vasili llamó al Marrajo.

—¿A quién?

—Al Puma. Bueno, a él no; a su mujer y sus dos hijas.

—¿Dónde están?

Estaban en su casa de Medina de Pomar. Aparecieron casi de madrugada. Parecía que tenían la intención de recoger algunas cosas y darse el piro. Les había llamado un contacto de la Compañía en la vecindad para advertirles de que estaban allí.

—Idos para Medina. Tirad del hilo y...

—Entiendo.

Tenían a las mujeres encerradas en una habitación. El Marrajo había hablado con Valerio, el Puma, por teléfono. Obligaron a su mujer a que lo llamara y se puso él. Las cartas estaban sobre la mesa: o se entregaba, o cada hora se cargaban a una. El hombre, después de un buen rato de negar la mayor, de llantos mezclados con amenazas, se avino a negociar. Diez kilos de coca por las mujeres fue su primera oferta.

—Si soltáis a mis hijas, os entrego cinco kilos. Cuando liberéis a mi señora, el resto.

—Y un jamón. Nos das cinco kilos y nos quedamos con tu vieja, ¡no te jode!

—Diez kilos en el intercambio —cedió el Puma.

—¿Nos quieres tomar el pelo? ¿Dónde tienes los doscientos kilos que arramplaste en Gorliz?

—¿Cómo? Lo que tengo yo es mío.

Durante un buen rato, seguía negándolo todo. Al final, aceptó que podría tener guardado algo de lo de Castro y Portugalete. Juraba que nunca había pensado quedárselo. Cuando le preguntaron qué coño hacía por Vitoria con la competencia, farfulló algunas respuestas incoherentes.

—¿Qué negocios te traes con el Moro? —dijo el Marrajo.

—¿Qué me dice? Yo no trato con moros, señor.

—Este es un moro especial: grande, rubio, con barba. —El Marrajo tenía la esperanza de encontrar algún hilo.

—No tengo el gusto.

—¿Y qué sabes de los buzos?

—¿De los buzos? Nada. ¿Qué voy yo a saber?

La táctica del Puma era negarlo todo. Era una pérdida de tiempo hablar por teléfono. Había que sentarlo en la silla del dentista.

—Mira, Valerio, el trato es te entregas y soltamos a tu familia. No te entregas y las liquidamos a todas.

—Ellas no saben nada, se lo juro por la Virgen santa. Son inocentes. Es Nochebuena, patrón. Mañana nace nuestro señor Jesucristo.

—A nosotros eso nos la suda. Total, lo van a crucificar dentro de unos meses. Si dentro de una hora no estás aquí, vas a tener funerales en vez de nacimientos.

El Marrajo colgó. Tuvo la impresión de que el Puma no tenía nada que ver con el vuelco de los doscientos kilos. Eso lo sabrían pronto. En la silla del dentista se contaba todo.

***

—Ya está. —El Marrajo se reunió con Vasili en una destartalada oficina de un pabellón industrial en el barrio de Asúa.

—¿Y?

Vasili parecía ansioso de tener buenas noticias para quitarse un peso de encima y esa noche, tranquilo, cantar villancicos con la familia.

—Ha reconocido lo de Castro y Portugalete.

—¿Y de lo gordo? —A Vasili se le notaba la impaciencia.

El Puma no sabía nada de los doscientos kilos. Si estaba en el ajo, se fue con el secreto a la tumba.

Cuando el Marrajo le dijo que se habían recuperado quince kilos de los vuelcos anteriores, el jefe de la Compañía en el norte no pareció consolarse.

—Es la hostia... Pues tendrás que seguir buscando. Última oportunidad y esta es, de verdad, la que te queda. Alguien va a tener que pagar la ronda.

La esperanza de que el Puma tuviera la llave de la cocaína desaparecida se había evaporado. Y Vasili no parecía dispuesto a que el fracaso le salpicara. Ya tenía su cabeza de turco.

—Tomo nota —dijo el Marrajo y se fue.

47. La nochebuena de Txaski

Txaski ya sabía que era Nochebuena, pero le traía sin cuidado. Bastante tenía con intentar poner en orden su cabeza. La vida le había desbordado en demasiadas ocasiones, aunque no tanto como en los últimos días.

No fue del todo consciente de su situación hasta que esa misma mañana, en la notaría, aceptó el testamento de su abuelo.

Quedó de acuerdo con Edurne en poner los pisos de la comunidad de bienes a la venta y, luego, repartirse el precio. De forma inmediata, Txaski pudo acceder al fondo de inversión en el que figuraba como cotitular. Los cambios en el Registro de la Propiedad no le corrían ninguna prisa. Las acciones de Iberdrola también podrían mantenerse en el limbo. Seguirían estando allí cuando las necesitara.

¿Qué pensaba del abuelo? Lo trató siempre con cariño, sin remilgos, y no buscó su afecto con promesas de futuras herencias. ¿Por puro egoísmo? A lo mejor suponía que, si le revelaba que iba a beneficiarse de una fortuna, le pediría un adelanto para escapar a la Polinesia. No era descartable que Edurne tuviera razón en eso.

Dos o tres veces había estado rondando la delincuencia, jugándose la cárcel, por buscar dinero para un proyecto que tenía a su alcance, si Esteban le hubiera dado una parte mínima de sus muchos caudales.

Era rico y no había resuelto el problema que le quitaba el sueño: la puñetera droga. Tenía guita a punta pala y lo que le faltaba para alcanzar la tranquilidad de espíritu era quitarse de encima aquella mierda que le comprometía. No podía demorar más tiempo tomar

alguna decisión. ¿Qué iba a hacer con los fardos? De momento, seguían en un lugar que suponía seguro. Puede que el más protegido entre todos los posibles. Si la droga se descubriera, tampoco sería sencillo que lo vincularan con ella. A ver cómo. No había tocado un solo gramo. Además, ¿quién iba a suponer que una persona adinerada se la jugaba en el tráfico de drogas?

Nadie estaba al corriente de que él ignoraba el testamento de su abuelo. Solo Edurne. Tampoco era cuestión de pregonar de buenas a primeras que era rico. Tenía que pensar la mejor forma de sacar a la luz su nueva condición de potentado. Y justificarla.

Se decidió: no sería con palabras, sino con hechos como daría a conocer su nuevo estatus. Lo primero que iba a hacer era comprarse un barco, sin reparar en gastos. Contaba con el fondo de inversión del que era cotitular. ¿El que había soñado? No, uno mejor. Ya tenía echado el ojo a un velero que le encantaba. Le propondría a Nerea que lo acompañara a La Rochelle. Luego se presentaría en el puerto de Plentzia con él.

Seguro que su yate iba a llamar mucho la atención. Todos se preguntarían cómo había conseguido la pasta. A la primera que tuviera a mano, sacaría a relucir el testamento. Y se acabó la historia.

El dinero era la mejor coartada.

48. Añoranza

Jimi el Marrajo estaba seguro de que la cabeza del jefe de la Compañía en el norte estaría en ebullición. No habría celebrado tranquilo la Navidad.

El Marrajo, tumbado en la cama y con los ojos cerrados, se imaginaba lo que Vasili estaría cavilando.

¿Quiénes conocían las coordenadas del alijo, además de los descartados? Él y Feodor. Si había sido un vuelco, alguien de dentro estaba implicado. Eso seguro. Vasili siempre descartaba el azar. ¿Qué pasó con los buzos?, ¿participaban en el asunto?, ¿quién se llevó la cocaína? ¿Se habrían soltado los fardos con el temporal? A Vasili no le quedaría otro remedio que estrujar todas las pistas. Y estaba informado de que en Vitoria se vendía coca de alta pureza por un circuito nuevo. Solo alcanzaron a descubrir un punto de venta, un videoclub. Cuando se enteró de que había hecho una visita al establecimiento y lo único que sacó fue un perdigonazo en la frente, se cabreó mucho. Y lo llamó estúpido por haberse precipitado denunciándolo a la policía, en lugar de dar cuerda al punto de distribución.

Pensaron, en un principio, que era el Puma quien suministraba a la tienda de la calle Barrancal. Pero no. En el interrogatorio al que le sometieron, hizo una descripción pormenorizada de todos sus contactos en Vitoria-Gasteiz y no salió a relucir el videoclub. No era cliente suyo. El Pichón les había endilgado una patraña. El Marrajo hubiera preferido que aquella declaración no fuera tan prolija, pues la conclusión que extrajeron era que, además del Puma, alguien más

estaba llevando coca a la capital de Euskadi por un conducto desconocido.

De momento, a Vasili le faltaban datos imprescindibles para dudar de él. No tenía la menor pista de que un tipo conocido como el Moro era quien pasaba el perico a la del videoclub, que la droga venía de la costa y, sobre todo, que el suministrador era un surfista amiguete del rumano que estuvo en la isla del Fraile cuando el desembarco. Y mucho menos conocía que su hombre del saco, el lobo feroz, estaba al tanto de todo.

Si Vasili hubiera sabido que le ocultaba esos datos, le habría hecho unas cuantas preguntas. Él no, por supuesto. Tenía otros, aparte de Feodor, con buena mano para extraer secretos inconfesables. El chófer segurata, por ejemplo.

Vasili en persona había dispuesto que Feodor se encargara de dar un repaso a la tipa del videoclub. Tenían que sacarle quién le pasaba la coca. A lo mejor no aportaba nada, pero sabían por experiencia que para desenredar una telaraña había que tirar de muchos hilos. Hilos que, la mayoría de las veces, no llevaban a ninguna parte.

El Marrajo se ofreció voluntario para el trabajo. Le convenía hacerlo a él, se viera por donde se viera. Se hubiera cargado directamente a la gorda y no tanto por venganza como para taparle la boca. Vasili le había parado los pies con un «tú allí estás demasiado visto». Era verdad. Claro que no pudo evitar sentir el leve presentimiento de que, a lo mejor, la Compañía empezaba a sospechar de él, a ponerlo en el punto de mira. Desde luego, a esas alturas ya se había olvidado de la idea de quedarse con la droga. Resultaba imposible. Sus opciones de salir indemne se reducían a encontrar la merca y devolverla a sus propietarios. En aquellos momentos, añoraba la tranquilidad de su vida anterior, cuando era un mediocre espantapájaros, a muchos años luz de su antepasado, el traficante de esclavos.

El Marrajo cada día lo veía más claro. El secreto de la cocaína desaparecida estaba en el triángulo formado por el Moro, Kokito y, por supuesto, Txaski.

Tendría que interrogar al Moro a fondo. Ya sabía que era un granuja. Lo conocía bien. Y si lo estaba engañando... Bueno, tenía que aclararlo de una vez. Y hacerlo él mismo. No podía dejar que Feodor se ocupara del Moro y que le sacara una información que nunca debía de aflorar: quién era el cerebro del vuelco.

Había perdido un tiempo precioso distraído con el Puma, en la creencia de que el ecuatoriano estaba implicado directa o indirectamente en el asunto.

Si el Moro colaboraba y lo ayudaba a recuperar el alijo, lo dejaría indemne. Y si no colaboraba...

De pronto, un pensamiento le circuló como un rayo por la cabeza: Feodor se iba a encargar de la chica del videoclub. Eso los llevaría al Moro. Y el Moro a...

No podía permitir que sus colegas de la organización interrogaran a la gorda. Tenía que quitarla de la circulación.

49. Al Moro no le gusta caminar

El Moro había llegado en metro a Plentzia. Quería dar una larga caminata hasta el faro de Gorliz. A paso de tortuga, tomó el paseo de la ría, cruzó el puerto y continuó por la bahía de las playas. Pasado el Hospital de Gorliz, enfiló el camino de Kukullu. Nunca había llegado hasta arriba a pesar de que su padre hizo allí el servicio militar, en una batería de costa desaparecida, y lo había invitado muchas veces a conocer el lugar.

Quería acercarse hasta el faro y tratar de imaginar dónde pudieron esconder la droga Koldo y Padraig. Era por hacer algo.

Cuando llegó a la granja de la Diputación y vio la empinada cuesta, se dio la vuelta.

No se le iban de la cabeza las preguntas que lo tenían martirizado: ¿qué pasó con los buzos?, ¿quién se quedó con la coca? Tan pronto suponía una cosa como la descartaba. ¿Kokito y Txaski tenían las claves? En algunos momentos, se imaginaba que el alijo, a lo mejor, permanecía escondido y que los buzos ni nadie llegaron a recuperarlo.

Era consciente de que estaba metido en un lío de tres pares.

Cuando el Marrajo apareció en el Palomar con el matón aquel, tuvo la confirmación de que su amiguete del colegio contaba con secuaces despiadados. Al menos, por la pinta. Pensó en su familia y en la lata de gasolina con la que el Marrajo lo amenazaba.

De pronto, recordó que Jimi le había comentado que iban a empezar por la chica del videoclub.

Si alguien que no fuera el Marrajo torturaba a Loli, soltaría que era él, el Moro, quien le pasaba la coca. Y aunque eso el Marrajo ya lo

sabía, puede que el resto de sus compinches no y era más que posible que eso los decidiera a practicar con él la sesión de extracción de muelas sin anestesia con que le habían amenazado.

El sudor de la caminata se le quedó helado de repente.

Loli tenía que desaparecer. De inmediato.

Largarse a Benavente, o a donde fuera, si no lo había hecho.

Habló con Loli y la encontró muy decaída. Lo de Benavente no estaba claro. No se atrevía a soltarle a su tía de buenas a primeras que se iba allí con su padre. De momento, el videoclub seguía cerrado por COVID y una amiga le había dejado una habitación. Lo malo era que dentro de unos días tendría que buscarse otro sitio porque el cuarto estaba reservado para otra persona que lo iba a alquilar.

—No aparezcas por la tienda —le dijo el Moro y escuchó un suspiro que venía del otro teléfono.

Luego marcó el número de Kokito: «El teléfono al que usted llama está apagado o fuera de cobertura».

Probó unas cuantas veces más en el camino de vuelta con el mismo resultado.

«Este cabrón ha cogido la pasta y se ha largado a tomar por saco».

Llamó a Txaski muchas veces. Sin éxito.

No pensaba aclararle a Txaski nada de su paso por la cárcel. Le diría que la Ertzaintza lo quería liar. ¿Quién podría suponer que se iba a descubrir que no estuvo en el trullo a raíz de lo de Larache? ¿Cómo iba a explicar que había pactado con los moros dejar fuera del negocio a sus dos compañeros de viaje? Eso o nada, le plantearon. Y mejor el 50 % que nada, claro estaba. La mitad de lo que Txaski había puesto. El acuerdo era que la policía los detendría y los mandarían a casa con una patada en el culo. Los polis ya sabían que el único delito que habían cometido aquellos imbéciles era el de la ingenuidad. Nadie podría ser encarcelado por llevar en

un taxi unos sacos de castañas pilongas o cosa por el estilo. Los otros no, pero el Moro se daba cuenta de que los policías no se podían aguantar la risa. Y luego todo se complicó. Txaski salió corriendo, al Marrajo lo sacó del lío su familia y él..., ¿qué podría contar él? ¿Decir que lo soltaron sin más? Pues no. Los dos años que pasó por allí, haciendo negocios con lo que le había tocado en el reparto, los convirtió en estancia en las cárceles marroquíes. Y avisó a sus amigos para que dijeran, si alguien les preguntaba, que seguía con su periplo por el Magreb, tras las huellas del Moro Vizcaíno. Lo que, por otra parte, no dejaba de ser cierto. Hizo muchas relaciones. *Allahu akbar.* Una pena que dos años después lo pillaran en Ayamonte... Si Txaski se enteraba de la verdad... Peor aún, si el Marrajo llegara a conocerla...

Marcó el número de Nerea.

—Dime, Moro.

Menos mal que había alguien disponible.

—Hola, Nere. ¿Qué tal estás?

—Pues ya ves. De cuarentena.

A Nerea se le notaba la voz tomada.

—¡No jodas! ¿Tú también?

—Lo que te digo.

Y estaba vacunada con las dos dosis. El Moro le recordó lo que opinaba él de las vacunas y ella le pidió que cortara el rollo y que algo harían, pues estaba casi asintomática.

—¿Tienes noticias de Txaskito?

Aprovechó para llevar la conversación al terreno que le interesaba.

—¿No has estado con él?

—Hace un par de semanas o más que no le veo.

El Moro se había sentado en un banco mirando a la bahía para quitarse el sofoco. Cerca del rompeolas de Astondo podía ver cómo el velero, que solían utilizar los buzos, se balanceaba movido por pequeñas olas.

—Pues se ha ido a La Rochelle.

—¿Txaski, a La Rochelle? ¿A qué coño ha ido a La Rochelle?

Si Nerea hubiera podido ver la cara del Moro, habría pensado que estaba enfermo. Pálido, con la mirada errática. Un perro que paseaba alejado de su amo se le paró delante. Daba la impresión, por la cara de preocupación con que el chucho lo observaba, que, de haber podido, hubiera llamado a una ambulancia.

—Bueno, te lo diré, pero no le digas que yo te lo he contado: a encargar un velero.

—¿Un velero?

—Lo que oyes.

—Primera noticia; lo que es a mí, no me ha comentado nada.

El Moro soltó una patada al perro, que con un salto regresó hacia donde estaba su dueño.

—Ya sabes cómo es. Le gusta sorprender. A mí me llamó hace un par de días para pedirme que lo acompañara, pero como estoy con el bicho...

—¿Un velero nuevo?

—Sí, sí.

—¿Y de dónde coño ha sacado la pasta?

—Ni idea. No soy nada curiosa.

El Moro no sabía qué más preguntar. Como muchas veces hacía, salió por la tangente. Le dijo que en nada la veía en la Polinesia y ella, medio en serio, respondió que solo distinguía lo que podía palpar.

—Ya, ya. Oye, Nere, si hablas con él, dile que me llame, ¿vale? Y cuídate, guapa.

—Lo mismo.

¡La madre que parió al Txaski de las pelotas! Se iba a La Rochelle y era capaz de volver con un velero. El más tonto del lugar sabía que dos más dos eran cuatro. Que, aunque la poli estuviera en el limbo, los tiburones estaban de patrulla, dispuestos a recuperar una merca

que había atravesado medio mundo para que un aprovechado que pasaba por allí arramplara con ella para darse un caprichito.

Ahora no tenía dudas. Txaski lo había enredado con la farlopa de Kokito mientras colocaba el resto a algún mayorista con muchos posibles.

«¡Hay que ser idiota! Llamar la atención de esa manera suponiendo que tiene la coartada perfecta».

Estaba condenado. El Marrajo se iba a encargar de que le arrancaran el hígado y el corazón. Y no iba a permitir que Txaski lo arrastrara a su destino y que le hicieran masticar sus vísceras antes de que el tal Feodor le dejara sin dentadura. Y sin dedos.

50. La balandra

Una balandra Jeanneau tipo Odissey 410 de 12.34 metros de eslora, en fibra de vidrio, se deslizaba con elegancia por el Cantábrico. Venía de La Rochelle rumbo a Plentzia.

Txaski había contratado a un marinero francés para que lo ayudara a gobernar el velero y a entender los secretos de su manejo.

Cuando pasó frente al acantilado de Sakone, no sintió alegría ni la satisfacción que esperaba. Solo aprensión y recelo. Sobre todo, miedo.

Se repetía una y mil veces que el escondite era inexpugnable. Sin embargo, al tiempo, acechaba casi a diario la cascada de Uredariona y todos los rincones que rodeaban el acantilado con mirada de relojero. De cuando en cuando, aparecían barranquistas descendiendo a rapel, desde la poza, donde nacía el salto, hasta la rasa mareal, para luego nadar a embarcaciones que los recogían a unas decenas de metros de la orilla. La cascada parecía un recurso turístico de una empresa de aventuras.

En verdad, había gente para todo. De la misma forma que a alguien se le ocurrió instalar una cuerda hasta la cumbre de la isla del Fraile, podrían existir otros chalados a los que les diera por explorar todos los recovecos del Cantábrico. Cierto que había cientos de cuevas y la inmensa mayoría carentes del mínimo interés, pero quien se metía a explorador primero investigaba y luego escribía en su blog que el lugar no merecía la pena.

Si tropezaban con la cocaína, estaría en el ojo del huracán. Era un punto de conexión. Bastante evidente, además.

Algunas veces se convencía de lo contrario.

Se acercaba a la isla del Fraile y las pesadillas de los dos últimos meses iban tomando cuerpo.

Los perros estaban lejos, pero, en su cabeza, escuchaba los ladridos y se imaginaba a la Ertzaintza llamando a la puerta.

¿Dónde terminaba el delirio y empezaba la realidad? Su mente era un revoltijo de imágenes en las que la fantasía y el pánico se habían instalado, mezclados a partes iguales.

Ya no era capaz de distinguir con claridad lo que sucedió los últimos días en la isla; de separar lo real de las alucinaciones. Solo había una cosa cierta: la cocaína.

51. Borrado

Jimi el Marrajo sentía que el peligro lo rondaba cada vez más de cerca. No dudaba de que si Feodor interrogaba a Loli le iba a sacar información que ni ella misma recordaba. El primero en salir a escena sería el Moro. Acto seguido, lo agarrarían y le arrancarían la dentadura y los ojos si era necesario. A la primera muela, el Moro les contaría la operación de pe a pa, atribuyéndole a él toda la responsabilidad. Llegados a este punto, estaba muerto. Muerto después de haberse quedado sin manos, ni pies ni lengua... Ya sabía lo que le vendría encima. Y, aunque lo crucificaran, no podría confesar dónde estaba el alijo, porque no tenía ni idea.

No le quedaba mucho tiempo.

Se presentó en Vitoria varias veces, a últimos de diciembre y primeros de enero, con el único objetivo de darle a Loli el «pasaporte» antes de que la atrapara Feodor.

No esperaba encontrar un cartel que anunciaba el cierre por COVID. El aviso seguía allí todas las veces que se acercó al videoclub.

Bueno, de lo malo..., tampoco la pillaría el ruso. Al menos, de momento.

Había pasado por Sakone, en dos ocasiones, para visitar a Txaski y tener con él una conversación a fondo, pero el tío no daba señales de vida. En la playa de Bakio, nadie le pudo dar información sobre Kokito. Llevaba tiempo fuera, le dijeron. Daba la impresión de que todo el mundo se le escurría entre las manos.

Tenía que dar, al menos, con el Moro. Concertar una cita, cara a cara. Sin Feodor, por supuesto.

Esperaba que no se hubiera evaporado también.

Esta vez hubo suerte.

Quedaron en que el Moro lo recogería en Bilbao. En la entrada del *parking* de la Alhóndiga a las siete de la tarde.

—Ayer iba para Galdakao y me quedé tirado con la moto. Me fui por Artxanda porque en Bilbao me encontré con todo el lío de la cabalgata de Reyes y salí por arriba. Tengo que llevar un bidón de gasolina.

Era verdad. Había quedado en el almacén de Galdakao con Vasili y, de pronto, se le paró la moto. No tenía combustible. La culpa era de Feodor, que la utilizaba y no se preocupaba de llenar el depósito. No quiso llamar a un taxi y tuvo que desandar a pie el camino de vuelta a Bilbao. Al final, avisó de que no llegaría a la reunión. No sabía para qué lo había citado el jefe, pero le daba mala espina. Quedaron en convocarlo de nuevo. Esta vez tendría que ir con los deberes hechos.

Pararon el coche en el Vivero, al fondo de un aparcamiento muy frecuentado los fines de semana, pero totalmente vacío en ese momento. Estaba muy oscuro. Allí al lado se hallaba la moto.

El Marrajo daba la impresión de estar relajado. El Moro tenía cara de cansancio.

—Llevo quince días esperando a que me digas si has estado con el Kokito ese y le has propuesto comprarle toda la coca. Me estás dando el esquinazo, Morito.

—No es verdad. Te prometo que le he estado buscando debajo de las piedras y el tío ha desaparecido. Alguien me ha dicho que a lo mejor se ha ido a Indonesia a surfear.

—Y habrá ido hasta allí a dedo. —El Marrajo ya sabía que el surfista se había esfumado—. Parece que le van bien los negocios, ¿no?

—Eso parece.

—¿Y Txaski? ¿Dónde se ha metido tu amigo el rumano? He pasado varias veces por su caserío y allí no hay nadie. Bueno, están los

perros. ¿Sigues llevándoles tú la comida, Moro?

—Tampoco le encuentro. Y no me coge el móvil. Pero te voy a contar una cosa. Es nueva.

La oscuridad era completa. Con las luces apagadas, apenas se distinguían las caras.

—¿Nueva? A ver con qué me sorprendes, Morito.

El Marrajo tenía la espalda apoyada contra la puerta del copiloto y miraba de frente al Moro. Este, por su parte, no perdía de vista el volante.

—Txaski se ha comprado un barco en La Rochelle.

El Marrajo pegó un salto en el asiento como si hubiera recibido un calambrazo. Blasfemó varias veces con juramentos que al Moro le sonaban tan brutales como desconocidos.

Luego, más calmado, dijo que siempre había pensado que el rumano era raro de narices, pero no suponía que fuera tan subnormal.

—Vamos, de traca el tío. ¿Y cómo va a justificar ese cabronazo de dónde ha sacado la pasta? —dijo el Marrajo.

—¿Con Hacienda dices?

—¡Qué Hacienda ni qué hostias! Conmigo. O con Feodor.

—Te repito que no he conseguido hablar con él —dijo el Moro negando con la cabeza.

—Pero ¿está chalado o qué? Vamos, chalado sí que está, pero hasta el punto de ponerse la soga al cuello.

—No me digas lo que le pasa por la cabeza. Se ha sentido acosado por la Ertzaintza. Ya sabes la historia de la policía que tuvo el accidente en su caserío. Yo creo que está bastante tocado. No piensa en otra cosa que en largarse a la Polinesia.

—Tocado, sí. Pero haciendo caja con la droga que se llevó de la isla, el muy hijo de puta. ¿A quién coño se la habrá vendido?

—La verdad es que no tengo ni idea. Se lo ha currado él solito. Muy zorro el tío.

—¿Zorro? ¿Y va y se compra un barco? Eso no se le ocurre ni al más tonto del mundo.

—¿Y qué hacemos?

—Tú, nada. Voy a estar de guardia todo el puto día delante de su casa —dijo el Marrajo—. ¿Tú piensas que se habrá largado dejando los perros allí?

—Juraría que no. Adora a esos bichos. Por cierto, otra cosa —el Moro tomó aire y miró a su acompañante—, el otro día me crucé en Zabalburu con el tipejo aquel que estaba contigo en el Palomar. Se hizo el despistado, pero estoy seguro de que me reconoció. Salí pitando. No sé, a lo mejor me estaba siguiendo. ¿No lo puedes parar?

El Marrajo se quedó pensativo: ¿se había cruzado con Feodor? No era imposible. Podría ser que el ruso hubiera llegado a Zabalburu dando un paseo; estaba a unos minutos de la casa que utilizaban en la calle San Francisco. ¿Una coincidencia? Sería la segunda casualidad en que pillaba al ruso. Si echaban mano al Moro, estaba muerto. ¿Tendría Feodor el encargo de seguirlo? No quería creerlo. ¿Quién conocía su relación con el Moro? Tampoco entendía por qué Feodor, con menos iniciativa que un pollo, se había presentado en la cafetería de Portugalete desobedeciendo sus órdenes. De pronto, una idea se le encendió como una bombilla: ¿se le habrían anticipado en Vitoria? ¿Habrían agarrado a la tipa del videoclub y el cartel de cerrado por COVID lo pusieron ellos? Entró en pánico. Si agarraban al Moro...

—Claro que lo puedo parar. Tú tranquilo.

Sacó con disimulo su pistola y disparó al Moro dos veces. En la sien y la oreja derecha.

El Moro, cuando su cabeza golpeó el volante, todavía seguía con cara de sorpresa.

—Eras tú o yo, Morito.

Jimi el Marrajo estaba convencido de que había matado a su compinche en defensa propia. De que no tenía otra salida. Liquidarlo era una forma sencilla y radical de resolver el problema, de cerrar las puertas. Su socio era el camino de su perdición.

Lo único importante ahora era que no lo pillaran por lo que acababa de hacer. Tenía que rematar bien la faena.

Sacó el bidón de gasolina y rellenó el depósito de la moto; el resto lo vertió dentro del coche. Luego abrió el depósito y metió un trozo del jersey del Moro. Lo empapó y lo volvió a introducir como una mecha larga. Arrancó la moto. Luego, ya en marcha, prendió el fuego.

A lo lejos, desde el retrovisor, observó a sus espaldas las llamas que iluminaban el fondo del aparcamiento.

Bajó por la carretera del Vivero y se dirigió a la carretera comarcal que une Lezama con Sondika, sin utilizar la autovía del corredor del Txorierri. Luego tomó el puente de Rontegi y entró en Bilbao por Zabalburu. Si revisaban las cámaras de las carreteras, a su moto no la iban a pillar tan fácil.

Cuando llegó a Bilbao, eran las diez de la noche. Llovía. No había gente por la calle. En el puente de la Ribera, se aseguró de que no hubiera testigos. Luego, según caminaba, tiró el arma a la ría. No era la primera vez que hacía algo parecido. La pistola no era la Glock que le había entregado la Compañía y que guardaba en su vivienda. Era una Beretta Nano de 9 mm que le regaló un polaco al que le perdonaron la vida a cambio de información. En casa, se quitó la ropa y las zapatillas. Irían al contenedor en bolsas de basura. Luego se dio una ducha. Feodor todavía no había llegado. Al parecer, seguía por Vitoria-Gasteiz o dondequiera que anduviera.

El Moro ya estaba borrado. Improvisado como fue, le había salido de puta madre, presumía Jimi mientras volvía de sacar la basura.

Esa noche durmió a pierna suelta. Ya nada lo conectaba con la organización del vuelco.

52. El Bounty en Plentzia

Como era de suponer, el velero que trajo Txaski de La Rochelle no pasó desapercibido. Nadie relacionó el nombre, Bounty, hasta varios días después, con el navío inglés que había inspirado libros y películas, como *Rebelión a bordo,* que tanto entusiasmó a Txaski en su niñez.

Presentó la embarcación en sociedad en el puerto de Plentzia, en un atraque que le había prestado un conocido que esa temporada tenía su lancha en tierra haciendo unas reparaciones. Muchos curiosos se detenían para observar el velero y también al tipo de aspecto nórdico que se dedicaba a limpiar una cubierta que parecía impoluta. Bastantes ya lo conocían.

Estaba convencido de que el velero llamaría la atención y que pronto llegaría su compra a los oídos de la Ertzaintza. No habían pasado cuarenta y ocho horas, cuando observó la presencia del suboficial Ortega y la agente Arruza en el muelle.

Ertzainas del puesto de Plentzia habían advertido a los del Servicio de Investigación Criminal de la novedad. Arruza y Ortega dudaron, en primera instancia, entre llamarlo a la comisaría o hacerle una visita. En principio, no tenían argumentos para enviarle una citación y preguntarle a bocajarro de dónde había sacado aquel pedazo de barco. Decidieron pasarse por el puerto; si percibían algo extraño, ya lo emplazarían a declarar en la debida forma.

Los policías se acercaron al yate.

—Bonito cacharro —observó el suboficial Ortega desde el pantalán —. A mí me encantan los veleros.

Txaski estaba en la cubierta, ocupado en alguna tarea que no se apreciaba con claridad.

—A lo mejor no te importa que echemos un vistazo —continuó Ortega—. La verdad es que tenemos pocas oportunidades de ver una maravilla de estas de cerca.

Txaski trató de poner cara de fastidio. No le costaba demasiado.

—No me importa. Lo acabo de estrenar.

Las virtudes del exterior se apreciaban a la vista, pero el interior escondía las comodidades de un apartamento: cocina y tres habitaciones, todo forrado en madera clara. El camarote de proa parecía una pequeña *suite.*

—Acojonante —dijo Ortega con camaradería—. Seguro que no es barato, ¿a que no? —No escondía sus intenciones detrás de la retórica.

—¿Las cosas son baratas o caras? Eso depende. Lo que es bueno tiene su precio y resulta barato o caro si se compara con algo parecido.

Txaski estaba dispuesto a darle cuerda al suboficial.

—Vale. Lo que quiero decir es que te habrá costado una pasta gansa.

—Tiene su precio.

El de Sakone disfrutaba con el juego.

—A mí me parece demasiado ostentoso para andar dando vueltas por aquí —intervino Arruza.

—Eso es cosa de cada uno. Si se quieren hacer viajes largos, hay que estar bien preparado. De lo contrario, la aventura se convierte en un suplicio —dijo Txaski.

La gente se había acercado hasta los muelles para curiosear la embarcación y lo que se traían aquellos tres. Los *ertzainas* iban de paisano y no frecuentaban Plentzia. Se supondría que eran colegas.

—¿Piensas hacer un viaje? —preguntó Ortega.

—Llevo toda la vida pensándolo. Ahora ha surgido la oportunidad.

Txaski manejaba una fregona que limpiaba manchas inexistentes.

—No me digas que te ha tocado la lotería... —El suboficial puso la directa.

—No juego a la lotería.

Ortega continuó con preguntas, cada vez más evidentes de sus intenciones, referidas a cómo había podido pagar aquel velerazo. Si lo había comprado a crédito, si alguien le prestó el dinero...

Txaski miró hacia la gente que observaba desde lejos y demoró un tanto la respuesta.

—Para nada. Ni créditos ni préstamos. A tocateja. Siempre se obtiene alguna rebaja.

—Oye, entre nosotros, que sepamos, no pegas un palo al agua, ¿de dónde coño has sacado todo ese pastizal? —El *ertzaina* adoptó un tono cercano a la provocación.

—¿Cómo dice? ¿Y eso a quién le importa? Tengo la factura con su IVA. No lo he robado, si es eso lo que insinúa.

Ya sabía Txaski que Ortega no estaba suponiendo que lo hubiera afanado por ahí.

—No. No es eso. Pregunto, si no es indiscreción, de dónde has sacado el dinero. ¿No me dirás que tenías ahorros?

—Sí, es indiscreción. No veo por qué tengo que contarle a usted de dónde saco o dejo de sacar el dinero. ¿Acaso son de Hacienda o así? Bueno, no creo que sean de Hacienda; si lo fueran, no necesitarían preguntarme.

La agente Arruza intervino para calmar un tanto la conversación que amenazaba con terminar en aquel momento. Le aclaró que tenía razón; podrían preguntar en Hacienda y dedicar un tiempo a investigar sus finanzas, pero para ello necesitaban una orden judicial. Era más práctico que él aclarara las cosas sin tener que embrollar más el asunto.

—¿A investigar mis finanzas? Pero ¡por quién me toman! No entiendo a qué viene este numerito. He sido tan estúpido de

suponer que pasaban por aquí y que les había llamado la atención el barco y resulta que quieren enterarse de cómo lo he pagado. Me estoy cabreando, ¿saben? —Txaski esperaba no pasarse haciendo teatro.

La *ertzaina* quiso quitar hierro a la deriva que tomaba el diálogo convertido en un interrogatorio, en un lugar inadecuado.

—Disculpa, Álex. No queremos ofenderte. No estamos aquí por casualidad. Resulta que hemos venido porque nos hemos enterado de que te has comprado un supervelero y queríamos charlar contigo. Con las cartas encima de la mesa. Ya sabes que nosotros investigamos la desaparición de Koldo y de Padraig. Y tenemos la sospecha de que en este asunto hay un trasfondo... que se está rastreando.

—¿Un trasfondo? —dijo Txaski.

—Sí. Puede que algo relacionado con el tráfico de drogas. Hay gente que hace preguntas impertinentes, otros que dan informaciones. En fin, tenemos que atar todos los cabos. Y, de repente, apareces tú con el velerazo este. Es lógico que nos preguntemos cómo, de pronto, te has convertido en un potentado.

—¿Cómo que de pronto?

—Sí, de repente —dijo Ortega.

—De eso nada. Yo tengo dinero de mi familia.

—¿De tu familia? —repitió el suboficial.

—Eso he dicho.

—¿De qué familia? —Ortega no parecía convencido de la respuesta.

—De mi abuelo. Y ya está.

—Ah, ¿sí? —El suboficial continuaba con las preguntas en plena cubierta del barco—. ¿Tú crees que con decir «ya está» nos convences?

—Usted, oficial o lo que sea, me resulta muy impertinente. Le exijo que me trate con respeto. Suelta con retintín un «ah, ¿sí?», que, al

parecer, se lo permite la placa que lleva en la cartera. Pues mire, señor, la respuesta es sí.

Ortega se retiró de la primera línea para que Arruza siguiera con la conversación.

—No es por nada. Es porque choca que, siendo una persona adinerada, vivas en un caserío apartado, al borde de un acantilado, y lleves una vida de monje.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de malo? A mí me gusta Sakone. Más que ningún otro sitio.

Salvo la Polinesia, iba a decir, pero se abstuvo.

—No le pega a un joven como tú vivir confinado.

—Vaya, ahora me va a dar consejos de cómo vivir. Escúchenme bien, para que no me acaben torturando hasta que confiese de dónde he sacado el dinero, ¿quiere ver el testamento de mi abuelo?

—Si no es molestia. —«Y aunque lo fuera», se contuvo la agente.

Txaski sacó el móvil y abrió un documento.

—Aquí lo tienen todo. Léalo usted, que me toma por no sé qué.

Se metieron en el interior del velero.

Txaski entregó el móvil para que Ortega viera el PDF. El suboficial lo leyó en voz alta. Fondos de inversión, acciones, un piso de trescientos metros en Bilbao, otro en Las Arenas..., en fin.

—Oye, no te pido disculpas por haber puesto en tela de juicio tus finanzas. Es nuestra obligación dudar de todo. Creo que nadie sabe que eres millonario. —El suboficial no podía disimular su asombro. O su desilusión.

—¿Y por qué se tienen que enterar? ¿Para que me secuestren?

—No se entiende cómo te metiste en esa historia de la isla del Fraile, a jugarte el pellejo, teniendo no una, sino varias vidas resueltas —dijo Ortega.

—Cada uno tiene sus razones. Le voy a explicar las mías y no lo repetiré, ¿vale? Lo hice para demostrar a Koldo y a Paddy que yo era un tipo capaz de aguantar el peligro, el riesgo. Que estaba

preparado para asumir los contratiempos de una travesía larga en el mar. Quería que me acompañaran a la Polinesia. Era la mejor tripulación posible para este barco.

—¿Con los dos? —preguntó la agente.

—Sí, con los dos. Si ellos hubieran querido, con los dos. O con uno.

—¿Si hubiera tenido que elegir a uno?

Txaski guardó silencio por un momento.

—Si se hubiese dado ese caso, mejor que hubieran elegido ellos.

Ya estaba harto de aquella pareja de metomentodos.

El oficial y su ayudante abandonaron los pantalanes y se dirigieron al bar Plentzia a tomar un café.

—Estamos como al principio —comentó Ortega mientras pedía unos cortados.

—Tampoco es eso. Vamos a ver si se confirma la identificación del cadáver de Artxanda, pero me juego mil a uno que se trata del Moro. Es su coche y a él no lo localizan.

Nada de esto habían comentado con Txaski. La investigación era reservada.

Arruza llevaba muchas noches perdidas dando vueltas a las distintas opciones que manejaban. Se estaba obsesionando con el asunto. Por otra parte, solo tenía que preocuparse de la investigación. Su madre había vuelto a casa y se recuperaba de la neumonía, lentamente, pero avanzaba.

—Lo que parece claro es que este Txaski no tenía necesidad de jugarse el pescuezo —dijo Ortega.

—A mí el tipo me resulta muy extraño. Por muchas razones. Tengo la impresión de que estaba deseando enseñarnos el testamento de su abuelo.

—Lo que tú quieras, pero no necesita traficar con droga para vivir como un marqués de los de antes. —El suboficial se limitaba a los hechos—. No tenemos nada contra él.

—Cierto. Aunque me huele que no todo es tan diáfano como nos quiere dar a entender.

Salieron del bar y Txaski seguía en cubierta del velero, sacándole brillo al brillo.

53. Una visita inesperada

Los perros anunciaban con sus ladridos que alguien merodeaba por los alrededores. Apagó la luz del salón y miró por la ventana. Era noche cerrada y la entrada estaba iluminada por dos pequeños faroles que permanecían encendidos hasta que Txaski se acostaba. No se veía ningún vehículo en las inmediaciones. De pronto, advirtió que una sombra se acercaba a la puerta de la casa. Cuando estuvo más cerca, la pudo apreciar mejor y se quedó pasmado con la visita.

Había llegado hasta Bakio en transporte público y de allí a Sakone, andando. Nadie paraba haciendo autostop, dijo Loli. Venía empapada de la lluvia.

—Necesito esconderme unos días, Txaski. Estoy muerta de miedo.

Txaski, al principio, parecía desconcertado. Luego, el desconcierto cedió a la irritación. ¿A qué coño iba allí?

Loli temblaba. Y no solo era de frío. Se quitó la ropa mojada y, cubierta con una manta, se acercó a la chimenea.

Txaski no tuvo más remedio que escuchar los lamentos de la chica, la ristra de problemas que habían transformado a la alegre indiscreta que conoció unas semanas antes en una réplica mustia de sí misma.

Empezó con explicaciones generales y acabó contando, con toda suerte de detalles, su relación con el Moro, la cara B del negocio del videoclub, la distribución de coca y de champú para perros, el tiroteo, las amenazas que la angustiaban.

—En resumen, en mi vida las he pasado tan canutas. —Loli tan pronto se metía en el fuego como se echaba hacia atrás—. Ayer me acerqué al videoclub para sacar algunas cosas y Abdalá, un tendero vecino, me dijo que todos los días había gente rara mirando mi

tienda. Le llamaron la atención uno pequeño y luego, varias veces, un gigante con pinta de matarife. Ya sé quiénes son, Txaski: asesinos. Vienen a por mí y no sé por qué.

Txaski se quedó paralizado. Loli vendía la cocaína que el Moro le suministraba. La de Kokito. ¿Qué era lo que buscaban aquellos tipos que tenían a Loli acojonada? No parecía normal que por un camelleo de farlopa en un videoclub se hubiera montado una movida semejante. ¿De qué hilos tiraban?

Eran muy malas noticias. De Loli se llegaba al Moro. Del Moro a Kokito y de este... Tal vez, del Moro directamente a él.

—¿Y qué quieres que haga yo, eh?

—Necesito esconderme una temporada. Y no tengo adónde ir, Txaskito. —Otra vez con lo de Txaskito—. Una amiga me ha dejado una habitación durante unos días, pero ahora la tiene ocupada y, desde luego, por mi casa no aparezco.

—¿No habrás pensado quedarte a vivir aquí? —La voz de Txaski reflejaba alarma. Aquella chica era capaz de soñar despierta.

—No. Mira, tengo previsto marcharme a Benavente. Allí vive una hermana de mi padre. Pero hay un problema, porque está en una residencia en Gasteiz y tenemos que encontrar algo similar en Zamora. Es complicado. Creo que la tía, que es viuda, nos acogerá, pero hay que esperar a ver qué pasa con lo de la residencia. No quisiera soltarle de sopetón que nos vamos a meter en su casa. —Loli le dio una buena chapa con el lío familiar.

—Aquí no puedes estar. Esta noche te quedas, pero mañana te vas. Van a venir unos amigos y...

Txaski se arrepintió de haber mencionado a los supuestos amigos. No tenía por qué darle ninguna explicación a la intrusa.

—Oye, no dejes que esos asesinos me cojan. Te lo pido, por favor, Txaski.

A Loli se le escaparon unos lagrimones que algún efecto debieron de causar, porque el dueño de la casa cedió un poco:

—Te he dicho que mañana te vas. Si no es mañana, pasado te quiero ver fuera de aquí. Ya tengo bastantes problemas. Llámale al Moro y que te venga él a recoger.

—Tiene el teléfono apagado o fuera de cobertura. Y no permite dejar mensajes.

Txaski supuso que, a la vista de lo que la chica le contaba, el Moro se había largado a tomar el aire y, como era su costumbre, sin dejar pistas.

—Voy a intentar contactar con mi tía y a ver si soluciono el problema. Lo seguro es que a mí no me pillan por Vitoria.

Tampoco a Txaski le interesaba que echaran el guante a Loli.

—¿Tienes pasta?

—Algo llevo, sí.

Loli se había quedado con el dinero recibido por los DVD con premio, sin liquidar con el Moro.

—Ahí tienes la nevera. Come lo que te parezca. Y luego te metes en la habitación del abuelo y no sales para nada. Repito, ahí dentro, pase lo que pase.

Txaski tenía un mal presentimiento: aquella visita le iba a complicar la vida.

***

Txaski no podía dormir. Tenía que deshacerse de la coca o dejarla en la cueva para siempre y largarse cuanto antes. Lo que Loli le contó era muy preocupante. Había gente peligrosa siguiendo el rastro de la droga. Y no unos cualesquiera.

En algún momento, tuvo la esperanza de que los dueños del alijo se hicieran a la idea de que los buzos se la llevaron y, por lo que fuera, se había desparramado en el mar. Los fardos aparecidos en las playas podrían ofrecer una explicación a lo sucedido.

Ya sabía que los narcos buscaban la cocaína y, de alguna misteriosa manera, dieron con Loli.

Era curioso, pero se había llegado a despreocupar de los dueños de la coca. Suponía que él estaba a salvo de sospechas. No en vano lo rescataron medio muerto de la isla y, además, no había tocado siquiera la que tenía amontonada en la cueva.

Kokito, el Moro y Loli eran los hilos de los que podrían tirar. ¿Lo podrían vincular con aquel trío? Quién sabía. Con el surfista de Bakio sí, pero solo por haberle puesto en contacto con el Moro.

Aquella noche ya empezó a temer más a los narcos que a la Ertzaintza.

Durmió poco y mal y se despertó con una sorpresa espantosa. Desde que volvió de la isla, tenía la costumbre de poner el informativo de Radio Euskadi a las ocho de la mañana. Lo que escuchó lo dejó nocaut. El cadáver calcinado aparecido en Artxanda en el interior de un automóvil, tres días antes, había sido identificado. Aunque el vehículo estaba a su nombre, tuvieron que esperar a contrastar su radiografía dental para confirmar la noticia. El muerto era Peru Mendieta Gamboa y, según los primeros datos, le metieron dos balazos en la cabeza. El suicidio estaba descartado.

Txaski sintió que el cuerpo se le paralizaba. ¡¿Habían matado al Moro?! ¿Por qué? ¿Tendría algo que ver con la cocaína de Kokito?, ¿con lo que Loli le había contado? ¿Quiénes eran los asesinos?

Tenía que largarse. A la Polinesia o a cualquier parte. Pero ¡ya! Se llevaría a Nerea, aunque estuviera infectada de COVID. Seguro que ya habría pasado la cuarentena.

La droga la dejaría donde estaba. Mejor sitio no iba a localizar. Y si alguien daba con ella, mala suerte.

Entró en la habitación del abuelo y encontró a Loli tumbada encima de la cama. No hizo falta que le preguntara si conocía la noticia. Parecía un cadáver. No era fácil apreciar si estaba muerta o solo se

había desmayado. O acaso cerraba los ojos para no ver la que le venía encima.

Txaski había llamado a Nerea varias veces para pedirle, casi rogarle, que se preparara para salir de viaje y de que se informara de los requisitos de vacunación que se exigían a los navegantes en los distintos posibles destinos. Irían los dos solos.

Nerea parecía aturdida, sin capacidad de reacción, y, aunque no dijo que sí, tampoco dijo que no. Y eso, Txaski lo convirtió en una decisión positiva: iría con él.

Nerea se preguntaba en qué líos estaría metido su amigo Peru. Txaski no tenía respuestas. No podía creer que se lo hubieran cargado por medio kilo de coca que había puesto en circulación. Claro que ese dato Nerea lo desconocía.

—Ya te lo contaré más despacio, pero de cuestiones de pasta no hay que preocuparse. Tengo la herencia de mi abuelo.

Algo más tarde, Nerea ya estaba liderando los preparativos para zarpar. Intuía que, si se habían cargado al Moro, lo mismo les pudo suceder a los buzos. No sabía ni cómo ni por qué, pero barruntaba que Txaski podría estar en peligro.

El problema era que Loli no quería salir de Sakone. No pensaba moverse. Llegado el caso, la tendría que sacar a la fuerza. Y a ver cómo. Seguía hablando con su tía, la de Benavente. No se atrevía a decirle que iba a llevar a su padre con ella y que, si no encontraban alguna residencia, tendría que quedarse en su casa. Le daba miedo recibir un no que le cerrara todas las puertas.

—¿Has concretado algo con tu tía sobre el asilo?

—Estoy en ello. Hoy mismo tiene cita en un hogar para personas mayores —respondió Loli y añadió que la palabra «asilo» no le gustaba.

Lo primero era deshacerse de Loli y llevar a los *cane corsi* a un hotel para perros. Ya tenía previsto el lugar que más crédito le merecía.

En esas estaba, cuando escuchó el ruido de una motocicleta que llegaba casi hasta el portal. Los perros ladraban con furia. Desde la ventana observó que de la moto bajaban dos tipos con las caras ocultas por cascos.

Golpearon la puerta con suavidad.

Una pena no haber soltado los perros, pensó.

¿Abría o no abría? Tampoco podía ocultarse. A nada que miraran, encontrarían su escúter y la furgoneta.

—¿Quién es? —Trató de que su voz sonara firme.

—Hola, Txaski. Soy Jaime Barandiarán, Jimi el Marrajo. Quiero hablar un par de minutos contigo.

Txaski sintió varias punzadas en el bajo vientre. Aquella visita sí que era inesperada. Hacía veinte años que no se veían. Desde lo de Larache. Seguro que no vendría a reclamarle por lo del velero a esas alturas.

La descripción de los recién llegados encajaba con la que Loli había hecho de sus acosadores. Lo que faltaba era que, si se trataba de ellos, la encontraran allí. ¿Estaba el Marrajo metido en aquel lío? Era para volverse loco.

Abrió la puerta y los dos hombres entraron en la casa. Cuando se despojaron de los cascos, le pareció que Jimi había envejecido mucho. Tenía una facha horrible. El otro era un mastodonte de aspecto patibulario. La cosa no pintaba nada bien.

—Vaya sorpresa. Había oído que estabas asentado en Cádiz o por allí. —Txaski quería aparentar serenidad.

—Ya ves, la tierra tira mucho. —El Marrajo observaba el salón con calma—. Oye, tienes una choza cojonuda, ¿eh?

—¿Te parece? Era de mi abuelo. Yo siempre he vivido aquí. —Txaski no perdía de vista al gigante que acompañaba a su antiguo conocido—. Y bien, tú dirás, a qué se debe la visita.

—Estoy recuperando viejas amistades —dijo el Marrajo.

A Txaski le vino a la cabeza la muerte del Moro. ¿Estaba recuperando antiguas amistades?

—Pues aquí me tienes. Donde siempre. Si te puedo ayudar en algo...

—A lo mejor sí. Me han dicho que te has comprado un velero de la leche.

—No está mal.

¿Otro que le iba a preguntar de dónde había sacado el dinero?

—Hace veinte años ya andabas buscando pasta para comprar un velero y largarte a tomar por culo, a Oceanía o Australia —dijo el Marrajo.

—No me he quitado la idea de la cabeza.

—Ya. Y has tenido un golpe de suerte.

El Marrajo soltó su risita de conejo que resultaba tan repulsiva para el común de los mortales.

—¿De suerte? —Txaski ya no tenía dudas de por dónde iba el cuestionario.

—Te has hecho con un pastón, ¿o no? —El Marrajo recorría con la vista el salón y la ventana que daba al jardín.

—Sí. La herencia de mi abuelo.

Hubiera deseado ser más cortante, decir que a él qué coño le importaba. Si no lo hizo fue por el susto que llevaba encima.

—Joder, qué folla, tú. Mira, Feodor, la herencia del abuelo dice el tío y se queda tan fresco. ¿A ti qué te parece?

Feodor no movía un músculo de la cara.

—Oye, Marrajo, a ti lo de mi herencia ni te va ni te viene.

Intentó recuperar la compostura.

—Para nada. Un detalle sin importancia. Pero si eres rico no tendrás inconveniente en devolvernos la coca. —Jimi el Marrajo hizo gala de su mejor pose de macarra.

—¿La coca? ¿De qué coca me hablas?

—La que te llevaste de la isla, con tu amigo Kokito. —El Marrajo se volvió hacia la ventana dando la espalda a Txaski.

Ya estaba. El Moro. Les contó su relación con el surfista de Bakio y el Marrajo había llegado a la conclusión de que Kokito, o bien era una pantalla de Txaski, o bien, tal vez, su socio. El Moro o Kokito, o ambos, lo había comprometido.

—¿De dónde sacas esa chorrada?

—Oye tú, no estoy para bromas. —El Marrajo hablaba sin alterarse. Llevaba la conversación como si charlara con un antiguo amigo de un tema intrascendente.

—Mira, Jimi, te prometo que no tengo nada que ver con ese tema. Yo no soy traficante. Lo debías de saber, ya que estás al corriente de todo.

—¡Tócate los cojones! ¿Has oído lo que dice este tío, Feodor? ¡Que me lo promete! ¿Con quién pensará que está hablando? —El Marrajo hizo un ligero gesto con la cabeza al ruso—. Lo del barco que me debes lo dejamos para otro día. Ahora cuéntame dónde está la coca.

Antes de terminar la frase, Feodor había puesto la pistola en la cara de Txaski.

—¡Siéntate en la silla, perrito! —soltó el ruso.

Txaski se sentó y Feodor le ató las manos a la espalda con bridas. Luego los pies.

—Vamos a ver, Txasko, o Txaski o como te llames. Aquí, mi colega Feodor es dentista. Enséñale el instrumental.

Feodor sacó de un bolsillo las tenacillas.

—También hace cirugía de manos. Y de cara. Yo que tú me quitaba de esa parte tan desagradable. Nos dices dónde está la coca y asunto concluido. Y si la has pulido nos entregas la herencia de tu abuelo, ¿hace?

—Pero ¡qué leches os voy a decir si no sé de qué me estáis hablando!

Txaski se aferraba a la lejana esperanza de resistir la tortura que le venía encima. No sabía hasta dónde sería capaz de aguantar. Podría indicarles el escondite de la droga, pero estaba convencido de que eso no evitaría que lo mataran. Seguro que eran ellos los asesinos del Moro a pesar de haberles contado cuanto sabía.

El Marrajo hizo un gesto con la cabeza y Feodor agarró de la nariz a Txaski obligándole a abrir la boca para respirar y, a la primera que tuvo, le metió las tenazas. Un alarido y una muela. La sangre salía a borbotones.

El Marrajo volvió a asentir con la cabeza.

Cuando Feodor ya se disponía a repetir la operación, un grito les hizo mirar hacia una puerta que daba al salón.

—¡Quietos los dos, hijos de puta!

Loli había salido de una habitación y estaba plantada a tres metros de los asaltantes. Les apuntaba con una escopeta.

El Marrajo se quedó un instante paralizado. Seguro que era la mayor sorpresa de su vida.

—¡Me cago en su puta madre! ¡La gorda! Feodor, ¡a por ella! —El pasmo no le impidió reaccionar con energía.

El ruso sacó la mano de la boca de Txaski, soltó las tenazas y se limpió en el pantalón la sangre que le resbalaba por los dedos. Cuando empuñó la pistola y se volvió, recibió un escopetazo en el pecho. Feodor se quedó quieto con su mirada de pez fija en Loli. Luego dio dos pasos vacilantes hacia ella. En ese momento, un segundo disparo le alcanzó en la cara. Le explotaron los globos oculares y un agujero por el que asomaban algunos dientes era lo que quedaba de su boca. El ruso se derrumbó de espaldas ante la mirada desconcertada del Marrajo. Txaski, blanco como la pared, parecía estar en medio de una película de terror.

—Hija de la putísima, ahora ya no tienes cartuchos, ¿eh? ¡Esta vez te voy a sacar las tripas! —El Marrajo sacó la navaja del bolsillo.

—Sí que tengo —dijo Loli con una voz tranquila y seca, que sorprendió a Txaski.

—No tienes. ¿No ves que es una escopeta de cañones paralelos, anormal?

El Marrajo se movió hacia Loli con sus andares de matón. Cuando estaba a un par de pasos, sonaron dos detonaciones casi seguidas. Txaski no podía ver lo que había sucedido, pues el Marrajo le tapaba la acción. Solo vio cómo caía encima del otro muerto.

—Escopeta no, pistola. Y el anormal tú, capullo.

Loli se acercó al Marrajo y a Feodor. No se movían. Se quedó unos instantes agarrando el arma con las dos manos, como si temiera que aquellos cadáveres pudieran resucitar.

Luego desató a Txaski con la navaja del Marrajo.

Se sentaron en los sofás uno frente al otro. En silencio y con las miradas perdidas, Loli empuñando la pistola y Txaski con una servilleta de papel metida en la boca.

54. La telaraña

El asesinato del Moro confirmaba las primeras hipótesis del Grupo de Investigación Criminal en el caso de los buzos desaparecidos. Las pistas eran cada vez más reveladoras del trasfondo, el narcotráfico, pero la telaraña no podía completarse solo a través de las presas atrapadas en la red. El Moro había sido asesinado de modo profesional y la desaparición de los buzos sugería la posibilidad, también, de una muerte violenta. De los que formaban el grupo que se reunía en La Escotilla, tres estaban muertos o desaparecidos. Otro, el más cercano a ellos, podría estar en peligro. O puede que, en verdad, estuviera al margen de los negocios que había detrás de aquel misterio. Un millonario que lo único que deseaba era largarse a la Polinesia no tenía por qué meterse a traficante ni participar en operaciones que pusieran en riesgo sus planes. Esa era la hipótesis dominante.

La cuestión era que seguían sin pistas de ningún alijo, con la salvedad de los fardos aparecidos en las playas. Tampoco las unidades antidroga habían detectado nada fuera de lo común.

No tenían pruebas contundentes contra el patrón del Kresala. Tal vez, con mucha suerte y si pillaban a Fito Pereira con otro cargamento, pudiera ser que les contara alguna de sus hazañas. Era raro, pero no descartable, que los narcos pillados en algo muy gordo soltaran lastre para librarse de unos años de cárcel. Si el patrón desenmascaraba en algún momento al encargado de recoger la droga o al que le había enviado las instrucciones para depositarla, sería posible establecer puntos de conexión entre los diferentes hechos.

La impresión del Grupo de Drogas de la Ertzaintza, que conocía el caso, era que el principio de todo era un vuelco. Alguien arrampló con la droga y los destinatarios, que habían visto frustradas sus expectativas, buscaban a los responsables de la sustracción del alijo. El grado de implicación y las organizaciones concernidas eran un misterio. Suponían que el Moro estaba mezclado en el asunto. Era amigo de los buzos. La duda estaba en si ellos eran cómplices o si se vieron envueltos en una disputa ajena.

No se había identificado a la pareja que se presentó en La Escotilla. Al eslavo y al tipo con acento andaluz y rotacismo. Podría tratarse de sicarios que van y vienen. La duda surgía cuando se recordaba que el dueño de La Escotilla creyó percibir que los matones parecían reconocer los nombres de Txaski y el Moro. Tampoco estaba seguro de ello y esa falta de contundencia restaba verosimilitud a su primera impresión.

Los forenses y la Policía Científica trabajaban para aportar algún dato esclarecedor del asesinato del Moro, aunque ya sabían que en poco iban a contribuir. Solo tenían un cadáver calcinado y dos balas 9 mm Parabellum.

Les quedaba la cada vez más remota esperanza de que los cuerpos de los submarinistas terminaran por aparecer.

55. El requerimiento

Llevaban una media hora en silencio. Loli, aunque resultara extraño, se había quedado sin palabras. Toda su energía parecía agotada con los disparos. Txaski se había levantado a enjuagarse la boca y cambiar la servilleta de papel por una de tela.

—No *ibagiaba* que *jupieraj maejar ua istola* —fueron las primeras palabras de Txaski.

Loli le miró con el entrecejo arrugado y moviendo los ojos sin girar la cabeza.

Txaski ya se había dado cuenta de que con la servilleta en la boca sus palabras salían de aquella manera. Se quitó el trapo y trató de hablar con la boca abierta sacando las palabras desde la garganta.

—Que *jabej* usar *pitola.* No *ibagiaba* que *jupieraj...*

—Yo tampoco. Y no es una pistola. En realidad, es un revólver. Tiene tambor.

Loli le contó que no entendía ni cómo había metido las balas con los nervios. Algunas se le cayeron al suelo. Al principio, supuso que con la escopeta bastaría. Que la amenaza sería suficiente. A partir de ahí no pensó en nada. Al tipo grande tuvo que dispararle dos veces porque el muy cabrón, con un boquete en la tripa, seguía avanzando. Cuando el otro se acercó con la navaja, no estaba segura de si el arma iba a disparar. Pensó que al ver el revólver se detendría, pero el muy desgraciado no se paró. En la habitación, había quitado a todo meter lo que suponía que era el seguro. Apretó el gatillo y se encomendó a la Virgen de Estíbaliz. «La Virgen de los alaveses estaba de guardia hoy», concluyó Loli con una tímida sonrisa.

—Pues para no haber usado nunca un arma tienes buena mano. —Poco a poco, la voz se le iba aclarando, aunque necesitaba mucho esfuerzo para superar la dificultad.

—Ya te conté que al esmirriado le disparé con la escopeta de mi padre. —Apuntó con el mentón el cadáver del Marrajo—. Y con el revólver, por lo visto, tengo una puntería regular. El primer disparo iba a la tripa y le di en el pecho, creo, y el segundo, con el retroceso, me salió para arriba y le pegué en mitad de la frente.

En el acantilado, se había instalado una niebla densa acompañada de un ligero sirimiri.

Txaski miraba los cuerpos del Marrajo y del otro y, por una vez, quería que el razonamiento se impusiera a la acción. Necesitaba valorar qué alternativa le comprometía menos. Podría llamar a la Ertzaintza y contar la verdad. Él no había matado a nadie. Claro que Loli daría su versión: tuvo que intervenir para salvar a Txaski. Además, estaba allí porque la perseguían y era algo más que amiga del Moro. Y él tendría que explicar por qué lo torturaban. Y todo ello sucedía cuando ya creía el problema resuelto, se sentía casi a salvo y con el velero preparado para soltar amarras.

Estaba sentado frente a la mesita del salón con un café con hielo en la mano. De pronto, se fijó en el requerimiento que había recibido del Ayuntamiento de Bakio. Se iluminó el cosmos. Podría ser la solución. A ver si había suerte.

Salió y fue al almacén. Luego volvió con el viejo tractor que utilizaban para recoger la hierba y llevar los abonos. Llegó a la puerta del caserío y sacó a Loli de su aturdimiento.

—Ayúdame a subir a esta morralla al tractor.

Loli obedeció de forma maquinal.

Primero revisaron lo que los muertos llevaban encima. Los móviles estaban apagados. La documentación la tiraron al fuego. Envolvieron los cuerpos junto con las armas que traían los asaltantes en mantas,

los cubrieron con plásticos y cerraron con cinta americana; luego los llevaron al tractor.

—Ahora la moto —dijo Txaski.

Subir la moto costó lo suyo. Tuvieron que poner unas maderas para poder empujar hasta arriba la Honda Rebel en la que habían llegado.

Montaron en el tractor. Loli seguía en estado catatónico.

Bajaron hasta la entrada de la sima. Quitaron las tablas que continuaban dispuestas a modo de cierre. Descargaron la carga de la máquina y la dejaron en la boca de entrada. Txaski salió en dirección al caserío. Loli lo siguió. No quería quedarse a solas con aquellos tipos por muy muertos que estuvieran. Luego volvieron con el tractor cargado con una docena de pacas de hierba.

Txaski se asomó con precaución al agujero y soltó uno por uno los fardos, por la boca de la brecha, con la idea de asentar un tapón en la hondonada. No sabía si podrían cubrir todo el hueco, pero suponía que algo harían.

Soltaron la moto, que cayó con estruendo hasta que, en algún punto, se detuvo. Las armas y los muertos fueron detrás.

Loli se acercó a la boca del pozo para echar un ojo. La luz de su móvil no alumbraba más allá de unos pocos metros.

—Cuidado, no te vayas a resbalar, que luego a ti no hay quien te saque de ahí. —Si Txaski quiso tener un detalle amable con Loli, lo remató como en él era habitual.

Se deshicieron también de la escopeta y del revólver del abuelo. De las balas y los cartuchos.

Loli parecía haber recuperado la energía.

—¡A tomar por culo, cabrones!

El rostro de Loli surgía de la oscuridad de la cueva, bañado por la luz de los móviles, como una máscara de Halloween.

—¿Tú crees que nadie va a registrar aquí dentro?

—Espero que no.

Txaski ya había llamado, entretanto, a un constructor, conocido del abuelo, para que al día siguiente llegara con el hormigón. Nadie se iba a extrañar de que cegara la sima. El oficio del Ayuntamiento de Bakio, que le ordenaba taponar aquella entrada de forma segura y permanente, era la mejor coartada. Metería diez toneladas de hormigón para que la cavidad quedara totalmente sellada.

Anochecía. Tenía que completar sus propósitos antes de que llegara el hormigón.

—Loli, entra en la casa y limpia con lejía todos los rastros de sangre.

—¿Tú piensas que con eso basta? He visto en las pelis que la policía tiene unos visores que detectan los residuos más minúsculos. —Por algo Loli tenía un videoclub.

—Tú limpia. Si viene alguien, que, por lo menos, que no se encuentre con un charco. Y reza para que nadie supiera que ellos iban a venir aquí.

Loli pensó en rezar un padrenuestro. Por si acaso.

—Limpia hasta dejarte los dedos. Y cuando termines empieza de nuevo. Luego te metes en el cuarto. No te asomes a la ventana ni salgas a la calle por nada del mundo.

—¿Y tú?, ¿adónde vas?

—Tengo que hacer una cosa.

Dos horas después, cogió el escúter y se fue hasta Derio. Veinte kilómetros. Rompió los móviles del Marrajo y del otro y los tiró a unas zarzas. Todas las precauciones eran pocas.

El hormigón llegaría a las ocho de la mañana para enterrar sus miedos.

***

Nerea apareció a las once de la mañana. Para las nueve y media, el camión *mixer* había descargado, por una manguera, los siete metros

cúbicos de la mezcla que transportaba hasta taponar por completo la entrada de la sima. Al final, no fueron diez, sino catorce las toneladas de hormigón. Toda la carga. Nadie volvería a caerse por allí. Eso seguro.

Nerea se extrañó bastante de encontrar a Loli en Sakone. Le contaron que después del asesinato del Moro se había quedado muy asustada y se fue a buscar refugio al caserío. No terminaba de entenderlo, pero no dijo nada.

Tampoco comprendía por qué debía llevar a Loli al Puerto Deportivo de Getxo y esperar a que llegara Txaski con el velero.

Tenía que dejar a los *cane corsi* en un alojamiento para perros, le explicó Txaski. Separarse de ellos era lo que más dolor le causaba. No podía llevarlos en el barco.

—¿Loli viene con nosotros? —dijo Nerea.

—La dejamos en Santander.

—Me has dicho que hasta Asturias —replicó Loli con una vocecita dulce.

Nerea comentaba las dificultades que había en algunos puertos para desembarcar. Exigían pasaporte COVID y a veces cuarentena.

—Yo me vacuné el otro día —respondió Txaski.

—Necesitas las dos dosis —le replicó Nerea.

—Pues me la pongo luego.

—¿Tú de qué vas? ¿Crees que te vacunan a tu capricho? Además, para la segunda vacuna tienes que esperar unos meses. —Nerea se llevó un dedo a la sien. A veces le parecía que Txaski no vivía en el mundo real.

Si iban a Canarias o Baleares, se la podían poner allí mismo, en un centro de salud. Cuando le tocara. Nerea lo interpretaba de forma positiva: ese tiempo les serviría para hacer prácticas de navegación con el velero.

—Si no vais a Polinesia, me voy con vosotros. —Loli encontró la oportunidad de meter baza. Ella también necesitaba poner tierra de

por medio una temporada.

—Ni en broma. Tú te vas a Benavente con tu tía a poner la pastelería o lo que sea.

Txaski había acordado con Loli una solución. Su tía llevaría al padre de Loli a una residencia en Zamora y ella, después de vender el piso de Vitoria, montaría una pastelería-degustación con una prima. O pillaría una franquicia de algo interesante. Él podría prestarle algo de dinero para que no estuviera apurada en tanto se consumaba el proyecto.

—Si le hace ilusión, podemos llevarla hasta Cádiz o Valencia, ¿eh, Álex?

Loli había encontrado en Nerea una aliada. Se atrevió con el «Álex» y como si tal cosa. Signo de los nuevos tiempos.

—He dicho que no. Hasta Galicia máximo. —Txaski no parecía el mismo. Estaba cediendo.

—Ya veremos —sentenció Nerea, siempre dispuesta a discutir las decisiones del capitán.

—Y si te mareas, te jodes. —Tampoco podía dejar de ser desagradable de buenas a primeras.

—Hasta Cádiz. Además, no me pienso marear.

Nerea le guiñó un ojo a Loli.

Txaski no pudo replicar. Se habían metido en el coche. Nerea no preguntó por qué Loli tenía que ir tumbada en el asiento trasero.

Nevaba.

56. Galgos y mastines

Después de una semana amarrado en el Puerto Deportivo de Getxo, el Bounty dejó atrás las aguas del Abra. Siete días que se les hicieron eternos, aburridos los tres, Loli y Txaski, además, con la angustia incrustada entre ceja y ceja. A las nevadas les siguieron lluvias, viento y temporal. Ni siquiera un velero bien equipado como el Bounty podría hacerse a la mar sin correr graves riesgos.

Luego el tiempo mejoró y navegaron a buen ritmo por el Cantábrico y la costa portuguesa. El ambiente en el Bounty era sombrío. No se quitaban de encima la tristeza y el desasosiego que les causaba la muerte del Moro.

Txaski tenía la impresión de huir como un prófugo. O tal vez fuera algo más que una simple sensación. Aquello no se parecía en nada al viaje que había imaginado desde su niñez, el de su resurrección.

Miraba a Nerea manejar el timón, tan seria y concentrada, sin sus gafas de sol. ¡Ufff! ¿Qué vendría después? La ruta era larga y los barcos sacaban lo peor de cada uno. ¿Y por qué no lo mejor? Nerea solía ser más optimista. Claro que Nerea no estaba al tanto de las sombras que le acosaban sin tregua, de los temores que le mantenían en permanente alerta. En cuanto avistaban la costa, creía divisar, en la lejanía, la presencia amenazadora de la isla del Fraile.

Habría que esperar. Tal vez los primeros días fueran los peores y las cosas mejorarían cuando pillaran el ritmo de navegación y sacaran provecho a las muchas comodidades del velero. Cuando desembarcaran a Loli...

¿Podría soñar con una familia de verdad?, ¿con una vida normal?

En las noches sin luna del Atlántico, un cielo de acero parecía acechar al Bounty con una mirada hostil. El océano los envolvía en una oscuridad densa, casi negra. Y las estrellas que perlaban el firmamento irradiaban una luz gélida, como de velas encendidas en un cementerio gigante para recordar a todos los muertos habidos desde el principio de los tiempos. Muertos antiguos y recientes, como los que dejaba atrás.

«¿Para qué quieres que haya estrellas si no miras al cielo?». Eso le decía algunas veces el abuelo. ¿Y si el cielo no estaba arriba ni las estrellas en la Polinesia?

Cada día se convencía un poco más de que la Polinesia no era la salida ni tampoco el renacimiento. Solo la penitencia.

Recalaron en la bahía de Cádiz. Iban a dejar allí a Loli, visitar la ciudad y recuperar el ánimo.

Nada más pisar tierra, los tres del Bounty fueron detenidos por la Guardia Civil.

Separados, en tres coches de la Ertzaintza camuflados, fueron trasladados por orden judicial a las dependencias de la Policía en Erandio.

Por el mar se iba a todas partes. Por tierra se tardaba menos en volver.

***

Los tripulantes de la embarcación de la Cruz Roja, que recorría la costa en busca de un hombre desaparecido en los días de la tormenta, no daban crédito a lo que observaban a través de los prismáticos. Cerca de un lugar conocido como Punta Gaubieta, en la ladera del acantilado, y a unos cincuenta metros de la orilla, había un importante desprendimiento de tierra que cubría por entero los zarzales y las árgomas. Entre los restos llamaba la atención lo que parecía ser una moto. ¿Era una moto? Se distinguían con claridad

una rueda y el manillar. ¿Cómo narices había ido a parar a ese lugar? Ni desde el mar ni cayendo de lo alto del acantilado parecía posible que hubiera podido alcanzar por sí sola aquel emplazamiento. Dieron parte a la Unidad de Rescate de la Ertzaintza, no fuera a ser, por extraño que pudiera resultar, que junto con la moto se encontrara también un accidentado. Enviaron una patrulla por tierra y lo que los *ertzainas* hallaron los dejó perplejos. Junto a los restos de la moto, en un batiburrillo, había pacas de heno, lodo, piedras y hormigón. Y, lo más sorprendente, varios fardos de cocaína.

A partir del descubrimiento los equipos de la Unidad de Policía Científica y de Rescate trabajaron sin descanso. El lugar en el que apareció aquel amasijo desconcertante era la parte final de la sima que se iniciaba junto al caserío de Sakone.

Fue identificado como titular de la moto, una Honda Rebel, un toxicómano domiciliado en Algeciras, fallecido tiempo atrás, a quien nunca se le había conocido patrimonio alguno.

Mikel Ortega y Miren Arruza pasaban todas las horas del día y parte de la noche en el acantilado siguiendo de cerca los descubrimientos. Grupos electrógenos suministraban energía eléctrica a potentes focos cuando la luz natural se perdía al llegar la tarde. A Miren Arruza el lugar le causaba una profunda aprensión, no en vano pasó en el interior de la sima los momentos más amargos de su vida. Aun así, haciendo de tripas corazón, no perdía detalle de los hallazgos.

Una vez conocida la fecha en que se depositó el hormigón en la boca del terraplén, se pudo determinar que debido a lluvias y, sobre todo, al peso de la argamasa lo que se encontraba en el interior del agujero había aflorado por una salida natural, a unos cien metros de la entrada. El orden en que se encontraban los materiales depositados indicaba que las pacas y la moto precedieron al hormigón. Y también lo hicieron los restos humanos, las armas y los fardos de cocaína. No tardaron en comprobar que las balas de heno

eran idénticas a las que se guardaban en el almacén de Sakone. Una orden judicial permitió a la Ertzaintza entrar en el caserío y lo que encontraron no dejaba lugar a dudas. En el techo y las paredes del salón había restos de sangre, que se apreciaban a simple vista. Unos muertos en la sima y sangre en el salón del caserío. Todo empezaba a cuadrar.

—¿Qué me dices, Arruza? —Ortega estaba más serio de lo habitual.

—Vamos a ver si corre más el galgo o el mastín.

***

En los interrogatorios de los detenidos en el Bounty, muy pronto se apreció que Nerea estaba al margen de los hechos que se investigaban. No entendía nada de lo que le preguntaban y hasta sufrió un desvanecimiento por una bajada de tensión. Fue puesta en libertad en menos de veinticuatro horas.

Loli, asistida por una abogada de oficio, contó con bastante exactitud cuanto le relacionaba con el caso. El viaje en el velero, en el que no se quitó el mareo de encima, en lugar de liberarla de sus angustias, le había provocado la necesidad de una catarsis, de soltar el lastre que había acumulado en los últimos meses. Confesarlo todo era su redención. Habló del Moro, del champú para perros, de los DVD con premio. Contó con todo detalle lo sucedido en el salón de Sakone y su participación en la muerte de las dos personas halladas en la sima. Iban a por ella, sostuvo sin vacilar. La perseguían desde Vitoria. Descartó que Txaski hubiera intervenido en el tiroteo y, aunque ayudó a lanzar los cuerpos, las armas y la moto por la boca de la sima, en ningún momento observó que allí hubiese paquetes de cocaína.

Insistió en que no le cortaran los apellidos. María Dolores Fuentenebro Díaz.

—Díaz de Mendibil —reclamaba— es alavés.

—Es que todo no cabe en el casillero.

—Pues quiten el María Dolores y pongan Loli. Me gusta más.

Luego, entre lágrimas, explicó a los policías que tenía a su padre en una residencia de Zamora y un lío de tres pares. «A ver qué le cuento ahora a mi tía».

Txaski, por su parte, contrató a un penalista de postín y se negó a declarar. Su abogado le recomendó que mantuviera la boca sellada en tanto se hacía una idea cabal de los hechos y preparaba la defensa. En el juzgado, mantuvo la misma estrategia.

El juez ordenó prisión provisional comunicada para Loli y libertad provisional para Txaski. Sobre Loli pesaban cargos de homicidio y tráfico de drogas.

Txaski se encerró en Sakone. Necesitaba tiempo para reflexionar y preparar su declaración en el juicio. No estaba seguro de si los *ertzainas* tenían reservada en la recámara alguna prueba que lo incriminara. Le preguntaban una y otra vez si guardaba él la droga que apareció en la sima. Si la trajo de la isla del Fraile. Por qué le torturaban aquellos tipos. Loli no lo sabía. Y él no soltaba prenda.

—*Quod probari non potest, non est.* —El abogado instruyó a Txaski en lo que significaba la presunción de inocencia.

Siete y media de la tarde y el aire pesado de la ciudad se colaba por las rendijas de la persiana. El despacho del abogado estaba iluminado por una lámpara de escritorio que proyectaba sombras largas y siniestras sobre las paredes. Txaski sentía el sudor frío recorriéndole la espalda mientras intentaba asimilar lo que su defensor le decía.

El abogado, un hombre de mirada dura y cansada, había visto demasiados casos como el de Txaski. A veces los culpables parecían inocentes, y los inocentes, culpables. Pero, en ese juego, las apariencias no lo eran todo.

—Necesito saber todo lo que ocurrió esa noche, cada detalle —dijo el abogado, sacando una grabadora de su maletín y colocándola sobre la mesa.

—Ya se lo he dicho todo —respondió Txaski, nervioso.

—No todo. Hay algo que está guardando, algo que no quiere que salga a la luz —insistió el abogado, apretando el botón de grabar.

Las sombras en la habitación parecían moverse, como si escucharan cada palabra. Txaski tragó saliva y miró al abogado sabiendo que de esa conversación dependía su vida. Después de que su letrado le explicara con detalle en qué consistía el secreto profesional y de que en ninguna circunstancia desvelaría lo que le fuera a contar, Txaski, a media voz y con una cadencia pausada, se decidió a referir lo sucedido sin recortes ni tapujos.

—Empiece desde el principio —ordenó el abogado— y no omita nada.

—Había descubierto un tesoro. El pasaporte a la Polinesia — empezó diciendo.

Justo el día anterior al que tenían que recogerle Padraig y Koldo, había encontrado los fardos de cocaína. Después de guardarlos en un nuevo escondrijo y de cerciorarse de que nadie vigilaba en los alrededores, agarró la tabla de *bodyboard* y se volvió a su base de operaciones en la parte baja de la isla. La excitación le había abierto el apetito. Se habría comido media docena de *pizzas,* pero se tuvo que conformar con las tres últimas galletas que le quedaban. Las ideas volaban por su cabeza sin conseguir que alguna se aposentara y descartara a las demás.

Lo que había en aquella cueva no era una oportunidad: era la oportunidad. Con diez o doce kilos puede que tuviera más que de sobra. Pero llevarse solo una parte le dejaba con el culo al aire. ¿Quién estaba en la isla? Si fueran narcos los que dieran el vuelco al alijo, seguro que no dejaban ni las muestras.

Tenía que pensar. Y rápido. No sabía de cuánto tiempo disponía hasta que vinieran los dueños de los paquetes, pero él contaba con un máximo de veinticuatro horas. Podría coger un poquito y cargarlo en la mochila... Eso ya lo había descartado. Para arramplar con todo sin contar con los buzos, necesitaba avisar a alguien que le ayudara a sacar la droga de la isla. Y no tenía móvil. Ni tampoco gente de confianza a quien hacer partícipe de un hallazgo como aquel. Podría volver otro día, claro, pero la cosa se complicaba porque necesitaba una embarcación, encontrar cómplices...

La mejor opción era comentárselo a Padraig y a Koldo al día siguiente, cuando fueran a buscarlo. ¿Cómo se lo tomarían? Suponía que la simple mención a quedarse con un cargamento de droga podría significar que los buzos se echaran las manos a la cabeza. A ellos les iba bien con su vida sin sobresaltos. Claro que, por otra parte, la tentación era muy grande. Muchos caramelos en la boca, incluso para los menos golosos. Lo tenía que pensar. Pensar, pensar... Vendrían a por él al día siguiente.

Ya estaba. Se lo diría sin preámbulos: «Chicos, ahí al lado está el futuro».

Cuando en su cabeza se instaló la decisión, suponía que podría asumir las responsabilidades. Las que fueran. Era la genética, habría dicho su madre.

Se dio ánimos.

«¡Venga, tío! ¡Que a la Polinesia no se llega solo con buenas intenciones! ¡Los rumanos somos la hostia!».

La mar se hallaba en calma. El agua alcanzaba mansamente a la orilla como en ningún otro de los días desde que estaba allí. Anochecía y a la bajamar todavía le faltaba más de hora y media. El viento había desaparecido y la luz de la luna, en cuarto creciente, daba a la isla un toque fantasmal.

Se puso el traje de neopreno y, con la linterna en un bolsillo y el puñal en la funda, se dirigió en la tabla de *bodyboard* a la cueva

donde estaba la droga.

Necesitaba al menos un paquete para enseñárselo a los buzos, una muestra de que no se había vuelto majara o soñado lo del hallazgo. Un fardo que despertara en ellos la codicia. Sabía que el primer impulso era determinante. Una vez que se arrancaba, el brillo de la riqueza mantenía el estímulo.

Mientras recorría la ruta que llevaba a la cabeza del dragón, se puso a ensayar las palabras que diría, las que necesitaba para encandilarlos.

Se preguntaba cómo responderían. Quién sabía si le propondrían olvidarse del asunto o denunciar el hallazgo a la policía.

No lo podía descartar.

Contaba con que Paddy aceptaría. Le chispeaban los ojos cuando sus miradas se cruzaban. A Koldo no le quedaría otra que ir a remolque, a pesar de que le molestara aquella incipiente amistad, el que su colega de tantos años hiciera buenas migas con él. Además, ellos también estaban a la última pregunta. La oportunidad no se les podría escapar. La fortuna no pasaba todos los días por la puerta de los buscadores de sueños ni de los buceadores profesionales.

Alcanzó la cornisa sobre la zona de la ensenada que desembocaba en la piscina de marea. A sus pies estaba la cueva en la que había escondido la coca y también, entre otras muchas y algo separada, la primera donde estuvo amontonada. A su derecha quedaba ahora el desnivel que caía a plomo y, a la izquierda, la ruta que había utilizado para bajar, que era menos inclinada. De pronto, escuchó un ruido. Algo se movía.

Se quedó un buen rato pegado a la pared, acompañado por el sonido de las pequeñas olas que golpeaban las rocas. No escuchó nada y supuso que la tensión le hacía convertir el ligero batir del mar en un sonido diferente. La luna alumbraba como un farol lejano y en el saliente en el que se hallaba dominaba una penumbra densa.

De pronto, el ruido de pasos a su alrededor se hizo inconfundible. Alguien andaba a su espalda. Sintió el sonido allí mismo, en la cornisa. Se pegó a la pared con la esperanza de que las tinieblas le protegieran. Las pisadas cada vez se acercaban más. Tenía una persona a un par de metros. Se había quedado quieta. Tal vez lo había visto. No sabía cuántos serían los que rondaban por la zona, pero era más que evidente que buscaban la cocaína. Los dueños del cargamento. Narcos. Gente peligrosa y seguramente armada. Se arrimó más a la pared y al apoyarse se desprendió una pequeña esquirla de la roca que cayó al suelo produciendo un levísimo sonido que a él le pareció el de un meteorito chocando contra la Tierra. Entonces se encontró de frente con una figura humana. Pudo apreciar que llevaba un traje de bucear que le cubría hasta la cabeza y en sus manos descubrió el reflejo brillante del acero. Sin pensárselo, lanzó una patada que alcanzó al desconocido en la rodilla. Fue suficiente para que el otro perdiera pie y se despeñara con un quejido. El cuerpo, al caer, golpeó las rocas que había en el fondo de aquel lado. No le dio tiempo a mirar hacia allí, pues casi de inmediato sintió que lo agarraban por el cuello con una fuerza endiablada. Aquel abrazo lo iba a asfixiar en un par de minutos. Lo tenía bien agarrado. Solo podía reaccionar como lo hizo.

No era la primera vez que tiraba de navaja. Ya se había visto en otras. De espaldas, lanzó una puñalada al muslo del atacante, que de inmediato aflojó la presión. Fue suficiente para darse la vuelta. Dos tajos. El tipo cayó al suelo entre gemidos y estertores. Esperó unos largos segundos para cerciorarse de que nadie más estaba en las inmediaciones. Luego cogió la linterna que se le había caído al suelo y enfocó la cara del agresor:

—¡¿Qué cojones?!

La muerte de Padraig y Koldo no había sido un asesinato. Fue un accidente, un malentendido. Seguro que ellos no sabían que él

estaba detrás de la desaparición del alijo. Tampoco él fue consciente de la identidad de los supuestos atacantes. ¿Cómo iba a adivinar quiénes eran los dueños de la cocaína? Ni en un millón de años habría llegado a esa conclusión.

Trató de hacerse una idea del contexto: o los buzos formaban parte de una banda de narcos, o encontraron los fardos sumergidos en los alrededores de la isla y los habían escondido allí. Si era lo segundo, lo más probable era que la noche anterior al día que tenían que sacarlo de la isla, aprovechando la extrema bonanza del mar, decidieron llevarse los fardos a otra parte. Quién sabía si para volverlos a ocultar en algún lugar seguro o entregárselos a alguien. Lo más probable era que se sorprendieran al no encontrar la droga en el sitio en el que suponían haberla guardado. Y luego se ofuscaron y comenzaron a dudar de cuál era la cueva, entre otras muchas parecidas, y estaban explorando los alrededores, cuando tropezaron con él.

Tenía la coca y dos muertos: uno de ellos acuchillado por su mano, el otro desnucado. Las explicaciones se le complicaban. ¿Qué podría hacer? ¿Contar la verdad? ¿Y eso qué ganancia le arrendaba? Se quedaba sin la coca y en medio de una historia que no tenía pies ni cabeza. Lo más probable era que acabaran implicándolo como narcotraficante. ¿Acaso no era amigo de los buzos? ¿No eran quienes lo tenían que recoger? ¿Qué hacía en aquella parte de la isla? ¿Lo llevaron ellos hasta allí y se desató una pelea?

Ya había decidido quedarse con la droga y a esas alturas nada lo iba a detener.

«¿El mundo es de los valientes y los rumanos los tenemos bien plantados? ¿Sí o no? ¡Por supuesto que sí!». No le quedaba otra que hacer lo que tocaba.

La zódiac estaba fondeada justo a la entrada de la pequeña ensenada. Tenía que transportar los fardos a la embarcación y allí había mucho trajín. Decidió lanzarlos a la poza para evitarse el tener

que cargar con ellos. Luego, desde allí, la faena se hacía mucho más llevadera. En total, contó cincuenta paquetes. No deseaba utilizar la linterna y la visibilidad escasa no le ayudaba en su labor.

Mucho más complicado le resultó trasladar a los buzos hasta la zódiac. Intentó llevar el cuerpo de Koldo, primero al hombro, en brazos luego, y no pudo. Aquel tío pesaba lo suyo y él se había quedado bastante debilitado después de diez días en la isla. Lo arrastró como pudo a la zona que asemejaba una piscina y con el agua hasta la cintura le resultó más sencillo moverlo. Luego hizo lo mismo con Padraig.

Les calzó las aletas y puso a los muertos los cinturones de plomo que estaban a la vista: cuatro a Padraig, dos a Koldo. Si aparecía un cuerpo, que fuera el de Koldo. Falleció de un golpe. Lo pensó mejor y le quitó a Koldo las aletas. Si murió despeñado o le habían golpeado en tierra, no era normal que anduviera con las aletas puestas. Al cuerpo de Padraig le adosó los fusiles de pesca, ceñidos por las gomas.

Acercó a los buzos a la zódiac y, a la vista de que no iba a resultar sencillo subirlos a bordo, los ató con unos cabos que tenían en la embarcación y los remolcó hasta mar abierto.

Una milla o dos hacia el norte paró la embarcación y con calma buscó los móviles de los buzos. Estaban en sus bolsas. Había tres. Machacó los teléfonos fuera de la lancha, contra el ancla, y desparramó los restos en el agua.

Luego avanzó tres o cuatro millas más hacia el nordeste, repasó la faena y soltó los cuerpos. No pudo ver cómo se hundían. Ya sabía que irían al fondo y no resultaría fácil que los encontraran. Si aparecían, sería después de mucho tiempo. El irlandés puede que nunca.

Algo más tarde comenzó a soltar algunos fardos. No los contó. Acaso diez. Posiblemente una docena. Si buscaban explicaciones a la desaparición de Padraig y Koldo, que empezaran por tener todas las

hipótesis abiertas, a sospechar que allí había algo oscuro. Un alijo, un transporte que perdió su carga, un encuentro entre traficantes y los buzos...

Eso sucedió cuando ejecutaba la segunda parte del plan.

Sakone estaba a veinte o treinta minutos por mar. Seis o siete millas. La pequeña playa a pie del acantilado era un sitio perfecto para esconder la mercancía. Por tierra la única ruta pasaba por el caserío. Nunca había visto a ninguna persona ajena utilizar aquel camino. Y por mar nadie se atrevía a entrar en una cala rodeada de rocas y peñascos medio sumergidos. Solo los Urrutia.

Navegó guiado por la luna siguiendo los acantilados que se recortaban por el sudeste. Pasó frente a Armintza y la central nuclear inacabada. Por aquella costa podría pilotar la lancha con los ojos cerrados. Entró sin dificultad en la cala.

A unos treinta o cuarenta metros de donde recaló estaba el destino de su viaje: una gruta oculta por la vegetación. Llevó los fardos de cuatro en cuatro hasta la boca de la cueva. Hizo diez viajes, el último con dos paquetes, por lo que dedujo que le quedaban treinta y ocho. Dedicó entre una hora y hora y media al trasvase de la droga y a su depósito. Dentro de la cueva, con la linterna en la boca, fue apilando los fardos en un recodo, a unos diez metros de la entrada. La parte alta de la gruta daba al mar por una oquedad. El agua no alcanzaba aquel punto ni en las mayores pleamares. Aspiró el fuerte olor a salitre y algas podridas, que llegaba por un extremo, mezclado con la humedad concentrada en el interior, y se sintió satisfecho.

Cuando terminó la faena y regresó a la embarcación, estaba exhausto.

El viaje de vuelta hasta la isla le pareció que duraba una eternidad. Comenzó a tomar conciencia de su situación, algo que, en el calor de los hechos, no tuvo tiempo de valorar. De pronto, le asustó la posibilidad de quedarse sin gasolina. Había dado caña al motor y no

sabía cuánto combustible llevaba. También podría tropezar con otra embarcación. El miedo se iba convirtiendo en pánico. ¿Qué explicación ofrecería si sus temores se cumplían? Ninguna. Si sucedía aquello que recelaba, la única alternativa era lanzarse al agua y nadar hasta tierra firme y eso si era capaz de llegar, algo de lo que no estaba convencido, dada su cada vez más manifiesta debilidad. Si alcanzaba la orilla, no tendría ni coartadas ni explicaciones que ofrecer. Y se las iban a pedir.

Treinta minutos de auténtica angustia.

Cuando por fin alcanzó la isla, no le quedó otra que doblar la cabeza del dragón y llegar hasta la ensenada de la que había partido, que, a esas alturas de la noche, con la marea creciente, se confundía con el mar. No podía soltar la embarcación en cualquier sitio. Así que, una vez allí, dejó la zódiac con el motor arrancado y la enfiló hacia el oeste, dirección Laredo.

Luego volvió al lugar donde había dejado la *bodyboard* y comenzó a recorrer el camino de vuelta a la calita en la que tenía su equipaje. La tabla se hundía y el viento soplaba de frente cada vez con más intensidad. En algún momento, pensó que no sería capaz de alcanzar su destino.

La tabla, que estaba casi partida por el centro, al llegar a la orilla y tumbarse sobre ella entre las rocas, para coger aire, terminó de romperse.

Ya sabía que al día siguiente nadie lo iría a buscar. Tenía que resistir.

Temblaba de frío o del nerviosismo y, agotado como estaba, lo más que pudo hacer es ponerse el chándal por encima del traje de surf. Era probable que no se hubiera dormido cuando el vendaval estalló a su alrededor. Y, lo que era peor, las olas comenzaron a batir la costa con tal violencia que alcanzaban su precario refugio.

Tuvo que subir a la cumbre balanceándose en la cuerda, aferrándose a ella cuando el huracán le impulsaba al vacío.

No se explicaba de dónde sacó la energía.

***

Compartir el secreto de la isla del Fraile con su abogado le supuso a Txaski un respiro, una pequeña liberación. El resumen que hizo de los hechos no ocultó los detalles más embarazosos.

—Esta es toda la verdad. La muerte de los buzos fue un accidente. Y no he traficado ni con un solo gramo de aquella coca.

Luego le explicó que si la droga acabó en la sima fue porque encontró la ocasión para desembarazarse de ella aprovechando la llegada del hormigón. Mientras Loli limpiaba la sangre del salón, subió los fardos desde la cueva de la costa a la boca de la sima. Por eso Loli no había visto la cocaína. Pensó que allí, mezclada con el hormigón, quedaría sepultada para siempre. Se equivocó.

El letrado permanecía en silencio. Daba vueltas a una pluma estilográfica y miraba hacia la ventana de su despacho.

—Entonces, ¿qué? —Txaski esperaba algún consejo.

—Lo que no se prueba no existe —repitió el letrado.

—Algo me preguntarán en el juicio. ¿Sigo sin responder?

—Puede contar lo que me ha explicado o no hacerlo. Eso queda en su conciencia. Ahora bien, yo veo un punto débil a su defensa: ¿cómo es que la cocaína aparece mezclada con las pacas de heno, la moto y los cadáveres? Da la impresión de que todo fue lanzado allí por la misma mano. A la vez.

—¿Me pueden acusar de mentir?, ¿de ocultar información?

—Un acusado puede mentir, cambiar la declaración... No hay delito de falso testimonio. Un testigo tiene que decir la verdad.

—¿Y yo qué soy?

—Las dos cosas. Está imputado y es testigo de las muertes de los dos que estaban en la sima. Sobre lo segundo está obligado a decir la verdad.

—Y la Ertzaintza, ¿puede haber guardado pruebas que me incriminen y que no las hayan sacado hasta ahora?

—Podría darse el caso. De momento, le acusan de posesión de drogas, pero tienen que acreditar que la cocaína que estaba en la sima era suya. Y luego está el ánimo de traficar con ella. No vendría mal si tuviera una explicación que justificara cómo llegaron los fardos hasta allí.

***

El juicio fue un sinvivir. La pareja de *ertzainas* observándolo como buitres. A la espera de que algo se torciera o tal vez a que el fiscal anunciara la existencia de una prueba nueva que se había encontrado después de la instrucción.

Todas las noches desde que volvió a Sakone del hospital acababa bañado en sudor. Una y otra vez le asaltaba una pesadilla recurrente en cuanto cerraba los ojos: los cuerpos de los buzos habían aparecido y los forenses descubrían que uno de ellos murió apuñalado. Se despertaba y empezaba su tormento. ¿Qué hizo con el puñal? Unas veces estaba convencido de haberlo tirado al mar, junto con los cuerpos, mientras en otras dudaba si no lo habría dejado en la zódiac o en la parte baja de la isla. Repasaba una y otra vez sus movimientos desde el momento en que se revolvió contra Padraig en la pequeña cornisa de la isla. ¿Guardó el puñal o lo arrojó allí mismo? Estaba seguro de haberlo llevado con él, pues luego lo utilizó para cortar los cabos con los que arrastró a los buzos. ¿Y qué hizo luego? Lo tiró al mar. Sí que lo hizo. O quizá no. No estaba seguro. ¿Y si lo rescataron con él encima? Se calmaba en cuanto se imponía la realidad de que el cadáver del irlandés no había aparecido, de que era poco probable que lo hiciera y de que, además, estaba seguro de haber tirado el arma al mar.

Ya sabía por qué los *ertzainas* le preguntaban sobre si había llevado cocaína a la isla o si los buzos la consumían. Uno de los paquetes, el que había horadado con la navaja, no permaneció hermético y al lanzarlo a la zódiac seguro que dejó algún rastro.

A pesar de sus razonamientos, las noches traían de nuevo las dudas y las vigilias.

En la vista oral, Txaski se negó a responder a las preguntas del fiscal, salvo en lo que le concernía como testigo de la muerte del Marrajo y el ruso. La acusación pública se centró en solicitar una condena en base a indicios que consideraba plenamente acreditados. Los muertos hallados en la sima estaban relacionados con el narcotráfico y seguían la pista de un alijo que habían perdido. Torturaban a Txaski para obtener información del lugar en el que se hallaba escondida la cocaína, a sabiendas de que él tenía la respuesta. Quienes asaltaron a Txaski en el caserío habrían obtenido la información de Peru Mendieta, el Moro, después de torturarlo y asesinarlo. Solo cuando se vio acosado decidió deshacerse de la droga lanzándola a la sima. Para el fiscal, de los «hechos base» fluían con naturalidad indicios más que suficientes para justificar una condena por tráfico de drogas.

Las preguntas del fiscal constaron en acta y Txaski se levantó para responder a las que le iba a formular su defensa. Llevaba un pantalón vaquero y una camisa azul claro de algodón. Los culpables siempre acudían al juicio vestidos como para una boda, le había dicho su abogado.

—Señor Alcántara —el letrado ahuecó la voz—, ¿lanzó usted los fardos de cocaína a la sima?

El silencio en la sala era la expresión de la curiosidad que aquel arranque de la defensa había concitado.

—Sí, fui yo —dijo Txaski con voz clara dirigiéndose al tribunal.

Un murmullo se extendió entre el público. Ortega y Miren Arruza intercambiaron miradas de sorpresa.

—Luego reconoce que la droga estaba en su poder —continuó el abogado.

—No es exacto. No estaba en mi poder, pero sí sabía dónde estaba.

—¿Podría explicar cuál es la diferencia?

Txaski declaró que la droga estaba depositada en una cueva al pie del acantilado. Conocía su paradero porque se lo había revelado su amigo, ahora fallecido, Peru Mendieta. No solo le indicó el lugar en el que se encontraban los fardos de cocaína, sino que le propuso que colaborara en su distribución, para luego repartirse los beneficios.

—Disculpe —le interrumpió el letrado—, ¿cuándo le hizo esa revelación?

La propuesta se la hizo Mendieta —aclaró Txaski— poco después de que un conocido suyo de Bakio llamado Kokito le preguntara cómo podría poner en circulación medio kilo de coca que se había encontrado en la playa. Como no sabía qué responder, el asunto se lo comentó a Mendieta sin que llegara a saber si este tuvo algún contacto con el tal Kokito. A raíz de esta conversación, el Moro, Mendieta, le confesó que guardaba un alijo en la cala de Sakone y le propuso participar en el negocio.

—Señor Alcántara, ¿podría explicar a este tribunal qué razones podría tener Mendieta para ofrecerle asociarse con él? ¿No resulta eso muy extraño?

—Tenía sus razones, por supuesto. Según me explicó, había llevado los paquetes hasta la cala con Padraig y Koldo, los buzos que desaparecieron. La intención inicial era distribuir la droga por mar. Luego, sin el concurso de los buzos, no tenía forma de hacerlo. Necesitaba nuevos cómplices para poner la cocaína en el mercado. La forma más sencilla y la única posible por tierra era por mi caserío.

Era muy consciente de que esa operación no podría hacerla sin mi consentimiento. Para obtenerlo, me ofreció la participación.

—Dice usted que Mendieta y los buzos llevaron la droga hasta la cala del acantilado y luego desaparecieron. ¿Tiene información de lo que les pudo suceder?

—No.

—¿No le comentó nada Mendieta?

—Mendieta tampoco sabía nada a ciencia cierta. En varias ocasiones, me dio a entender que tenía alguna sospecha de lo que les pudo pasar. —Txaski bajó el tono de voz hasta convertirlo casi en un murmullo—. Suponía que a lo mejor habían tenido una pelea y acabaron de mala manera.

—¿Y por qué suponía Mendieta tal cosa? ¿Se llevaban mal los buzos?

—A mí no me consta, pero, al parecer, Koldo sospechaba que Padraig y yo íbamos a irnos juntos a la Polinesia. Era su pareja y él, bastante celoso y posesivo.

—¿Tenían peleas?

—Insisto en que a mí no me consta. Según Mendieta, un día sí y otro también.

Txaski explicó que nunca recibió explicación alguna del origen del alijo. No deseaba tener ninguna información al respecto y, lejos de aceptar la propuesta de traficar con la droga, exigió a Mendieta que se deshiciera de ella. Él disfrutaba de una posición más que acomodada como para jugársela metiéndose a narco. Luego insistió en que desde que tuvo conocimiento de la existencia de los paquetes de cocaína en las cercanías de su caserío no vivía tranquilo. Reclamó a Mendieta con insistencia que se librara de la droga y, a la vista de que no le hizo ningún caso, decidió hacerla desaparecer. Eso fue a raíz de que una *ertzaina* cayera en la sima de Sakone y del pánico que le entró al suponer que pudieran relacionarlo con aquellos fardos. Estaba convencido de que la pareja

que apareció en el caserío había asesinado al Moro y le había sonsacado que él conocía el paradero de la droga. Por eso lo torturaban.

Todos los testimonios que se registraron en la vista corroboraron el relato de Txaski. Loli explicó los hechos tal y como se habían desarrollado en su presencia. Kokito reprodujo palabra por palabra la versión del surfista de Sakone, aunque negó haber llegado a hablar con Mendieta y aseguró que se deshizo de la droga que encontró en la playa. Iratxe Etxebarria, hermana de Koldo, ratificó las desavenencias de la pareja de buceadores acusando a Txaski de haberse entrometido entre ellos. Llegó a manifestar que estaba convencida de que Padraig había asesinado a su hermano. Sin embargo, se negaba a creer que los buzos estuvieran implicados en el tráfico de drogas.

Los indicios del fiscal se estrellaron en el guion que Txaski había preparado. Su relato podría parecer oportunista, pero no tenía fisuras y la acusación no fue capaz de presentar otro alternativo fundamentado en hechos probados.

Todos los detalles ofrecidos por Txaski encajaban con los antecedentes que constaban en las diligencias. Suerte para él que quienes podrían cuestionar su declaración estuvieran muertos.

Loli, por su parte, bien informada de a quién correspondía la carga de la prueba y del relativo valor de la autoinculpación, ya había señalado en su comparecencia ante el juez que lo declarado ante la policía tenía sus matices y que nunca llegó a traficar con la cocaína que le llevó el Moro porque inmediatamente después de recibirla se produjeron unos incidentes que la hicieron recapacitar. Y, en cuanto el champú para perros, la mefedrona, apenas entregó un par de dosis y, además, en la creencia de que se trataba de un producto legal. La policía no encontró un solo testimonio que desvirtuara la declaración de la vitoriana. En cuanto a la muerte de Jaime

Barandiarán, alias el Marrajo, y de Feodor Volkov, el testimonio de Txaski y el informe de los forenses fueron suficiente para justificar la eximente de legítima defensa.

El tribunal aceptó la tesis de la defensa en el sentido de considerar que el deshacerse de los cadáveres no constituía un delito de obstrucción a la justicia, sino un acto de autoencubrimiento impune. Tampoco se les podía condenar por el posible delito de ocultación de cadáveres, pues el tipo penal exigía no solo tener conocimiento del paradero de los cuerpos, sino ocultar de modo reiterado tal información a los familiares o allegados de la misma.

Txaski y Loli resultaron absueltos de todos los cargos.

Los familiares de Jimi el Marrajo se hicieron cargo de sus restos para incinerarlos sin ritos funerarios de ninguna clase. De los de Feodor no se ocupó nadie.

Epílogo

Vasili Koliakov se excusó ante la Compañía por la pérdida del alijo señalando al Marrajo y a Feodor como los organizadores del vuelco. No lo sabía a ciencia cierta, pero a él la presunción de inocencia se la traía al pairo. A la postre, se trataba de dos bajas irrelevantes. Tenían Marrajos y Feodores a punta pala. Alguien tenía que pagar la ronda y ya estaba adjudicada: los dos matones y quienes los enviaron a Bilbao. La vida continuaba y, a pesar de algunas de cal y otras de arena, el negocio no dejaba de prosperar.

En la base de Erandio de la Ertzaintza, la sensación era agridulce. El alijo se había recuperado, pero las incógnitas persistían: ¿quién depositó la cocaína en la isla del Fraile?, ¿quién tenía que recogerla?, ¿cómo se hicieron los buzos y el Moro con ella?, ¿hubo un vuelco?, ¿de dónde recibieron el soplo?, ¿por qué depositarla justo en la cala de Sakone?, ¿era Txaski tan inocente como proclamaba? Y los cadáveres de los buzos eran testigos mudos que seguían en el fondo del mar. Era cierto que Txaski disponía de una fortuna considerable y que había soltado la cocaína en la sima para hacerla desaparecer. Era su mejor coartada. Desde luego, se había esmerado en preparar su declaración. Había esperado hasta el final para jugar sus cartas. Cuando las demás estaban sobre la mesa. Aun así, Miren Arruza seguía con sus dudas. Claro que la verdad verdadera ya no significaba nada después de que la Audiencia hubo dictado la verdad judicial. Era la última palabra. Nadie apeló la sentencia.

—¿Mastines o galgos? —comentó Miren Arruza a su superior, el suboficial Ortega.

—Creo que esta vez el galgo se ha librado por patas. Ahora que también te digo: can de buena raza, si hoy no, mañana caza.

Loli salió de Benavente con amargura. Su tía la repudió a pesar de haber salido limpia de polvo y paja de su calvario judicial. Tampoco era de extrañar. Durante mucho tiempo había sido el foco de los telediarios y las tertulias de cotilleo, y la hermana de su padre, una persona de vida sencilla, no pudo soportar verse rodeada de cámaras y micrófonos que buscaban exclusivas de no se sabía qué.

Pero aquella mujer no podía imaginar que la «asesina del videoclub», como algunos la llamaban, se convertiría, al cabo de poco tiempo, en un símbolo del coraje femenino, una mujer capaz de enfrentarse con éxito a los despiadados sicarios del narcotráfico que la acosaban. Después del juicio, los medios le rogaban entrevistas, la invitaban a programas de televisión, pero ella solo salía de su casa de Vitoria-Gasteiz a un videoclub que ya no alquilaba películas, mucho menos de Indiana Jones. Allí se devanaba los sesos buscando una salida para encauzar su vida.

Una tarde fría y lluviosa, tuvo una epifanía repentina. La poesía que un día la inspiró, la de las «páginas de cristal», seguía pegada en la pared. «Cuando llegue el momento, despega». ¡Eso era!, por supuesto que sí. Y si a la primera no se cogía altura, era una experiencia de la que aprender para seguir intentándolo, hasta alcanzar sino el cielo, por lo menos, las nubes. Ella no era de las que se rendían, de las que mueren de rodillas. Iba a vivir de pie. Y, así, unas semanas después, en el nuevo escaparate de su local, un cartel diseñado por una artista vitoriana era el reclamo que anunciaba el porvenir: «Un succionador de clítoris produce más satisfacciones que la droga y sin efectos secundarios». Con la ayuda de un inversor anónimo, no para ella, claro, transformó el videoclub de la calle Barrancal en el *sex-shop* Rincón del Placer, con todos los juguetes eróticos de última generación disponibles. Su fama, para bien o para

mal, ya le había dado el primer impulso. Despegar con el viento a favor de su popularidad la llevó a abrir un nuevo *sex-shop* en Logroño y ya oteaba dar el salto a otras capitales.

Nerea sufrió una fuerte depresión después de la frustrada aventura del Bounty. No imaginaba el mundo secreto que se escondía tras Txaski, el Moro y Loli. Luego se olvidó de las oposiciones y decidió redescubrirse. Se fue a Menorca como monitora de vela y, no mucho después, montó un negocio de alquiler de pequeños veleros con su pareja, un madrileño diez años más joven.

Txaski, al fin, se había liberado de sus pesadillas. O eso suponía. Salió de la Audiencia Provincial pensando en volar lejos, pero solo se elevó lo justo para aterrizar en los acantilados de Sakone. Aquel caserío, que en otro tiempo fue su refugio, se había convertido en un mausoleo de recuerdos dolorosos y sueños rotos, una cárcel de memorias amargas. Aislado del mundo, los días se hicieron semanas y luego meses, y él, cada vez un poco más, se extraviaba en la oscuridad de sus pensamientos. El abuelo, los buzos, el Moro, muertos. Nerea, muy lejos. Solo los *cane corsi*, ajenos a la tormenta interna de su amo, acurrucados junto a la chimenea, le ofrecían su calor, un tenue consuelo en medio de la desolación.

¿Para qué mirar al cielo si allí no estaban las estrellas que buscaba? Le costaba encontrar una razón para seguir existiendo. Necesitaba algo, cualquier cosa, para romper las cadenas invisibles que lo ataban a una vida de pesadillas y remordimientos. No encontraba nada. La tentación del suicidio flotaba entre las paredes susurrándole promesas de alivio.

Una noche de tormenta, salió al exterior y caminó hacia los acantilados. Las gotas de lluvia se clavaban en su cuerpo, impulsadas por un viento helado que parecía querer arrancarle la piel. Se detuvo al borde del precipicio y miró hacia abajo, a un Cantábrico encabritado que golpeaba las rocas con furia. Por un

momento, el vacío lo atrajo con una promesa tentadora: la paz al final de la caída.

En el instante decisivo, cuando debía mirar a la muerte de frente y elegir entre vivir o morir, un acto reflejo eligió por él. Dio un paso atrás, dejando que la lluvia lavara su rostro y su ánimo. La batalla interna no había terminado, pero en ese preciso momento, bajo el manto oscuro de la noche, se impuso una tregua. Mientras se alejaba del precipicio, comprendió que el verdadero desafío no era evitar el abismo, sino enfrentarlo cada día con renovada determinación.

Así, en la oscuridad de la noche y bajo la implacable lluvia, comenzó a caminar de regreso a Sakone. La paz no era una promesa segura, sino una conquista diaria. Las sombras de su pasado aún lo acecharían, pero ahora tenía la certeza de que podía avanzar, un paso a la vez, enfrentando el futuro con la misma fuerza con la que había resistido el llamado del abismo.

Vitoria-Gasteiz, 18 de marzo del 2024

Personajes

Protagonistas

Alexander Alcántara Urrutia, Txaski. Vive en el caserío Sakone, de su abuelo, al borde del acantilado, entre Lemoiz y Bakio. Sueña con vivir en la Polinesia. Es un niño adoptado de origen rumano.

Jaime Barandiarán, Jimi el Marrajo. Apodado así por los niños de la escuela como burla a su rotacismo. Está orgulloso de su antepasado, el negrero. Una infancia complicada lo lleva a convertirse en traficante de drogas en la Compañía. Sin embargo, su ambición es formar su propia banda.

Peru Mendieta, el Moro. Asume el mote del famoso Moro Vizcaíno. Ambicioso traficante de drogas.

Miren Arruza. Agente de la Unidad de Investigación Criminal. Hace poco que trabaja en este grupo operativo, aún hace labores de ayudante de su jefe. Será la persona sobre la que mayor peso de la investigación caiga.

Loli Fuentenebro. Hija del propietario y regente de un videoclub en el casco viejo de Vitoria-Gasteiz que se convierte en punto de traspaso de cocaína.

Secundarios

Esteban Urrutia. Abuelo de Txaski.

Mikel Ortega. Suboficial de la Unidad de Investigación Criminal, jefe de Miren.

Rufi. Dueño de la taberna La Escotilla.

Padraig. Buceador desaparecido. Pareja de Koldo.

Koldo. Buceador desaparecido.

Feodor. Ayudante de Jimi el Marrajo en la Compañía. De vocación, «dentista».

Iñaki Barrenetxea, alias Vasili Koliakov. Jefe de la Compañía en Bilbao.

Nerea. Mantiene una relación informal e intermitente con Txaski.

Fito Pereira. Patrón del barco que transportaba la cocaína.

Mamadou. Portavoz de la tripulación senegalesa que transportó la droga hasta las cercanías de la isla.

Kokito. Surfista de Bakio al que Txaski vende marihuana.

Valerio, el Puma. Distribuidor de droga.

Zuri. Distribuidor de droga.

Pichón. Camello que no pertenece a la Compañía y yonqui.

Edurne. Madre adoptiva de Txaski.

Índice

Exordio 7
1. Últimas noticias de los buzos 9
2. Primeras noticias de Txaski 25
3. El Moro Vizcaíno 33
4. Un lobo no es un ternero 39
5. El reto 43
6. El león y la hiena 45
7. Goizeko Izarra 51
8. Chasco, txasko, txaskito, Txaski 59
9. Ahora o ahora 65
10. El dragón de piedra 69
11. A lomos del dragón 75
12. Los transportistas 83
13. Beti Zine 89
14. ¿Cómo dices? 95
15. La investigación policial 103
16. Páginas de cristal 113
17. Rayas en una pantalla 115
18. Una visita con aroma de tortilla 119
19. El detective Marrajo 125
20. Mamadou 137
21. Ultimátum 139
22. Hospital de Urduliz 143
23. Un chófer con pinta de segurata 153

24. No es para tanto 157
25. El mosqueo de Rufi 165
26. Atrapado en la cueva del tesoro 167
27. Farlopa pura 171
28. Kokito 177
29. El Puma 189
30. Todo fluye 191
31. Nerea 195
32. Zuri 199
33. La fiestuki 203
34. Diligencias de comprobación 213
35. El Pichón 219
36. Iratxe Etxebarria 225
37. La sima de Sakone 233
38. Un DVD de Harrison Ford 241
39. ¿Hay alguien? 245
40. Sudores fríos 249
41. La Ertzaintza en Sakone 253
42. Tensión 267
43. Edurne Urrutia 271
44. Confesiones en el Palomar 277
45. Los pitufos 287
46. El puma no trata con moros 291
47. La nochebuena de Txaski 295
48. Añoranza 297
49. Al Moro no le gusta caminar 301
50. La balandra 307
51. Borrado 309

52. El Bounty en Plentzia 315
53. Una visita inesperada 323
54. La telaraña 333
55. El requerimiento 335
56. Galgos y mastines 341
Epílogo 361
Personajes 365